

NOELA LONXE

MOSCAS DE TINTA









NOELA LONXE

MOSCAS DE TINTA

Primera edición.
Moscas de tinta.
© 2024, Noela Lonxe.
© Libros y literatura SL
www.librosyliteratura.com
contacto@librosyliteratura.com
© Corrección: Victoria Mera.
© Ilustración de portada: Tony Midi
© Maquetación: Marta F. Alarcón.

ISBN: 978-84-10088-51-1

Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.

To my one
true love, Meric.

«Lo que pasa con estos muertos viejos
es que en cuanto les llega la humedad
comienzan a removerse.
Y despiertan».
Pedro Páramo, Juan Rulfo.

ÍNDICE

PRÓLOGO

San Francisco, 6 de Octubre de 1967

Muy a su pesar, a Charlie Bright no le quedó más remedio que creer en fantasmas después de esa noche.

Todavía peor. No le quedó más remedio, a una completa atea como ella, que pedirle a Dios que la protegiese de todo mal mientras corría descalza por las calles del barrio de Richmond. De vez en cuando se agachaba tras un coche y miraba hacia atrás, atemorizada. El sudor nublándole la vista, su cerebro tratando de entender qué había pasado en esa casa. Alguien había traído un tablero de la ouija, alguien había pasado helados con LSD. ¡Pero ella no había tomado nada! Entonces, ¿cómo se explicaba lo que había visto?

Cerró los ojos con fuerza, aguardó unos segundos y volvió a emprender la huida.

Calculó que había tardado dos horas en llegar al hospital, debido a que había tenido que pararse a cada minuto para asegurarse de que las criaturas no la seguían. El reloj de la pared de urgencias marcaba las tres de la mañana cuando se acercó a la ventanilla de recepción.

La recepcionista preguntó qué le pasaba.

Charlie se miró de arriba abajo: excepto por algunas laceraciones en los pies, parecía estar a salvo. A salvo. ¿Cómo era posible?

—Ha pasado algo terrible… Había algo… malvado en la casa.

La mujer de recepción la miró por primera vez. La escrutó unos segundos.

—¿Qué has tomado?

Charlie negó con vehemencia.

—¡No he tomado nada! —gritó con indignación.

La recepcionista miró el botón rojo que había tras su mesa. Los guardias de seguridad de la puerta se acercaron unos pasos.

Charlie respiró hondo. Volvió a empezar.

—No estoy drogada. —Miró hacia el suelo—. Me he cortado los pies con cristal.

La recepcionista hizo unos movimientos mecánicos que incluían juntar varios papeles y ponerlos en una carpeta de cartón. Espigó un boli de un bote de hojalata y se lo ofreció.

—Siéntate allí y rellena esto. Ya te llamarán.

Charlie caminó cojeando hacia una silla mientras oía a los recepcionistas hablar entre dientes sobre los *hippies* y sus colocones:

—Siempre es lo mismo los fines de semana. Si trabajasen como los demás…

Se sentó entre un anciano en una silla de ruedas y una mujer doblada por el dolor. Rellenó los papeles en un par de minutos, pero tuvo que esperar seis horas hasta que un médico le hizo las curas en los pies y le dio unos patucos ortopédicos.

Cojeando, volvió a salir a la calle. La niebla comenzaba a cubrirlo todo.

Buscó monedas en su bolso de cuero artesano, que ella misma había hecho, y se metió en una cabina telefónica. Marcó el número que mejor se sabía. La línea dio tono un par de veces hasta que alguien contestó.

—Mamá. —El hipo del llanto le dificultaba enunciar sus palabras—. No, estoy bien. Estoy bien —se limpió las lágrimas con la mano—, es solo que… ¿Me podéis venir a buscar papá y tú? —Miró asustada hacia fuera, a través del cristal sucio de la cabina—. No quiero vivir más en San Francisco. Esta ciudad está maldita.

CAPÍTULO 1

San Francisco, 20 de Junio del 2011
Luz Violeta

Luz se paró en seco, boquiabierta. Tropezones de curri de lentejas y tofu se desprendían lentamente de su pelo para caer sobre su brazo y mano derecha. El recipiente de sopa estaba tirado a sus pies. Todo había sucedido tan rápido que apenas había comprendido lo que había pasado.

La sorpresa e indignación la hicieron retroceder por la senda de la memoria hasta una de aquellas largas tardes de verano que pasaban en el río de Moraña: los grillos chirriando, los zapateros caminando sobre las aguas como Jesucristo, el sol quemando las rocas lisas y parduzcas donde sus amigas y ella comían pipas y lanzaban eructos con sabor a Fanta. Casi podía oler el aceite de coco con el que se embadurnaban mientras leían la *Súper Pop* y escuchaban los cuarenta principales en la radio portátil. Entonces, uno de los chicos, con gestos torpes dictados por las hormonas, les tiraba un globo de agua y Luz sentía la quemazón de la goma en la piel, seguida por la explosión de agua congelada que le cortaba la respiración unos segundos. Como ahora. Aunque ningún chico le había tirado un globo como inicio de su negligente cortejo.

—No quiero tu maldita sopa, jodida zorra. ¿Quién te crees que eres? —le gritó la señora desde una esquina del suelo en la intersección de Powell y Market St.

La gente apuraba el paso al ver a la mujer sin hogar lanzarle improperios a la turista despistada que era Luz Violeta. Escapaban del enfrentamiento, pero también del sempiterno frío del centro de la ciudad. Le ofrecían una corta mirada de conmiseración para después concentrarse en la entrada de la boca del metro, que exhalaba su aliento gutural hacia la fría calle.

La señora seguía despotricando desde su nido de mantas y cartón cuando Luz finalmente consiguió recomponerse, asió su maleta con más fuerza y retomó su arrastre calle arriba, con la cara ardiéndole por la vergüenza y el calor de la sopa.

En lo alto de la cuesta, se volvió a parar, sacó unos pañuelos de papel de la mochila y se limpió el desastre como pudo. Comenzaba a anochecer y la luz del día se desvanecía rápido, ayudada por la niebla de San Francisco, de la que tanto había oído hablar. Un retortijón le apretó el estómago gentilmente. No se podía creer que hubiera llegado allí. Finalmente estaba en California, nada menos que en San

Francisco, la cuna del movimiento *hippie*, de la generación Beat, del *boom* de Internet, de *Princesa por Sorpresa*. Y pese al desagradable recibimiento, aquella ciudad no podría con ella. Sonrió para darse ánimos y continuó caminando.

Se detuvo de nuevo para admirar la puerta de dragones que marcaba la entrada turística de Chinatown, que reconocía por las fotos. Tres portales, uno grande para coches y dos pequeños para transeúntes, cubiertos por tejados verde esmeralda. A los lados se erigían las estatuas de dos dragones de ojos abombados y desafiantes; uno pisaba una perla; el otro, un león. Desde luego, no invitaban a entrar, y sintió otro retortijón de regocijo al intuir una nueva aventura en su vida.

A Luz Violeta le gustaba poner a prueba sus límites. Tontear con el peligro le hacía sentirse viva. Ya fuera saltar en paracaídas en Suiza, nadar con tiburones en México o vivir en las calles de Rotterdam con un grupo de ecologistas radicales que se negaban a comer nada que no saliese de los basureros de los supermercados.

Volvió a coger el asa de su maleta, respiró hondo y se adentró en Chinatown justo cuando el cielo comenzaba a teñirse de gris. Chequeó el GPS de su móvil antes de reanudar su camino.

Había pocos turistas, lo que le agradó sobremanera, ya que se podía imaginar caminando en la época de las tríadas y los burdeles de finales del siglo XIX. Imaginaba fantasmas de doncellas con vidas durísimas y muertes trágicas sobrevolando los adoquines de las calles.

Pasó junto a tiendas suntuosas atestadas de lámparas de araña, joyas y esculturas de bronce. Y otras que vendían Hello Kitties, sudaderas de San Francisco y cristales. Tiendas de viajes, pequeños supermercados y edificios residenciales llenaban las calles flanqueadas por farolillos de papel en rojo y dorado y postes de la luz en verde y rojo.

Tres calles empinadas más tarde, llegó al número que Alexander, su padrino, le había indicado en el último email. Luz Violeta dio un paso atrás para observar el destartalado y viejo edificio.

Alexander era uno de los mejores amigos de sus padres. Se habían conocido durante la movida madrileña, cuando Alexander, nacido en California de familia chilena, estaba de viaje por Europa. Desde entonces, pasaba temporadas en Moraña con los *hippies* del pueblo, que eran sus padres.

Llamó al interfono. La voz rasposa y grave de Alexander contestó a los pocos segundos para asegurarse de que era, efectivamente, su ahijada. La puerta se abrió. Luz Violeta subió con dificultad los tres pisos hasta el rellano de gruesa moqueta marrón, donde flotaba un fuerte olor a gatos y lo que parecía excremento de cucaracha.

La puerta estaba entornada y juguetonas volutas de incienso y salvia quemada se contorneaban en el halo de luz que salía del apartamento.

—¡Ha llegado la infanta de España! —gritó la voz de Alexander, con su suave acento chileno—. Ven, ¡pasa, pasa!

Empujó la puerta y vio a Alexander, todo su redondo cuerpo, sentado en una butaca estampada de rosas carmesí y mostaza. Estaba encajonado en una mesa camilla, cubierta por un mantel de ganchillo blanco, sobre la que reposaba un juego de té de porcelana con motivos orientales.

—¿Qué tal el viaje? Ven a la luz, déjame que vea lo mucho que has crecido. Dios mío, qué mayor. ¡Y alta! No me lo creo. —Se llevó sus largos dedos a las mejillas artificialmente hinchadas. Se mordió el labio inferior, que también parecía relleno. Dos dientes delanteros, algo descabalados, asomaron de su boca—. ¿Pero cuánto tiempo ha pasado desde que os fui a visitar?

—¿Ocho años? Algo así. —Luz se quitó el abrigo—. Desde el aniversario de mis padres.

—Ven acá que te dé un achuchón. —Abrió los brazos, pero no se movió del asiento. Luz se agachó y apoyó su mejilla en uno de los hombros de Alexander—.Uff —dijo este con un tono agudo. La alejó con ternura, pero sin disimular un mohín—, ¿y ese olor? Parece que has venido en bote de remos, *mijita*. ¿Te mareaste en el avión?

— Qué va. Compré una sopa al salir del metro, vi a una anciana sin hogar y me dio pena, así que se la puse delante. Pero ella me la tiró encima.

Alexander se rio con un estrépito digno de un motor.

—Bienvenida a San Francisco. Tres cosas has de saber: siempre hace frío, todo es carísimo y las apariencias engañan.

—Pues sí que la vendes bien…

Se sentó y aceptó una taza de té humeante. Le dio un sorbo, era dulce y lechosa. Las gafas se le empañaron hasta convertir la habitación en una pecera. Se las quitó, las limpió con la camiseta, se las recolocó y estudió el cuarto con poco disimulo. Retratos en blanco y negro, iconografía cristiana e indígena chilena en altares con bandejas de frutas, bollos, cristales y quemadores de incienso. Telas bordadas, encajes y cojines de terciopelo. Una pequeña televisión con antena antigua y, en una de las paredes, un gran ventanal de madera roja desconchada con vistas sobre la bahía y los tejados de Chinatown. Dos gatos de angora gris oscuro descansaban en el alféizar. Miraban a la recién llegada sin un ápice de curiosidad, desde su privilegiado promontorio al lado del radiador que, a cada minuto, emitía pequeñas explosiones internas.

—No me lo puedo creer, ocho años ya. Si no hubieses crecido tanto,

no me lo creería.
—Tú estás igual.
—Tonteras. Cada día más vieja y más gorda —se quejó, moviendo los brazos como apartando el humo del incienso—. ¿Tienes hambre? Tengo pan y mantequilla de maní. No me dio tiempo a salir a comprar. Si quieres, pedimos una *pizza* o *chow mein*.
—No. No. La mantequilla de cacahuete está bien. No tengo mucha hambre —mintió Luz, cubriéndose el estómago para evitar oír el sonido de sus tripas.
—Estarás cansada. Claro. Vamos, que te enseñe tu habitación. —Se puso de pie con esfuerzo, su largo caftán de seda con dibujos geométricos en añil arrastraba por la moqueta. Cogió la mano de Luz y sonrió. Apretó un poco mientras guiñaba un ojo—. Esta ciudad te va a cambiar para mejor, lo puedo ver.
Luz le devolvió la sonrisa. Le gustaba Alexander. Era su favorito de entre los coloridos amigos de sus padres. Siempre se había sentido a gusto con él.
Su padrino abrió una puerta de pomo de cristal y repujado de metal a su alrededor. Dentro había un pequeño catre, una ventana que daba al patio de un colegio y una máquina de coser en una mesa arrumbada.
—Espero que no te molesten mis cachivaches. Esta casa tiene pocos lugares para guardar las cosas.
—¿Sigues cosiendo?
—Igual de bien. —Sonrió y arqueó sus finas cejas pintadas con lápiz y sus prominentes pómulos morenos siguieron la trayectoria. A continuación, abrió el armario para mostrarle los frutos de su trabajo. Con los ojos rebosando orgullo, pasó su elegante mano sobre los suntuosos vestidos de descarados colores, lentejuelas, boas y abanicos para después empujarlos con cuidado hacia un lado—. Toda esta parte es para ti. ¿Te bastará? —le preguntó, mostrándole el nuevo espacio del armario.
—Me sobra —dijo Luz, sus ojos destellaban como los de una urraca al ver el brillo de la ropa de artista de Alexander.
Antes de dedicarse a su consulta psíquica a tiempo completo, Alexander se había hecho un nombre con un espectáculo de variedades. Todo tenía cabida: lecturas del tarot, comunicación con los difuntos de algún miembro del público que presuntamente escogía al azar, cante, algo de baile y hasta algún estriptis ocasional cuando su cuerpo aguantaba el foco, como solía decir, ciñendo la cintura con sus manos y metiendo barriga.
Alexander salía al escenario, dependiendo del humor en el que estuviera, o la temática del *show*, vestido de traje de chaqueta con hombreras eternas, con uniforme de marinero de entreguerras, de

coquette, de dama gótica, de bruja buena, de bruja mala, de *cowboy*… Eso sí, todo aderezado con una buena capa de lentejuelas, o raso brillante, grandes cardados y kilos de purpurina. Ahora, ya retirado del «chow bisnis», su padrino regentaba una consulta psíquica en la zona de la Mission. Y no le iba nada mal.

Alexander la miró, escrutador y, adivinando sus intenciones, puso un dedo en el aire.

—Esto no se toca sin permiso, ¿*cachai*?

Luz Violeta hizo un gesto marcial que satisfizo a su padrino, quien sonrió fugazmente y añadió:

—El baño es la puerta del fondo. Una ducha te vendría bien. Después acomódate. La cocina está abierta las veinticuatro horas siempre y cuando no hagas un estruendo —bostezó—. Me voy a acostar. ¿Nos vemos mañana?

Luz asintió.

—Buenas noches. Y, de verdad, mil gracias por dejar que me quede aquí hasta que encuentre un sitio.

—*Weás*. Mi casa es tu casa. Además, le debo muchas a la vieja loca de tu madre. Y al tonto de tu padre también.

La abrazó y Luz cerró los ojos, inhalando el perfumado olor de su ropa. Luego observó al corpulento hombre abandonar la habitación, bamboleándose con una liviandad sorprendente. Cuando la puerta se cerró, se sentó en la cama. Probó la firmeza con la mano. Se quedó en silencio, dejando que los sonidos de la ciudad llenaran el cuarto: sirenas, bocinazos de trenes, frenazos de coches y graznidos de gaviotas abriéndose paso entre las rendijas de la vieja ventana. Se acostó y mandó un mensaje a sus padres.

Llegué a casa del padrino bien. Mañana llamo.
Súper cansada.

Apagó el teléfono y lo dejó caer en el suelo. Llevaba más de veinticuatro horas despierta desde que se había montado en un avión en Santiago de Compostela. Había tenido que hacer cuatro escalas para conseguir el mejor precio. El cuerpo todavía le zumbaba, y aprovechó la lenta y baja vibración para sucumbir al sueño.

CAPÍTULO 2

Se despertó con un dolor en la columna y emitió un pequeño quejido antes de abrir los ojos. Confusa, miró a su alrededor. Como siempre en ese sueño, el miedo comenzaba a trepar por su cuerpo cuando se daba cuenta de que estaba en un lugar oscuro. Negro. No había nada a su alrededor, tan solo sombras. Y el tiempo pasaba y pasaba y nada cambiaba nunca. Solo esa oscuridad que lo invadía todo. Cuando ya no lo podía soportar más, gritaba. Un grito que lanzaba corrientes eléctricas por todo su cuerpo invisible. Un grito gutural y atávico.

—¡Calla, loca! ¡No grites! ¡Vas a despertar a todo el barrio!

Luz notó unas manos fuertes tapándole la boca y pugnó por liberarse.

—¡Eh! ¿Qué haces? Suéltame. ¿Qué pasa? ¿Dónde estoy?

Se relajó un poco cuando se dio cuenta de que era Alexander.

—En mi casa. Me has dado un susto de muerte. Estaba a punto de llamar a una ambulancia. ¿No me oías? Estuve llamando a la puerta media hora. Qué llamando, aporreando. Y cuando entré te juro que parecía que no respirabas. Puro catatónica, te digo. Qué susto.

—A veces me pasa —le explicó ella limpiándose la saliva de la mejilla—. Tengo un sueño muy profundo, sobre todo cuando estoy cansada.

Alexander se sentó a su lado. Puso sus manos en las rodillas y la examinó con la parte de las gafas de mirar de lejos. Al cabo de unos segundos, volvió a recuperar la compostura alegre.

—Pucha, haberme avisado, ¿no? Ya, venga, dormilona, que no puedes estar viviendo del cuento toda la vida como tu papá.

—¡Eh! Que yo siempre he trabajado —se defendió—, y acabo de llegar.

—Te estoy *weveando, po*. Qué en serio me tomas. Mal asunto. —Le pellizcó la mejilla como cuando era pequeña y Luz rio con timidez. Dio una palmada en la cama—. Pues yo me voy a trabajar. Que las facturas no se pagan solas.

En su consulta, Alexander recibía en su mayoría a mujeres ricas de mediana edad con problemas de autoestima por culpa de maridos narcisistas que no consideraban sus arrugas, canas o culos aplanados por la edad una señal de distinción, como sí consideraban los propios. Ellas, como venganza, se gastaban miles de dólares en limpiezas de

auras, baños de vibración y fines de semana en Napa con sus entrenadores personales.

Él decía que el trabajo le aburría soberanamente, pero le permitía vivir en un apartamento de renta controlada con buenas vistas y pedir comida a domicilio cada noche. Hacía un poco de todo, desde *reiki*, acupuntura, astrología y tarot, hasta elixires y preparados heredados de su abuela Mapuche. Como él se describía, un Miguel Ángel de las artes etéreas.

Alexander se levantó y salió de la habitación. Luz oyó cómo se peleaba con un abrigo, traqueteaba con unas llaves y abandonaba la casa.

Ella hizo lo propio. Tras prepararse ese sándwich con mantequilla de cacahuete y un café de sobre, se duchó, se vistió y bajó los tres pisos. Llegó a la calle principal, donde los visitantes se hacinaban alrededor de las tiendas de artesanía de jade, gatitos que saludaban con la mano, sombrillas y ropa barata. Alejándose del bullicio turístico, caminó por aceras vacías con consultas de medicina tradicional china, tiendas de hierbas a granel, pequeños restaurantes de *dim sum* y el ocasional banco con caracteres chinos, hasta que llegó al barrio de North Beach.

Lo reconoció por sus dos edificios emblemáticos: la Pirámide Transamerica y la torre de Colón. Se paró un momento para observar el peculiar perfil de ambos. El primero parecía un pirulí y el segundo, una rodaja de queso. Sacó una foto. Después caminó los últimos bloques hasta llegar a su destino: Alley Cat Bookstore, una de las librerías más emblemáticas del país.

Se peinó con la mano. Se caló las gafas gruesas de pasta.

Este era el culmen de su brillante plan B.

Después de haber pedido un crédito prohibitivo para hacer un máster de escritura creativa en Londres, había decidido que la vida académica no era lo suyo y que no quería dar clases.

Su «brillante plan B», como ella lo llamaba, era hacerse rica y famosa escribiendo poesía; bueno, si no rica y famosa, por lo menos conocida en los círculos literarios y con suficiente dinero para alquilar un apartamento en la Mission o algún barrio similar. Y todo esto pasaba, en su cabeza, por conseguir que le dejaran leer sus poemas en una famosa librería de poesía con más seguidores en redes sociales que Lady Gaga. Tras leer para una audiencia tan amplia, un cazatalentos de una editorial percibiría que había tropezado con una superventas en potencia y la catapultaría a la fama de *Harry Potter* de los sonetos.

Parecía un plan sencillo, pero para que le dejasen leer, primero tenía que ganarse la confianza de la librería, y se ganaría su confianza trabajando allí. Y con ese pensamiento, entró. Con su currículo en la

mano y su mejor sonrisa.

Pidió hablar con el supervisor, que no estaba. Un chico menudo con coleta fina y vestido con un peto vaquero cogió su currículo con dos dedos. Lo dejó caer en una pila de otros papeles.

—Te avisaremos por *email.*

—Oh, *okey* —dijo Luz desconcertada.

Se quedó inmóvil unos segundos, mirando al dependiente. No había previsto nada para esa opción. Dio unos pasos de un lado a otro, murmuró un «hasta luego» y un «gracias» y salió desorientada. ¿Cómo era posible que aquel hípster de mierda no se hubiera fijado en su licenciatura en Literatura y Lengua ni en su trabajo de fin de máster en poesía feminista del siglo de oro?

Caminó varias calles mirando al suelo, las manos en los bolsillos. Chasqueó la lengua cuando la vergüenza de la situación finalmente caló en ella. Claro, ¿qué carajo había pensado? ¿Que las gafas gigantes de pasta gruesa surtirían efecto? ¡Si hasta se había puesto su chaleco con ilustraciones de tetas, por todos los diablos!

Se detuvo en una intersección con mucho tráfico. Su mirada se posó en una tienda de corbatas mientras esperaba a que el semáforo se pusiese verde para los peatones.

¿Y ahora qué? No tenía un brillante plan C. Nunca había contemplado que apuntar bajo no fuera a dar sus frutos. Cruzó la calle y caminó sin rumbo hacia la bahía, volviendo a atravesar North Beach y dejando Market Street a la izquierda hasta llegar a Ferry Building, en la zona de Embarcadero.

Era día de mercado, o *farmer's market,* como le llamaban allí, y la gente se agolpaba alrededor de tomates y manzanas a precio de caviar y paté de campaña. Entró en el bonito edificio de influencia Beaux Arts, cuya torre central, recordaba, estaba inspirada en la Giralda de Sevilla. El interior estaba a rebosar de gente en el descanso para comer. En una tienda pija se pidió un sándwich de aguacate, queso y microverdes que venía en un paquetito de papel marrón. Lo regó con un café con hielo. Otros quince dólares.

Se sentó en un banco, desinflada. Contempló el mar, donde enormes barcos de crucero esperaban su turno para atracar en uno de los puertos, y los siempre puntuales ferris cruzaban la bahía. En una terraza, los guiris comían sopa de almejas dentro de una bolla de pan, y los yupis ostras frescas y quesos, recién traídos de granjas ecológicas en el norte de la península. Se acomodó en el banco y sacó su bocata del envoltorio. Los *microgreens* se le cayeron en sus pantalones. Chilló indignada.

—*¡Cona que te pariu!*— Apretó los puños suplicando al horizonte—. ¿Otra vez?

Alguien a su lado le ofreció una toallita.

—Gracias —contestó Luz mientras arrastraba las verduras hacia el suelo con la toallita.

—Es lo bueno de ser un poco germófoba: siempre estamos preparados —dijo señalando una botellita de desinfectante que colgaba de su mochila tipo cartero. Tenía un iPad en su regazo y una ensalada en la mano. Luz levantó la mirada y sonrió.

—¿Te puedo preguntar qué idioma era ese?

—Es gallego, parecido al portugués —le explicó Luz—. Un idioma del norte de España. No es muy conocido. A lo mejor te suena el Camino de Santiago.

La chica puso cara de recordar lejanamente.

—Creo que un compañero fue hace dos años —dijo.

—Sí, a Santiago van muchos de aquí ahora, está de moda.

—¿Y qué significa lo que has dicho antes?

—No es una expresión educada. Algo así como: me cago en los genitales que te trajeron al mundo. Ya sé que suena fatal, pero es que eso de que se me caiga comida encima empieza a ser algo así como una maldición.

La desconocida sonrió y le tendió la mano.

—Me llamo Oona —se presentó.

—Yo soy Luz Violeta. —Su mano era suave y pequeña—. Perdona; mi mano está pegajosa.

—No te preocupes —dijo Oona mientras se limpiaba la mano de manera disimulada.

—¿Lus Fiouleita?

—Sí, a mis padres les pareció muy poético. Que la luz era de ese color cuando nací al amanecer, medio violeta… Pero solo Luz está bien.

Se quedaron en silencio mientras una pareja de gaviotas se peleaba por un trozo de pan.

—¿Trabajas cerca? —preguntó Luz después de aclararse la voz.

—A un par de manzanas. ¿Y tú?

—No trabajo, todavía. No es que no haya trabajado nunca. Trabajé antes, muchas veces. Desde que iba al instituto, de hecho. Pero ahora busco trabajo, quiero decir. En realidad, soy poeta.

—Ah, qué genial. ¿Has publicado algo que pueda leer?

—Todavía no he publicado nada —hizo comillas con los dedos—, pero tengo algunos poemas en revistas literarias, en España.

—¿Sabes que hablas muy bien el inglés? —le piropeó Oona.

—Más me vale, lo estudié durante muchos años —sonrió Luz.

—¿Y cuánto tiempo llevas aquí?

—Acabo de llegar. —Luz dio un mordisco a su bocadillo y continuó hablando tras masticar un poco—. Ayer, de hecho. Me estoy quedando con mi padrino mientras encuentro piso y trabajo.

Las cejas de Oona se arquearon de manera exagerada.

—¡Pues hoy es tu día de suerte! Justo ahora estamos entrevistando a gente para una habitación que se ha quedado libre en nuestra casa.

—¿En serio? ¡Qué coincidencia! —exclamó Luz, feliz.

Oona miró su teléfono.

—¡Ups! Me temo que tengo que volver, tengo una reunión —le explicó.

—Ah, claro —dijo Luz observando cómo tiraba la ensalada a medio comer a la basura.

Oona sacó una tarjeta del bolsillo de su chaqueta de North Face y se la tendió.

—Llama para venir a ver la habitación.

—Lo haré. Gracias —respondió ella, leyendo la tarjeta.

Oona Williams, Project Manager, AtlasW Inc.

—Bueno, me tengo que ir. —Oona se sacó el pelo pajizo y fino que le volaba hacia la cara al ponerse de pie. Luz se protegió del sol.

—Un placer, Oona.

—Igualmente —contestó.

Y se perdió entre el gentío y las aves de ciudad. Violeta se recostó en el banco. Había algo extraño en aquella chica, aunque no sabía decir exactamente qué. De pronto, el estómago empezó a dolerle. Supuso que debía ser el *jet lag*. Se frotó la mancha verde en sus pantalones. Sin duda, iba a dejar marca.

De camino a casa, el frío apretaba otra vez y la niebla volvía a posarse en las farolas. Hizo una pequeña compra en un supermercado: algo de fruta, leche, galletas, pan y mantequilla. La comida se le hizo extraña, había vegetales y tubérculos que nunca había visto, muchos de los envoltorios estaban escritos en caracteres que no conocía. Tardó más de lo que hubiera querido.

El aire olía a gasolina y frituras de restaurantes. Caminó a paso rápido a través de los diversos barrios con diferentes niveles de tráfico, tranvías y transeúntes. Al escalar la última colina, tenía las manos entumecidas de sujetar las bolsas y le goteaba la nariz por el frío. Las ventanas de los edificios brillaban con un sol anaranjado de la tarde.

Recuperó el aliento y se sonó antes de subir los tres pisos al apartamento de su padrino. Alexander todavía no había llegado, así que guardó la compra y después llamó a sus padres.

—Que sí, mamá, que algo me saldrá, que ya sé que valgo mucho. Bueno, y a mí qué si Breixo dice que los americanos no contratan a extranjeros a las primeras de cambio. Él qué sabrá, si nunca ha salido de Pontevedra. Dile a papá que le estoy oyendo y que estoy harta de que siempre lo defienda. Que ser ingeniero no le hace más listo. Sí, no es lo que dices, pero es lo que insinúas. ¿Qué te crees, que no lo veo?

Como Breixo es el varón de la familia… ¿Tonterías? ¡Ja, ja! No me hagas reír. Nadie está empezando nada. Vale. Vale. Que vaaaale. No. No. Sí. Ya sabes que sí. OK. OK, venga. Vale. ¡Vale, he dicho! No, no me gires nada, que me queda dinero de sobra y mañana encuentro trabajo fijo. Ya veréis. ¡Que sí! Bueno, venga, ¡chao! Bueno, mamá, ¿de verdad piensas que si me pongo el cuarzo que me diste en el sujetador me va a salir trabajo? ¿Proteger? ¿Proteger de qué? Así que, ¿un cuarzo rosa me va a salvar la vida si me rapta un asesino? Estoy de broma. Vale. Me cuido, sí. Que vale, que me lo voy a poner, pesada.

Dejó el teléfono a un lado y resopló mientras se hundía en el sofá. Los gatos de Alexander descansaban en la ventana. Se preguntó si le gustaba San Francisco. No lo tenía claro aún. Encendió la tele y en cada canal había gente que no conocía, pero por lo menos el sonido de presentadores y anuncios la unía más con España. Ver la tele con su familia siempre había sido una actividad reconfortante. Eurovisión, las campanadas, *El Príncipe de Bell Air* o *Gran Hermano*, lo que fuese. En medio de estas cavilaciones llegó Alexander. Tuvo que simular un gesto alegre al ver a su ahijada sentada en la mejor butaca.

—¡Hola! —dijo Luz, contenta.

—¿Qué tal pasó el día la infanta de España? ¿Hubo suerte?

Dejó las llaves en una oreja de mar en la entrada. Se quitó el abrigo y colocó unas bolsas de comida en la mesa del otro lado del salón. Sin esperar respuesta, desapareció en su habitación y reapareció a los pocos minutos vistiendo una bata de *velour* con estampado de felino. Para entonces, Luz ya se había movido al mucho menos cómodo sofá.

—Cuéntame —dijo Alexander, dejándose caer en el sillón con la bolsa de comida en las manos. La desenvolvió con impaciencia y dio una caja de comida china a Luz, quien partió los palillos y la abrió, inspirando el vapor que surgía de su interior—. Fideos. —Señaló su padrino—. Come, ya verás qué deliciosos.

Luz miró sus palillos con antipatía. Se levantó y fue a la cocina, donde empezó a abrir cajones hasta que gritó a Alexander dónde se guardaban los cubiertos. Volvió con un tenedor de pescado y se sentó a horcajadas sobre su caja de fideos.

—Pues el día no me ha ido muy bien, la verdad. Ni se dignaron a mirar mi currículo.

—*Pucha,* ¿pero les dijiste que tenías papeles para trabajar? —le preguntó su padrino.

—Ni me dieron la oportunidad. Creo que no era lo suficientemente moderna para ellos…

—Tonteras. —Alexander sorbió sus fideos con brío, haciendo que se retorciesen como lombrices engrasadas y salpicando su mentón de un aceite rojizo. Se limpió con una servilleta—. La hija de una clienta mía

me ha dicho que acaba de abrir una tienda en Pacific Heights y busca alguien que le ayude, ya que no da abasto.

—¿Qué tipo de tienda? —preguntó Luz.

—Joyitas, cactus, velas, inciensos… No sé, puras *wevás*. Pero libros también, ¿eh? —le advirtió Alexander con más seriedad.

—Vale —dijo Luz con cierta abulia.

—Ve mañana. Ya le aviso a mi clienta de que te vas a acercar a primera hora.

Escribió una dirección en un trozo de papel y se la pasó. Luz asintió y se quedó mirando pensativa a la virgen de Guadalupe que apenas se veía grabada en la nota.

Para su agrado, esa noche no hubo pesadillas.

CAPÍTULO 3

A la mañana siguiente, Luz saltó de la cama, se duchó y se puso su mejor conjunto: una falda verde de punto de una marca que ya no existía, que había heredado de su madre, con un jersey de cuello vuelto y sus botas buenas de cordones. Usó un poco de gomina para domar los rizos que no llegaban a la goma que sujetaba su pelo en una coleta tirante. Sobre su modelo, se puso el único abrigo que había traído. Lo había metido en la maleta a regañadientes, ya que se negaba a empacar ropa de invierno en pleno junio, pero su padrino había avisado de antemano a sus padres de que no se engañasen con aquello de vivir en el mismo hemisferio: San Francisco era una tundra siberiana en verano. Luz había asentido con poco convencimiento mientras chupaba un polo de limón en una hamaca del porche de la casa de sus padres, pero, por suerte, al final le había hecho caso.

Salió por la puerta e inspiró el olor almizclado y algo dulce que venía de la tienda de hierbas de la esquina. Cruzó un par de calles hasta la parada del bus que la llevaría a su destino en el barrio de Pacific Heights. El muni llegó al poco tiempo, se aseguró de que era el número correcto y después se peleó con la máquina para pagar que se empeñaba en devolverle los dólares ligeramente arrugados. Esperó ingenuamente a que escupiera su cambio, pero la conductora le dijo que no daba cambio. Luz discutió aquella injusticia cuando alguien, desde el fondo del bus, la llamó perra y le ordenó que se sentara o se fuera. Intimidada, Luz tragó saliva y se sentó con las mejillas ardiéndole. El bus paró y arrancó tantas veces que pensó que jamás llegarían a su destino. Se conectó a su iPod y se relajó mirando por la ventana el drástico cambio de urbanismo.

Entre canciones, una voz robótica anunció una parada y Luz, horrorizada, se dio cuenta de que se había saltado la suya. Oprimió el botón de parada y se bajó dando un buen saltito a la acera. Tras consultar el mapa del teléfono, comprobó que se había pasado tres bloques. Alzó la mirada y se le descolgó la mandíbula. Le parecía imposible que siguiera en la misma ciudad. A pesar de que el circuito del autobús ya presagiaba que iban a una zona buena, no se esperaba aquella demostración de opulencia. Las mansiones del tamaño de embajadas —algunas de ellas, en efecto, lo eran—, flanqueaban unas avenidas impolutas, con árboles centenarios, y a cada intersección, la calle se perdía colina abajo, revelando unas vistas del Pacífico, la isla

de la famosa cárcel de Alcatraz, el puente Golden Gate y la sierra de Marin detrás. Caminó con paso rápido, dejando atrás mansiones, zonas ajardinadas y edificios señoriales en *art nouveau* y *art decó* con vestíbulos revestidos por completo de mármol de Carrara.

Con alivio, vio Alta Plaza Park, que era realmente lo que su nombre indicaba, un parque en lo alto de una colina al que se accedía por escaleras. Esa era la señal de que estaba cerca de Fillmore, la calle comercial donde se encontraba la tienda.

Menos mal que no se había quedado dormida y había salido con tiempo, así que llegó al establecimiento con diez minutos de antelación. Tiempo de sobra para buscar una cafetería y comprar algo para desayunar. Ocho minutos más tarde, se paró delante de la tienda con su desayuno.

El establecimiento era un local elegante con la puerta de madera pintada de azul pavo real. El nombre estaba escrito en letras doradas: «Scarlet Foxtail». Bajo el nombre, había un dibujo de un hierbajo dorado.

—Pero si el *foxtail* es escarlata, ¿por qué lo pintan dorado? —se preguntó mientras daba pequeños sorbitos a un *latte* de cinco dólares con cincuenta, más un dólar en el bote de propinas.

El escaparate de la tienda parecía una instalación de Arco. Un gigantesco aro de musgo y campanillas dentro del cual había algunos pedestales en tonos neutros, sobre los que descansaban una rudimentaria taza de cerámica, una maquinilla de afeitar que parecía sacada del siglo XIX, un tosco jersey de lana grueso y un chocolate en un envoltorio exquisito. Eso era todo.

Miró a su alrededor. Señoras vestidas con ropa de yoga paseaban a sus perros de raza y niñeras latinas empujaban carritos de niños rubios y adormilados. Las calles estaban limpias y ordenadas y los coches eléctricos zumbaban como abejorros.

Una mujer afroamericana con rasgos y altura de modelo se le acercó. Lucía un elaborado peinado hecho de trenzas largas y finas con la raya al lado que le hacía ladear un poco la cabeza. Llevaba un abrigo beis de cachemira sobre un vestido de punto en el mismo tono, unos botines de ante verde musgo y los labios y las uñas pintadas de rojo. Portaba otro café, el imprescindible accesorio de los habitantes de esta ciudad, según Luz, a quien eso de no tener tiempo ni para tomarse un café le resultaba extraño y atractivo al mismo tiempo. Al parecer, sujetar un café calentito en vaso de cartón con tapa de plástico y algún logo estampado otorgaba un cierto estatus en aquel capitalismo tardío.

—¿Eres Luz? —preguntó la mujer con una medida sonrisa agradable.

Luz asintió, sintiéndose un poco inadecuada vestida con aquel

conjunto viejo cuyos continuos lavados habían sembrado de bolitas, sus botas desgastadas y su plumífero masculino. Y no podía olvidarse de la mochila a punto de reventar que llevaba colgada a la espalda, que tan crudamente contrastaba con el delicado bolso de piel rosa de la dueña.

—Hola, yo soy Mia.

Tras darse la mano, Mia empezó a abrir la tienda, hablando un poco de todo mientras colocaba dos sillas, la una enfrente de la otra, para hacer la entrevista. «Dónde estudiaste, cuáles son tus puntos fuertes y débiles, has trabajado alguna vez en una tienda…». Seguida de la conversación de rigor de todos los estadounidenses de clase acomodada cuando Luz les decía que era de España: «Ah, yo estuve en Barcelona, asegurándose de que el sonido de la letra c se oía bien. O Madrid, Granada, Málaga, a veces Sevilla, incluso Benidorm. Y ella: sí, la conozco. Estudié en Barcelona. Sí, mucho calor. La paella riquísima, claro. Sí, Gaudí es lo más. No, yo soy de Galicia. No, al noroeste. Como en Portugal, pero más arriba. Es poco conocido. El *country side*. Llueve mucho. ¿El Camino de Santiago? ¿Te suena?».

—Bueno, Luz. Me caes muy bien —dijo con un español bastante bueno—. Y tus papeles están en orden para trabajar, ¿no?

—Sí. Todo en orden.

—Pues bienvenida.

—¡Gracias! —se lo agradeció ella.

Después, Mia le enseñó cómo manejar la caja registradora, dónde estaba el excedente para reponer las cosas, cómo aromatizar la tienda, a qué hora podía cerrar para ir a comer, cómo poner música y cuáles eran las *playlists* habilitadas para eso. Sí, podía poner su propia música, siempre y cuando fuese *cool and chill*.

Mia sonrió y se fue al poco tiempo, dejándola al cargo. Luz tragó saliva. Mucho se chuleaba de su extensa educación, pero vender sales de baño japonesas a clientes ricos le imponía muchísimo.

Cada vez que miraba el precio de algo trataba de no mostrar su indignación o su susto. ¡Calcetines a cincuenta dólares! Por cinco euros comprabas tres pares en la feria de Padrón. Labial treinta y cinco. Cacao de farmacia a dos euros cincuenta. Trapos de cocina a sesenta dólares, exfoliante de coco a cuarenta. Palo de santo a cincuenta y cinco. ¿Estaba loca esta gente? Lo estaba, a juzgar por la cantidad de clientes que salían cargados de bolsas de miscelánea por valor de cientos de dólares.

Luz aprendió enseguida a traerse su comida de casa y a aprovechar los ratos muertos para escribir. Al final de la semana, recibió su primer cheque. Sonrió contenta. No era una fortuna, pero resultaba suficiente. Seguramente más que en la librería. Nada más llegar a casa llamó a Oona, la chica que había conocido en el Embarcadero Center,

para preguntar si la habitación seguía disponible. Oona contestó al momento. Habían reducido las visitas a dos candidatas, pero podía probar suerte. La citó para una entrevista al día siguiente.

CAPÍTULO 4

Luz se alejó para comprobar que el número de la casa era el correcto. Frente a ella, una verja escondía un jardín diminuto, repleto de palmeras, cipreses, pinos, magnolias, rododendros y demás vegetación. Aquel biombo de verdor ocultaba la casa, pero era suficiente para que desentonara en medio de un barrio donde las residencias eduardianas jalonaban las ordenadas avenidas del distrito de Richmond. Siguiendo las instrucciones que Oona le había dado la noche anterior, Luz abrió la cancela y se internó por un estrecho sendero de lozas. A medida que se acercaba, empezó a vislumbrar la casa, una enorme mansión victoriana cuya fachada estaba pintada de color verde oscuro, como un té cargado. Tenía molduras con decoraciones vegetales y la coronaba, como el sombrero de una bruja, una torre picuda. Le hizo pensar en la sombra de una vieja, encorvando su figura y flexionando los brazos, en una postura amenazante para asustar a los niños que osaran acercarse a su puerta.

Se recolocó las asas de la mochila y subió los diez escalones hasta la entrada principal. Tras atravesar un portalón oscuro y grueso ya abierto, y un porche cubierto con teselas de cemento hidráulico con la imagen de Medusa, llamó a la segunda puerta. Esta era más pequeña, pero no por ello menos imponente, con adornos de metal repujado que le daban un aspecto de mazmorra medieval. A los pocos segundos, la segunda entrada se abrió.

Oona y otra chica, probablemente otra de las candidatas, aparecieron en el umbral.

—Ya te avisaremos —le dijo Oona a la joven con un apretón de manos.

La muchacha dio las gracias y, antes de bajar los escalones, le echó una mirada furtiva a Luz.

Oona la saludó entonces y la invitó a pasar. Nada más poner un pie dentro de la casa, Luz sintió un pequeño tirón en la parte de atrás de la garganta, como si estuviese a punto de llorar. Aquella sensación tan intensa de *déjà vu* la desorientó unos segundos. Había un olor familiar en el aire, algo que la trasladó de inmediato a una época en que sus recuerdos se componían de colores y sombras, de olores y susurros. Se quedó inmóvil unos segundos, observando. Estaba en un recibidor donde predominaba la madera rojiza: en los muebles, tablones del suelo y el amplio friso. La mitad superior de las paredes estaban empapeladas con un papel en carmesí y filigranas doradas.

A la derecha había unas escaleras de madera con pasamanos de marfil, y a la izquierda un salón en penumbra, al que Oona la condujo. Allí había otras tres personas. Esperaban sentadas en un par de sofás de terciopelo dispuestos a ambos lados de una gran chimenea recubierta de ónix. Una mesa de café de cuero oscura anclaba la gigantesca alfombra turca que cubría casi toda la madera color caramelo. En esa habitación también predominaban los tonos sobrios; azules, verdes y algún toque burdeos en telas y tapices. Oona se sentó en una silla de estampado oriental. Luz se sentó en otra silla idéntica que desprendía el característico olor de los muebles viejos. Puso las manos en su regazo y observó a las otras personas, dos chicas y un chico. El chico tenía unas gafas parecidas a las de Luz, el pelo castaño claro y corto, la piel grasa y muy rosada, y un gesto tenso. No levantaba la mirada de la pantalla de su iPad. A su lado estaba sentada una chica delgada y alta, con el cabello, teñido de rubio, recogido en una coleta. Sus rasgos asiáticos armonizaban en una cara con forma de corazón. Su pequeño mentón tenía un hoyuelo que le daba un aspecto adorable. En el otro sofá había una chica que parecía un poco mayor. Iba vestida con una blusa blanca y una falda larga de un material grueso. Su pelo, rojo y rizado, estaba amordazado en un moño alto que dejaba ver su largo cuello. Parecía tener rosácea en su cara fina y alargada, donde resaltaba una nariz aguileña.

Oona habló, sonaba cansada.

—OK —dijo mirando sus papeles—. Esta es Luz Violeta.

Luz saludó con efusividad. No era tímida. De hecho, le encantaba ser el centro de atención, así que sintió un cosquilleo en el estómago al saberse escrutada. La chica pelirroja que, tal y como iba vestida, no desentonaba ni un ápice con la estética victoriana, le ofreció un té. Luz aceptó agradecida. Desde que había entrado en esa casa, le daba la impresión de que le iba a dar un vahído. Mientras la chica pelirroja se perdía en la cocina, Luz trató de ganarse el favor de su audiencia.

—Qué casa tan preciosa —dijo mirando a la chimenea—. Y entonces, ¿vivís todos aquí?

—Falta Dariel, el dueño. Está de viaje —contestó Oona.

—Siempre está de viaje —dijo Fen, la chica asiática.

David, el chico callado que no levantaba la mirada de la pantalla, pareció esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Puedo preguntar de dónde es ese acento? —preguntó la otra chica, Rose, cuando volvió de la cocina con una tacita de porcelana traqueteando en un plato a conjunto.

—Claro. De España.

Transcurrieron entonces cinco minutos en los que cada una narró sus experiencias con Madrid, Barcelona, Ibiza y Andalucía. Hasta David, que resultó ser inglés, murmuró que había ido una vez con su

padre.

Después de las preguntas, Oona recitó las normas de la casa. Horarios de uso de la cocina, turnos de limpieza, etc.

—¿Y cuánto cuesta la habitación? —preguntó Luz mirando alrededor.

—Ochocientos. Internet, gas, luz y agua incluidos.

Luz asintió sin dejar mostrar sus emociones. Con ese dinero se podía permitir un ático en el Retiro en Madrid, por lo menos.

—¿Vamos a ver el cuarto, entonces? —preguntó Oona levantándose.

Luz la siguió a través del vestíbulo mientras Oona comenzaba la explicación.

—Por esas escaleras está la sala de fiestas —dijo, señalando hacia los peldaños oscuros que iban hacia abajo—. Aunque casi siempre está cerrada.

—¿Has dicho sala de fiestas? —preguntó Luz, creyendo que podía no haber entendido bien.

—Sí, algunas de estas mansiones todavía las conservan. Por aquí —dijo la chica, conduciéndola hacia el final del pasillo donde unas escaleras pequeñas se perdían en el segundo piso—. Estas solían ser las escaleras del servicio —añadió, mientras subía los estrechos escalones sujetándose al pasamanos—, pero para llegar a tu habitación es lo más rápido. Aunque no tienes que usarlas si no quieres.

Se pararon al principio de un pasillo largo con las paredes llenas de retratos. Una alfombra cubría todo el suelo como una lengua de terciopelo.

—Este es el primer piso, aquí están las habitaciones de Dariel, Rose y la mía. Hay dos baños que compartimos Rose y yo; el otro está dentro de la habitación de Dariel.

Luz hizo el ademán de caminar por el pasillo, suponiendo que le iba a enseñar ese piso, pero Oona siguió subiendo.

—Aquí. —Entonces Oona sí se adentró en esa planta y señaló las diferentes puertas—. Estas son las habitaciones de David, Fen y el baño, que, para mi gusto, es el más bonito. —Oona abrió una puerta con un cristal cubierto por una cortina blanca. Las recibió una sobredosis de baldosas blancas y negras y apliques dorados—. Tiene la mejor luz. Y aquella puerta de allí es la biblioteca. —Señaló la última puerta al final del pasillo—. La puedes usar para conferencias, lecturas o lo que quieras.

Retomaron las escaleras del servicio, que terminaban en una puerta tras la que había unas escaleras todavía más endebles.

—Ahí arriba estaría tu habitación.

—¿Por ahí arriba? —confirmó Luz mirando con recelo la poca apetecible travesía.

Oona asintió encogiéndose de hombros.

—Vale —titubeó Luz, y subió la escalerilla.

Llegaron a una habitación circular adornada con molduras, papel de pared tipo William Morris y una ventana con un drapeado grueso de cortinas. La cama tenía un dosel de cuatro capiteles y, en la pared opuesta, había un armario tras dos puertas correderas, cuyo dintel estaba decorado por una hilera de rosas talladas en la propia madera.

—Es la torre de la casa. Y la mejor parte —dijo Oona entusiasmada —. ¡Tiene su propio baño! —Descorrió una cortina que desveló un wáter, un lavabo y un espejo algo desconchado—. Este inodoro lleva funcionando desde hace más de cien años. Así que no tires papel de ningún tipo. Y si has comido algo muy picante, mejor que uses el de Fen y David —dijo Oona, sin que Luz discerniera si bromeaba o no—. ¿Te gusta?

—Me encanta. ¿Puedo preguntar cuánta gente está interesada?

—Ahora mismo, otra persona y tú. Vinieron un par de personas que no nos dieron buen rollo y otras dos que no volvieron a llamar, ¿te lo puedes creer? —Oona hizo un gesto pícaro—. Entre nosotras, yo creo que la gente piensa que le pasa algo raro, porque no se creen que sea tan barata.

Luz pretendió no sorprenderse. ¿Ese precio les parecía barato? Ahora que lo pensaba, viendo lo que costaban el resto de las cosas, no le sorprendía tanto. Preguntó, sin perder un segundo:

—Ya. Y entonces, ¿cómo puede ser tan barata?

—Dariel nos cobra poco. A cambio, nos encargamos de mantener la casa bien cuidada. Lo único que nos pide es que no cambiemos nada sin consultarle. Cuenta la leyenda que, si entras en esta casa con un mueble de Ikea, arderás en combustión espontánea. Bueno, el mueble seguramente no, porque le echarán retardante de fuego o algo. —Oona se rio de su propio comentario con un pequeño gruñido. Luz la secundó—. Dariel viene poco. —La chica limpió con la mano una mota de polvo de la mesilla—. Tiene casas en otras partes. Es un casero muy peculiar. Si al final te quedas, ya le conocerás.

Un aire frío le rozó la nuca a Luz. Se abrazó instintivamente. Había algo opresivo en el cuarto. Desorientador. No sabía muy bien qué, quizás fuera la ausencia de esquinas. Pero el precio parecía ser bueno y la casa preciosa.

Luz le tendió su mano a Oona.

—Me encantaría ser considerada —dijo apretando la mano de la otra con convicción.

Oona asintió, le deseó buena suerte y la acompañó a la puerta, donde la despidió con el mismo «ya te avisaremos» que había dedicado a la candidata anterior.

CAPÍTULO 5

La casa de su padrino estaba calentita cuando Luz regresó. Los gatos le dieron un restregón rápido antes de desaparecer entre las sombras del pasillo.

—¡Hola, padrino! —saludó Luz mientras dejaba las llaves y el abrigo en la entrada.

Alexander proyectó su voz desde el salón:

—¡Hola, *mijita*! Ven. Ven a conocer a mi vecina Gladis.

Luz se dirigió al salón, donde Alexander y la tal Gladis estaban jugando al dominó. Las fichas competían por el espacio con copas de licor y billetes de dólares. El cuarto estaba saturado de humo.

—Mira, esta es mi ahijada: Luz Violeta

Ella levantó la mano a modo de saludo, mientras Gladis la miraba a través de sus gafas de alta graduación. Sus ojos apenas eran unas rendijas tras el grueso cristal, que sobresalía de la montura en peligroso equilibrio en una nariz del mismo color y forma que un garbanzo. Llevaba una bata de boatiné a conjunto con las zapatillas, el pelo escondido bajo un pañuelo y sonreía mostrando el nacimiento oscuro de sus muchas coronas.

—¡Un placer conocerla, joven! —dijo Gladis con efusividad.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó Alexander mientras ponía una ficha en la mesa.

—Bien, alguien pagó cien dólares por una cajita con dos tazas de hojalata para ir de *camping*… —ironizó ella.

—¿Y la casa de Richmond?

—Es una mansión que no te lo crees. Aluciné. La habitación es un poco rara, más que una habitación es una torre. Pero ochocientos dólares es muy buen precio en esta ciudad, ¿no?

—Para ustedes los jóvenes, me imagino que sí —contestó Alexander.

Luz se sentó en el brazo de un sofá, observando los movimientos que hacían con las fichas.

—Ese barrio me dio un poco de miedito, tan envuelto en la niebla y tal, pero bueno, el Golden Gate y Presidio están ahí al lado. Y el mar, claro. Y todos me cayeron muy bien. Bueno, a los que conocí. El dueño está de viaje, y uno de ellos es tan raro que ni habla.

—¡Fantástico! —exclamó Alexander mientras colocaba una ficha—. Ojalá te escojan.

—Yo creo que me los camelé bien —dijo Luz metiéndose en la boca un par de almendras que pescó de un bol que había en la mesa supletoria.

—Bueno, ¿y qué te parece la *sity?*—preguntó Gladis con lo que a Luz le pareció acento cubano.

—Me gusta bastante, menos los precios y el frío.

—Como dijo Mark Twain: «Nunca hubo un invierno más frío que un verano en San Francisco» —pontificó Alexander llevándose la copa a los labios.

—Eso no lo dijo Mark Twain —le contradijo Gladis, cortante.

—Sí que lo dijo. Tú qué sabrás, que solo lees las notas necrológicas —respondió el otro, señalándola con un dedo acusatorio—. Nadie sabe quién lo dijo, de hecho.

—¿Sabes quién no lo dijo? —preguntó Gladis, enigmática.

—¿Quién? —se interesó Alexander.

—Tú —respondió Gladis con picardía.

—Ni tú —dijo Alexander de vuelta dejando la copa en la mesa con un sonido rotundo.

Hubo un momento de silencio en el que Alexander y Gladis se miraron con los ojos entrecerrados y el gesto muy serio. Luz se imaginó unas plantas rodadoras atravesando por el salón al ritmo de una armónica solitaria. De pronto, se echaron a reír como si alguien hubiese contado un chiste graciosísimo.

—Ya, juega, chamo, que llevo esperando una hora —dijo Gladis poniéndose seria otra vez.

—¡A la señora le molesta esperar! —se quejó Alexander.

—No es que me moleste, pero lo haces para retrasar tener que pagarme el *monys.* —Gladis se frotó los dedos de una mano.

—Ja, que te crees que vas a ganar —se mofó Alexander.

—Pues como siempre —añadió Gladis.

—Bah. Cada día estás más loca, ya no sabes lo que dices. Mira la hora, después me echarás la culpa de que no te da tiempo a preparar la cena. —Alexander señaló el reloj en la pared.

—Ay, no —se fingió alarmada su vecina, y después comenzó a cantar con la mano alargada hacia Alexander—. *Reloj, no marques las horas…*

Luz se movió incómoda en el reposabrazos. La complicidad de aquellos dos podía resultar adorable unos minutos, pero resultaba cargante si pasaban de los cinco. Hizo ademán de incorporarse para irse, cuando Alexander le dijo:

—A ver, *mijita* linda, ¿quieres que pidamos cena?

—¿*Pizza*? —preguntó Gladis—. ¡Me apunto!

—Venga —dijo Luz, resignada. Si quería comer, tendría que soportar sus chistes un rato más.

—Joven, ¿sabe usted jugar al dominó? —le preguntó Gladis con seriedad.

Luz sonrió mientras asentía. De perdidos al río. Además, no solo sabía jugar, sino que era, en su opinión, una experta. Había aprendido con su abuelo en el bar del pueblo.

—Pues a qué estás esperando. —Gladis agitó los brazos y Luz tomó asiento disimulando su sonrisa.

Los tres jugaron hasta que llegó la *pizza*. A Luz la desplumaron, lo que le hizo replantearse su presunta destreza con el juego.

Cenaron con la tele encendida en un programa *reality* en el que un grupo de cazafantasmas visitaban casas que decían estar embrujadas en busca de pruebas. Era el programa favorito de Gladis.

Mientras acariciaba el suave lomo de uno de los gatos, que ronroneaba como una pequeña cafetera hirviendo, Luz recibió un mensaje de Oona. En tono amistoso, le decía que le habían dado la habita a otra persona.

Luz dejó salir todo el aire y apartó al felino de su regazo con cuidado.

—Pues ya está. Le dieron la habitación a otra —dijo disimulando la decepción en la voz.

—¡*Pucha, po*!—exclamó Alexander—. ¿Te dicen por qué?

—No dan más explicaciones.

—Bueno, pues ellos se lo pierden. Ya sabes que te puedes quedar todo el tiempo que quieras acá —dijo Alexander, buscando su mirada.

—Gracias, padri —murmuró Luz, rompiendo el contacto visual para mirar por la ventana.

Una densa gasa de polución, niebla y noche se había asentado en el horizonte.

Se reclinó en el sofá. En la tele, un anuncio de pollo frito subió los decibelios. Luz trajo a su memoria la mejor descripción que pudo de la chica que había salido antes que ella. Era más alta, más sofisticada, con el pelo más claro, con seguridad hablaba mejor inglés, sin ese acento denso que hacía que se le cansase la lengua y la garganta al final del día. Y seguramente tendría un trabajo de verdad.

Pensó en todas las veces que la dejaban última en el recreo cuando había que elegir compañeros para jugar al brilé. Y ya, para añadir una dosis extra de autocompasión, recordó cuando nadie la había escogido para bailar en aquel campamento de verano en Jaca. Había tenido que fingir un esguince para que nadie se extrañase del enrojecimiento en sus ojos.

Con piedras en la garganta, dio las buenas noches a su padrino y a Gladis, que seguían parloteando, bebiendo licor dulce y fumando como carreteros, y se fue a dormir.

Decidió, tras lavarse los dientes y antes de ponerse el pijama, que,

en verdad, era peor para ellos. Ella ya encontraría algo.

Esa semana se la pasó cada minuto que tenía libre buscando habitación. Se pateó toda la ciudad en busca de carteles que anunciaran habitaciones vacantes y consultó todas las webs y periódicos que pudo. Pero lo único que encontró fueron sitios horribles, algunos muy tétricos y mucho más caros. Se tenía que abrir espacio a codazos en los días que enseñaban esos cuchitriles malolientes que con seguridad albergaban ratas, cucarachas o chinches; habitaciones sin ventanas o con estas desconchadas o que no se podían abrir, ubicadas, sin excepción, en barrios que dejaban bastante que desear. Empezaba a perder la esperanza de encontrar algo decente, así que comenzó a hacerse a la idea de que el cuarto de costura de su padrino sería su nuevo hogar.

Era jueves cuando soñó otra vez con aquella cripta oscura y opresiva. Normalmente solo soñaba con ella una vez al año, como mucho. Cuando se vio otra vez allí, comenzó a hiperventilar y a chillar, aunque sabía que era inútil, que no había nada dentro de su mente, ni fuera, que pudiera ayudarla a salir de allí. Buscó sus manos, que no podía ver ni sentir. Y luego comenzó a correr en la oscuridad, buscando una puerta que nunca encontraba. Entonces oyó un grito que no era el suyo. Un grito de algo que no era humano, o que quizás había dejado de serlo hacía mucho tiempo. El grito se volvió monótono y repetitivo hasta que se convirtió en una alarma. Abrió los ojos y vio a Alexander dando manotazos a su teléfono.

—¿Cómo se apaga esta *weá*?

Luz lo miró desorientada unos segundos hasta que Alexander le pegó un grito:

—¡*Pucha*, apaga eso que me va a dar un infarto!

Luz cogió el teléfono y, tras un par de intentos adormilados, consiguió silenciarlo.

—Lo siento, estaba roque.

—Y tanto, hija. ¿Seguro que esto no es narcolepsia o algo?

Ella se encogió de hombros.

—No sé, al final siempre me despierto.

—Bueno, me voy a trabajar —anunció su padrino—, que nos ha subido la factura del agua, con doña limpia dándose esos baños dignos de Cleopatra.

—Hoy encontraré un sitio —lo tranquilizó ella—, tengo un par señalados que prometen.

—Que ya sabes que te puedes quedar más, *mijita*. Estoy bromeando, no más.

—Igual, quiero un sitio propio. Notar que me he establecido, ya

sabes.

—Entiendo. —Alexander le apretó un poco la mano y acompañó el gesto con una sonrisa. Se levantó emitiendo un quejido exagerado y abandonó la habitación, no sin antes añadir—: Nos quedamos sin café. ¿Te haces cargo?

—Café, OK —contestó Luz, frotándose los ojos.

CAPÍTULO 6

A media mañana, después de cobrarle cuatrocientos sesenta dólares a una señora por una manta de lana como las que debían dar a los niños en la inclusa, Luz recibió un mensaje de Oona:

La habitación es tuya si todavía no has encontrado sitio.

De la emoción, Luz casi se atragantó con la barrita de cereales que estaba comiendo.

¿Cuándo puedo entrar?

Esta misma noche si quieres :D

Luz dejó el teléfono boca abajo y pegó un gritito.

Inmediatamente, marcó el número de su padrino:

—¡Hola, padrinito querido! —canturreó en el teléfono—. ¡Adivina quién ha encontrado casa!

Entre otras expresiones de júbilo, Alexander gritó un aleluya que hizo que Luz entendiese que, en efecto, estaba alargando su estancia más de lo que su padrino hubiese querido.

—Sabía que esa gente iba a entrar en razón —añadió cuando Luz le dijo que era para la casa de Richmond para la cual, en un principio, habían rechazado.

El frío era polar cuando se bajó del autobús en la parada más cercana a su nuevo hogar. Arrastró su maleta por las calles vacías. Su única compañía eran los cuervos. Algunos graznaban engarfiados a los cables de la luz, pero la mayoría trenzaban sus vuelos en el aire, dibujando grecas negras para el ojo rápido. Había tantos que resultaba un poco inquietante... Sabía que Hitchcock había grabado *Vértigo* en san Francisco, pero ahora se preguntaba si no se habría inspirado también para la de *Pájaros*. Apuró el paso.

A su izquierda estaba el Golden Gate Park. La niebla convertía el famoso parque en una acuarela de manchones verdinegros. Si miraba hacia su derecha, podía atisbar el parque del Presidio, que se extendía a lo lejos como un horizonte vegetal impenetrable. Sobre su cabeza, los cables de electricidad parecían telarañas dibujadas en un cielo

opaco. Se paró para escribir esta última metáfora en su bloc de notas. Se guardó la libreta con satisfacción. Inspiró y cerró los ojos. El aire olía a humedad y hierbajos. Sonrió. Retomó su paso.

Cuando por fin llegó a la casa, ya era de noche. Dedujo que otra vez se había confundido de parada y había tenido que caminar más de lo necesario. Chasqueó la lengua y abrió el grueso portalón que, como no podía ser de otra manera, chirrió quejumbroso. Un cuervo, quizás la mascota de Poe, pareció anunciar su llegada, ya que se puso a graznar al mismo tiempo que Luz apretaba el timbre delineado con geometría en bronce. Oona abrió a los pocos segundos.

—Bienvenida —dijo con una mano en alto—. Mi casa es su casa.

Luz sonrió de oreja a oreja.

—Gracias.

Sin más preámbulos, Oona la guio hacia la habitación de la torre. Esta vez usaron las escaleras principales.

La casa estaba oscura y silenciosa. Aunque esto último no era del todo exacto. Había sonidos, una especie de partitura hecha de acordes suaves: relojes marcando el tiempo, tuberías quejándose de su mucho trabajo, tablas del suelo chirriando a su paso… También un zumbido ahogado al que Luz no supo encontrar procedencia llenaba los huecos vacíos de voz.

Oona iba encendiendo las luces a medida que avanzaban, haciendo que las sombras, que parecían monstruos espectrales, se revelaran como inofensivos sillones, mesas, divanes y demás mobiliario.

Se detuvieron en el rellano del segundo piso, donde la luz incidía sobre dos retratos colgados paralelos en lo alto de la pared oscura y enmarcados en madera con pan de oro. Eran un hombre y una mujer de mediana edad, posando circunspectos. Estaban sentados en lo que parecía la misma silla, como un reflejo distorsionado del otro. Detrás de ellos había una pared gris con algo de luz arrojada de manera caótica. Ambos iban vestidos de negro con camisas blancas, la de ella con chorreras y cerrada hasta el nacimiento de la mandíbula. Tenía el pelo gris y el rostro surcado de arrugas tenues. Sus brazos, redondeados por la edad, descansaban en el sofá. Solo una mano era visible. Estaba adornada con un suntuoso anillo y agarraba el reposabrazos en tensión, lo que contrastaba extrañamente con la pose gentil y relajada del resto del cuerpo. En su negro regazo, fulguraba un ramo de flores blancas.

Él poseía una figura afilada. Lucía una calva incipiente, pero su barba todavía conservaba algo del castaño de su juventud entre las hebras canosas. Sus manos estaban cruzadas en su regazo. Su corbata, ladeada.

Oona se percató de que Luz se había quedado mirando a la pareja.

—Son el Conde Lorenzo Flavio Di Leone y Constanzo y su mujer,

Alma Arabella. Fueron quienes construyeron esta casa, ¿y los bisabuelos de Dariel? —se llevó el dedo índice a la mandíbula—, ¿o eran sus tatarabuelos?

Luz se fijó en los ojos de él, luego en el gesto de ella. Había una austeridad casi siniestra. Supuso que por lo caro que era hacer este tipo de representaciones, no te podías permitir exhibir un gesto risueño o probar una carantoña, ya que sería uno de los pocos retratos que quedarían de ti.

—¿Seguimos? —preguntó Oona abriendo el brazo como invitación.

Luz asintió y sonrió al mismo tiempo, como saliendo de su trance. Sujetó su maleta y continuó su camino. No había otro acceso que las estrechas escaleras del último tramo. El esfuerzo de maniobrar con su pesada maleta la dejó sudando y con el aliento entrecortado. Por eso pensó que el pequeño mareo que la embargó al entrar en el cuarto de la torre se debía a ello. Se tocó la zona de las costillas con la mano abierta de manera inconsciente.

Oona encendió las luces. En efecto, la habitación era una ganga, pensó, mientras la escaneaba ahora con ojos más entrenados en el mercado de alquiler en San Francisco.

—Las sábanas ya están cambiadas —dijo Oona—. La asistenta vino esta mañana. La primera limpieza está incluida en el alquiler. Pero si quieres que limpie tu habitación una vez cada dos semanas, son cincuenta dólares más.

—Ya me apaño yo, gracias —contestó Luz incomodada por la idea de que otra persona se encargase de su porquería.

—OK —dijo Oona sin mayor emoción, quizás un poco sorprendida de que rechazase un servicio que probablemente a ella le parecía a muy buen precio. Pero Oona seguramente estaba acostumbrada a señoras de la limpieza en su vida. A ella, en cambio, la habían educado desde niña para ser autosuficiente.

—Bueno —Oona extendió los brazos, —te dejo que te pongas cómoda. Mañana resolveremos el papeleo. Hay un par de cosas que te tengo que explicar y todavía tienes que firmar el contrato. También necesito una fotocopia de tu visado.

—¿Te hace falta mi Green Card?

—¿Ya tienes Green Card? —Oona sonó sorprendida—. ¿No tardan mucho tiempo?

—Me pasó la cosa más loca. Me tocó por sorteo.

—¿En serio? —Oona se apoyó en la puerta con las manos en los bolsillos, esperando que ella le diera más detalles de aquella increíble hazaña.

—Sí. Me apunté por la tontería. Ya tenía la idea de venirme a este país a probar suerte. Cuando me llegó el mensaje de que me había tocado, pues te puedes imaginar. Menos del dos por ciento de

posibilidades.

—¡Qué buena suerte!

—Me tocan las cosas muy fácilmente. Una vez, con los envoltorios de los yogures, me tocó una moto. Aunque me *esnafré* con ella. Ya sabes, ¿buena suerte, mala suerte? ¿Quién sabe?

—Es verdad —asintió distraída Oona.

—Pues… ya veremos si esto es buena suerte o no —contestó Luz con gesto de dentera.

—Esperemos que sí. —Oona imitó el gesto de su nueva compañera de casa.

Hubo un silencio incómodo en el que Luz movió la maleta en el suelo unos centímetros.

—OK, pues yo ya me retiro, entonces —anunció Oona dando una pequeña palmada.

—La verdad es que estoy hecha polvo —añadió Luz.

—Que pases una primera buena noche. ¡Y no te olvides de mirar debajo de la cama!

—¿Por qué?

—Nada, es una broma. Un dicho de por aquí.

—Ah —sonrió Luz incómoda, preguntándose si se referiría a asesinos, monstruos o bichos.

Tras escribir un par de versos en su diario y tachar dos poemas enteros que le habían parecido una mierda, se preparó para acostarse. Comió un trozo de chocolate que tenía en la maleta, se puso el pijama y se aseó. Luego se metió en la cama, que era blanda, quizás demasiado para su gusto, pero mullida y agradable. Las sábanas eran suaves y la colcha pesada. No había encontrado toallas o cambio de sábanas, e hizo una nota mental para preguntar si tenían extra o si debía asumir los cargos ella misma. Apagó la luz.

La casa parecía respirar con el ritmo pausado del sueño. Adentro, afuera, adentro, afuera. Luz podía oír uno de los relojes desde allí. Las cortinas estaban medio echadas y la luz de las farolas se filtraba por la ventana. Había una corriente de aire, fría y mohosa. La modorra la envolvió como una manta gruesa. Se colocó de lado, posó las gafas en la mesilla y dejó que sus párpados cayesen sobre sus ojos. La respiración se le comenzó a ralentizar y su mente a alcanzar un estado hipnagógico.

Algo la espabiló de golpe. Primero recibió un olor insoportable, una mezcla de fruta madura, acritud y moho. Después notó, con absoluta claridad, cómo alguien se metía en la cama con ella. Notaba el peso de otro cuerpo a su lado, el ruido de los muelles del colchón doblegándose al intruso. La corriente de aire frío que había notado antes se coló bajo las mantas, erizándole la espina dorsal. Comenzó a respirar rápido. Los dientes le empezaron a temblar. Y la piel le dolía

de tan erizada que se había vuelto. Abrió lentamente los ojos mientras trataba de calmar su respiración, preparándose mentalmente para enfrentarse a quien fuera que se hubiese metido en su cama, y se giró con brusquedad para sorprenderlo en la penumbra. El otro lado del colchón estaba vacío, pero le pareció que la forma de una cabeza había quedado claramente marcada en la almohada.

CAPÍTULO 7

Luz fue la primera en bajar a la cocina a la mañana siguiente. Preparó café, abrió un paquete de galletas que había traído consigo y se sentó en una banqueta de la gran mesa que presidía el centro de la cocina, dejando la mochila y el abrigo a su lado. La madera estaba estriada y adornada por diferentes manchas. Luz se preguntó cuántos años tendría. Entonces, un retortijón le removió el estómago al recordar el suceso de la noche anterior. Se enfrentó a su memoria con rigor científico. ¿Estaría dormida, como cuando se despertaba de golpe y no acertaba a diferenciar entre realidad y sueño? ¿Se debía a los nervios de pasar la noche en una casa nueva? Al fin y al cabo, ella no creía en fantasmas. ¿No era requisito creer en fantasmas para ver fantasmas? El estómago se le sacudió de nuevo al acordarse de la chica con la que se había cruzado en las escaleras cuando vino a entrevistarse para la habitación. A ella le habían ofrecido el cuarto antes. ¿Por qué se había ido tras pasar tan poco tiempo?

Dio un mordisco a su galleta, seguido de un sorbo a su café. Desde allí podía ver la ventana de la casa que asomaba tras la parte trasera del jardín. Había una mujer cocinando algo en el fuego. Observó también las casas de los lados, todas con bonitos y pequeños jardines, y por lo que podía apreciar, totalmente modernizadas por dentro. No como aquella, que hasta mantenía la alacena de la construcción original, con un compartimento abierto a la calle, protegido por una rejilla para evitar la entrada de alimañas, cuya función era conservar los alimentos perecederos utilizando el frío proveniente del exterior. También tenía una palanca que abría la puerta desde lo alto de las escaleras del primer piso. E incluso poseía aún las campanas y el rudimentario interfono para comunicarse con los sirvientes desde los cuartos de la familia, aunque este último ya no funcionaba.

Al rato apareció David, que ni siquiera la saludó mientras vertía café en un gran termo. Tras la operación, huyó de la cocina de vuelta a su cuarto como un ratón pillado *in fraganti*.

Rose bajó después, los mofletes colorados por la rosácea comenzaban a parecerle bonitos en ella. Iba vestida con un aburrido traje de chaqueta gris claro, el pelo recogido en un moño, y su pase de bibliotecaria colgado del cuello. Se sirvió café y se sentó a la mesa, frente a ella.

—¡Buenos días! ¡Bienvenida! ¿Qué tal has dormido en tu primera

noche? —dijo con una sonrisa mientras soplaba su café humeante.

—Bien —mintió Luz—. ¿Y tú?

—Bien, también. Gracias.

El silencio incómodo se extendió entre ambas hasta que Fen entró por la puerta de la cocina. Venía vestida con mallas de deporte y apretaba botoncitos en su podómetro.

—He hecho una milla más hoy — anunció contenta mientras sacaba de la nevera un gran vaso con un batido de color verde barro. Saludó escuetamente a Luz, quien correspondió con la misma energía.

—¿Y Oona, ya se fue? —le preguntó Rose a Fen.

Fen asintió.

—Quería llegar a la clase de yoga de su oficina.

—Ah, y además hoy es *bagel* viernes en su curro, ¿no? —recordó Rose.

—Es verdad. Como para perderse tal manjar —bromeó Fen mientras daba pequeños sorbos de su poco apetecible mejunje. Le puso el chiste tan en bandeja, que Luz se habría metido con ella, pero no las conocía lo suficiente como para desvelarles aún su lado más sarcástico.

—¿Os puedo hacer una pregunta? —interrumpió abruptamente—. ¿Sabéis por qué la otra chica no se quedó con la habitación?

Rose y Fen intercambiaron una mirada breve.

—No —se apresuró a decir Rose.

—Dijo que no era un buen sitio para ella —añadió Fen.

—¿Por qué lo preguntas? —Rose trató de sonar tranquila, pero su boca apretada indicaba otra cosa—. ¿No te gusta la habitación?

—No, no. Me encanta —Luz arqueó mucho las cejas para enfatizar su respuesta, agarró la taza de café con las dos manos, y añadió—: Por curiosidad.

Rose asintió amablemente y Fen se apoyó contra la encimera.

Notando la tensión, Luz terminó su café de un trago, se metió en la boca el trocito que le quedaba de galleta, se levantó, se puso el abrigo y se colgó la mochila.

—Pues yo me voy a trabajar ya. ¿Por aquí también se sale? —preguntó señalando la puerta de atrás con el dedo gordo.

Fen asintió.

—Una cosa —dijo Rose justo antes de que Luz saliera—, los viernes vemos *The Bachelor* todas juntas. Cenamos comida basura y nos hacemos la manicura.

—Irónicamente, es en realidad una respuesta deconstructivista hacia los roles de feminidad sumisa y vacua impuestos por el patriarcado —comentó Fen en un tono desafectado mientras removía su batido.

—Bueno, sí, irónicamente. ¡Pero nos encanta! —rio Rose—. ¿Te apuntas?

—No conozco ese *show*.
—Es un *reality* —explicó Rose.
—¿Como *Gran Hermano*?
—Del estilo. Pero mejor —añadió la otra con media sonrisa.
—Venga, me apunto —dijo Luz poco interesada en el *show*, pero comprendiendo que era una oportunidad para conocerlas mejor—. Pero de comida basura nada. Os voy a hacer una cena española.
—*¡Awesome!* —dijeron las compañeras de piso casi al unísono.
Luz se despidió y corrió hacia la parada. Todo aquel parloteo iba a hacer que llegase tarde a su segunda semana en la tienda. Y ella odiaba la impuntualidad, a pesar de que era uno de sus peores defectos.
Llegó justo a tiempo de abrir y el día pasó como un rayo, con Luz distraída planeando el menú para la noche de chicas. A la hora de cerrar, no se demoró ni un minuto en dejar la tienda lista para Ashley, la chica que trabajaba los fines de semana.
Como cada tarde después de salir del trabajo, primero paró en un par de librerías. Se pateaba los barrios de San Francisco con la mochila repleta de ejemplares de su pequeño pasquín de poemas, que había imprimido sin escatimar en tinta y papel del bueno. *El Faro*, se titulaba, y eran poemas de hacía un par de años que ella misma había traducido al inglés. La mayoría de los sitios eran muy amables y le decían que mandase un *email* con su biografía y premios o menciones en revistas literarias, si los hubiera; también le recomendaban que mandase poemas a las diferentes revistas *online* que admitían manuscritos periódicamente. Y a concursos. Luz asentía como si le acabasen de dar la receta de la nitroglicerina, aunque estaba cansada de mandar sus poemas, en español, gallego e inglés, a cuanta web, revista y *fanzine* existía. Una librería pequeña en una callejuela cerca de Cole Street le aceptó un par de poemarios y los colocó en una estantería del fondo, al lado de otros autopublicados.
Luz salió de la tienda con una sonrisa triunfal, no sin antes coger un folleto que anunciaba una lectura de poetas en una casa de aquel barrio ese mismo fin de semana. La vida le sonreía.
Paró en la tienda del barrio para comprar cervezas, huevos, patatas y aceitunas. Había prometido hacer una verdadera cena española y, como la cocina no era su especialidad, se había decantado por una tortilla de patatas y gazpacho. El gazpacho lo tachó de la lista al ver los precios de los únicos tomates que tenían buena pinta. Le salía más a cuenta que le mandaran uno de tetrabrik desde España, pensó sarcástica. Así que la tortilla y unas apetecibles aceitunas importadas de Grecia tendrían que bastar.
Caminó las últimas manzanas con las bolsas de la compra ralentizándole el paso. El barrio estaba vacío, salvo por algunos

vecinos somnolientos con los que se cruzaba de vez en cuando. No dejaba de sorprenderle lo solitarias que eran aquellas calles. El aire estaba entremezclado con una nube blanquecina que posaba pequeñas gotas en su piel. Los cuervos graznaban en las ramas de un gran pino de costa. Parecía que en cualquier momento se le iba a aparecer un zombi doblando lentamente la esquina.

Apuró el pasó los últimos metros antes de abrir la puerta.

La casa se encontraba, como parecía ser la norma, en silencio y a oscuras. Se dirigió a la cocina y, nada más dejar las bolsas sobre la gran mesa de madera, se dispuso a cocinar. Buscó en las alacenas cada vez más contrariada.

—¿No hay aceite de oliva? ¿Qué clase de civilización no tiene aceite de oliva? ¿Con qué fríen?

—No freímos mucho —dijo Oona, que acababa de llegar—. El colesterol y esas cosas. El aceite de oliva, que lo tenemos muy bueno en California, por cierto, lo usamos más como condimento.

—Pero es mentira que el aceite suba el colesterol. O eso creo. Bueno, el mío está muy bien, y como fritos a todas horas en España.

Disimuladamente, metió barriga para dar más credibilidad a su argumento.

Oona le pasó una botella de plástico que ponía aceite vegetal.

—¿Este te vale?

—Tendrá que valer —dijo mientras lo inspeccionaba—. Es mejor, incluso, por si la tortilla me sale mal. Le puedo echar la culpa al aceite barato.

—¿Quieres que te ayude?

—Si quieres, genial. Hay que pelar bastantes patatas.

—¿Pelador? —Oona le preguntó.

—Si quieres. Aunque yo uso cuchillo, a la vieja escuela.

—Ahora me dirás: cuanto más romo, mejor.

Luz se rio.

—Ni tanto ni tan poco —trató de decir en inglés, pero le dio la impresión de que su traducción casi literal no le resultó muy inteligible a Oona.

Ambas se sentaron alrededor de la mesa y comenzaron a pelar. Enseguida notó que no era algo a lo que Oona estuviese muy acostumbrada.

Luz aprovechó para preguntarle lo mismo que por la mañana había preguntado a sus otras compañeras de piso:

—¿Por qué crees que se fue la otra chica que había alquilado la habitación?

—Ah, ¿la otra chica? —Oona se apartó un mechón de la frente con la manga. Su voz tembló un poco—. Pues no lo sé, la verdad. No dijo por qué, aparte de que no era un buen *match* para ella.

«Miente», pensó Luz, pero añadió:

—Ah, qué raro, porque según lo que he visto yo por ahí, esa habitación es un chollo para los precios de San Francisco ahora mismo.

—Sí, la verdad. Muy extraño. Oye, me voy a dar una ducha, ¿vale? Que me noto toda pegajosa. ¿Terminas tú?

—Sí, claro, vete a asearte. Sin problemas.

Luz peló y cortó la última de las patatas, batió los huevos y acabó la tortilla antes de que ninguna de sus compañeras hubiese bajado al salón. Decidió que iba a dejar correr el tema de la otra chica, ya que nadie parecía querer hablarle de eso. A lo mejor era verdad que no le gustó el cuarto, simplemente. Decoró la tortilla con un par de aceitunas del bol en el que las había vertido.

«Eres muy desconfiada», se dijo a sí misma mientras llevaba la cena al salón.

CAPÍTULO 8

Sus tres nuevas compañeras aparecieron escalonadamente, cada una aportando algo de comer o beber y algún esmalte de uñas. Sin ninguna ceremonia, encendieron la tele y empezaron a dar cuenta de la comida.

—Esta *fritatta* está muy rica, Luz —exclamó Rose tapándose la boca llena con una mano.

—¿*Fritatta*? ¿Qué es eso? —preguntó Luz frunciendo el ceño.

—¿No es una *fritatta*? —dijo Fen inspeccionando el plato.

—¿Así llamáis aquí a una tortilla?

—Tortilla, ¿como las tortillas mexicanas? —añadió Oona.

—¡No! No, eso son tortas, ¿no? Tortilla es huevos con patatas y en la sartén —insistió Luz.

—¡Ah!, ¡*omelette*! —Rose probó suerte de nuevo.

—¡No! La *omelette* no lleva patatas —Luz trataba de no sonar exasperada—. Eso es tortilla francesa para nosotros.

—¿Francesa? ¿Por qué? —preguntó Fen moviendo un pedazo con su tenedor.

—No sé. Será porque es de Francia.

—Aquí nosotros le llamamos francesas a las patatas fritas —dijo Fen, metiéndose por fin un pedazo en la boca.

—Esto es tortilla de patatas —Luz dijo sirviéndose un trozo—. En España esto es la tortilla. —Luz se metió un gran trozo en la boca y se lo tragó en dos bocados.

—Como sea que se llame, está rica —dijo finalmente Oona.

Luz se lo agradeció. Sabía que le había quedado muy salada y poco hecha en el medio, pero no dijo nada.

El *Bachelor* resultó ser una locura surrealista en la que una docena de mujeres competían por un hombre que, al final, tenía que elegir a su prometida.

Fen soltaba improperios agitando las manos en el aire para que se le secara el esmalte. Gritaba a las mujeres para que tuvieran más dignidad.

—¿Cómo pueden ser tan guapas y tener tan poca autoestima? —decía entre bocados de la *omelette* española.

—En todo caso, ¿por qué ser guapa es tan importante? —preguntó Luz con una inocencia que pilló a las demás por sorpresa.

—No lo es —dijo Rose con mucha seriedad—. Y, además, los gustos

cambian constantemente. Mira a las mujeres del Barroco, a las renacentistas...

—En mi opinión, ser guapa es una maldición —dijo Fen—. Te quita valor, nadie te toma en serio, las mujeres te tienen tirria…

—Eso es porque la cultura nos inculca la competición. —Oona señaló a la tele—. ¡Y él ni siquiera es atractivo! Si parece un zanco de pollo con esa espalda…

—Bueno, que también hay *Bachelorette* con chicos, ¿eh? —defendió el programa Rose.

—Ya, pero en todas las pelis la mala se queda sin novio. ¿Y si ese es el premio? ¿Y si quedarse soltera es el premio? ¿Por qué nos hacen creer que el premio es el hombre? —dijo Luz animada por las cervezas.

—Por las malas —dijo Oona, colorada, mientras levantaba la birra para brindar con las demás.

—Por las brujas solteras, las que se quedan para vestir santos. Las que hilan en sus cabañas en lo profundo del bosque —dijo Rose.

—Hasta que son tan viejas que las tetas se les enrollan en el telar —se atrevió a añadir Luz.

—¡Eso! —contestó Fen entre carcajadas incrédulas a las que se unieron las demás.

Luz se recostó en el sofá con una sonrisa bobalicona. Nunca había sido muy buena haciendo amigas y se preguntaba si por fin conseguiría conectar con este grupo.

En las pelis, pensó mientras se aplicaba esmalte rosa fucsia, las guapas eran o muy buenas, o muy malas, con amigos incondicionales. Pero a las normales, como a ella, las dejaban solas. Sin personalidad, paseando por los pasillos de los institutos norteamericanos, tapando sus pechos con carpetas forradas de actores famosos, con aparatos de dientes y pecas y pelos encrespados, quejándose de que nunca las invitaban a las fiestas, o que había un examen que no habían preparado, o dándole el pie a la protagonista para que esta dijese algo poético, inteligente, interesante o gracioso.

Al rato, cuando todas se habían pintado las uñas, alguien pasó un porro y Luz le dio un par de caladas. Le pegó tan fuerte que se levantó tambaleándose y sujetándose la barriga de la risa.

Y se fue a la cama, en medio de las burlas de las demás llamándole blanda.

Se quedó dormida encima de la colcha, nada más entrar en su habitación, y se despertó unas horas más tarde, con frío y el cuello dolorido. Fue a apagar la luz cuando un olor a quemado se extendió por toda la habitación. Antes de que tocase el interruptor, la bombilla comenzó a parpadear como si un grupo de polillas la estuviese golpeando. Se quedó pasmada esperando a que el

efecto parase, pero la luz no hizo más que incrementar el parpadeo y el zumbido hasta que se fundió con una pequeña explosión.

—Genial —se quejó Luz medio dormida aún. Todavía percibía el pungente olor a quemado—. A ver si voy a quemar la casa y todo.

Decidida a descubrir de dónde venía el olor, Luz se fue a buscar una linterna por la casa. Probó el interruptor de las escaleras que comunicaban su torre con el resto de la casa y tampoco funcionaba. No quería despertar a sus compañeras y David tenía un cartel en la puerta que decía: «No molestar. En caso de incendio, accidente o desastre natural llamar a los bomberos».

Así que Luz bajó las escaleras de la misma manera que había salido de su cuarto, dando pequeños pasos en cada escalón. Al llegar al pasillo del segundo piso, la visibilidad no mejoró mucho. Las puertas cerradas hacían que el corredor estuviese tan oscuro como el interior de una tumba. Iba tocando la unión entre el friso de madera y el papel de pared con preciosos bordes dorados que tanto admiraba durante el día. Todo estaba callado, excepto por la voz de la casa que ya reconocía: los relojes de pared, que parecían sonar en cada parte de la vivienda, las cañerías, los tablones del suelo y aquel zumbido sordo.

Su intención era llegar hasta el rellano y, desde ahí, bajar las escaleras principales, que se imaginaba iluminadas por el rosetón de cristal tintado. Con ayuda de la luz de la ciudad, iría hasta la cocina con la esperanza de encontrar velas, linternas o alguna fuente de luz. «Esto es San Francisco, tierra de terremotos, han de guardar un kit para situaciones en las que se va la luz, ¿no?», pensó.

La mano en la pared hacía un ruido siseante. Sus pies crujían con la madera. El olor a quemado seguía impregnando su nariz. Entonces le pareció escuchar otros pies apresurándose tras ella. Se paró en seco. Y el ligero percutir también paró. El corazón comenzó a cabalgar en su pecho.

—Es el eco —murmuró, tratando de calmar sus latidos, y continuó caminando.

Volvió a oír los pies, esta vez más cerca, y se dio la vuelta.

—¿Quién anda ahí? —acertó a decir casi sin aliento.

Extendió la mano en el vacío, sintiendo el aire helado. Le pareció oír a alguien respirando muy cerca de su nuca. Se dio la vuelta hacia el otro lado para volver a enfrentar la oscuridad y el vacío. Volvió a llevar la mano a la pared y lanzó un grito de terror al sentir, en vez de la textura de la madera, la suavidad de un estómago.

Fen abrió la puerta de su habitación con cara de susto. Y la claridad de la bombilla iluminó a Luz, que tenía la mano apoyada contra la pared vacía, con su papel revestido en dorado y su madera de roble rojo.

CAPÍTULO 9

—¿Puede que fuese una cortina que había en una ventana?

—No había ventana, estaba en medio del pasillo.

Luz estaba ayudando a Alexander a echar la persiana de su negocio, una pequeña tiendecita en Bryant y la calle 24. El escaparate tenía un cartel que decía: «Psychic, tarot, lectura de manos, limpias, agua santa...». Llamó a su padrino nada más despertarse y este la había citado para cenar. Se había pasado todo el día paseando por su nuevo barrio, contando las horas que quedaban para poder decirle lo que le había pasado, con una mezcla de miedo y excitación, quizás sus dos emociones favoritas.

—No hay una explicación plausible —afirmó Luz, sacudiéndose las manos del polvo de la persiana.

—Ya veo —dijo Alexander meditativo mientras cerraba el candado con llave. Se incorporó con parsimonia—. ¿Qué te apetece cenar? ¿*Pho*?

—¡Ay, ya lo he comido dos veces esta semana! —se quejó Luz—. ¿Qué tal burritos?

—Me vale. Hay un restaurante pequeñito aquí cerca que llevo queriendo visitar desde hace tiempo.

—Genial.

La comida era una de las cosas que más le gustaban de vivir en San Francisco. Había descubierto más delicias de diferentes países en un mes escaso que en toda su vida: vietnamita, tailandés, peruano, y su favorito, etíope. Se estaba dejando muchísimo dinero de su sueldo en estas cenas irresistibles, pero le parecía justificado. Al fin y al cabo, ¿de qué le valía vivir en una de las capitales del cosmopolitismo y la diversidad si no aprovechaba para nutrirse de sus diferentes culturas? Literal y figurado.

Tras pasar por varias calles con tiendas de máscaras de lucha mexicana, pastelerías, bares de copas y alguna cafetería hípster, llegaron al local elegido.

—Me voy a pedir la torta de carne asada —dijo Luz una vez estudió el menú.

El comedor estaba vacío, salvo por una mesa con un guardia de seguridad comiendo un burrito mientras miraba las noticias de deportes en la televisión colgada en lo alto de la pared.

Tras la barra, una señora cocinaba en una plancha, el pelo recogido con una tela. Una chica joven esperaba con un bloc de notas, las pestañas postizas y las uñas largas. Llevaba gafas y apuntaba el pedido con la mano izquierda, sujetando el lápiz con las yemas de los dedos.

—Con extra de chiles por favor. Y de beber, horchata —dijo con una gran sonrisa que fue devuelta momentáneamente por la camarera. Se notaba que estaba pensando en otras cosas más interesantes que tomar el pedido.

Luz disfrutaba mucho de poder usar su lengua nativa tan a menudo en esa ciudad. Era un descanso más que apreciado después de pelearse con las erres y medias vocales, *cat* o *cut*, *beach* o *bitch*.

—Esa no es la horchata hecha de chufa que toman ustedes en España —dijo Alexander mirando por encima de sus coloridas gafas de leer.

—Ah, ¿no? ¿Qué es, entonces?

—Es una bebida hecha con leche de arroz, pero está buena igual.

Luz posó sus manos en la mesa.

—Entonces, ¿crees que la casa puede estar encantada?

—Por poder, claro que puede, ya me entiendes. Otra cosa es que lo esté.

—¿Crees que podemos traer a un cura o algo?

—Curas, acá, no conozco muchos, *po*.

—Tú haces limpias, ¿no? ¿No es como bendecir la casa?

—A ver, yo hago más limpieza de aura y chacras y demás, pero creo que primero hay que ver quién anda allá *weviando*, ¿me entiendes? —dijo Alexander agitando las manos.

—Bueno, supongo que «huevear» es una manera de describir lo que está pasando, desde luego —añadió Luz con retintín—. Pero primero me tengo que enterar del motivo por el que se fue la otra chica. Porque… ¿Y si está todo en mi cabeza?

—Capaz que sí. Cara de loquita tienes. —Alexander se rio con ese estruendo de petardos dentro de una caja de hojalata que le había quedado después de tantos años fumando.

—Muy gracioso, padrino, muy gracioso.

Llegó la horchata. Luz le dio un sorbo y decidió que no tenía ningún problema en que no hubiese chufa en ella. Poco después, le trajeron la torta. Era un bocadillo tan grande como los que comía en sus años de facultad, en la zona vieja de Santiago. Cuando de los únicos fantasmas de los que se tenía que preocupar era de los que llenaban los bares de copas por la noche.

Como buena ahijada, Luz llevó a Alexander hasta su casa haciendo uso de una nueva app que le había dicho Oona en el que gente venía a buscarte en sus propios coches. «Mucho más barato y eficiente que los taxis», pensó Luz, que

recordaba cómo había que pelearse para que parase uno en las ciudades europeas.

—*Chau*, hijita linda, pórtate bien y cuídate mucho.

—OK, padri.

Alexander se despidió, abriendo mucho los ojos.

—En esa casa, hasta que no sepamos más, un ojo en la nuca, nena.

—Ay, no me asustes, padri.

—¿A ti? Imposible —sonrió, le apretó una mejilla y abandonó el vehículo.

La puerta se cerró y el conductor retomó la carrera.

Cuando llegó a la casa, la planta baja estaba vacía; todos debían de estar ya en sus habitaciones. Se dio una ducha y se retiró a su cuarto también. Se puso el pijama y secó la humedad del pelo con una toalla. Hacía mucho calor en su habitación. Las mejillas le ardían, pensó que por la costumbre de ducharse en agua escaldada. Le picaba el cuerpo y sentía que le iba a dar un bajón de tensión. Abrió la ventana y el viento frío del océano Pacifico le sirvió de bálsamo para sus sofocos.

—¿No soy un poco joven para la menopausia? —murmuró mientras apoyaba los codos en el alféizar.

El cielo oscuro se derramaba sobre las copas de los árboles que rodeaban la propiedad. A lo lejos podía oír el ruido del tráfico y la ocasional sirena que momentáneamente eclipsaba cualquier sonido antes de desaparecer. Era una noche oscura, sin estrellas o luna que se pudiese ver entre la niebla y la luz de la ciudad.

Esperó hasta que el aire frío le bajó la temperatura corporal y después se metió en la cama con un libro que le había recomendado una clienta de la tienda. Cuando le había dicho que estaba intentando hacerse un hueco en el mundo de la poesía, esta se había sorprendido de que no hubiera leído a Sylvia Plath, lo cual escoció a Luz. «¿Conoces tú, acaso, a Rosalía, a Teresa de Jesús, a Carmen Conde, a Concha Méndez?», había pensado para sí. ¿Por qué los yanquis piensan que todos tenemos que conocer su cultura al dedillo?

En todo caso, la poesía de Plath era absolutamente cósmica, y Luz se sentía increíblemente sofisticada leyendo poesía norteamericana en inglés en una buhardilla del barrio de Richmond de San Francisco, con un trabajo que, aunque no era muy intelectual, no podía negar que resultaba bastante glamuroso, todo el día rodeada de artículos híper caros, bellos e innecesarios.

Se quedó dormida a media frase, después de haber subrayado un verso.

Perhaps you consider yourself an oracle,
Mouthpiece of the dead, or of some god or other.

Soñó con la cripta. Pero esta vez, le parecía que había algo más allí. Oía una especie de ronroneo o silbido ronco, como los estertores de

alguien. No. Como un enjambre. Comenzó a temblar. Se tendió en el suelo y cerró los ojos. Se despertó con un gemido. La habitación estaba helada. La luz todavía encendida. El libro sobre su pecho. Un dolor de cabeza le sobrevino. Se incorporó y se llevó las dos manos a la boca en un grito ahogado cuando vio una sombra acuclillada mirándola desde el hueco del armario. Había algo extraño en su forma. Como si no fuese humana, o no del todo. Luz se tapó bajo las mantas. Tiritando en espasmos. Hiperventilando. Se frotó los ojos y la cara.

—No es real. No es real. Es un sueño. Estoy soñando —se repetía temblorosa.

Bajó la sábana lentamente, mostrando solo un ojo. Ya no había nadie. Miró a su alrededor. El cuarto en claroscuro, el ruido de la calle, su teléfono en la mesilla. Se frotó la cara con fuerza.

—No estaba soñando —susurró, tratando de tragar una saliva inexistente.

Respiró hondo un par de veces, se levantó y caminó lentamente hacia el armario. Las piernas le fallaban a cada paso y tuvo que apoyarse en el mobiliario para no caerse. Creía que iba a vomitar, pero continuó avanzando. El castañeteo de dientes sonaba seco en el aire.

Se paró delante de la puerta corredera, mirando hacia el interior. Observó su ropa en las perchas y estanterías. Todo estaba en su sitio. Miró al papel de pared. Descubrió que lo que había creído que eran flores silvestres eran, en realidad, pequeños insectos y frutas de colores vivos. La luz de la lámpara del techo incidía en los tablones del suelo de tal manera que percibió un destello entre dos de ellos. Había algo plateado bajo el piso. Una idea se le vino a la cabeza, recordando historias de piratas y aventuras infantiles: ¿y si había un tesoro allí escondido?

Se arrodilló y metió los dedos entre la tablilla que, para su absoluta sorpresa y regocijo, parecía moverse. Pero no daba de sí con las manos. Necesitaba alguna herramienta.

—Lo intentaré mañana —murmuró con determinación mientras se palmeaba las manos para deshacerse del polvo.

Se volvió a acostar, tras haber cerrado la ventana.

Decidió que aquello había sido un signo del universo. De que algo maravilloso la esperaba bajo el suelo de su armario. Y que esa sombra fantasmal… Bueno, ya pensaría en eso en otro momento.

CAPÍTULO 10

La alarma no sonó y Luz no abrió los ojos hasta que un camión de bomberos pasó por su calle con las sirenas encendidas. Se levantó de un salto, maldiciendo el teléfono. Estaba absolutamente segura de que lo había programado, pero en aquella casa a todos los aparatos electrónicos les sucedían las cosas más extrañas.

—*Merda, merda, merda* —susurraba sin parar mientras se vestía con la ropa que encontraba desperdigada por el suelo. Se colocó las gafas y ni siquiera se lavó la cara antes de enfilar hacia las escaleras y salir al helado y gris verano en San Francisco. Paró un taxi y le dio la dirección de la tienda Scarlet Foxtail. Sudando a chorros, miraba con angustia cómo el tráfico avanzaba por Fulton dirección sureste, como un rebaño de ovejas adormilado y torpe. Calculó cuánto de su sueldo de ese día se le iba a ir en aquella carrera de taxi.

Llegó diez minutos tarde y pagó al taxista sin recordar que allí había que dar propina en todas partes, hasta en los taxis. El conductor aceleró dejando salir un «bitch» a través de la ventanilla a medio cerrar, pero Luz no hizo ni caso, ya que sabía que las cámaras de seguridad grabarían su impuntualidad. Se afanó en buscar las llaves en su mochila y, finalmente, consiguió subir la verja de seguridad y abrir la puerta. La tienda olía a franquincienso y limón industrial del limpiador orgánico que las señoras de la limpieza usaban una vez a la semana después de que ella hubiese cerrado. Se quitó varias capas de ropa en el pequeño almacén y luego se secó el sudor de la cara. A continuación, se refrescó en el aseo y acicaló lo mejor que pudo. Encendió las luces de la tienda, puso música y maldijo su mala suerte. Le quedaban tres horas antes de que pudiese salir de allí. Sin café, sin desayuno, sin siquiera su libreta donde escribía en los ratos muertos. Deprimida, se sentó en la banqueta de detrás del mostrador y posó su cabeza en la mano. Suspiró un largo insulto a nadie en particular.

Las campanillas de la puerta de entrada tintinearon a los pocos minutos.

Una chica menuda de pelo corto y rizado entró con timidez. Luz observaba eso con frecuencia: gente que entraba con miedo, dejando entrever que no se podían permitir las cosas de esa tienda.

—Buenos días —dijo Luz con tono amistoso—, avísame si necesitas ayuda.

La chica puso cara de susto ante su oferta.

—Gracias, solo estoy mirando —contestó, tratando de dibujar una sonrisa.

Comenzó a tocar la ropa que estaba en el burro de rebajas al final de la tienda, mirando la etiqueta con el precio antes de fijarse en la prenda.

Después se acercó a la pequeña selección de libros, la mayoría sobre temas tan dispares como permacultura urbana, astrología o fermentación de alimentos, pero también algunas novelas y poemarios. Con la bendición de la dueña, Luz había colocado un par de ejemplares de *El Faro* entre los otros. La chica agarró uno y lo comenzó a hojear. Luz no podía arquear más el cuello para ver su reacción. Se aclaró la garganta:

—Ese lo he escrito yo. Algo bueno debía tener ser dependienta —dijo guiñando un ojo.

La chica mostró todos los dientes.

—¡Ah! ¡Qué genial! —respondió entusiasmada, y miró el libro todavía con más atención—. Me voy a llevar uno, entonces —añadió mientras se acercaba al mostrador con resolución—. ¿Cuánto es?

—Ocho dólares —contestó Luz con sonrisa de oreja a oreja—. Muchísimas gracias. De verdad.

—Oye —dijo la chica sin parecer haber prestado mucha atención a esta última frase—, ¿sería posible que yo también trajese mi *chapbook*?

—¿Tú también escribes poesía? —preguntó Luz, sinceramente sorprendida—. Claro, preguntaré. Mi jefa es muy guay, seguro que dice que sí.

La chica inspiró por la boca, sus ojos llenos de brillo. Extendió su mano.

—Me llamo Eliot.

—¿De verdad? Qué suerte de nombre.

Eliot asintió cerrando los ojos.

—Gracias.

—Yo soy Luz Violeta, pero prefiero solo Luz.

—Un placer.

—Igualmente.

—Y, de verdad, mil gracias por comprar mi libro. Debes de ser la primera persona que paga por él.

—Era lo único que me podía permitir —confesó Eliot.

Luz sonrió con picardía.

—¿Quién paga cincuenta dólares por unas bragas?

—Para sujetar el huevo de jade a ciento setenta y cinco.

Se rieron.

—Oye, igual estás liada, pero el próximo lunes hay una lectura de

poesía en la casa de un amigo. Al final siempre dejan micro abierto. A lo mejor puedes venir.

—Jo, pues me encantaría.

—Si me das tus datos, te mando la información. También te puedo poner en una lista de *emails* en la que mandamos información de lecturas de poesía, micros abiertos y demás cosas que pasan en la ciudad.

Luz sacó un papel y empezó a escribir.

—Mira, este es mi número. Y este es mi correo.

—Genial, pues ya te mandaré el *email* en un rato cuando salga del curro.

—¿Trabajas por aquí?

Eliot asintió.

—En la tienda de flores, tres bloques más arriba.

—¡Qué buen curro!

—Hasta que te toca una novia rica y estresada.

Luz soltó una carcajada.

—Ya me lo imagino.

—Bueno, estamos en contacto —dijo la chica.

—Estupendo. Nos vemos por el barrio. —Hizo un gesto de pistola con la mano mientras chasqueaba la lengua.

Luz se quedó mirando cómo la chica menuda avanzaba calle arriba hasta que se perdía fuera del ángulo del escaparate. Después emitió un gritito de alegría al recordar que tenía un trozo de *brownie* del día anterior en la nevera de la tienda. Hasta parecía que el sol se atrevía a asomar uno de sus tentáculos dorados entre las nubes.

Al final del día, y antes de volver a casa, Luz se paró en una ferretería. Hasta estas tiendas eran bonitas allí, no como las de Galicia, con un exceso de objetos de metal y plástico en verdes y amarillos y olor a pienso.

No esta tienda. Esta tienda tenía todo tipo de objetos en los que primaba la estética, como guantes de jardinería con estampado de Liberty a conjunto con la bolsita de algodón que guardaba un rastrillo y pala de maderas. O pamelas en diferentes colores tierra, o kits para cultivar tus propias setas en casa, en cartón reciclado y con ilustraciones.

Se acercó a uno de los dependientes, un chico joven con las orejas dilatadas y tatuajes de personajes de cómic, y le pidió, haciéndose entender como pudo, una herramienta para sacar unas tablas del suelo.

Con la herramienta en mano, y la sensación de que había causado una terrible impresión en el chico, cogió el bus que la dejaba más cerca de su casa.

Abrió la puerta apretando la bolsa en el pecho, con la esperanza de

no encontrarse a nadie en el camino hasta su guarida. Subió con la sensación de que su corazón estaba haciendo malabares con poca destreza.

Llegó a la habitación y dejó sus cosas en el suelo. Con un sudor fresco encharcándole las axilas se arrodilló frente al tablón de su armario. Tras pelearse con la brida de seguridad de la herramienta y haber arrancado la etiqueta con un tirón fuerte, que le dejó una marca en los dedos, se inclinó hacia adelante e introdujo la parte curva en el tablón.

Hizo fuerza de palanca con su cuerpo hasta que oyó un chasquido seco y el chirrido de la madera cediendo. Un olor a moho y polvo le salpicó la cara y tuvo que apartarse tapándose con la manga. Echó un vistazo desde una distancia prudencial al hueco oscuro. Algo parecía brillar en el fondo.

—¡Lo sabía!

Inspiró hondo y aguantó la respiración para abalanzarse en un movimiento decidido sobre el agujero y sacar con las dos manos un tubo delgado de metal. Lo inspeccionó en la claridad. Parecía de plata. Estaba ennegrecida, pero todavía se podían apreciar unos exquisitos grabados a lo largo de su perímetro. En una punta tenía una piedra engarzada de color rojo. Había unos números inscritos. Jugó un poco con el objeto entre los dedos cuando uno de los lados dio de sí y la función del artilugio quedó revelada. Tenía en sus manos el capuchón de una pluma estilográfica. Se apresuró a buscar una libreta e intentó escribir con ella, pero lo único que reprodujo fue el surco invisible de su punta deprimiendo el papel. Las palabras de una muda.

CAPÍTULO 11

La tarde siguiente, Luz se sentó con un bote de helado en el salón a la espera de sus compañeros.

Había decidido que, después de su descubrimiento, esa iba a ser su cena. El reloj de pared del salón, con una luna mal encarada como péndulo, se movía recordándole a Luz cada segundo de su espera.

David bajó las escaleras desde su habitación. Visiblemente incómodo por encontrarse a un ser vivo donde solo esperaba ver muebles, lanzó un «hola» a través de su agitada respiración y se apresuró a la puerta. Allí intercambió unas palabras con un repartidor, tras lo cual volvió a subir las escaleras principales con una bolsa de comida. Luz respondió con otro «hola» poco efusivo mientras, en silencio, se preguntaba si David alguna vez salía de la casa.

Rose fue la siguiente en llegar. Aunque traía cara de cansada, le dedicó una sonrisa a Luz.

—Rose, ¿podemos hablar? —le preguntó ella antes de que subiese las escaleras.

Rose trató de disimular la inconveniencia mientras decía «claro» y dejaba su bolso al lado de las escaleras para sentarse a su lado en el sofá. Entrecruzó los dedos sobre sus rodillas.

Luz trató de esconder el nerviosismo de la voz mientras desenrollaba la camiseta donde había guardado la pluma.

—He encontrado esto bajo un tablón en el suelo del armario.

Los ojos de Rose se abrieron mucho.

—¿En serio? —exclamó en un tono más agudo que de costumbre y con los ojos fijos en el hatillo—. ¿Puedo? —preguntó cuando ya estaba a medio camino de agarrarlo.

Luz le alcanzó el misterioso objeto. Sus pupilas se dilataron cuando comenzó a inspeccionarlo con sumo cuidado. Emitía pequeñas exclamaciones de admiración mientras sus manos la manipulaban delicadamente.

—Estaba bajo uno de los tablones de mi armario —repitió Luz, tratando de llamar su atención.

Los delgados dedos de Rose se movían con agilidad sobre el hallazgo, como las patas de una araña tejiendo su red, mientras lucía una expresión de gran concentración.

— ¿Hay algo escrito? —preguntó sin esperar una respuesta—. Una

frase, ¿no?

—No lo sé —reconoció ella.

—Creo que sí.—Rose entrecerró los ojos—. Pone: «Escribe, escribe, escribe».

Luz se cruzó de brazos mientras miraba la inscripción por encima del hombro de Rose.

—Pues mucho no creo que vaya a escribir, ya que no funciona.

Rose no dijo nada durante unos segundos, pero su cara mostraba tensión. Solo el reloj de pared se acompasaba con sus pupilas bailando sobre el relieve de la pluma.

—Conozco a alguien que le puede echar un vistazo. El plumín parece atorado con depósitos de tinta seca —diagnosticó.

—¿El plumín?

—La punta con lo que se escribe.

Un golpe en el techo las hizo dar un pequeño salto.

—David está en su cuarto —susurró Luz.

—Ya —dijo Rose. Cambió la pluma de mano y la observó a la luz de la lámpara—. Desde luego, es una exquisitez. Debió de costar una fortuna. La piedra parece un ópalo de fuego.

Luz se sentó en el borde del sofá, acercándose a Rose, y elevó la voz para preguntar:

—Entonces, ¿sabes cómo hacer funcionar esta pluma?

Rose abrió la estilográfica con cuidado.

—Es de las que se cargan con una especie de jeringuilla. Yo tengo una similar. Bueno, una réplica. Esta parece de finales del 1800. Creo que después empezaron a usar cartuchos.

—¿Funcionará?

—No veo por qué no. Hay que comprar tinta. Un poco de chapa y pintura...

—Y dices que conoces a alguien, ¿no?

—Sí, tengo un contacto.

—Ni que fuera droga —bromeó Luz y Rose trazó un esbozo de risa.

Ambas se quedaron varios segundos concentradas en el hallazgo antes de que Rose volviera a decir:

—Habrá que avisar a Dariel de que hemos encontrado esta belleza.

Oona y Fen llegaron juntas, partiéndose de la risa con algo que acababa de pasar en la esquina con un cuervo, una ardilla y una salchicha en el suelo.

—¿Qué hacéis? ¿Qué es eso? —preguntó Oona recuperando la compostura mientras se acercaba, seguida de Fen.

—Se podría decir que una cápsula del tiempo —contestó Rose rascándose con un dedo bajo el moño tras haber depositado la pluma en la mesa.

—¿En serio? —exclamaron las dos casi al unísono.

Oona y Fen tenían muchos comportamientos más propios de hermanas que de amigas. Luz había descubierto que se habían criado juntas en la misma ciudad y, salvo por unos años en la universidad, siempre habían pasado más tiempo juntas que separadas. Muchas veces se terminaban las frases la una a la otra, y cuando se peleaban, no se callaban nada.

—La encontré bajo un tablón en mi armario —repitió por enésima vez Luz, esperando ver en ellas la reacción que no había visto en Rose.

No hubo suerte.

—Hay que avisar a Dariel —dijo Oona mientras miraba de reojo hacia el objeto en la mesa.

—No. Me la voy a quedar y vender en el mercado negro —contestó Luz, sarcástica.

—Bueno, solo es lo que yo pienso. —Oona extendió los brazos, conciliadora.

—¿Y cómo se te ocurrió mirar bajo un tablón del armario para encontrarla? —preguntó Fen con un tono suspicaz.

Luz se quedó en silencio. Miraba hacia la pluma mientras se limpiaba las uñas, barajando qué contestar. Dejó salir todo el aire de sus pulmones, y finalmente respondió:

—Me lo dijo un fantasma.

—Ah vale —contestó Fen parpadeando con rapidez.

—A ver —explicó Luz entrecerrando los ojos—, no me lo dijo con palabras. Se me apareció en el mismo sitio.

—Qué susto, ya pensaba que los fantasmas te hablaban —volvió a mofarse Fen—. Si solo se te apareció, no hace falta llamar a un psiquiatra.

Las caras de sus compañeras de pronto manifestaban incomodidad.

—No estoy loca. ¡Ni siquiera creo en los fantasmas! Pero como dicen en mi tierra: *habelas hailas*.

—Habelas… ¿Qué? —Oona arrugó el rostro.

Luz mostró la palma de su mano, como pidiendo audiencia. Moduló su tono para que sonase lo más calmado posible.

—No es importante. Lo voy a preguntar una vez más. —Miró a cada una a los ojos—. ¿A vosotras nunca os ha pasado nada extraño? ¿O paranormal? ¿Nada de nada?

—A mí personalmente, no —dijo Oona enseguida, llevándose la mano al pecho.

—A mí, tampoco —añadió Fen meneando la cabeza.

Rose las miró significativamente.

—A ver… Se lo podemos decir, ¿no? —dijo.

Fen le lanzó una mirada recriminatoria.

—¿Qué? Tiene derecho a saberlo.

Luz se levantó, harta de aquel misterio.

—¿Saber qué? —inquirió.

—No es un secreto… —insistió Rose.

—Ni es información fehaciente. Por lo que a mí respecta, es puro amarillismo de la prensa —apostilló Fen con los ojos cerrados.

—Pero ¿tú has leído el artículo? —le preguntó Oona.

—Ni falta que me hace leer esas tonterías.

—¿Qué artículo?, ¿qué amarillismo, ¿de qué carajo estáis hablando? —gritó Luz.

Todas se le quedaron mirando, sorprendidas por la salida de tono. Luz se aclaró la voz y trató de decir con voz más suave:

—Perdón, chicas. Pero en serio, ¿de qué estáis hablando?

Rose la instó a que se sentase de nuevo, esperó unos segundos, buscando las palabras adecuadas, y dijo:

—En los años sesenta esta casa estaba alquilada a una artista, hija de un financiero y una *socialité* de las revistas.

—Está claro… Si no a ver cómo puedes ser artista aquí —bromeó Oona.

—Bueno, eso era antes de la gentrificación. Pero llevas razón, el arte como elitismo burgués es un tema para otro día. Deja que termine la historia, que ya estás con tus Marxismos —dijo Fen, y después hizo un gesto para que continuara. Rose le sonrió fugazmente y se atusó el flequillo mientras proseguía:

—El caso es que sus fiestas eran conocidas por todos. Ya te imaginas: sexo, drogas y *rock and roll*. Pues bien, para un artículo en espiritismo en el que estaba trabajando, invitó a unos cuantos a cenar y de postre sirvió helado con LSD. Luego sacó la ouija y, cuando la droga comenzaba a hacer efecto, todos pusieron sus dedos en ella. La chica quería investigar qué pasaría si abrían las puertas de la percepción, por hacer un mal símil, y, al mismo tiempo, las puertas a otros mundos.

—Ya no se hacen fiestas como las de antes —interrumpió Fen.

—Empezaron a llamar a los espíritus presentes —continuó Rose, sin reírle la gracia—, y una chica callada que nadie conocía muy bien… En los periódicos dijeron que se llamaba Charlie Bright y venía de Alabama, aunque nadie pudo corroborar esta información porque desapareció de la faz de la tierra.

—A lo mejor era su nombre falso —dijo Luz.

—Puede ser. Mucha gente venía aquí a reinventarse —coincidió Rose—. El caso es que esa chica entró en trance y empezó a decir que la casa estaría maldita hasta que no la liberaran del conjuro que se había asentado en sus paredes.

—Ostras —exclamó Luz.

—Y los que estaban presentes dicen que la mujer comenzó a vomitar moscas. Moscas negras y gordas. Y que todo empezó a temblar, como un terremoto. Pero, claro, estaban lisérgicos perdidos.

—¿Pero todos sufrieron la misma alucinación? —preguntó Luz, asombrada.

—A veces pasa: psicosis colectiva —contestó Fen.

—¿Y el temblor?—insistió Luz.

—Aquí hay terremotos todo el tiempo —dijo Fen, antes de continuar—: La casa se cerró durante unos años. Y la cosa se olvidó, salvo por un pequeño artículo en un periódico local. Pero la gente lo asoció con el verano del amor de San Francisco, y eso fue todo.

Luz habría querido decir algo, pero permaneció callada. La opresión obstruía su garganta.

—Fueron los tripis, Luz. Nosotras llevamos viviendo aquí años y nunca nos ha pasado nada —la tranquilizó Oona.

—¿Y qué le pasó a la gente de esa fiesta? —logró al fin preguntar Luz.

—En el artículo del periódico dijeron que tres de ellos acabaron en un manicomio. Uno se suicidó. Dos desaparecieron… —contestó Rose.

—¡No la asustes! —le recriminó Oona.

—No me asusta —respondió Luz con seguridad—. Solo quiero respuestas, porque, que yo sepa, nadie me está poniendo tripis en mi helado, ¿no?

Luz observó el helado que estaba tomando con suspicacia. Todas estallaron en risas nerviosas. Pero Luz se puso seria otra vez:

—¿Y David?

—¿Y David qué? —preguntó Fen a la defensiva.

—¿Nunca sale de casa?

Oona se acercó para responderle casi en un susurro:

—Tiene agorafobia.

—Nunca sale, no —añadió Rose—. Él ya estaba aquí cuando yo llegué. Trabaja desde su ordenador. Creo que codifica no sé qué para una empresa de videojuegos.

—Pero, para llegar aquí, tuvo que haber estado fuera en algún momento, ¿no?

—Supongo —dijo Oona sin mucho convencimiento.

—A lo mejor —se aventuró a decir Luz— la casa no le deja salir, como en *El Ángel Exterminador*, de Buñuel.

Fen lanzó las manos al aire.

—¡Y el sol sale por las mañanas porque sacrificamos una virgen cada noche, no te jode! ¿Es que todo tienen que ser espíritus y posesiones contigo?

—Estoy de broma —mintió Luz—. ¿Es que no tienes sentido del

humor o qué?

Hubo más risas nerviosas, tras las cuales Rose anunció, con un bostezo mal disimulado, que se iba a la cama. Oona fue a la cocina y a los pocos minutos ya subía las escaleras con una ensalada. Fen dijo que ese día estaba de ayuno y, acto seguido, se fue a acostar sin decir ni siquiera buenas noches. Y de repente, Luz se encontró sola en el salón, así que apagó todas las luces, tiró el bote vacío de helado en el cubo de reciclaje de la cocina y usó las escaleras de servicio para irse también a su cuarto. Se metió en la cama con dolor de barriga después de la sobredosis de azúcar de su peculiar cena.

—No vuelvo a comer mierdas nunca más —susurró—. Mañana ensalada. Como Oona.

Lo último que oyó antes de quedarse dormida fue al viento entrechocar las ramas de los árboles. «Como una pelea de perros», pensó, y quiso anotar el símil en su bloc, pero no consiguió que su brazo la obedeciese. Se quedó dormida al instante y despertó en la cripta.

Era extraño, ya que, a pesar de que sabía que estaba soñando, allí todo era tan híper real que temía que las leyes de los sueños no se aplicasen. Que, si algo le pasaba a ella ahí dentro, le pasaría también a su cuerpo dormido.

Esa noche había un poco más de claridad, sin embargo. Casi podía verse las manos. De hecho, podía distinguir un espejo al fondo. Se acercó tratando de calmar su miedo. Su respiración sonaba en todas partes, como si la cripta fuese una representación del interior de sus pulmones.

El espejo era negro, aunque, al acercarse, creyó distinguir el perfil de una imagen proyectada en su reflejo. Y de pronto, se encontró en otro lugar. Era un paisaje nevado. Los árboles desnudos estaban engalanados de témpanos de hielo. Aunque extrañamente no hacía frío. El cielo, bajo y gris, descargaba copos esponjosos como trocitos de nubes de azúcar. Los témpanos de hielo tintineaban con el viento creando una música misteriosa. Estaba descalza y la sensación de caminar sobre la nieve virgen era extremadamente placentera. El silencio era absoluto y el blanco uniforme. Todo la hacía sentirse como si estuviera dentro de la acolchada habitación de un manicomio, o sumergida en un bol de leche. La Luna llena, ¿o era el Sol?, asomaba de cuando en cuando entre las nubes, haciendo brillar la nieve como si fuera un manto blanco repujado con finas hebras de plata. Caminó unos pasos entre los árboles, hasta encontrarse con la casa en la que vivía ahora. Oscura y ominosa. Supo en su corazón que algo de otro mundo habitaba allí. Algo poderoso y primitivo. Tragó saliva y observó la entrada. Oscura. Cubierta de nieve. Abrió la puerta. Los sonidos de dentro sonaban amortiguados, como si la casa yaciese bajo

el agua. Bajo toneladas de hielo y nieve. Congelada en el tiempo.

Los muebles estaban ligeramente alterados. Las estatuas de mármol, las plantas, los retratos... Era casi como los recordaba de su vida despierta, pero con algún pequeño desperfecto o una diferencia casi imperceptible. Una estatua a la que le faltaba un ojo, una planta con flores de otro color, un cuadro del revés. Era confuso e irritante a la vez.

Un piano sonaba en la distancia. En una jaula fastuosa, tres pájaros silbaban a cámara lenta. Todo era extraño, pero también familiar. Avanzó hacia las escaleras y se cruzó con algunas personas vestidas con ropas de otra época. No parecían verla. Subió hasta su habitación en la torre, oyendo todavía a lo lejos la música doliente del piano. Empujó la puerta. Una mujer dormía en la cama. ¿O estaba muerta? Se acercó a los pies. Llevaba un camisón largo, los pies descalzos e inmóviles, y el pelo suelto, ensortijado alrededor de su cabeza como un halo de mechones. Alguien arañaba en el armario. Luz se giró y comenzó a caminar en dirección al sonido.

Un dolor agudo en el hombro la despertó.

Se incorporó llevándose la mano al foco del dolor. Unas moscas revoloteaban alrededor de su cabeza. Se quejó y frotó la mordedura. Dedicó un insulto a los insectos y los apartó de un manotazo.

Examinó la mesilla en busca de la pluma. Todavía estaba ahí. Se volvió a acostar.

Se quedó mirando el techo, muy quieta y callada. El mundo exterior también parecía haberse paralizado. Excepto por ese par de moscas pesadas zumbando sobre ella. Y detrás de ese pequeño zumbido, otro, más bajo. Casi imperceptible. Como arañazos minúsculos en la madera del armario.

CAPÍTULO 12

—¿Y cómo sabes que la sombra fantasmal que te mostró el lugar de la pluma no era una prenda de ropa en el suelo?

—Al cien por cien no lo sé —contestó Luz mientras apuraba una calada al porro de marihuana que le había pasado Oona—, pero cuando miré en el armario no recuerdo haber visto nada en el suelo.

Estaban en un callejón de un bar en North Beach. Unos conocidos de ella y Fen daban un concierto en una pequeña sala al fondo del local, donde amigos y algún familiar hacían de público.

El frío se sentía como esquirlas de hielo y ambas tiritaban en la oscuridad de la calle. Un hombre envuelto en una manta empujaba calle arriba un carrito lleno de cosas mientras miraba absorto a su transistor sintonizado con sonido blanco. De vez en cuando pasaban algunas parejas, grupos de gente hablando alto.

—Quizás debieras hablar con alguien o algo para ver qué pasa, ¿no?

—Son alucinaciones hipnagógicas. —Luz se frotó la nariz con la manga.

—Bueno, creo que mi terapeuta me había dicho que eso simbolizaba algo de tu psique.

—Será como Psique de la mitología griega.

—Será. —Oona hizo un ruido de beso al dar la última calada al porro—. No conozco mucho el tema, la verdad.

—Yo sí. Tomé una clase de mitología en la uni —dijo Luz con voz engolada—. Psique era la más guapa de todas, así que Eros se la lleva a su palacio. Lo típico.

—Qué romántico —dijo Oona con sarcasmo.

—¿Verdad? Pero como estaba bueno y era un dios, debería estar contenta. Pero Eros no le dejaba que lo viese, aunque iba todas las noches a visitarla. Y a ella le daba morbo, ¿sabes? Pero las hermanas de Psique, celosas de su casoplón y bollazo, le dijeron: ¿y si te estás tirando a un monstruo, como el oráculo le había dicho a nuestro padre? Influenciada por ellas, la buena de Psique se fue a verlo mientras dormía con una lámpara y un cuchillo, por si acaso tenía que cargarse a un monstruo. Y vio al tío más bueno del mundo, y se puso tan nerviosa que hasta se le cayó algo de aceite de la lámpara encima de él. Entonces Eros se despertó y se piró.

—¿Y ya? —Oona se frotaba los brazos para entrar en calor.
—Acaba bien —respondió Luz alzando la mano—. Después de muchas pruebas y tribulaciones, como todas las buenas historias. Pero la moraleja es que la curiosidad mató al gato.
—¿Qué?
—Supongo que la expresión es intraducible.
—¿Pero no decías que acaba bien?
—Sí, acaba como diosa del Olimpo, casada y con una hija. Pero después de pruebas y tribulaciones.
—Bueno, no sé si pillo lo que tratas de explicar. Pero dime: ¿qué tienes que perder por hablar con alguien de esto?
—¿Que me encierren con una camisa de fuerza?
Oona apagó la colilla contra la pared y sonrió.
—Quizás no te vendría mal una pequeña lobotomía, ¿no?
Luz abrió la boca, sorprendida de que su reservada compañera de piso se atreviese con una broma así de arriesgada. Pero en el fondo le gustó, así que le devolvió la sonrisa.
Regresaron al bar. El concierto de sus amigos había terminado y ahora le sustituía una banda de rock progresivo. Todos vestidos de terciopelo granate, gafas de sol y cortes bacinilla.
Decidieron largarse a la segunda canción. Después de las cervezas y los porros, el hambre apretaba. Las cuatro compañeras de piso caminaron varios bloques en busca de un camión de comidas que Oona seguía por las redes y que avisaba de su localización en el último minuto. Era la sensación de la ciudad. Conseguir uno de esos sándwiches de pan de masa madre, queso fundido orgánico y de kilómetro cero, con nombres ingeniosos e ingredientes extravagantes era casi imposible. Un signo de estatus del que, después, podías presumir en tus redes sociales.
Esperaron en la cola casi una hora, entre caladas de cigarro y sorbos furtivos a una petaca de metal con vodka con cola. Luz acababa de descubrir que era ilegal en ese país beber en la calle.
—¿Y cómo se emborracha la juventud, entonces? —preguntó—. Porque con los precios de los bares, para pillarte una cogorza como Dios manda tendrás que ser un ingeniero de Google, por lo menos.
—En casas —contestó Fen dando un sorbo a la boquilla que despuntaba de la bolsa de papel y limpiándose después.
Pero Luz ya no se extrañaba de mucho en cuestiones de juerga. De qué se iba a extrañar si aquí uno se volvía a casa cuando en España comenzaban a abrir los bares.
Pidieron uno de cada especial de la noche y la tarta de manzana. Cuando estaban a punto de alejarse con el botín, un chico de poco más de veinte años, con pelo muy corto y ojos enormes, les cortó el paso. Lanzó una mirada rápida a su grupo de amigos, que observaban a una

distancia prudencial. Les habló dirigiéndose a un punto entre los hombros de Fen y Luz.

—Perdonad —dijo en inglés con un casi imperceptible acento extranjero—. ¿Os puedo hacer una oferta?

Las chicas se acercaron entre ellas, un acto reflejo, casi una respuesta a nivel celular.

—Depende —dijo Luz dando un paso adelante.

El chico sacó su cartera y mostró un billete de cien dólares, la mirada seguía perdida más allá de sus hombros.

—Os doy cien dólares por vuestros sándwiches. No queremos esperar en la cola.

—¿Estás de coña? —preguntó Rose con indignación.

—¿Más? —Sacó otro billete de cien de la cartera—. ¿Doscientos?

—¿Es que te crees que a nosotras no nos costó esperar? ¿Que nuestro tiempo es menos importante que el tuyo?

—Lo tomas o lo dejas —dijo él—. Si no, le preguntaré a otro grupo. Doscientos dólares por vuestra comida.

—Trescientos —contestó Luz.

—Hecho —dijo el chico mientras sacaba otro billete.

Luz agarró el dinero de su mano y se lo guardó en el bolsillo de atrás mientras que las demás resollaban, indignadas.

Rose incluso dijo el nombre de la gallega en alto con un tono de sorpresa.

—Pero nos quedamos con el postre. —Luz hizo un gesto rápido en el último momento y agarró la tarta de manzana. El chico se quedó increpándolas por lo bajo mientras que ellas se alejaban.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó Fen, apenas conteniendo la rabia.

—Si quiere tirar su dinero, es cosa de él. ¿Por pan y queso? Estos romanos están locos.

—Nos lo podías haber consultado, ¿no? —añadió Rose.

—Perdón —contestó sin pensar. Después reflexionó—. Pero es que, ¿no estáis de acuerdo? Que ese *pringao* pague diez veces más el precio. Qué digo diez, treinta veces más…

—A ti no se te dan muy bien las matemáticas, ¿no? —le preguntó Fen riendo.

—Bueno, ¡la cantidad que sea! —respondió Luz tratando de contener la risa.

—Es una cuestión de respeto. De amor propio —dijo Oona con la voz tensa.

—Pero ¿qué respeto inspira alguien que hace el tonto así? —dijo Luz.

—No es eso. Es la arrogancia que tienen. Son unos niñatos que hacen más dinero en un mes que mis padres en toda su vida —añadió

Fen poniéndose la capucha de su chaqueta sobre la cabeza—. Que, a ver, a mí me da igual. Total, yo soy intolerante a la lactosa.

—Pero que es un sándwich, no nuestras almas. —Luz hizo círculos con los brazos en el aire.

—¿Qué es esto? —Fen imitó el movimiento.

—Nuestras almas. —Luz siguió haciendo el movimiento, al que añadió saltitos de una pierna a la otra.

—A mí más me parece el origen de la especie de acuerdo con Darwin. Solo te falta hacer los chillidos de un orangután.

A Luz le faltó tiempo para incluirlos en su baile, para regocijo de sus amigas.

—Oye, la tarta sin más, ¿no? —Rose dio un bocado y después se lo pasó a Luz, que acababa de parar.

—Psé, en España la hacemos mejor, con crema pastelera.

—Que sí, que en España lo hacéis mejor todo. Joder, que pareces Hernán Cortés —le soltó Fen, lo que hizo que todo el grupo rompiera a reír a mandíbula batiente.

Cogieron un taxi. En el coche discutieron, como en el cuento de la lechera, qué hacer con el dinero, y sortearon quién iba a ser la encargada de hacer una versión de esos sándwiches al llegar a casa. Le tocó a Luz, ya que tanto hablaba de que en España todo era mejor. Luz pensó que un sándwich solo con queso fundido, muy español, no era. Desde luego, no sería lo más apropiado para sustituir a los vendidos; pero no podía decir nada.

Al llegar, Luz se metió en la cocina feliz, no por el encargo, sino porque le parecía que, por primera vez en mucho tiempo, tenía amigas.

Luz siempre había tenido problemas para conservar amigas. No sabía si era por su manera de ser tan directa o por su tendencia a juzgar a las mujeres más duramente que a los hombres. Si rebuscaba en el fondo de su corazón, sabía que las chicas guapas y listas y simpáticas que, además, no se esforzaban en hacerse de menos, eran a las que más dirigía su desdén. Las que le quitaban protagonismo. Las altas y delgadas, las de risas sonoras, las que llevaban condones en sus carteras en el instituto, las que fumaban porros detrás de la escuela con los mayores. Como Carol, que nunca llevaba sostén, y tampoco le hacía falta. Y caminaba con la espalda bien derecha. En octavo de EGB había congregado a un grupo de gente para mostrar un experimento científico que los dejaría boquiabiertos. Armada con un vaso de agua, un Tampax y una sonrisa desafiante, sacó el tampón de su embalaje y lo introdujo en el agua. El tampón se hinchó inmediatamente como un pez globo y los gritos de incredulidad se extendieron por el grupo. Todos tenían los ojos como platos. A Luz le horrorizó su falta de decencia, y que se morreara con Luciano esa tarde, envuelta en el halo

de la fama pasajera que algo así te proporciona. Luz propagó el bulo de que había enseñado un tampón lleno de sangre, y que después lo había hecho con Luciano, con la regla y todo.

La empezaron a llamar guarra, y se apartaban de ella por los pasillos; también la insultaban con lo que siempre se les llama a las mujeres —o niñas, como en este caso— cuando se las quiere insultar. Pasaron un par de semanas en que no fue a clase. Después se supo que se había cambiado de escuela. Luz se quemó con el borde de la sartén. Se quejó en alto:

—Me lo merezco —dijo pasando la mano por el grifo. Todavía sintiéndose culpable de ese incidente y preguntándose si Carol estaría bien.

CAPÍTULO 13

Al día siguiente, con la mayor resaca de su vida, Luz no consiguió levantarse de la cama en toda la mañana. Eran pasadas las doce cuando por fin llegó a la consulta de Alexander, al que había prometido ayudar ese día, ya que su secretaria estaba de baja con gripe.

Abrió la puerta y se sentó en la mesa de recepción. Madera reciclada cubría la pared. La música de una flauta sonaba de fondo, mezclándose con el borboteo de una pequeña fuente de agua decorativa. Frente a su escritorio, había dos sofás de cuero, una mesa de café con libros de temática *new age* y una baraja de cartas de oráculo, que estaba dispuesta en abanico para invitar a los clientes a tomar una.

Una señora con gafas, sombrero y gabardina abandonó la oficina mirando al suelo. Alexander salió de su despacho pocos segundos después.

—Acaba de salir el inspector Gadget —bromeó Luz.

—Es famosa. —Alexander apuntó a su ahijada con el dedo—. Y usted, señorita, llega dos horas tarde.

—Perdona, es que ayer nos liamos.

—Menos mal que tienes una buena excusa, *po* —dijo con ironía—. Voy a prepararme para mi siguiente clienta. Ya sabes, cuando llegue le ofreces un té y le dices que se siente. Después me avisas.

Luz asintió y se reclinó en la silla una vez que Alexander se perdió tras la puerta de su despacho. El sonido de la fuente la amodorraba hasta el punto de que casi se queda dormida.

Al cabo de un rato llegó la clienta, una mujer morena, con un vestido largo teñido a mano y anillos en el pelo. Desprendía un olor a incienso y vainilla delicioso. Luz hizo lo requerido y, a los pocos minutos de haberlo avisado, Alexander la hizo pasar, con su personalidad de gurú puesta.

Luz se volvió a sumir en la modorra cuando recibió un mensaje de Oona.

¡Dariel está en la ciudad! Hace una fiesta para recaudar fondos esta noche.

¿Cómo? ¿Así de la nada?

No de la nada, simplemente se le había olvidado avisarnos. Es muy típico de él.

La temática es época victoriana

«¿Y de dónde saco yo ropa victoriana?», se preguntó Luz dejando el teléfono en la mesa.

Alexander abrió la puerta con la afectación de un emperador Romano, agarrando su caftán como si fuese un vestido y dejando pasar a su clienta, que caminaba en una especie de trance beatífico, con los ojos enrojecidos y sonriendo.

—¿Qué le has hecho a Janis Joplin?

—Un ajuste de chacras.

—Mira qué bien —dijo Luz, abúlica—. Por cierto, padri, necesito que me ayudes. Parece ser que tengo una fiesta de época esta noche. Ya sé que me dijiste que tu armario era sagrado, pero ¿tendrías algo?

—¿De qué época?

—Victoriana.

Alexander la miró de arriba abajo, sus manos en las mejillas.

—Bueno, mis corsés no te van a servir, pero tengo una falda de terciopelo con lentejuelas que es un sueño. Oh, y una chaqueta con apliques. ¿Qué talla de pie tienes?

—Entonces, ¿me dejas tu ropa? —preguntó Luz entusiasmada.

—Cariño, si es para una fiesta bajo mi supervisión, me encanta la idea. Me queda un cliente y después no tengo más hasta la tarde.

Luz asintió y retomó su posición de secretaria.

A la hora, más o menos, Luz y Alexander se dirigían a casa de este último para entrar en la preciada sala del tesoro. Una vez dentro, las ropas y perchas aletearon alrededor de Luz como en una película de Disney, superpuestas sobre su cintura o tocando su mejilla para ver si el color le iba.

A Luz nunca le había interesado mucho la moda, ni sabía nada de las tendencias y demás conceptos de la elegancia. Su padre, que siempre había sido un dandi, intentó inculcarle el sentido de la presentación —cómo afectaba la estética a la personalidad, cómo te veían los demás y qué querías comunicar tú mismo—, pero a Luz le parecía una pérdida de energía. Si pudiera, se pondría la misma ropa todos los días, y muchas veces lo hacía.

Aun así, intuía por su reflejo, que no iba muy apropiada: una falda abullonada de encaje de color rojo y negro, corta por delante y tocando el suelo por detrás. Dejando ver unas enaguas con bordados de araña y unos calcetines hasta el muslo. En la parte de arriba llevaba una camisa blanca con un chaleco apretado que cerraba exactamente bajo su pecho y un sombrero de bombín ladeado.

Colorete y labios rojos, un lunar de lápiz negro y, como colofón, un paraguas de cuero del mismo color que unas botas hasta la rodilla.

—Te ves fabulosa —dijo Alexander llevándose las manos al pecho —. Qué pena que ya no me entre este modelo ni en el dedo meñique, porque me encantaría ponérmelo otra vez. Juventud, divino tesoro —declamó histriónico.

—¿Estás seguro? —Luz se miró por detrás.

Alexander asintió.

—Claro. En esa época también había mujeres alegres.

—Te refieres a mujeres de vida alegre.

—Esas también, *mijita*. Esas también.

—Venga, vete antes de que llegues tarde.

—Quieres decir que a las doce mi ropa se convertirá en un sarpullido de sífilis y mi coche en un bidé.

—Ay, qué ingeniosa estás. Y qué bien te lo vas a pasar. ¡*Au revoir*! —dijo agitando los dedos con delicadeza y usando un acento francés.

Al llegar en el taxi a su nueva casa, Luz se paró unos segundos para asegurarse de que no se había confundido de domicilio. ¿Cómo podía Dariel haber conseguido montar semejante despliegue desde que ella había salido por la puerta esa mañana?

Siguió a unos invitados vestidos con ropas victorianas a través de unas escaleras laterales hacia el bajo suelo. Se dirigía a la sala de fiestas que nunca había visto, ya que, como Oona le había explicado, siempre estaba cerrada.

El espacio estaba iluminado por luces de velas, además de una lámpara de araña central con luz eléctrica muy tenue. Había unas cuarenta personas. Los hombres con sombreros de copa, chaqués y chalecos, camisas almidonadas, botas, gafas redondas, muchos con bigotes y barbas. Las mujeres con los vestidos, faldas y camisas propias de la época, sus cabezas adornadas con grandes sombreros y recogidos pomposos. Luz se observó en uno de los grandes espejos de las paredes. Era demasiado tarde para sentir vergüenza, así que decidió lucir lo que Alexander había compuesto para ella lo mejor que pudiera. Se sacudió una pelusa de la falda, se atusó el pelo recogido en lo alto de la nuca y se aseguró el bombín. Algunos le lanzaban miradas furtivas, pero ella alzaba el mentón desafiante, caminando con las manos en la cintura. Comenzó a pasear.

Había una banda tocando y una cena tipo bufé, de comida típica de entonces, suponía, como carnes frías, sándwiches y hojaldres variados.

Tomó un pastel de carne y pidió un vino que resultó ser dulzón y espeso. Ya más entonada, comenzó a buscar caras conocidas. Al poco tiempo se encontró a Rose y Fen conversando animadamente con una

pareja con *look steam punk*. Rose deslumbraba con un conjunto de crepé de seda china en turquesa con apliques en chifón un tono más claro, que dejaba al descubierto sus hombros; mientras Fen llevaba un ajustadísimo vestido en seda y terciopelo en carmesí. Oona apareció poco después. Su conjunto de blusa y falda era más austero que el de sus compañeras de piso, pero era de un color rosa malva que, sin embargo, acentuaba sus ojos. Lucía su pelo fino y pajizo, imposible de alzar al estilo victoriano, sujeto en una trenza baja decorada por un lazo del mismo tono que el vestido.

Sus caras y el silencio lo decían todo.

—Ya sé, ya sé.

—Muy atrevido. Me gusta —comentó Rose.

—Me falta bailar el cancán. Vosotras, en cambio —miró a sus amigas— ¡estáis genial! ¿Cómo tenéis esta ropa?

Oona y Fen señalaron a Rose, que sonrió complacida.

—Es mi único vicio. ¿Quieres cambiarte? Tengo un conjunto de crepé verde que creo que te podría quedar genial —le ofreció.

—De eso nada. Esto es lo que tengo y lo pienso lucir. —Levantó una pierna y la movió en el aire. Le lanzó una mirada a una mujer de mediana edad que la miraba con visible desdén—. Es más, me lo voy a pasar genial. Como dicen en mi pueblo: una cogorza con otra se quita —se inventó.

—Dariel a las once. Dariel a las once—dijo Fen entre alientos entrecortados.

Luz miró en la misma dirección que las demás, donde había un chico de unos veinticinco años, vestido con un esmoquin negro, complementos en blanco y sombrero de copa. Se apoyaba en un bastón con la cabeza de un pavo real dorado. Alguna de las chicas le cerró la boca a Luz y todas se echaron a reír.

—¿Ese es Dariel? —tartamudeó Luz—. ¡Pero si parece el jodido Brad Pitt!

—Ya —suspiró una de ellas, pero Luz no supo quién, ya que seguía mirando con incredulidad a su casero.

Su mandíbula era angulosa, su piel bronceada, sus ojos azules y almendrados y sus cejas altas y rubias, igual que los mechones de pelo que sobresalían en un desaliño claramente estudiado, a los lados de la mandíbula. Su boca era carnosa, los lados arqueados hacia arriba, con el mohín de alguien que se sabe atractivo muy por encima de la media.

Comenzó a caminar hacia las amigas. Las miraba con un gesto más de certeza que de superioridad; como quien camina a través de sus tierras, cuando la tierra es un supuesto.

Luz no era alguien que se amilanase con facilidad, pero se vio agachando la cabeza, como una buena y modesta dama victoriana,

cuando Dariel llegó a su lado.

Dariel se tocó el sombrero de copa a modo de saludo, un sello con ámbar reluciente en su meñique. Las arrugas alrededor de sus ojos se alargaron hasta la mejilla con una sonrisa.

Luz casi hizo una reverencia. Puso una mano en la cintura, tratando de aparentar relajación.

—Así que tú eres el famoso Dariel.

—¿Famoso? —Dariel arqueó una ceja.

—Es una expresión en español, se usa cuando has oído hablar mucho de una persona.

—Ah.

Se imaginó un incendio en su cerebro y todas sus neuronas corriendo en círculos, gritando en pánico sin saber qué decir o hacer. Se aseguró que seguía teniendo el sombrero en su sitio.

—¿Hacéis mucho este tipo de fiestas?

—Un par de veces al año.

—Deben de costar un dineral. —La pandilla la miró sorprendida. Entonces Luz recordó que en los EE.UU. era de muy mala educación hablar de dinero, y más así, de sopetón, con gente que apenas conoces.

Ella cerró los ojos con fuerza.

—Un montón, sí —Dariel puso una mano cerca de su boca y guiñó un ojo—, pero ganamos más.

Todas se rieron y Luz suspiró aliviada.

—Estoy un poco nerviosa —confesó, y se tiró de la falda corta, incómoda—. ¿Se me nota nerviosa?

Dariel hizo un gesto de una pizca entre los dedos. Luego la miró de arriba abajo.

—Esto no es de mi autoría. Mi padrino me vistió.

—Me encanta —dijo al fin Dariel—. En la Barbary Coast serías la reina con este modelo. O para un posado picante. —Volvió a guiñar el ojo.

—¿Qué es la Barbary Coast?

Dariel le ofreció el brazo.

—Camina conmigo y te cuento. ¿Quieres una copa de verdad y no lo que se les daba a los niños para los dientes? Lo pongo para estos neófitos. Tanto Starbucks les ha dañado las papilas gustativas —le dijo casi al oído.

CAPÍTULO 14

Luz sujetó su brazo y ambos se dirigieron a un bar donde unos camareros uniformados al uso servían bebidas. De camino, Dariel le explicó la historia de la calle más gamberra del San Francisco del siglo xix y principios del xx. Con sus bares, prostíbulos, pensiones de mala muerte y demás lugares para que los nuevos ricos de las minas, marineros y políticos de incógnito dieran rienda suelta a sus instintos más bajos.

Pidieron champán.

—Y dime, ¿de dónde te viene un nombre tan lírico? Luz Violeta —dijo en alto empleando el acento del español europeo.

Luz se paró un momento. Lo miró primero confundida, después indignada.

—¿Cómo sabes mi nombre completo?

—Tendré que saber a quién meto en mi casa, ¿no te parece?

—¿Qué más has aprendido de mí? —Aunque Luz frunció el gesto, su cara delataba diversión.

—Que escribes, que eres poeta, que naciste en un pueblecito del noroeste de España, que tienes un hermano mayor, que no te gusta la vainilla…

—Bueno, todo eso está en Facebook.

—No te dije que hubiera contratado a un agente secreto. —Dariel dio un sorbo a su champán, la nuez de su cuello se movió al unísono.

Luz se tuvo que recordar que le estaba mirando el cuello como si fuera un vampiro, aunque, en realidad, el vampiro parecía él.

«Qué cliché de hombre», pensó ella poniendo los ojos en blanco con disimulo. Bebió un sorbo de la copa y se limpió los labios con el envés de la mano.

—Cuando mi madre se puso de parto conmigo había un temporal terrible y no podían llegar al hospital. Mi padre estaba nerviosísimo porque las horas pasaban y, con los teléfonos cortados, no podían pedir ayuda. Mi padre, que no es religioso, se puso a rezar a Dios. En ese momento amanecía, y vio una luz.

—Una Luz —Dariel repitió.

—Sí. Una luz violácea que parecía entrar por la ventana y alumbrar a mi madre. En ese instante llegó un médico que había conseguido contactar un vecino y la ayudó a parir. Resultó que tenía el cordón alrededor del cuello, así que, un poco más y no lo cuento. Por eso

decidieron llamarme Luz Violeta, en honor a ese momento.

—Qué buena historia.

—Mi padre, en vez de ayudar a mi madre, se puso a mirar por la ventana. Pero sí, la anécdota es muy bonita.

Dariel se rio. Después la consideró unos instantes, sin un atisbo de mesura o vergüenza. A Luz se le olvidó respirar.

—En la época victoriana —Dariel golpeaba su labio con el dedo índice. Sus ojos entrecerrados— las flores tenían un significado secreto. Por ejemplo: los claveles rojos significaban admiración; el crisantemo, amistad; las gardenias, amor oculto. Y las violetas significaban amor romántico.

Luz se esforzó en tragar saliva mientras Dariel se acercaba todavía más a ella. Mirándose directamente en sus pupilas.

—Ah —acertó a decir ella, y bebió un sorbo de champán rezando para que sus manos no acusasen el temblor.

Dariel sonrió de oreja a oreja y se alejó.

Fen, Oona y Rose se acercaron a Luz.

—¿Qué te pareció Dariel? —le preguntaron al unísono.

—Es un imbécil absoluto —respondió Luz.

—Totalmente de acuerdo —dijo Rose con voz anhelante.

Dariel subió un par de escalones de las escaleras que iban al piso principal y dio un pequeño discurso, animando a los comensales a donar todo lo que pudiesen. A un lado también había una mesa con joyas y efectos antiguos por los que la gente podía pujar.

Después, la música comenzó a sonar de nuevo. En una sala contigua había un corro alrededor de una tarotista. Lucía sus ojos oscurecidos con *khol*, el pelo cardado y una bata de estampado oriental decorada con plumas. Luz pasó de largo y se acercó a un extraño artilugio que atrajo su interés.

Era un gran jarrón de cristal sujeto por una estatua verde con forma de mujer desnuda. Del jarrón salían cuatro pitones con sus respectivos grifos.

Luz se aproximó todavía más cuando alguien se paró a su lado.

—¿Le gustaría probar? —le preguntó un camarero.

—¿Qué es?

—El hada verde. Absenta. La bebida de los bohemios y proscritos de la sociedad. Artistas, poetas, escritores… Todos bebían Absenta.

—Sí, por favor —dijo Luz alargando la mano.

El camarero vertió un líquido verde en una copa de boca ancha. Después, dispuso un cubo de azúcar encima de una especie de colador plano, abrió el grifo de uno de los dispensadores y dejó caer muy lentamente gotas de agua sobre el cubo hasta que se hubo disuelto y la bebida se tornó lechosa.

Luz la miró maravillada. Olía a anís. Se la llevó a los labios. Era

refrescante, un poco amarga, pero también dulce. Se la bebió en dos sorbos.

—Se supone que la tienes que beber despaci…

—Otra —dijo Luz, para quien la mesura nunca había sido importante.

—¿Estás segura? Mira que es muy fuerte.

—Bah, no será para tanto. Otra.

Luz hizo el amago de servirse ella misma, pero el camarero la interceptó y consiguió servirle antes.

Luz la bebió con un poco de más mesura. Salió de la habitación y comenzó a pasear entre los visitantes. La puerta al jardín estaba abierta y decidió salir a tomar un poco el aire. El cielo tenía el tono opaco de la luz de la ciudad mezclada con la niebla. Un grupo de gente charlaba animadamente cerca de una fuente con la escultura de Medea. El sonido del agua clara golpeaba la superficie y se intercalaba con los gritos y risas del grupo.

Alguien se sentó a su lado.

—Una noche preciosa.

Luz miró para ver a Dariel sentado muy recto. Una cara quieta y una media sonrisa. Luz sentía que iba a vomitar.

—¿Estás bien?

—He tomado dos vasos de ausenta de golpe y creo que me he pasado.

—Absenta. ¡Pero eso es muy fuerte! Deberías comer algo para que te ayude.

Dariel chasqueó los dedos mientras buscaba a alguien con los ojos. Un camarero se acercó, Dariel le pidió algo.

Luz se esforzaba por mantenerse derecha, los ojos a medio cerrar.

—¿Sabes que tu casa está encantada? —le soltó.

—Eso dicen.

Luz lo miró de reojo.

—¿Quién lo dice?

—Algo habían dicho en la prensa. Si quieres saber mi opinión, eso me viene bien. Tengo planes para hacer un hotel un día de estos, o un museo.

El camarero les acercó un plato con algunos emparedados y un vaso de café.

Luz se comió un emparedado en dos bocados mientras escuchaba a Dariel hablar de sus conocimientos de restauraciones de muebles antiguos y sus proyectos para recaudar fondos para la conservación de sus propiedades. «Menudo chulo», pensaba ella mientras miraba su perfecta boca masticar las palabras inglesas a la manera americana.

—Entonces —interrumpió ella—, ¿tú crees que está embrujada o no?

—Así que lo dices en serio —Dariel se giró para mirarla. Le pasó el café. Sus pupilas bailando entre diferentes puntos de la cara de Luz. Después continuó—: Yo no creo que las casas puedan estar embrujadas. Pero la gente, sí.

Al primer trago de café, Luz comenzó a vomitar ruidosamente al lado del banco. Alguien gritó de asco, otros se rieron.

Se recuperó al rato y enseguida se sintió mejor. Se dio cuenta de que Dariel se había alejado del banco y le ofrecía un pañuelo desde la distancia.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Mejor, mejor —respondió.

—Venga. Te ayudo a ir a tu habitación —Dariel le ofreció el brazo otra vez.

—Espera, ¿te vas a aprovechar de mí?

—No te ofendas, pero apestas.

—Luz se llevó la nariz al sobaco como pudo. Ya no recordaba la vomitona de hacía apenas unos minutos.

Se cogieron del brazo y se fueron escaleras arriba. Algunos invitados miraban de reojo, Luz no sabía si con envidia o preocupación.

Dariel la dejó en la puerta.

—Pues aquí me quedo yo.

—Oye, que si quieres puedes entrar, creo que tengo algo de marihuana.

Dariel miró alrededor de la habitación. Su cara pareció palidecer de pronto.

—Otro día. Cuando no hayas bebido absenta como si fuera agua.

—Otro día entonces —dijo Luz medio tambaleándose.

Dariel cerró la puerta y Luz se desplomó en la cama. La habitación le daba vueltas. Puso un pie en el suelo para tratar de frenar el efecto helicóptero.

Se quedó dormida para despertarse en el lugar negro otra vez. Esa noche el aire tenía un tono lechoso y verde, con lazos de esmeralda. Como la absenta, pensó; o como las paredes con arsénico en las casas victorianas.

Llevaba la ropa de época con la que había ido a la fiesta y caminaba descalza. Frente a ella estaba el espejo negro. Se acercó. Veía su silueta delineada en la oscuridad. Era ella. Casi del todo. Aunque su pelo era más largo y caía sobre su cara y torso. Se quedó muy quieta, y cuando vio su reflejo comenzó a mover la cabeza. Muy despacio. Era como si, de repente, el reflejo de Luz se hubiese dado cuenta de algo. Abrió la boca con una mueca entre el terror y la sorpresa.

Luz se despertó. Todavía era madrugada y la niebla se movía a través del cielo con somnolencia. Olas blancas difuminaban el paisaje

de manera intermitente.

La imagen de su tétrico reflejo en el sueño la espabiló de golpe, haciendo que se incorporase en un solo movimiento. Miró a su mesilla. La pluma estaba abierta sobre su bloc de notas y había unos surcos, como si hubiese intentado escribir sin la tinta. Acercó el bloc hacia su cara, se puso las gafas.

En el surco se podía leer: «Te veo».

CAPÍTULO 15

Todavía con la ropa de la fiesta, Luz agarró la pluma de la mesilla y corrió afuera de su habitación en dirección a la de Rose. Llamó a la puerta frenéticamente. Rose abrió sobresaltada.

—Luz, ¿estás bien? ¿Ha pasado algo?

—En la biblioteca donde trabajas… ¿Puedo encontrar datos de esta casa y la gente que vivió aquí?

Rose se arrebujó con la bata.

—Supongo que puedo mirar. Pero ¿qué ha pasado ahora?

Luz mostró su puño sujetando la pluma.

—¿Le puedes dar la pluma a tu amigo para que la arregle? —Rose tomó la pluma de la mano de Luz, pestañeando muchas veces—. Gracias —dijo en tono alto.

—¿Qué está pasando? —preguntó Fen mientras bajaba las escaleras, vestida para correr.

—Eso estoy intentando saber yo —contestó Rose.

—¿Más fantasmas? —preguntó Oona asomando la cabeza desde su cuarto con el aparato para el bruxismo puesto.

—No estoy segura —dijo Luz con gesto confundido—. Necesito un café para poder explicarlo. ¿Os espero abajo?

—¡Pero si no son ni las seis y media! —se quejó Oona.

Luz hizo caso omiso a las quejas de sus compañeras de piso sobre la hora y lo cansadas que estaban después de la fiesta de Dariel y bajó las escaleras trotando, a pesar de que las oía decirle desde el segundo piso que hiciera menos ruido.

—Era yo, pero no era yo. —Luz llenaba las cuatro tazas de café hasta la mitad. Cada taza era diferente: la de Fen era una con un brazo flexionado que decía, en letras doradas, «Suda a menudo», otra de una compañía de seguros de Oona, y un pocillo de porcelana de Limoges la de Rose, que se negaba a beber de tazas vulgares y toscas de las de ahora. La última, roja brillante con un trocito roto en la boquilla, se la había adjudicado Luz. Le gustaba porque era la más grande y a ella le gustaban los cafés con mucha leche y mucho azúcar.

—O sea, era mi reflejo. —Luz llevó las tazas a la mesa de dos en dos. Oona había puesto tostadas y Fen había traído uno de sus batidos de la nevera, además de leche de almendras, azúcar moreno y unos paquetitos de edulcorante para ella. Rose encendió la calefacción. Las

amigas comenzaron a prepararse su desayuno mientras que Luz hablaba con la mirada perdida en la ventana del vecino, todavía no se había levantado nadie.

—Parecía yo, pero no era yo. ¿Era casi yo? —dio un sorbo a su café con leche—. A veces pienso que alguien está viviendo una vida paralela en esa torre. Cuando me meto en la cama muchas veces siento que alguien se tumba en el otro lado. Pero si me doy la vuelta no está. A veces me río y oigo una risa; a veces incluso una respiración justo unas milésimas de segundo después de la mía. Y bueno, por no hablar de la sombra en el armario.

—Un *Doppelgänger* —sugirió Rose.

—O una crisis psicótica —dijo Fen dejando caer el polvo blanco y fino de la Splenda en la taza.

—¿Un qué? —preguntó Luz.

—Crisis psicótica.

—Eso no —cortó Luz a Fen poniéndole una mueca de desagrado—, lo del *Doppelgänger.*

—Mi abuela alemana me hablaba de los *Doppelgänger* —Rose tintineó la cuchara en su taza un par de veces para después dejarla en el platillo—, como una aparición de nosotros mismos, una copia que hace todo idéntico a nosotros, pero si nos damos la vuelta, ya no la vemos. Mi abuela decía que, si un perro o gato miran detrás de ti ladrando, bufando o nerviosos, es porque están viendo nuestro doble, pero reconocen que no somos nosotros, por eso hacen eso.

—Ah, como un gemelo malvado —Oona dedujo.

—Supongo que sí. —Rose mordió un buen trozo de la tostada a la que había untado mermelada—. También decía que verlos era mal presagio.

—Estupendo. —Luz puso los ojos en blanco—. Pero estaba vestida diferente, con diferente pelo.

—A ver —añadió Oona mientras se ponía de pie. El sol había salido un poco e incidía en la cocina, salpicando las paredes de dorado—. Que fue un sueño. Yo ayer soñé que era un muñeco de Playmobil en un mundo hecho de azúcar y la policía eran terrones de azúcar y me querían deportar a mi mundo Playmobil. Pero yo no quería, porque prefería vivir en las casas de nubes de azúcar. Pero un pastel de crema me ayudaba a esconderme dentro de una caries en una muela abandonada… Esa parte fue un poco asquerosa, la verdad.

—Y después soy yo la loca —bromeó Luz.

Oona simplemente se encogió de hombros y continuó lavando la taza del café que ya se había terminado.

Rose, Fen y Luz se miraron con caras de asombro y apenas contuvieron una carcajada.

—¿Por qué no vienes a buscarme a la biblioteca cuando cierres la

tienda y miramos los archivos? —le preguntó Rose a Luz.

—Hoy imposible, voy a una lectura de poesía.

—Ah, ¿sí? —preguntó Oona mientras se secaba con un paño—. ¡Qué bien!

—¡Sí! Conocí a una chica en la tienda que parece que está conectada en el mundillo. A ver qué tal.

—Seguro que genial —sonrió Oona.

El reloj del vestíbulo dio las siete y todas corrieron a sus cuartos, era lunes y la ciudad no esperaba a nadie.

CAPÍTULO 16

Esa tarde, Luz cerró la tienda a las seis en punto. Había sido un día aburrido en la tienda. Lo más excitante que había hecho era la tarjeta regalo que había preparado por el valor de dos mil quinientos dólares a un hombre trajeado con un pinganillo en la oreja que mantenía una conversación en chino mientras hacía la operación.

Luz se cerró el abrigo, se subió las solapas y se dirigió a la estación de metro para tomar la línea que la llevaría a la casa donde tendría lugar la lectura de poesía a la que la había invitado Eliot.

Tras bajarse en su parada y emerger de nuevo a la superficie, Luz paró en una bodega donde se compró una Coca-Cola y un bocadillo de ensalada de atún que se comió de camino al lugar del acto.

Desde afuera, el edificio parecía estar abandonado. O en obras perpetuas, algo que parecía muy común en San Francisco. Un andamio ocultaba la fachada casi en su totalidad con un plástico azul.

Luz la estudió de arriba abajo y revisó el folleto, perpleja.

—Sí, es aquí —le dijo alguien que se había parado a su lado.

Ella levantó la mirada. Era un chico de mediana estatura, delgado. Llevaba un gorro marinero con rizos castaños asomando sobre las orejas, los pantalones arremangados al tobillo con botas de montaña, camisa de cuadros y trenca. Estaba claro que era del tipo artista. También podía ser un *techie* que se acabase de bajar de uno de esos autobuses de cristales tintados que hacían el recorrido hacia y desde el sur de la península, donde había oficinas que servían profiteroles de postre y dejaban usar monopatines en los pasillos. Se decantó por artista, o por ambos.

—Me llamo Tommy —dijo el chico.

—Yo, Luz.

Subieron las escaleras con sumo cuidado, ya que algunos peldaños estaban rotos y dejaban entrever la distancia al suelo como un precipicio oscuro. El corazón de Luz latía desbocado anticipando una caída que, por fortuna, no ocurrió.

Llegaron a un piso iluminado solo por velas. Olía a iglesia, o eso le pareció. Había ratas disecadas como decoración, desperdigadas aquí y allá, y telas tapando el moho, asbestos y el polvo asentado de meses, o puede que años.

Una chica que no podía tener más de veinte años, con un estilo

calcado a *Tank Girl*, presentó a los invitados y anunció que después habría micro abierto. Luz asintió complacida mientras escaneaba el lugar. Entre la gente encontró a la poeta de la tienda y llamó su atención con la mano alzada. Eliot arqueó las cejas, sonrió y se acercó a ella. Se saludaron efusivamente. Después, Luz trató de presentarle a Tommy, pero Eliot se lanzó a sus brazos y se dieron un abrazo que duró casi un minuto.

«Cuándo llegaste. Hasta cuándo te quedas, cómo fue el curso…». Le lanzó tantas preguntas que Luz dejó de prestar atención. Resultó que Eliot y Tommy eran buenos amigos de la universidad de Berkeley y Tommy acababa de regresar de vuelta de Nueva York, después de haber terminado un máster de poesía en una prestigiosa escuela que Luz sospechaba había costado más que la casa de sus padres.

Los tres cogieron una cerveza de una bañera llena de hielo y se sentaron en una zona con sillas vacías, cerca de la ventana. Las voces se fueron acallando y las lecturas comenzaron.

Primero leyó un poeta de fuera. A Luz le pareció entender que de Carolina del Norte, pero no estaba muy segura, ya que los sonidos de la calle se filtraban por la ventana rota, dificultando su comprensión del inglés. De lo que sí tenía la certeza era que sus poemas describían un tipo de violación de Tyro desde el punto de vista de Poseidón con un tratamiento *hentai*. Cuando oyó «miembro de espuma palpitante» tuvo que prensar los labios entre los dientes para no reírse.

—Un trago por cada metáfora acuática para pene —le susurró Luz a Eliot, a la que se le escapó un poco de cerveza por la nariz.

Tommy trajo otra ronda mientras que esperaban al segundo. Se trataba de una poeta mexicana que mezclaba canción y verso. Sal de frutas para la indigestión de la violación anterior, si le preguntaban a Luz.

El tercero pasó sin pena ni gloria para ella porque ya estaba pendiente de cuando abrieran el micro para correr al escenario. Pero no era la única, ya que vio formarse un corro alrededor de la presentadora que apuntaba con desgana en un bloc de notas todos los nuevos añadidos. Visiblemente frustrada, la presentadora movió a la gente y tomó el micro.

—Solo quiero recordar que para poder leer tu obra has de haberte apuntado previamente a la *newsletter*, al *mailing list* y pagar los cinco dólares de donación voluntaria por medio de *submittable*. Como muchos de vosotros sabéis, siempre guardamos un par de puestos para *walk ins*, pero, como habéis visto, se llenan pronto, así que os sugiero que para la próxima vez toméis el camino seguro. —Dejó el micro en su trípode y se abrió paso entre los poetas congregados alrededor de la tarima con cara de enfado. Allí apretados, parecían una camada de cachorrillos de ojos esperanzados con folios entre sus dedos.

Luz miró a su alrededor y entendió algo. Allí lo único que había eran otros poetas. Nadie venía a escuchar. Todos venían a que los escuchasen. Leer poesía allí era tan útil como ir a ofrecer arena al desierto.

Pero Luz no era alguien que se desanimara fácilmente. O que hiciera mucho caso de las reglas. Solía pensar que no iban con ella. Así que, cuando la lista de poetas terminó con el micro abierto, ella se lanzó al escenario.

—Perdón —dijo mientras medio se peleaba con la presentadora para coger el micro—, perdón por la interrupción, es que acabo de llegar y no he entendido mucho de cómo va esto —mintió con una sonrisa de inocencia—. Veréis, yo vengo de España, en concreto de un sitio pequeño en el que llueve mucho llamado Galicia. No es lo que muchos de vosotros os imaginas, de hecho, no tiene nada que ver con flamenco y toros. Nuestro instrumento es la gaita, como los escoceses… —la gente se empezaba a ir—, bueno, que me voy por las ramas… Yo he escrito algo sobre vuestro clima desde el punto de vista de alguien para quien la lluvia es parte de su cultura.

—¿En español? —preguntó un chico de ojos azules y acento impecable, claramente queriendo chulear de su dominio de la lengua.

—En inglés —respondió ella.

El chico se dio la vuelta y comenzó a hablar con otros dos amigos que se pasaban una petaca de *whisky*.

Luz aclaró su garganta y comenzó:

I started to miss the rain,
I'd look at the sky.
The ever layer of grey that never becomes water.
Like a phantom pregnancy,
sluggish and swollen with nothing,
filled with empty for months and months.
All things grow a skin of dirt
houses and cars,
weeds and litter on the sidewalk
the folds on the eyelids at the end of the day.

Miró hacia su público, quedaban unas ocho personas que aplaudían abúlicas. Sintió que se ponía roja, hizo ademán de bajar del escenario improvisado cuando la presentadora le dijo con aspereza:

—La próxima vez, apúntate a la lista, como todo el mundo.

Luz trató de asentir y sonreír al mismo tiempo, pero, con la vergüenza, ninguna de las dos cosas quedó convincente y apenas consiguió esbozar un gesto raro con un movimiento de cabeza dudoso.

No veía el momento de salir de aquel agujero asqueroso. Como hubiera un terremoto y se le cayera el edificio encima, iba a denunciar

a diestro y siniestro. Se cruzó con Eliot, que le dijo con lo que parecía sinceridad:

—Oye, me gustó mucho.

En ese momento, Luz ya estaba conteniendo las lágrimas. Eliot lo debió de notar, ya que le puso una mano en el hombro.

—Aquí son todos unos esnobs. No esperes reconocimiento de esta gente. Cuanto menos aplauden, más celos te tienen —sonrió.

Tommy, que se había acercado con otra cerveza, los ojos brillantes por el alcohol, asintió a sus palabras.

—¿A ti te ha gustado? —le preguntó Luz.

— Tiene potencial —dijo con una sonrisa.

—¿Tiene potencial?

—Está verde. Le falta sustancia.

—Te habrá parecido mejor el del pulpo porno —respondió Luz con ironía.

—Por lo menos tenía un punto de vista potente. Tu punto de vista es que echas de menos la lluvia, ¿y eso llega para hacer un poema? ¿Y colarte en la lista de micro abierto?

—Tienes razón —se sorprendió Luz hablando en alto—. He hecho un ridículo espantoso.

—Bah. Eso es parte del trabajo de poeta. Echas tu corazón al ruedo con la esperanza de que el toro no lo cornee.

Luz miró a ese chico medio piripi hacer un movimiento de matador.

—¿Cuánto tiempo te llevó editarlo? —le preguntó Tommy después de dar un sorbo a su birra.

—¿A qué te refieres?

—A cambiar, a añadir, a borrar…

—No sé, una media hora.

—Y después lo leíste, ¿y ya?

—Sí, lo escribí esta mañana, de hecho —contestó Luz orgullosa.

—Pues a eso me refiero. Que un poema sea corto no quiere decir que tenga menos trabajo que una novela. Solo que es condensado, como un destilado, o por lo menos un fermentado, como esto. —Le dio el último sorbo a su cerveza y la dejó en una esquina. Buscó su dedo índice. Lo apuntó hacia Luz—. ¿Qué tienes que decir tú? Además de hablar del tiempo.

—Mira, yo también he estudiado poesía, eh. Me sé toda esa metamierda que te imparten en forma de pseudo-filosofía.

—¡Ah! Enhorabuena, espero que puedas vivir con la culpa de haber tirado tanto dinero a la basura como yo.

—No digas eso, Tommy —interrumpió Eliot—. Tommy es uno de los editores de Fly High Kite Press, una de las editoriales más importantes de poesía de este país.

Tommy la miró con una sonrisa beatífica. Ni medio esfuerzo en jugar a la falsa modestia, pensó Luz, que decidió no pasarse de borde con él y hacer como que le estaba escuchando.

—Por una cena, te ayudo a editar tus poemas.

Luz quería mandarlo a la mierda, pero no era tan tonta como para no ver la oportunidad. Empleó su mejor sonrisa para contestar con tono entusiasmado:

—Claro, ¿por qué no venís mañana a mi casa?

—Genial —contestaron.

Los tres intercambiaron detalles para el día siguiente y se despidieron.

Luz vivía más lejos y tenía que trabajar, así que se fue la primera, pensando en cómo se podía camelar a este editor insufrible para que le publicase en su editorial.

Cuando salió del edificio le ardía la cara y agradeció el aire fresco. Comenzó a caminar de vuelta a casa. Los botines hacían un sonido hueco en la acera. Giró hacia una calle vacía y oscura, donde un solitario poste de la luz zumbaba descompasado. Un gato pardo se le cruzó por delante bufando. No era un gato, era un ¿mapache? Se paró un momento para estudiar a la criatura, que se había metido tras un contenedor, y en ese momento oyó otros pasos pararse tras de ella. Se dio la vuelta con la garganta ardiendo por tanto aire frío entrando descontrolado en sus pulmones. Le pareció ver una sombra en un portal. Estaba casi segura. Desde luego, no se iba a quedar a comprobarlo. Apuró el paso mientras rebuscaba en el bolso algún objeto punzante con el que poder defenderse. Recordaba cómo una noche en la facultad un chico la había seguido buena parte del camino a casa. Después de ese susto, Luz salía con un cuchillo en el bolso. Uno de esos grandes de trinchar la carne. Hasta que un día, una amiga estaba buscando un mechero en su bolso y se cortó con él. Acabaron las dos en urgencias, ella de acompañante, la amiga con la mano envuelta en una chaqueta, el rímel corrido y mirándola de reojo de vez en cuando, preguntándose, quizás, si a ella no la debería ver un especialista en psiquiatría.

Pero esa noche no había encontrado nada más que un boli rojo, sin capucha, para más inri. Se dio la vuelta con el corazón en la garganta.

—Sal de donde te escondes, tengo un arma. —Blandió el boli apenas asomado entre el puño. Esta vez un verdadero gato, sin la menor duda, comenzó a maullar en su dirección. Luz dejó salir todo el aire y se llevó las manos a las rodillas. Se dio la vuelta para seguir caminando, pero no pudo dar un paso. Un grito gutural salió de su garganta. Justo frente a ella, a menos de un centímetro de su cara, había alguien parado. ¿Era ella? No estaba segura porque estaba de

espaldas, e inmediatamente desapareció. Alguien salió por una ventana y preguntó si estaba bien, si la habían atracado o algo. Luz movió el brazo dando a entender que no, tratando de recuperar el aliento y la sensación de normalidad.

—Todo bien, gracias. Solo un gato que se apareció de la nada y me dio un susto de muerte.

El buen vecino se volvió a meter dentro y Luz apuró el paso todo lo que pudo hasta llegar a una calle principal, donde se apresuró a buscar un taxi.

CAPÍTULO 17

Rose la esperaba al fondo de la cafetería, sentada en un velador de mármol y hierro forjado. La había llamado a su trabajo y le había preguntado si podían quedar para comer, ya que había hecho algunos descubrimientos sobre la historia de la casa. Se habían citado en una cafetería céntrica, muy famosa entre los turistas por su arquitectura de estilo continental.

Luz pidió un capuchino y un vaso de agua antes de sentarse a su lado.

—¿No pides nada de comer? —le preguntó Rose.

—¿A doce dólares el bocadillo de jamón y queso? —sacó de su bolso algo envuelto en papel de aluminio—, me lo traigo de casa gratis y más rico.

Rose miró a los lados algo avergonzada. Dio un bocado de su quiche, sacó unos papeles y le dijo:

—La casa se construyó en el 1900 para el bisabuelo de Dariel. No sé cuánto te contó Dariel la otra noche…

—No me dijo nada de la casa o de su familia —respondió ella.

—Qué raro, es su tema favorito cuando conoce a alguien nuevo —dijo Rose con sorna—. El caso es que su antepasado era un conde francoitaliano y su mujer era la heredera de una fortuna del ferrocarril y la minería. Fueron una de las primeras familias adineradas en asentarse en la zona de Richmond, que en aquella época no era mucho más que vacas y dunas. Le llamaban Outside Lands, o tierras de fuera. —Rose extendió unos folios sobre la mesa—. Los bisabuelos de Dariel salen un par de veces en el periódico por sus obras benéficas. Construyeron una escuela, un hospicio. Ayudaron a reconstruir San Francisco tras la destrucción del terremoto de 1906. Alma Arabella, en las dos primeras décadas, se involucró en muchas causas benéficas. Ayudó a recaudar fondos para las guerras. Tuvieron tres hijos, todos sobrevivieron a la edad adulta. El conde murió de neumonía a los cincuenta y cinco, Alma diez años más tarde. Encontré una foto de ellos en un periódico.

Luz examinó la foto con atención. La familia posaba delante de la casa. Se les veía junto a un árbol decorado con motivos navideños, dando regalos a los niños del barrio. Una imagen afable, a pesar de que todos posaban muy serios.

Ella era fuerte, robusta, con el gesto severo y los ojos inquisitivos.

Llevaba un vestido muy ajustado en la cintura, el pelo en un elaborado recogido sobre el que descansaba un enorme sombrero con flores. Desde luego, no parecía un atuendo para estar ayudando a la comunidad.

—¿Y esta es la ropa de trabajo de la época? —preguntó Luz.

—En mi humilde opinión, están más para la foto de la prensa.

Luz asintió y se volvió a acercar para estudiar la foto más a fondo.

Él era, sin ninguna duda, muy atractivo; pero con la mirada distante y dura. Un gran bigote cubría su labio superior y acentuaba su delineada mandíbula, que Luz comparó con la de Dariel. Estaba sentado, con las piernas cruzadas y los brazos apoyados sobre las rodillas, vestido con un traje de chaqueta y sombrero. Los tres niños, rubios y rechonchos, parecían muñecos de porcelana. Ellas todo tirabuzones, lazos y volantes; sus vestidos impolutos hasta la rodilla. Él, con su trajecito de chaqueta tipo marinero y sus zapatitos de charol. Alargaban paquetes a otros niños más delgados y peor vestidos bajo la atenta supervisión de los adultos. La mirada de Luz se volvió a posar en la mujer. Entornó los ojos e hizo un esfuerzo por recordar los rasgos de su fantasma.

—¿Y no hay nada más?

—Hay un par de notas de prensa, de lo que he encontrado, bautizos, matrimonios... De él hay cosas sobre finanzas, la bolsa… La mujer victoriana solo debía salir en el periódico tres veces —Rose mostró tres dedos—: Nacimiento, boda y entierro.

—¿Y de los sirvientes? Alguien que hubiera dormido en esa torre —inquirió Luz.

Eso es más difícil de encontrar en los periódicos, pero podemos mirar en el censo. O ver si se conserva algún escrito de las contrataciones del servicio en la casa. Será mejor preguntarle a Dariel. Su familia puede que tenga algo.

—¿Dariel tiene familia cerca?

—Sus padres viven en la bahía este, en Piedmont. Su hermana vive en Nueva York, está casada y tiene una porra de hijos con un bróker. Son todos asquerosamente ricos. También tiene un hermano... Pero de eso no se habla.

—¿Por qué?

Rose se encogió de hombros.

—Creo que está metido en líos de drogas, o que no está muy bien de la cabeza. A lo mejor ya murió. No sé, la verdad.

Luz volvió a mirar la foto mientras le daba un mordisco a su bocata. Masticó con cara de desaprobación mientras miraba de reojo el trozo de quiche de Rose. Tapándose la boca con un dedo preguntó:

—¿Me la dejas probar?

Rose negó con la cabeza y la apartó del alcance de Luz, para su

patente indignación. Rose se rio, pero siguió determinada en negarse a compartir.

—Mala amiga —bromeó Luz cruzándose de brazos.

—¿Una mala amiga te hubiera traído esto?

Rose abrió otro compartimento en el bolso y sacó la pluma que relucía con la plata recién limpiada.

—¡Eres la mejor! —dijo Luz tomando la pluma entre sus dedos, el peso considerable, comparado con un bolígrafo moderno, y el tacto frío y suave del metal la hizo olvidar por un momento dónde se encontraba. Todo a su alrededor se quedó en silencio. Sacó el capuchón y garabateó algo en una de las fotocopias de los periódicos de la biblioteca. Luz era zurda, así que la pluma se movía por el papel con dificultad, dejando una hendidura y trazando las letras de forma irregular, pero consiguió escribir: «¿Quién eres?».

CAPÍTULO 18

Al llegar a casa cansada después de trabajar, lo último que le apetecía a Luz era hacer la cena para Tommy y Eliot. Y mucho menos escuchar a Tommy echar por tierra todos sus poemas. ¿Para qué los habría invitado? Algo que Luz quería cambiar en ella era su incapacidad de estar una noche descansando. Si había un plan que podía hacer, no iba a dejar pasar esa oportunidad.

Miró en la alacena de la cocina que le correspondía con desánimo. Allí solo había una sopa de bote, medio paquete de habas y una lata de atún. Hizo una pedorreta con los labios y dijo:

—*Al carallo*. Pido *pizza*.

Caminó hasta un pequeño local que acababa de abrir dos bloques al oeste de su calle. Desde un garaje vendían *pizzas* a medio hacer que después tú debías de terminar en el horno. A su vuelta, Eliot y Tommy ya la estaban esperando en la puerta.

—Mierda —Luz gritó sonriente al verlos—, ahora no puedo hacer como que la *pizza* la he hecho yo.

—¿Vives aquí? —dijo Tommy ignorando su comentario.

Miraba ensimismado hacia el interior de la verja.

—¿Eres rica? —preguntó Eliot.

—Ya me gustaría. Si os digo lo que pago de alquiler, no os lo creéis.

—Mejor que no lo digas, no quiero cogerte tirria —confesó Eliot mientras seguía a su anfitriona bordeando la casa, camino a la entrada directa a la cocina.

Luz se las apañó para quemar la *pizza*, lo que hizo que los poetas se mofasen de ella todo el camino hasta su habitación, cargando cervezas, *pizza* y servilletas.

Comieron, bebieron y fumaron en la ventana mientras iban leyendo algún poema de Luz que inmediatamente se llenaba de señales de boli rojo, palabras subrayadas, signos de interrogación, flechas y comentarios a pie de página.

Después, Tommy le hizo ponerlos todos en el suelo. Le había dicho que había que verlos juntos, para saber qué tal se llevaban unos con otros. Quiénes se amaban, quiénes se odiaban, quiénes se debían ir. Luz había dicho que no podía dejar marchar a ninguno, ya que todos eran sus hijos y Tommy le había dicho que más que hijos eran granos,

algunos había que dejarlos madurar, otros era mejor explotarlos al momento.

Era pasada la media noche cuando Eliot y Tommy se fueron, agarrados de la mano y medio piripis, escaleras abajo. Exhausta, Luz se dejó caer en la cama, pensando si ya estarían liados cuando los vio en la lectura del micro abierto o era una cosa nueva. Ya podía tachar de la lista lo de liarse con Tommy para que la publicasen en su editorial. Se acomodó de lado mirando todos sus poemas en el suelo repletos de notas en rojo. Puso los ojos bizcos hasta que las marcas le parecieron sangre brotando de sus versos.

—Mis niños —murmuró antes de comenzar a roncar.

Al abrir los ojos volvió a encontrarse en aquel lugar enfrente del espejo negro. Esta vez, el reflejo de la mujer estaba sentado. Tenía la cabeza gacha y el pelo le cubría parte de su contorno. Lentamente, alzó la cara con desidia. Sus ojos estaban rojos, como las anotaciones en sus poemas. Su boca entreabierta en una mueca de dolor, o quizás fuera asco. Sus pupilas encarnadas danzaron en la silueta de Luz hasta que se posaron en sus ojos. Luz notó la frialdad del espectro llenarle las entrañas y extenderse hacia todo el cuerpo. Comenzó a temblar. Quería despertarse, pero ni siquiera podía moverse.

La mujer abrió su boca. Parecía una de esas bocas de una atracción de una feria, o la mandíbula colgante de un muñeco de ventrílocuo. La boca continuó abriéndose pasado su cuello. Dentro solo había negrura.

De pronto, oyó un chasquido, y ese zumbido sordo que Luz a menudo oía durante sus horas despiertas comenzó a crecer. Cada vez más alto. De su mandíbula desencajada comenzaron a salir partículas negras. Como grumos coagulados de tinta. Cuanto más se acercaban, el zumbido se hacía más fuerte. Luz vio, por fin, que eran, en realidad, insectos. Moscas gordas y peludas. Zumbando, rabiosas y desorientadas, creando una nube oscura entre las dos. A una velocidad pasmosa, atravesaron el espejo en dirección a Luz. Esta intentó huir y corrió tambaleándose, buscando una salida. Pero no había puerta, solo una pared marcada por arañazos que no eran suyos. Trató de pedir ayuda en vano, ya que nada salía de su garganta.

Entonces se percató de que ya no eran moscas, sino letras. Letras negras y compactas. Una nube de letras en movimiento como los átomos en un acelerador de partículas.

Las letras la alcanzaron de golpe, rodeándola. Mordiendo, pinchando, arañando y, finalmente, penetrando cada orificio y poro: ojos, nariz, orejas, bajo la piel y entre el pelo. Inundada de letras duras como perdigones. Letras que vibraban y empujaban y se abrían paso en su carne con la fuerza de un proyectil. Luz se sentía

desvanecer, mientras que las letras, por fin, conseguían entrar en sus entrañas, estómago y pulmones anegados. Pensó que la estaban enterrando viva.

Fue lo último que sintió antes de despertarse en el suelo de su habitación, con la cara sobre sus poemas. Un destello rojo se filtraba por la ventana como la luz de un faro, posiblemente pertenecía a una sirena de una ambulancia o coche de policía. Empezaba a amanecer.

Se despertó con el peor dolor de cabeza de su vida, la cara con las babas de la noche pegadas a su mentón. Utilizó los brazos para incorporarse. Apretó los ojos con fuerza. Se sentó, apoyó la espalda contra el somier de la cama y echó la cabeza hacia atrás.

—No más *pizza* en un mes. Menuda pesadilla —murmuró.

Buscó con la mirada la botella de agua que sabía que había dejado cerca de la cama la noche anterior, pero algo más captó su atención. La pluma antigua estaba en el suelo, aunque juraría que la había dejado guardada en el cajón de la mesilla. Se puso de rodillas y tomó un folio.

—Qué demonios… —dijo casi sin aliento al ver que había algo escrito en el folio donde la noche anterior solo había un soneto mal medido.

Su corazón comenzó a latir con la fuerza de un tambor de guerra. Se llevó la mano a la boca cuando miró a su alrededor.

Todos sus poemas estaban totalmente oscurecidos por cientos de garabatos. No, no eran garabatos, sino palabras. Tan diminutas que tenía que entornar los ojos para poder leerlas. Y parecía su letra. Se miró la mano derecha y ahogó un grito lo mejor que pudo. Sus dedos estaban manchados de tinta negra.

CAPÍTULO 19

Al parecer, su grito no había sido tan ahogado como Luz pensaba, ya que Oona entró en su cuarto con el aliento entrecortado. Ella no miró en su dirección, pero pudo oír el jadeo sordo de Oona y su voz, que trataba de mantener la calma con poco éxito mientras llamaba a Rose y Fen.

Luz permanecía en una esquina, abrazada a sus piernas, moviéndose como una mecedora. Tenía los ojos fijos en el suelo, empedrado de folios, todos garabateados con su letra en tinta negra.

Rose y Fen llegaron al mismo tiempo y, como Oona, se quedaron paradas en la puerta.

—¿Qué está haciendo? —susurró Rose al oído de Oona.

—No lo sé, me la encontré así. ¿No la oísteis gritar?

—No —contestó Fen.

—¿Y David la habrá oído? —preguntó Oona.

—Supongo, pero ya sabes que David no acudiría ni aunque nos estuviesen acuchillando —respondió Rose.

—¿Y qué le pasa, exactamente? —susurró Oona.

—Una crisis nerviosa, si me preguntas a mí —dijo Fen.

—¿Y qué es todo eso del suelo? —preguntó Rose.

—Eso ya no lo sé —admitió Fen.

—Pero ¿qué hacemos?, ¿la despertamos? —preguntó Oona.

—¿No dicen que a los sonámbulos no se les puede despertar? —advirtió Rose.

—Pero no está sonámbula, ¿no? Tiene los ojos abiertos. —Fen señaló en su dirección.

—Voy a entrar. —Oona por fin comenzó a caminar hacia el interior—. Luz, cielo… ¿Te encuentras bien? —preguntó con voz temblorosa.

Se arrodilló a su lado muy despacio y puso su mano con cuidado en el hombro.

—Luz…

Luz levantó la mirada. Aturdida, miró a sus compañeras de piso. Después a la habitación y por último al suelo. Cogió una hoja y se la dio a Oona.

—Es el fantasma. Ella lo ha escrito.

—Os lo dije —exclamó Fen, que recibió un codazo de Rose.

Oona se llevó el folio a la altura de los ojos e hizo un gesto de esfuerzo.

—No tengo las lentillas y esta letra tan pequeña parece escrita por la puñetera hada de los dientes.

Rose se acercó.

—Déjame ver. —Los ojos de Rose comenzaron a moverse sobre el folio, de izquierda a derecha y otra vez a empezar—. Está bien redactado. Es coherente.

—Lee en alto, ¿a qué esperas? —le instó Fen, que se había sentado al otro lado de Luz y había pasado su brazo por su espalda—. Aquí es donde confiesa que mató a su hámster a los ocho años, ya verás.

—¡Fen! —le dijo Oona con voz recriminatoria.

Rose alzó los ojos del folio y miró a Luz.

—¿Lo has escrito tú?

Luz les mostró su mano derecha, manchada de tinta.

—Aparentemente.

—¿Y qué dice? ¿Que perdiste la virginidad con tu primo? Esto es un lugar seguro, puedes hablar —bromeó Fen.

—Te lo juro, Fen. Desde que hiciste ese curso de psicología en la uni te has vuelto insoportable —le dijo Oona—. Ahora para ti todas tenemos alguna enfermedad mental.

Fen se encogió de hombros.

—La enfermedad mental como sí no existe, es un sistema de gradación.

Rose y Oona la chistaron. Y miraron a Luz, animándola a contestar.

—No me acuerdo si lo escribí yo —dijo Luz visiblemente confundida—. Pero, desde luego, es mi letra. Y mi mano derecha. —Volvió a elevar la mano, que contemplaba como si fuese un miembro independiente de ella—. Pero yo soy zurda…

—Pero ¿qué pone? —inquirió Fen.

—Sí, yo también quiero saberlo —dijo Luz.

Rose la miró muy seria, y Luz asintió varias veces. Entonces Rose se aclaró la garganta, apoyó su espalda contra la cama y comenzó a leer:

Yo tenía doce años cuando supe que no había nada después de la muerte. Los acababa de cumplir, de hecho, y mi tía había invitado a todos los niños de nuestra calle en Beacon Hill, en Boston, a la celebración.

El tema de la fiesta era «un bosque encantado». Y los invitados venían vestidos para la ocasión, algunos de hadas o faunos, otros de flores, mariposas, e incluso alguno de duende. Mi disfraz era precioso; de organza rosa con unas alas en seda con hilo de oro. También llevaba una maravillosa varita dorada.

Mi tía había llenado la sala de baile con flores y árboles en grandes macetas. Había traído pájaros exóticos de vistosos colores y picos curvos, pequeños animales de granja a los que podías acariciar, y una orquesta de músicos que tocaban piezas fabulosas y enigmáticas de

todas las partes del mundo. Hasta había una fuente con el agua de color rosa. Yo no sé cómo hizo para meter una fuente en la casa, ni cómo consiguió que el agua saliera rosa, pero, para admiración de todos, allí estaba.

Era una pena que las madres no se hubiesen dignado a acudir a la casa de mi tía abuela y hubiesen enviado a sus hijos con las niñeras. Y aunque a mi tía le salían pequeñas nubes de azufre por la nariz ante tal desprecio, a mí me daba igual. Esa tarde fue la más feliz de mi vida. Hasta que llegó la noche.

Cuando me fui a la cama, mi garganta parecía tener cristales dentro. A la media noche estaba hirviendo, así que llamé a Nelly, mi niñera, usando el tirador del timbre sobre mi cama. Y ya no recuerdo más. Por lo menos no en ese cuerpo. Abrí los ojos en un sitio tan oscuro que no podía ver ni mis manos. Entonces entendí que ya no tenía cuerpo. Me había muerto. Pasó tanto tiempo que creí que me iba a volver loca. Sin voz ni cuerpo, casi me olvidé de que era una persona, una niña.

De repente, desperté. Nelly estaba a mi lado. Me dijo que habían pasado tres días, pero a mí me parecían años. Como en Alicia en el País de las Maravillas. *Me dolía muchísimo la cabeza, apenas podía tragar y mi cuello estaba hinchado con unos bultos. Me asusté, creí que tenía la peste bubónica de la que me habían hablado en la escuela. Traté de incorporarme, pero Nelly, que había llamado a mi tía, me sujetó.*

Todos estaban muy callados, mirándome con los ojos húmedos. Estaban el médico, mi tía, Nelly, una enfermera y una mujer de piel muy blanca con el pelo corto. Tenía marcas rojas por todo su cuerpo, como un sarpullido de escarlatina, o tal vez magulladuras. Llevaba un vestido claro y se movía sin rumbo, como las plumas tiernas que dejan atrás las palomas en el parque cuando se pelean por migas de pan. Era uno de mis fantasmas. Y como todos ellos, tenía los ojos cerrados.

Yo despegué mis labios rotos y doloridos y conseguí decir:

—El cielo no existe. No hay nada después.

Nelly se persignó y el médico me dio un bebedizo. Dormí tres días más. Y cuando desperté no volví a hablar de eso. Como tampoco nunca hablaba de mis fantasmas.

Mis fantasmas siempre estaban conmigo. A veces chocaban con las cosas y eran arrojados a otra parte de la habitación, lo cual me hacía reír. A veces, una corriente de una ventana abierta los alejaba o acercaba a mí. A veces desaparecían unos días, incluso semanas. A veces no me dejaban tranquila, especialmente de noche. Me hacían mojar la cama y Nelly me regañaba y no me dejaba comer postre al día siguiente.

Mi tía negaba con la cabeza, decepcionada, cuando me veía mirar absorta al vacío, o reírme yo sola. O gritar de miedo en la hora del té. Mi tía decía que yo había nacido con el espíritu torcido, como mi madre, y que necesitaba una buena educación para enderezarlo.

Mi madre también los veía. Antes de venirme a vivir con mi tía, vivía con ella y mi hermano Todd en un apartamento en lo alto de un edificio en Nueva York. Era un sitio pequeñito con un gran ventanal hacia la calle. En invierno nos juntábamos en la cama y contábamos historias mientras la nieve caía como lágrimas de escarcha, y en verano las abríamos y dejábamos que el vapor húmedo y caliente de la ciudad nos empapase la piel. Solíamos llenar un barreño de agua y jugábamos a que éramos piratas en los mares del sur. Después nos secábamos sobre los tablones del suelo, blanqueados por el sol. Mi madre era como un ángel de los que había en los dibujos de la Biblia del cajón, con su largo cabello castaño y sus brazos tan suaves. Y siempre olía a un aceite de rosas y naranja que ella misma hacía. A veces venía un señor muy amable a quien mi madre nos hacía llamar «papá». Cuando venía, traía ropa nueva y limpia, y frutas frescas, y cacahuetes garrapiñados. A veces tardaba mucho en volver y apenas había comida. A veces pasábamos mucho frío y hambre, y puede que esto parezca una vida trágica, pero te sugiero que no juzgues antes de tiempo, querido lector. Yo era feliz con mi madre y mi hermano, en aquella pequeña buhardilla de un edificio tan alto como los árboles más altos del bosque.

El día que todo cambió, yo jugaba con mi muñeca hecha con un calcetín remendado y jirones de telas de los que le sobraban a mi madre de los encargos que le hacían algunas vecinas. Toddy dormía en su cunita y mi madre le cosía puños nuevos a una camisa de hombre. Unas gotas de agua cayeron delante de mí, miré para arriba y vi a ese hombre amable al que había que llamar padre. Goteando desde el aire, una mancha oscura en el estómago y los ojos cerrados. Trató de hablar, pero la boca estaba vacía.

—¿Padre? —dije yo, y madre siguió la trayectoria de mi mirada hasta que lo vio a él.

Su grito me dejó los oídos vibrando y despertó a Toddy, que comenzó a chillar. Mi padre se mezcló con los otros fantasmas que se asustaron mucho.

Mamá comenzó a mover los brazos, tratando de apartar a los fantasmas de mí, de Toddy y de ella misma. Se habían vuelto frenéticos y caóticos. Madre lloraba en el suelo, agarrando su estómago, repitiendo el nombre de aquel hombre que ya no abría los ojos. Cuando se calmó, me miró. Una chispa de esperanza en sus pupilas dilatadas. Cogió a mi hermano en sus brazos y besó su frente mientras asentía bruscamente.

Se acercó a mí y extendió la mano.

—Vamos —dijo.

Yo tomé su mano y caminé junto a ella, en dirección a la ventana. Estaba susurrando frases de resolución, palabras de ánimo entre el nombre de padre que nos esperaba en el marco del ventanal con gesto de curiosidad.

Llegamos al balcón e intentó auparme a través de la balaustrada. A mí me dio mucho miedo, así que me detuve. Ella tiró de mí, con fuerza. Dijo mi nombre con severidad, como cuando no había hecho mis tareas. Negué con la cabeza y ella dejó a Todd en el suelo y me persiguió por el cuarto, arrastrándome hacia la ventana abierta. Yo me agarré a la pata de la cama con todas mis fuerzas. Comencé a gritar. Ella miró nerviosa a la puerta, probablemente con miedo a que algún vecino alertase a las autoridades.

Sus ojos me dieron tanto miedo… Ya no eran los ojos de un ángel.

—Está bien. Quédate si quieres —dijo enfadada. Después suspiró, su mentón temblando. Dejó caer las lágrimas que llenaban sus cuencas y me besó la frente—. Ojalá nunca te hubiese tenido, amor mío —me susurró y se alejó. Su cara era tan extraña mientras lo hacía. Volvió a coger a mi hermano en brazos, que ya se había calmado y jugaba ahora con su pelo suelto. Ese pelo suave y largo que olía a naranjas.

Se dio la vuelta, mirando a la calle. Se subió al balcón y saltó al instante, llevándose a mi hermano con ella. Oí un golpe seco y gritos. Y todos sus fantasmas subieron como si hubieran rebotado en el suelo y se arremolinaron alrededor de mí. Yo cerré los ojos y me tapé los oídos. A los pocos minutos llegó la policía.

CAPÍTULO 20

Rose se calló de golpe, dejando tras de sí las respiraciones rápidas de las cuatro mujeres. El aire se había vuelto denso con tanta gente en un cuarto tan pequeño.

—*Holy shit* —dijo una de ellas.

—¿Qué es esto? —preguntó Oona.

—¿Cómo es posible? —añadió Rose—. Y, además, está interesante. Yo quiero seguir leyendo. Esto es increíble.

Todas miraron a Luz, que seguía sin hablar, la mirada fija en su mano manchada de tinta. Luz las podía oír, pero estaba demasiado en *shock* para poder decir nada. No creía que nada saliese de su boca, aunque lo intentase.

—¿Veis como le ha dado una crisis nerviosa? —apostilló Fen.

—¡Shhh! Que te está oyendo —dijo Oona con severidad.

—Oona, ¿por qué no le preguntas a tu madre, que es psiquiatra? Ya verás como está de acuerdo conmigo —dijo Fen.

—Le pediré permiso a Luz antes… Luz —dijo Oona con suma delicadeza.

—Nada, no contesta. Está catatónica —aseguró Fen.

—Para ya con tus diagnósticos y ayúdame a meterla en la cama —le dijo Oona mientras asía a Luz por la axila y Fen hacía lo mismo con la otra.

—A ver —Oona puso las rodillas en flexión—, a la de tres, una, dos… He dicho a la de tres.

—Pero ibas a decir tres —apostilló Fen.

—Pero para eso se cuenta hasta tres, si no hubiera dicho a la de dos —dijo Oona.

Luz se soltó, incomodada, y se metió en la cama entre susurros.

Estaba tan cansada. Era como si no hubiese dormido en años, como si nunca hubiese dormido antes. No: era como si hubiese estado muerta y ahora hubiese revivido y necesitase dormir. Con los ojos cerrados, oyó más susurros, un golpe y alguien chistando, y la puerta al fin se cerró.

Cuando volvió a abrir los ojos, el día blanqueaba la habitación de pared a pared. Sus amigas no se habían acordado de cerrar las cortinas y en ese torreón lo que más había era claridad. Se levantó de un golpe, notó los folios bajo sus pies y miró al suelo con asombro. Se volvió a

dejar caer. No había sido un sueño.

Estaba … ¿contenta? Tenía una sensación extraña en el estómago. Repasó la hoja que Rose había leído en alto la madrugada anterior y, cuidadosamente, la dejó sobre la mesilla. Después decidió ordenar el resto. Calculó que la tarea le llevaría todo el día. No había una manera clara de descifrar la cronología de lo que estaba escrito. De hecho, ni siquiera sabía si existía una cronología. Podía ser que cada pasaje fuera un pensamiento de su padre y de su madre, que no tuviese una coherencia, que el resto de las páginas ni siquiera significasen nada y fuesen solo garabatos. Cogió una hoja al azar y, aliviada, comprobó que, por lo menos, lo escrito tenía sentido. Se apoyó en el somier de la cama, mirando a su colcha de papel.

La puerta de su habitación se abrió de golpe y tres cabezas asomaron.

—Hola, dormilona —rompió el hielo Oona.

—¿Qué tal te encuentras? —añadió Rose.

—¿Quién es el presidente? —preguntó Fen.

Luz hizo una mueca divertida.

—¿El tuyo o el mío? —preguntó.

—Está de vuelta —dijo Oona animada.

Se sentaron en la cama, mirando los papeles desperdigados.

—¿Qué voy a hacer con todo esto? —preguntó Luz al aire.

—Ahora no es momento de pensar en eso. Nos hace falta un día libre —anunció Fen.

—Pero si trabajo hoy…

—Ya no. Hemos llamado diciendo que estás enferma —dijo Oona.

—¿Habéis hecho qué? —se escandalizó ella.

—No te quedes en los detalles. Vístete. Nos vamos a la playa —ordenó Fen, tirando de las mantas.

—¿Hoy? —preguntó Luz volviéndose a tapar.

—¡Claro! Hoy es cuando estás enferma —respondió Oona.

—¿Y si me pillan?

—No te pillarán. Además, es verdad. Estás enferma, de la chaveta. —Fen movió los dedos en hélice al lado de su cabeza.

—¡Fen! —dijeron Rose y Oona al unísono.

—Estoy de broma —consiguió decir Fen entre risas. Después se dirigió a Luz—: No está muy lejos y es una playa preciosa. De las más bonitas, en mi opinión.

Luz levantó las cejas.

—Eso es porque no has visto las de…

—Sí, las playas de Galicia —exageró Fen—. Las mejores playas, los mejores mejillones...

—Primeros exportadores de Europa y terceros del mundo —añadió Luz a media voz.

—Pues ya está decidido —Rose puso los brazos en jarras—, ¿recogemos esto?

Luz lo puso todo en un montón.

—Después lo hacemos. Ahora no quiero mirarlo más.

—Venga, Nostradamus, vístete, que Oona le va a pedir el coche al vecino —anunció Fen.

—¿Por qué yo? —se quejó Oona.

—Ya sabes por qué —replicó Fen.

—Proxenetas —escupió entre dientes Oona.

—Venga, *drama queen*, que es para hoy —le dijo Fen.

Rose se acercó al oído de Luz.

—Al vecino le gusta Oona y nos aprovechamos de eso.

—Por si no había quedado claro —dijo Luz enarcando una ceja.

CAPÍTULO 21

Cuando salieron a la puerta con bolsas para ir a la playa durante un mes, Jack le estaba enseñando a Oona cosas totalmente básicas del coche, pero ella hacía que ponía mucha atención.

—Mira, Jack, esta es Luz, la nueva inquilina de la habitación de la torre —se la presentaron.

Jack reparó en ella y le tendió la mano.

—Hola, Luz —la saludó con un fuerte apretón.

Jack tendría unos treinta años y un físico atlético. El pelo, castaño y ondulado, salpicado de mechones rubios, le llegaba a la barbilla. Vestía un vaquero desgastado, una camiseta de Joy Division y una chaqueta gruesa de lana con coderas. Decía «right on» al final de cada frase. A Luz le pareció que iba fumado.

—¿Qué tal está funcionando tu lavabo? —le preguntó.

—Eehh... Bien, ¿gracias? —contestó Luz confundida.

—Tonta. —Oona le tocó el brazo. Luz se sorprendió al verla en modo coqueteo de manera tan obvia—. Jack lo arregló hace unas semanas. Goteaba. Jack es nuestro manitas. Nos ayuda con los numerosos problemas de una casa tan vieja. Ventanas que se encasquillan, goteras, tuberías atascadas, fusibles quemados…

—¡Ah! Ya veo. El baño funciona bien, gracias. La lámpara, en cambio, se estropea cada dos por tres. Aunque puede que sea mi fantasma. —Luz se llevó un dedo a la boca.

Oona agarró suavemente a Luz por los hombros y dijo:

—Mejor que nos vayamos ya para no pillar tráfico.

Rose y Fen la siguieron, y mientras se metían en el coche dejando las bolsas de playa en el maletero, le dieron las gracias efusivamente a Jack.

—*Right on* —respondió él mostrando la palma de su mano mientras enseñaba sus encías al sonreír.

Nada más salir de Richmond, el sol del verano iluminó el coche. El cielo lucía un azul terso, apenas arañado por las trémulas estelas de

los aviones que partían a todas las partes del mundo.

Luz apoyó la cabeza en el cristal. En la radio sonaba una canción con muchos sintetizadores y la vocecita de una cantante que susurraba con tono infantil. Le hizo suspirar y cerrar los ojos un momento, pero la mujer con la boca abierta se formaba con el recuerdo de luz a través de los párpados. No era miedo lo que sentía, no exactamente. Era, más bien, *shock*. No saber qué diantres había pasado. Ni cómo había pasado. Se miró a los dedos de la mano derecha, todavía manchados de la tinta de la pluma. Y era su letra. Pero no le cuadraba porque era zurda. Además, ¿cómo podía haber escrito toda la noche y no recordarlo? Porque eso le habría llevado sin duda toda la noche. Y ella nunca hubiera conseguido escribir eso, con lo que sudaba para producir más que un par de párrafos al día cuando trataba de escribir prosa. Tenía una docena de novelas y cuentos inacabados en alguna carpeta de su ordenador. Entonces, ¿qué era lo que sentía? ¿Rabia? ¿Celos de que un fantasma escribiera mejor que ella? ¿O quizás excitación ante el peligro que le esperaba? La memoria genética de cuando el cerebro se prepara para el ataque de la tribu enemiga, o una bestia hambrienta en el camino. Esa adrenalina adictiva. No era para menos: un fantasma le había dictado su diario.

Condujeron escuchando la radio durante una hora. Hasta que dejó de sintonizar, cuando el Ford, conducido por Oona, comenzaba a descender por la montaña serpentina del último tramo del camino que llevaba a la playa de John Muir.

Aparcaron y descargaron el coche. Había una brisa agradable y el aparcamiento no estaba muy lleno. Caminaron a través de un paseo de madera, rodeado de follaje, antes de subir por el tramo de arena que daba a la entrada de la playa, un precioso arenal flanqueado por colinas escarpadas a ambos lados, y algunas casitas en lugares estratégicos y envidiables. El mar se hinchaba en olas sin apenas espuma. Dispersos alrededor, gaviotas y cormoranes, algunos surfistas y familias en la playa. Luz se quitó los zapatos. La arena era granular y algo incómoda, y no pudo evitar compararla con sus playas de las Rías Baixas gallegas, con esa arena tan suave y blanca, y esas aguas mansas y educadas. Este era un mar ruidoso y petulante. Y absolutamente magnífico.

Luz sonrió de oreja a oreja.

—¿Te puedes bañar? —preguntó.

—Por poder, puedes —contestó Oona.

Sin pensárselo dos veces, Luz se quitó la ropa con rapidez, mostrando su blanco y fuerte cuerpo cubierto solo por unas bragas y un sujetador. Se llevó las manos a la cintura.

—¿Alguien viene?

Las tres amigas lo sopesaron y después se miraron entre ellas.

—¿A lo mejor en un rato? —dijo Oona.

—Acabamos de llegar —añadió Fen.

—Tengo frío —dijo Rose agarrándose los brazos—. Además, nos hemos olvidado las toallas —añadió volviendo a inspeccionar las bolsas una vez más.

—¿Nos hemos olvidado las toallas? ¿Y todas esas bolsas que hemos traído? —Luz señaló a los bultos llenos hasta los topes.

—*Snacks*, sombrilla, protector solar, crema hidratante, palas —enumeró Oona.

—La bolsa con las toallas se debió de quedar en la entrada —dedujo Rose.

—¡Bah! —Luz hizo un gesto de desdén y comenzó a caminar hacia el agua.

Cuanto más se acercaba, más se le ponía la carne de gallina, pero no iba a detenerse ahora.

Alguien comenzó a trotar a su lado. Luz se giró para descubrir a sus tres amigas, que la habían seguido y ahora caminaban a su lado, sonriendo y quejándose.

—Vamos a coger una neumonía —advirtió Rose.

—Como le mojemos el coche a Jack… —dijo Oona.

—Esto es buenísimo para la piel —añadió Fen dando pequeños saltos, entusiasmada.

Un grupo de surfistas se les quedó mirando desde el agua, haciendo gestos de ánimo con los brazos. Esto propició grititos y risitas por parte de ellas.

—Parecéis tontas —dijo Luz, aunque estaba metiendo barriga mientras caminaba.

Se dieron las manos y se lanzaron gritando, como si fueran a una batalla.

Nada más sumergirse, el dolor de cabeza punzante e instantáneo la atacó, pero también un subidón de energía y vigor. Solo por eso había merecido la pena. Salió de un salto y gritó, seguida del resto. Todo gritos e interjecciones de sorpresa. Ruidosas y felices. Se percató de que era la primera vez que se bañaba en el Pacífico.

—Madre mía, está helada —exclamó Rose.

—Se me han caído los ovarios, te lo digo —añadió Fen brincando.

—Y ahora, ¿cómo nos secamos? —preguntó Oona sacudiendo los brazos.

Luz le pegó una palmada en el culo a Oona y comenzó a correr.

—Entrando en calor.

Las cuatro recorrieron la playa de un lado a otro. Algunos las aplaudían y animaban. Cuanto más corrían, más le dolían los pies entumecidos a Luz, pero más le recordaba que estaba viva, y que, si su fantasma quería contar su historia, ellas le iban a ayudar.

Decidieron subir los escalones hasta el mirador en lo alto de la montaña.

—Esta vista es irreal —dijo Luz jadeando una vez hubieron escalado.

Se llevó la mano a la frente para tapar la claridad. Buscó tierra. Qué extraño le parecía no ver nada más allá del horizonte, tan acostumbrada como estaba a las rías gallegas. Recordaba mirar entre las islas de Ons e imaginarse América, allá a lo lejos, y ahora estaba en América, y ni siquiera sabía qué había al otro lado de ese mar.

—Es bastante increíble —añadió Oona, absorta en el agua que brillaba bajo sus pies.

—Sí, sí, muy precioso, pero me estoy helando —se quejó Rose.

Luz miró a Rose. Le parecía tan frágil y delicada…

—No es normal que tengas tanto frío —dijo finalmente.

—¿Qué? —dijo—, tengo el metabolismo lento —se defendió Rose.

—Si hicieras ejercicio, no te pasaría —añadió Fen.

—Si ya terminasteis de meteros conmigo, ¿podemos bajar?

Tras el descenso, las amigas se tumbaron en la arena hasta que la piel les empezó a picar por el sol. Jugaron a las palas, charlaron, pasearon, hasta echaron una siesta. Se comieron los *snacks* y bebieron unas *kombuchas* que habían traído en la nevera portátil. Aun así, todavía tenían hambre, por lo que antes de volverse a la ciudad pararon en el pequeño motel a la entrada del camino de la playa. Era una casa con arquitectura de posada medieval. Compartieron unos platos de queso y embutidos. Luz se quejó de que hasta cobraban por el pan con mantequilla.

—Para quejarte, bien que le metes mano —dijo Oona, mostrando sus pequeñas arrugas alrededor de sus ojos con una sonrisa pícara.

—Hombre, aquí no se va a quedar.

—No se queda, tranquila —le aseguró Rose poniendo una loncha de queso y una de salami sobre una rebanada.

—Deberíamos irnos —añadió Fen mirando a su teléfono—, he quedado con alguien a las seis.

Acabaron su merienda y se metieron en el coche. La vuelta fue tan callada como la ida, pero por otras razones menos ominosas. Luz estaba cansada y en paz. Por lo menos, de momento.

Nada más llegar a casa, dio las buenas noches a todas y se apresuró a su habitación. Se le había ocurrido mirar si la numeración que había puesto Tommy de sus poemas a modo de guía era el orden que había seguido el fantasma. Se rio enloquecida cuando comprobó que sí.

—Qué fantasma más considerado —bromeó.

Se acercó el papel hasta que casi tocaba su nariz y comenzó a leer.

CAPÍTULO 22

La policía me llevó a un sitio sucio y oscuro donde había otros niños y niñas. Nadie me dirigió la palabra y yo tampoco hablé con nadie. Me pregunté si yo no me había vuelto también un fantasma. Una mujer vestida con un hábito negro y con un gracioso gorro que tapaba toda su cabeza, excepto por la cara, me dio una manta y un bol. Me dijo que esa era mi cama y ese mi plato para las dos comidas que nos daban al día. No me importaba nada. No iba a comer o dormir de todas maneras. Por las noches, los niños más pequeños lloraban y mis fantasmas sobrevolaban sus lechos, quiero pensar que tratando de calmarlos.

Dos días más tarde, una señora muy seria y un señor con bigote y patillas enormes me vinieron a buscar, y me llevaron en tren y después en carruaje a una casa enorme con cientos de ventanas y columnas. Todo era gigantesco en su interior: las lámparas, las sillas, las camas, los cuadros, incluso las escaleras. Pensé, con pavor, si no sería la casa de un gigante comeniños como en el cuento de Jack y las Habichuelas mágicas.

Me guiaron hasta una habitación tan grande como todo el apartamento que había compartido con mi familia y me dijeron que era mi nuevo cuarto y que esa era la casa de mi tía abuela, a la que conocería cuando volviese de Europa.

La señora me recorrió con la mirada.

—Y cuando estés más presentable.

Oprimió un botón y una mujer de pelo rizado y oscuro, vestida como una reina, apareció en la puerta. Me dijo que su nombre era Nelly y que me iba a cuidar desde entonces. Yo, sin saber muy bien por qué, corrí a sus brazos y Nelly se puso de rodillas y me abrazó también y me prometió que todo iba a salir bien.

La otra señora nos separó como pudo mientras decía:

—Lávala antes, Nelly, por Dios santo, que te va a pegar la sarna, piojos y Dios sabe qué más.

Los primeros meses apenas hablé y casi no vi a mi tía. Me pasaba las horas en mi cuarto, intentando vivir como lo había hecho con mi madre y mi hermano. Preguntándome por qué no estaban ellos entre los fantasmas.

Poco a poco comencé a aventurarme por la casa. Y no mucho

después, a hacer más o menos lo que se requería de mí. Aunque me rebelaba siempre que podía. Me escondía durante horas de mis tutores, tiraba la comida debajo de la mesa para que el galgo de mi tía abuela, Brutus, se lo comiera, a pesar de que me habían advertido de que estaba en una dieta especial por sus problemas estomacales. Después entendí a lo que se referían; esa bestia podía expeler los gases más malolientes del mundo, que ni los que expulsaba el propio Satanás.

Me escapaba con los vecinos y nos íbamos a patinar durante horas y no volvíamos hasta que el sol se estaba poniendo. A veces algunos niños me llamaban bastarda, hija de ramera, loca. Pero yo usaba mi voz como arma: chillaba, con un tono tan estruendoso y agudo que mis pobres víctimas no podían más que taparse los oídos y quedarse petrificadas, como los perros con uno de esos silbatos invisibles. También les pegaba si llamaban a mi madre asesina. Llegaba a casa ensangrentada y con la ropa hecha jirones.

Los domingos, Nelly me vestía con mis mejores ropas e íbamos a pasear al parque. A veces, me llevaba a los circos ambulantes, con sus exóticos y pobres animales, y sus monstruos, que no eran más que humanos tratados también como animales.

Cuando mi tía abuela comprendió que me podía utilizar para tener acceso a familias que le cerraban las puertas en la estricta alta sociedad de Boston, comenzó a interesarse por mí. Comenzó a invitar a las niñas y niños de mi edad que vivían cerca, y cuyos apellidos le importaban, a fastuosas e irresistibles fiestas. También compró una casa en New Port donde comenzamos a pasar los veranos, con esos niños que acabaron convirtiéndose en amigos.

Nos bañábamos hasta que mis labios se volvían azules y volvía a casa con la espalda erizada por el salitre y tiritando, y Nelly me preparaba un baño y el cocinero de mi abuela, Liu, hacía tartaletas de moras y té dulce.

Aprendí a jugar el juego. E incluso fui feliz durante esos años de infancia intermitente, pero todo cambió otra vez cuando cumplí los dieciséis y me volví parte del mercado.

La primera vez que vi a mi futuro esposo fue en un palacio decrépito en las montañas del norte de Italia.

Como cada primavera, yo había acompañado a mi tía abuela en uno de esos largos y tediosos viajes a Europa. Días plagados de visitas interminables por anticuarios de París, Roma y Londres para comprar antigüedades y joyas, que mi tía abuela esperaba le abrieran las puertas de la alta sociedad de la costa Este.

La travesía en barco había sido procelosa y me había dejado frágil. Mi habitual palidez había tomado un tono cetrino y mi tía abuela había decidido hacer una parada estratégica en un Balneario a orillas

del lago Como para tratar de mejorar mi apariencia. Después de pasar dos semanas con tratamientos, mi tía abuela me dijo que nuestra primera parada sería en un pueblo cerca de Lugano.

—¿Por qué? —pregunté yo.

—Tenemos una cita con un conde para unos asuntos que te atañen —dijo ella, y no me dejó indagar más.

Un señor grueso y de nariz brillante nos acompañó durante el viaje en tren y después en coche de caballos hasta un palacio color salmón rodeado de vides. Nos sentamos bajo una pérgola cubierta de glicina en flor, llena de abejorros ruidosos.

El té fue servido afuera por un sirviente tosco y viejo. Esperamos casi una hora hasta que llegó el conde.

Vestido de lino blanco, las manos en los bolsillos. Mentiría si no dijera que mi estómago se empeñó en dejarme claro que era difícil mantener la indolencia que me había empeñado en enarbolar por ese extraño desvío en nuestro itinerario habitual. Su pelo era ondulado y oscuro, su nariz prominente y patricia. Su boca exquisita. Tenía una constitución elegante, pero musculosa. Llevaba la camisa abierta, lo que dejaba entrever su cuello, bronceado y esbelto, el marcado hueco entre sus clavículas. Sus ojos eran oscuros y estaban desprovistos de cualquier atisbo de desasosiego. Me recordaban al mar en las zonas donde no se ve el fondo.

Se sentó al lado del gestor. Se cruzó de piernas y apoyó los brazos en la silla de mimbre. Me ofreció una mirada corta en la que yo dejé de respirar. Después contempló a mi tía. Ese fue todo su interés hacia nosotras. El resto de la tarde fue puntuado por sus bostezos y respuestas monosilábicas y abúlicas a nuestros intentos por entablar una conversación.

Estaba anocheciendo cuando el sirviente encendió las lámparas de gas y el gestor mencionó la palabra dote y mi tía abuela comenzó a hablar de cuentas bancarias, inversiones y herencias. Todo se ralentizó. Me quedé mirando a un moscardón posarse en un terrón de azúcar mientras oía la palabra matrimonio.

Mi tía abuela me había dado la mejor educación y mejores cuidados. Hasta entonces yo pensaba que era porque, en el fondo, me tenía en estima. Fue en ese momento, mientras observaba a ese narciso en lino blanco mirar absorto a las polillas quemarse en la lámpara de gas que iluminaba su pérgola, cuando entendí el porqué.

CAPÍTULO 23

Luz apenas había dormido esa noche pensando en las nuevas páginas del diario. Especialmente en el hecho de que ella también decía ver fantasmas. Y el conde ese parecía estar muy bueno, pero ya se veía venir que iba a dar problemas. Aunque, si se lo preguntaran a ella, ese era el requisito principal para que un tío gustase en edad adolescente. Los chicos que triunfaban en el instituto eran los malotes. Esos chicos desaliñados que se sentaban en los bancos de detrás de la escuela, fumando y escupiendo profusamente. Los que te miraban de lado, con el ojo medio abierto, si es que te miraban. A los que expulsaban cada dos por tres, los que se metían en peleas. Ella no había tenido muchos malotes en su vida. Ninguno, de hecho.

Luz resopló al ver que todavía no había llegado a la parada del bus, ya que se había estado abriendo paso entre gente preparada para una tormenta que habían avisado en las noticias como un fenómeno de estado. Estaba lloviendo, sí, apenas un orvallo, y Luz no daba crédito de lo muy parapetados que se ponían estos californianos para cuatro gotas. Se cruzaba con niños yendo a la escuela con katiuskas, chubasqueros y hasta pantalones de pesca. Mamás con estilosas Wellingtons hasta la rodilla y paraguas allá donde ponía la vista. Y una vez en el autobús, resultó otra hazaña llegar a la tienda a tiempo para abrirla. Los coches pitando y la gente perdiendo todo ápice de paciencia.

—Ni que fuera lluvia ácida —musitó Luz entre dientes al cuarto paraguazo en su nuca una vez se apeó del bus. También se fijó en que no había un maldito soportal para resguardarse y, aunque nunca lo admitiría en alto, quizás debería haber cogido un paraguas ella también.

En el suelo se mezclaban los chorreones de pis con la suciedad que salía de las cañerías y la basura que flotaba en los pequeños riachuelos que irían a parar a la mar, que es el morir, pensó, recordando un poema de la escuela. Sonrió por la asociación de palabras. Le encantaba cómo una frase la podía llevar a otro momento de su vida. Mucho más que un olor o una canción. Y entonces recordó al señor Evaristo, su profesor de literatura favorito de la escuela. Le llamaban Milikito por su nariz regordeta y grandes dientes frontales. Una vez a la semana, les dejaba escribir una redacción libre con un puñado de palabras que él proporcionaba. Después pedía voluntarios para

compartirla con la clase. Luz nunca levantaba la mano, pero sus ojos se pegaban a los suyos, suplicantes, elígeme a mí, elígeme a mí. Y, Dios lo tenga en su gloria, ya que había fallecido de un infarto hacía unos años, el señor Evaristo la llamaba a leer de vez en cuando, y todos tenían que esperar callados a que su sobredosis de metáforas y sus finales dramáticos y cursis, terminasen: «la sangre que cae de una herida mortal como la meliflua lluvia de las tardes lentas de invierno». Pobre señor Evaristo, lo que tenía que aguantar. Aunque, bueno, tan mal no estaba; quizás si le diese una vuelta, en vez de melifluo, que no significa lo que ella creía, ¿quizás gradual? No, ¿sosegada? A lo mejor aún había algo que rascar en sus escritos adolescentes, pensó.

Entonces recordó los escritos adolescentes del fantasma y miró detrás, pensando que quizá la estaba siguiendo. No se podía esperar a volver a casa para seguir leyendo.

Para su agrado, llegó a la tienda justo a tiempo para abrir a la hora. Se sacudió como un perro mojado antes de entrar. La jefa le mandó un mensaje, ¿sería que la vigilaba por la cámara cuando llegaba? Luz miró instintivamente a la cámara con la luz roja.

«Buenos días, por favor, coge el paragüero del almacén y colócalo en la puerta, sube la calefacción un par de grados. Si estás mojada, tenemos toallas en el armario de arriba en la trastienda. Que pases un buen día, *stay dry!*».

¿Stay dry? Reflexionó en la frase que nunca había oído antes mientras dejaba el teléfono en el mostrador y colocaba todo al gusto de su jefa. La verdad es que ahora sí que llovía y Luz sintió un temblor de melancolía en su pecho: era la primera vez que veía llover desde que había llegado. No sabía muy bien por qué, pero la lluvia tenía para ella una capacidad purgante, como un bautizo, le aligeraba carga de la espalda, la lluvia arrastraba culpas hacia las alcantarillas y lo podía ver en la gente también. La lluvia en la Bahía de San Francisco era una bendición.

Puso música, Beach House, que le pareció perfecta para un día como ese. Encendió una barrita de incienso, abrió la puerta. Se hizo un té. Reorganizó la estantería con cuarzos. Las campanillas de la puerta sonaron y por un momento Luz pensó que se había colado un loco. Una persona vestida con una gabardina poncho en escay amarillo con gorro a conjunto, gafas oscuras con estampado de leopardo, a las diez de la mañana, y un paraguas enorme con la Capilla Sixtina que intentaba introducir abierto en la tienda.

—Hola, padri, ¿y esta visita inesperada? —Le ayudó a cerrar el paraguas, que se había encasquillado por culpa del óxido aposentado en las varillas.

—Tu madre me envía, que no le contestas a los mensajes.

Luz se llevó la mano a la cara.

—¡Oh, no! Le había dicho que iba a la playa y me olvidé de decirle cuándo regresaba.

—Estaba pensando llamar a la embajada.

—Perdón. —Luz compuso la misma mueca que cuando alguien araña un encerado.

—*Pucha*, *weona*. En verdad un mensaje no te roba nada de tiempo en tu aventura americana.

—¡Que de verdad me olvidé! No sabes lo que me ha pasado, padri. Es que no te lo vas a creer.

—¡Cuenta, que no tengo el corazón para sustos! ¡Desembucha ya!

—Resulta que antes de ayer me fui a dormir y volví a tener ese sueño con el fantasma que siempre tengo ahora.

—Ya.

—Pues había estado trabajando en mi poemario con dos amigos, y me habían dicho que pusiese los poemas en el suelo para editarlos mejor y, bueno, no los recogí y me fui a dormir, me metí en la cama tal cual, sin siquiera lavarme los dientes, ya que estaba hecha polvo.

Alexander se quitó las gafas con una mano.

—En verdad que tienes la gracia de tu padre contando historias.

—Que ya voy, que esta información es importante. Total, que me quedé dormida en la cama. —Señaló con el dedo hacia abajo.

—Harto original.

Luz abrió los ojos a modo de reproche.

—Pero —hizo hincapié en el pero—, me desperté en el suelo, sobre mis poemas, solo que los poemas no estaban… Bueno, estaban todos garabateados por encima, totalmente cubiertos de tinta de una pluma que me había encontrado bajo las tablas de mi armario. Una pluma de hace por lo menos un siglo.

—Una pluma de qué. Por la *chucha* que no entiendo nada, *po*. ¿La pluma se descargó en los poemas?

—¡Una historia, padrino! Había una historia escrita sobre mis poemas. Es como un diario o algo. No, como una autobiografía. No lo sé todavía. No lo he leído todo.

—Pero ¿lo escribiste tú?

—Supongo. Dormida y con la mano derecha.

Alexander se llevó la mano a la cara con la boca abierta.

—*Conchesumadre*… Has hecho una canalización… Como El Cayce y la de Seth habla y Un curso en milagros y toda esa gente.

—¿Quién?

—Gente que canaliza entes, inteligencias no encarnadas en esta dimensión. ¿Y qué dice?

—Parece que cuenta la vida de una mujer. No lo he leído todo, como te he dicho.

—¿Por qué no lo has leído todo ya?

—Porque parece la Biblia de Gutenberg. Me cuesta un ovario y parte del otro cada vez que tengo que leer una frase. Pero —susurró— es legible, qué hostia, es apasionante. Mi fantasma ve fantasmas.

La cara de su padrino congelada en el marco de plástico amarillo parecía un Teletubby, pensó Luz y ahogó una carcajada.

—Ya cacho —Alexander la miró a los ojos—. ¿Y tú estás segura de que fuiste tú?

—No me imagino a una aparición cogiendo la pluma y escribiendo toda la noche en el suelo…

—No, *weona*, me refiero a alguien que entrara en tu habitación.

Luz valoró esa opción.

—¿Quién?, ¿y para qué?

—¿Para venderte la pomada? ¿Hacer la gracia?

—Yo tenía los dedos manchados de tinta, y era mi letra. Aunque hubiera usado la derecha.

Alexander se apoyó en el mostrador, pensativo.

—¿Me crees?

—Como dije, no sería la primera vez. Hay otra gente que afirma haber escrito libros que dicen haber canalizado. Escritura automática, Osmar Spare…

—¿Ah sí?

—Pero no mientras dormían, que yo sepa. Si hubiéramos puesto una cámara, saldríamos de dudas.

—Sé que fueron mis manos, padri. Ahora la pregunta es: ¿fue mi mente o la de mi fantasma? Teniendo en cuenta que no creo en los fantasmas…

Alexander se llevó las manos a la cintura, el plástico emitió un chirrido de limpiaparabrisas.

—O sea, que hablas de tu fantasma, pero no crees en fantasmas.

—No es que no crea. Creo que puede ser una parte de mi cabeza a la que no presto mucha atención. No sé. —Luz movió un collar que se había enrollado con otro en el mostrador—. A lo mejor tiene razón Fen y se me está yendo.

—Una cosa te voy a decir, ahijada querida. Yo he visto monedas, joyas, hasta juguetes aparecer en una mesa donde antes no había nada, he oído voces y he notado manos sobre mí.

—Eso son trucos, padri, y lo sabes.

Alexander levantó un dedo para pedir silencio.

—He visto ectoplasma salir de la boca de un médium.

—¿Como en *Los Cazafantasmas*?

—Exactamente, como en *Los Cazafantasmas*. La realidad supera la ficción, Luz linda. Y a estos arrebatadores ojos almendrados no los puedes engañar con meros trucos de salón. —Alexander se volvió a poner las gafas—. Y ahora, si me disculpas, tengo una clienta a la que

le ha vampirizado la energía su cuñada en un viaje a las Bahamas.

Luz le dio un beso en su suave y carnosa mejilla y se despidió en silencio. Justo antes de salir le dijo:

—Nos vemos pronto, ¿no?

—Sí, *mijita*, nos vemos muy pronto. *Chau*, linda mía, y llama a tu santa madre, ¿ya? Que me rompe la cabeza a mí si no.

—Que sí, que sí.

CAPÍTULO 24

Luz miraba a través del escaparate mientras decía en voz baja:

—El día pasaba oscuro, húmedo y despacio como una mancha de moho. No. Como un caracol sin caparazón. No, como una babosa… Qué rebuscado. Como una mancha de moho, mejor. Aunque, ¿cómo pasa una mancha de moho?, una mancha de moho no pasa, se extiende. —Apretó el pulsador de su bolígrafo retráctil con el dedo pulgar para que saliese la punta y escribió en una página nueva de su bloc de notas.

«El día gris y húmedo se fundió con la noche como una mancha de moho».

—Espera —dijo levantando el boli del papel—. Una mancha de moho es lo oscuro, y la pared blanca, así que debería ser la noche se fundió en el día. ¡Agh!, ¡otra vez estoy hablando del tiempo!

Luz se agarró del pelo y emitió un gruñido. ¿Por qué no podía escribir un jodido buen poema? Cerró su bloc de notas con desagrado. Miró su reloj. Era hora de cerrar.

Cuando salió a la calle había dejado de llover, así que decidió caminar hasta casa. Necesitaba aclararse la cabeza. Iba a ser un paseo de más de una hora, pero así podía parar en una panadería rusa que había de camino y comprar *piroshkis*. Les escribió a sus compañeras de casa por si querían algo. Todas contestaron afirmativamente. Pidieron *borchst*, *piroshkis* vegetarianos y de carne, y algún dulce.

Se caló el abrigo y comenzó su ascenso hacia el oeste de la ciudad, atravesando la calle de tiendas caras, las casas victorianas de más de un millón de dólares y, después, las mansiones de más de diez millones de dólares, dejando el presidio a un lado. Al poco rato se aventuró en ese nuevo China Town de la ciudad que era Inner Richmond, donde supermercados, comercios, pastelerías y restaurantes chinos llenaban las dos avenidas principales del barrio.

Giró en una de las calles, pasando una tienda de flores y un bonito mural de unas carpas pintado en la puerta de un garaje. Bajó una pequeña colina que después hubo de subir, flanqueada por hileras de ordenadas casas de principios del siglo XX. Luz adoraba fijarse en las elecciones estéticas de las fachadas de las casas, sus colores, marcos y puertas y sus pequeños jardines frontales. También le gustaba mirar dentro de sus galerías. Pasó por delante de un cumpleaños de niños, a

juzgar por los globos en forma del número cuatro. ¿O era una graduación? Al otro lado de la calle una chica paseaba una manada de perros sujetos a su cintura. Pasó su iglesia favorita, La Estrella del Mar, que ese día estaba cerrada. No es que Luz fuese religiosa, pero cuando la vida apretaba, prefería rezar a la virgen, a Dios o a Jesucristo. Las creencias de sus padres: Buddha, Krishna, o las Pléyades, se le hacían demasiado lejanos. Y la alternativa, que era no creer en nada, no le gustaba un ápice. Que su fantasma hubiese dicho que no había nada una vez muerta, que todo era igual a ese lugar oscuro al que iba en sueños, le daba demasiado miedo para atreverse ni siquiera a considerarlo.

Hizo la cola de rigor en la pastelería rusa, con su bonita decoración de matrioskas, flores y animales de granja en colores vibrantes. Aunque la decoración era exótica, desde su punto de vista, el interior le hizo pensar en cuánto se parecía a las pastelerías españolas, y eso la puso un poco triste. Era una sensación que la confundía porque, por un lado, de ninguna manera quería volverse a Galicia; pero, por otro, sentía que, al estar lejos, tenía una herida abierta en su estómago, un hueco que no se cerraba con nada.

Llegó a la entrada de la casa, cansada, dolorida y sin ganas de hablar con nadie. No quería reconocerlo, pero el día lluvioso la había puesto deprimida y de mal humor. Iba a meter la llave en la puerta cuando alguien abrió desde dentro.

—¿Hola? —dijo Luz confundida al ver la silueta de un chico alto con media melena.

—Hola. Nos conocimos el otro día. —El chico se llevó la mano a su pecho—. Soy Jack.

Luz frunció el ceño unos segundos más.

—¡Ah! El vecino, Jack.

—Sí. Vengo de mirar tu luz. El fusible estaba viejo, lo he cambiado.

—Genial, muchas gracias —dijo Luz titubeante—. ¿Te debo algo?

Jack movió sus brazos como un controlador aéreo.

—No, no —se rio nervioso—, eso lo hablo con Dariel.

—Ah, vale —dijo Luz algo sobresaltada con la reacción.

Siguió un silencio incómodo mitigado por una sonrisa amplia de Jack. Luz dijo:

—Bueno, pues muchas gracias. Nos vemos por el barrio.

—*Right on* —contestó él.

Al entrar, un olor a madera ardiendo en el lar la animó. Las chicas habían decidido encender la chimenea y estaban sentadas alrededor del fuego, en zapatillas y pantalones de chándal.

—¡No sabía que funcionase! —exclamó Luz mientras dejaba la comida en la mesa y se hacía un hueco en uno de los sofás, cerca de la chimenea.

—Apenas la encendemos, pero se ha estropeado la caldera otra vez, así que esto es lo que hay —dijo Oona enseñando la chimenea como una obra de museo.

—¿Pero no la arregló Jack? Me lo encontré en la puerta, por cierto.

—Necesita una pieza que hay que comprar. Es lo que tiene esta casa, que Dariel no quiere cambiar nada y cada dos por tres se rompe algo —se quejó Fen—, aunque mi teoría es que Jack rompe cosas para poder ver a Oona.

Oona le dedicó una mueca hostil y Fen se rio.

—Bueno, visto lo que he visto yo por ahí adelante, creedme, por este precio, mejor que esto no lo hay. Acosador incluido. —Repartió la comida como recordaba y todas se pusieron a dar cuenta de los manjares en silencio.

La sopa caliente y la untuosidad de los *piroshkis* recién fritos ayudaron a aplacar el frío y el cansancio del día.

—Si os vistieseis menos con esos poliésteres y más con buenas lanas y materiales, estaríais más calentitas —dijo Rose sirviéndose del propio recipiente de plástico su sopa.

Luz observó el anacronismo, pero decidió no comentar nada. En su lugar, preguntó:

—Rose, ¿por qué te gusta vestirte de victoriana?

Rose se encogió de hombros. Como todos los días, se había cambiado su ropa de oficina y puesto lo equivalente a ropa de andar por casa del siglo diecinueve.

—Es como que echo de menos esa época. Yo creo que viví en el 1800 y mi mente lo echa de menos.

Luz sorbió un poco del caldo rojizo y aromático del *borscht*.

—Creo que sé a qué te refieres. Yo tampoco siento que encajo. —Se acordó del último escrito que había leído del fantasma—. Por cierto, he leído una página más.

Las quejas fueron instantáneas y ruidosas.

—Perdón. Es que estaba ahí y quería saber qué pasaba con la niña.

—¿Y qué pasaba? —preguntó Rose.

—Resulta que tenía una tía rica que la adoptó.

—¿Estás segura de que esto no es Dickens?

—Pero nada más cumplir los dieciséis ya la querían casar con uno que tiene pinta de ser malas noticias.

—¿Podemos leerlo? —preguntó Rose con los ojos brillantes.

—Claro —contestó Luz—. Yo considero esa historia de las cuatro.

—¿Qué os parece si en la noche de chicas, en vez de *Bachelor*, leemos más y comentamos? —sugirió Oona.

—Como un club de lectura, pero de libros de fantasmas —dijo Fen.

—Me encanta la idea —exclamó Rose.

—Perfecto —añadió Luz.

Oona se estiró y se puso de pie, recogiendo sus recipientes de comida.

—Yo me voy a la cama que me tengo que despertar temprano.

—¿No se queda nadie? —preguntó Rose decepcionada—. Llevo todo el día callada en la biblioteca y quería hablar con alguien un rato después de cenar.

—Lo siento, Rose, yo hoy voy a dormir con mi novio —se disculpó Fen—. Paso de dormir aquí con este frío.

—Pero ¿habéis vuelto? —preguntó Oona sin ocultar el desdén.

—Es complicado, Oona —dijo Fen.

—No lo es.

—Porque tú lo digas, señora no-he-tenido-una-relación-seria-en-mi-vida.

Oona, para sorpresa de Luz, le hizo un corte de mangas a su amiga y salió dando zancadas por la puerta.

Fen se despidió con poca efusividad, agarró una bolsa que estaba a los pies de las escaleras y salió de casa. Luz oyó cómo la llave cerraba la puerta desde fuera.

Rose miró a Luz con ojos esperanzadores.

—Lo siento, Rose, hoy me duele todo. Mañana ya leemos más.

—Me lavaré el pelo, entonces —dijo Rose soltando su larguísima cabellera pelirroja hacia un lado—. Me lleva un buen rato hacer mi champú con huevo, cebada de trigo y jabón de Castilla.

—Jabón de Castilla, eso está en España.

Rose la miró con cara de poco interés y Luz murmuró las buenas noches. Llevó los restos de su comida a la cocina, los separó en las diferentes bolsas de basura: compost, reciclaje y basura normal, y se fue a su cuarto.

CAPÍTULO 25

Los papeles pintarrajeados seguían en un montón a medio ordenar. Le gustaba la idea de que sus compañeras de piso fueran a ayudarla porque le parecía más trabajo del que le apetecía hacerse cargo. Ya tenía bastante con sus propios escritos.

Se sentó a oscuras en la cama y encendió la pequeña luz de la mesilla.

—¿Quién eres? —preguntó en un susurro mientras miraba a la pila de papeles.

Trajo a su mente la imagen del reflejo en sus sueños. ¿Por qué se aparecía similar a ella? Eso la asustaba porque, quizás, significaba que era su propia imaginación proyectando una parte de ella misma. Quizás, como estaba bloqueada con sus poemas, ¿su subconsciente estaba buscando otras vías de escape creativo? Luz no llevaba bien perder y, por ahora, su plan de ser una escritora famosa estaba saliendo como el culo. ¿Estaba desdoblando su personalidad para lidiar con el fracaso?

Apagó la luz en el mismo momento en que la figura de tinta negra aparecía en el marco inferior del armario, correosa y distorsionada. Volvió a encender la luz. No había nadie. Se acercó, la respiración tan acelerada que dolía. Abrió la puerta del armario del todo. No vio nada. Se dio la vuelta y le pareció verla colgando del techo. Corrió hasta la puerta y salió. Apoyó su espalda contra la pared, tratando de calmarse. Pensó en avisar a alguien. Incluido David, a la mierda su cartel de no llamar ni en caso de terremoto. Sin embargo, sabía que nadie iba a ver nada. Sabía que, seguramente, todo estuviese en su cabeza.

Entró en la habitación hiperventilando. Entre temblores, buscó el cuarzo rosa de su madre en el primer cajón de su mesilla. Le hubiera gustado que fuese un crucifijo, pero eso era todo lo que tenía.

—Ay, Dios —repetía mientras iba de la cama al armario para comprobar que la aparición ya no estaba ahí—. Ay, Dios, se me está yendo la olla.

Se metió en la cama y se escondió bajo las sábanas. Esa noche se durmió con todas las luces encendidas.

Cuando su mente se sumió en la fase REM, volvió a encontrarse sumida en la cripta. Frente a ella, el espejo negro. Cuando se acercó,

el reflejo tomó la forma de la casa en la que vivía. Pestañeó y estaba dentro. Caminó hacia el salón que ya conocía tan bien, la chimenea estaba encendida y hacía viento fuera. Sus amigas estaban alrededor de la mesa, en el centro había una paloma en una bandeja de servir, suntuosamente decorada con verduras y frutas. Oona estaba sentada en la silla principal y la invitaba a sentarse. Luz se daba cuenta de que también estaba su padrino, pero muy serio y callado. Y Dariel, que miraba de pie, desde un lado de la chimenea.

Oona cogía los utensilios de trinchar y clavaba el tenedor en el pecho de la paloma que graznaba desesperada por el dolor.

—Para. ¿Qué haces? ¡Para! —gritaba Luz—. ¡Todavía está viva!

Pero sus gritos se volvían apenas gemidos cuando desde dentro de la paloma comenzaban a salir cientos de moscas, llenando el comedor de un nubarrón oscuro y ruidoso. Comenzaron a incrustarse en los invitados, sus compañeras de piso y su padrino. El olor acre y pútrido creció hasta volverse insoportable.

Desde el marco de la puerta, la figura oscura que había visto antes de irse a acostar miraba con atención. Luz hizo contacto visual justo antes de que ella también fuera invadida por las moscas. Vio que la figura estaba llena de bultos en su cuerpo. De vez en cuando, alguno se abría y una mosca salía hacia el exterior. Luz apartó la vista horrorizada.

—¡Estaba viva! —gritó Luz desde su colchón, cubierta de sudor frío —. Estaba viva —repitió susurrando.

Ya no pudo dormir más esa noche. Malgastó casi una hora en dar vueltas ansiosa entre las sábanas hasta que decidió levantarse e ir a desayunar antes de salir para el trabajo. Se incorporó en la cama y miró a la mesilla, con los folios del fantasma. Le dieron ganas de lanzarlos por el suelo, quemarlos. Pero se contuvo. Entornó la mirada. Había algo sobre ellos, algo iridiscente que parecía brillar con los primeros rayos de luz de la mañana. Se acercó y se tapó la boca, con asco y confusión. Había una decena de alas y patas de mosca. Reposaban sobre la primera página. Como un regalo macabro del más allá.

Resultó que Luz apenas pudo comer nada en el desayuno ni el resto del día, todavía recuperándose de su terrorífica noche. Decidió que, por su propio bien, iba a olvidarse de ese suceso y centrarse en sus poemas, ya que le habían contestado del micro abierto diciéndole que había sido seleccionada para la próxima lectura. Después de haber pagado la cuota y demás trámites necesarios.

Con la cabeza ocupada en cosas menos tétricas, llegó el viernes, la noche de chicas, donde releyeron los primeros folios y dieron sus opiniones.

Rose pensaba que era la imaginación de una niñera, Fen seguía con

su desdoblamiento de personalidad y demás términos psicológicos, y Oona no sabía muy bien qué pensar.

—Ya somos dos —le había dicho Luz, ocultando su nuevo encontronazo con el más allá y su siniestro sueño.

El sábado lo pasó en el museo de la legión de honor, admirando sus colecciones y arquitectura clásica. Le hizo pensar que estaba de vuelta en una ciudad española, hasta que vio los precios de la cafetería. El resto de la tarde la empleó paseando por las rutas de senderismo del presidio, en despliegue soberbio de árboles gigantes, vegetación agreste, mar brillante de fondo y viento rabioso en las cuatro direcciones del mundo. Esa noche se fue a la cama con el espíritu en calma, sabiendo también que iba a pasar el domingo con sus amigas en la zona más *hip* de San Francisco: la Mission.

CAPÍTULO 26

Sobre las doce de la tarde, las cuatro amigas encontraron un hueco en una de las colinas de Dolores Park. Hacía un día fabuloso y el sol apretaba. El extenso prado estaba lleno de gente joven bebiendo y comiendo alguna de las viandas de moda que ofrecían los mercados y restaurantes en Valencia St. y las calles paralelas.

La Mission era el barrio hípster por antonomasia. Estaba constituido por una amalgama de comercios para todo nivel demográfico, desde los locales latinoamericanos de la calle 24 a las prohibitivas *boutiques* de Valencia con tiendas *vintage* y muebles de diseño. Un abanico de cafés, ropa, comida y productos innecesarios y estilosos. Todo tenía cabida: panaderías orgánicas, chocolates importados, pastelerías mejicanas, comida asiática moderna y de sabores muy picantes, y restaurantes donde toda la familia trabajaba para hacer comida honesta, sin pretensión ni remilgos; había establecimientos de alimentos *gourmet*, mercados de productos asiáticos y tiendas veinticuatro horas; había ropa de diseñadores nórdicos y negocios con prendas al peso.

En el parque, esa tarde, había grupos de gente disfrutando del soleado domingo hasta donde el ojo podía alcanzar, con vistas privilegiadas al rectilíneo perfil del centro de negocios de San Francisco. Perros de diferentes precios, pompas de jabón, parejas de pícnic, chicos de fraternidades sin camiseta jugando con *frisbees*, otros haciendo funambulismo en una cuerda entre dos árboles, e incluso algunos vestidos de festival, bailando *house*, seguramente de reenganche. Una variedad de cuerpos, sudando y pulsando a diferentes ritmos, compartiendo pasto.

Luz había levantado su falda más arriba del medio muslo y, recostada sobre sus codos, observaba el zoo humano.

—Qué gusto de temperatura —dijo mientras arrancaba unas briznas de hierba con la mano.

—Ya te dije que a la Mission sí que llegaba el verano —explicó Oona entre sorbos sonoros de batido.

Fen se había quedado dormida y emitía pequeños ronquidos y Rose dibujaba bocetos en un librito forrado de cuero. Todas observaban entretenidas a la juventud de San Francisco aprovechando la vitamina D.

—¿Sabéis que esto solía ser un cementerio? —preguntó Rose, sin apartar la vista de su bloc de bosquejos.

—Ah, ¿sí? —se sorprendió Luz, imaginándose toda esa gente de repente como zombies en diferentes estados de descomposición.

Rose asintió.

—Bueno, casi todo eran cementerios antes.

—¿Y sigue habiendo muertos aquí debajo? —Oona golpeó el suelo con el pie.

—No, creo que los movieron a Colma.

—La de fantasmas que habrá en Colma, entonces —dedujo Oona.

Luz desdobló las piernas, nerviosa, incomodada por el tema. Pero no dijo nada.

Un grupo de gente se puso delante de ellas y pidió una foto mostrando una cámara automática y compacta. Por el acento, Luz supuso que eran franceses. Se ofreció voluntaria y empleó su falta de vergüenza y personalidad alfa para decirles a cada uno qué posición debían tomar. Sacó varias fotos, empleando diferentes alturas y ángulos y hasta les hizo dar un saltito en una. Tras un pequeño diálogo (dos trabajaban allí en empresas de internet, otros tres les estaban visitando, todos habían estudiado en la misma universidad del sur de Francia, uno tenía un abuelo de Ferrol), Luz se volvió a sentar. Fen ya se había despertado y las tres estaban observándola.

—Tú, de tímida poco —observó Fen.

—Bueno, tengo mis días también. Pero es que *Magtán* estaba bien, ¿no?

—¿*Magtan*? —preguntó Rose juntando las cejas.

—*Magtán*. Se pronuncia así. El español y el francés son básicamente lo mismo, pero con diferente pronunciación.

La cara de incredulidad de sus amigas se hizo patente.

—Que sí. Además, estudié francés en el instituto.

—Y yo —dijo Rose.

—Pero tú no cuentas, sajona.

Rose abrió la boca y le dio un empujoncito a Luz que hizo que cayera al suelo desde su posición de rodillas.

—*Magtán* —repitió Oona.

—*Magtán* —dijeron todas entre risas.

—Menudos hombros, *Magtán*. Aunque bueno, yo un chico con camiseta sin mangas, ya es un no —apostilló Oona.

—Y moñito —añadió Rose.

—Y para mí que hasta mechas —dijo Fen sin perder ripio.

—Pues más para mí. —Luz aireó las manos.

Un hombre pasó corriendo; a los pocos segundos, otro que lo perseguía. Luz no sabía si era un juego o iba a terminar en pelea.

—Lo que no se vea en San Francisco… —dijo Rose entretenida.

Se hizo un silencio en el que Rose se sumió en su libreta y las demás observaban la muchedumbre, hipnotizadas.

—Qué ganas de saber qué pasará con tu fantasma —dijo Rose mientras sombreaba un vestido de mangas globo.

—Bueno, que no sabemos si es fantasma o estrés por todos los cambios que está viviendo —añadió Fen ajustándose la coleta.

Luz sintió el calor del día mezclarse con la rabia hacia la manía de Fen de dejarla de loca.

—Mira —mostró la palma de su mano. Luz trató de usar el mejor acento inglés que pudo, era consciente de que hablar una segunda lengua la hacía automáticamente parecer menos inteligente, así que se aclaró la garganta y trató de enunciar cada palabra con cuidado—: Yo en la vida he creído en estas cosas. ¡Tengo padres *hippies*, por Dios santo! He crecido oyendo todo tipo de bobadas, desde que los alienígenas construyeron las pirámides, pasando por los atlantes y árboles que hablan. Dime un tema *new age* y lo he oído en algún momento de mis años formativos. ¿No crees que tendría una alergia desmedida a estos temas? ¿No crees que me cuesta reconciliarme con la idea de que un fantasma me hizo redactar sus memorias con una pluma de principios del siglo XX? Pero, si alguien tiene una explicación mejor, y no me vale psicosis o personalidad doble porque —levantó un dedo— primero, no estoy loca, y segundo —levantó otro — aunque estuviese loca, ¿cómo sabría todos estos temas? —Llevó las manos al aire—. Yo no he estudiado Historia de Norteamérica, no sé nada de esas cosas.

—¿Y si alguien fue a tu habitación y lo escribió? —preguntó Fen.

—¿Quién?

—¿David? —dijo Fen con poco convencimiento.

Oona y Rose se miraron y después miraron a Fen. Rompieron en una carcajada.

—Con el miedo que le damos —contestó Oona limpiándose una lágrima de la risa.

—Pues no sé, pero ha de haber una explicación racional, eso sí que lo sé —insistió Fen.

—Pues cuando la encuentres, me avisas. Mientras tanto, yo voy a aprovechar este *impasse* para hacerme un poco de nombre en los estirados círculos literarios de esta puñetera ciudad.

—¿*Impasse*? —Rose arqueó una ceja.

Luz guiñó el ojo.

—Te dije que sabía mucho francés.

CAPÍTULO 27

Luz contempló esperanzada el edificio donde tenía lugar el micro abierto. El aire traía un olor a pescado frito de alguna de las casas de alrededor. Unas gaviotas atacaban un contenedor medio abierto. Un borracho le gritaba improperios desde la acera de enfrente. Luz sonreía. Tenía un plan redondo que había planeado toda la semana. Traía dos carpetas, una con un poema que había escrito dedicado a su fantasma. Se titulaba *A mi fantasma*. La otra carpeta contenía la siguiente hoja del diario que Luz había manuscrito con su letra, tarea que le había llevado toda la tarde en el trabajo. Hubiera querido leer todo, pero sabía que había de ser breve y este pasaje cuadraba mejor con la temática de su elegíaco poema. Si se puede escribir una elegía a algo que no estaba necesariamente muerto, o vivo…

—¡Se te ve muy contenta hoy! —Tommy interrumpió sus pensamientos mientras la saludaba efusivamente caminando hacia ella —. Eso solo puede significar que te toca leer.

Luz asintió sonriendo.

—No solo eso. Tengo un plan que va a romper moldes.

—¿Qué plan? —Eliot se acercó por el otro lado—. ¡Cuenta, cuenta!

Luz le dio un abrazo a cada uno. Después puso su dedo índice sobre los labios.

—Ya veréis.

Se sentaron en la misma zona que la última vez, cerca de la ventana. Alguien había traído licor, así que Luz se preparó una cola con *whisky*. Necesitaba el coraje líquido. Los tres amigos escucharon, en casi absoluto silencio, mientras los tres poetas invitados leían sus elaboradas obras, perfectamente modeladas de acuerdo con sus másteres de poesía de precios exorbitantes.

Luz aplaudía efusivamente y comentaba *sottovoce* con Tommy y Eliot, pero era incapaz de concentrarse, tanto ansiaba que la escucharan ella. Ya veía el titular: *Luz Violeta, la poetisa desconocida de un pueblo gallego es una Sibila posmodernista*. O: *La Edgar Cayce del lirismo feminista*. Ya podía ver su nombre en todas las revistas literarias; qué coño, en el *Vanity Fair*, en *Vogue*… Peinada y maquillada por los mejores profesionales, su persona mejorada con el estilismo, la luz y el Photoshop. Pero muy intelectual, sin pasarse de frívola. Para que primero viesen su talento, y después su atractivo callado, su inteligente *sex appeal*.

Sumida en sus elucubraciones del cuento de la lechera no oyó su nombre dicho en alto por la presentadora *Tank Girl*. Eliot le dio un codazo y Luz reaccionó como activada por un muelle. Dio un brinco al levantarse de la silla por la sorpresa. Después ya se recompuso y se encaminó al improvisado escenario con parsimonia, como había ensayado frente al espejo. Llevaba una Fedora que había comprado al 70% de rebajas en una tienda a punto de cerrar cerca de su trabajo. Los labios pintados de granate y, de ropa, toda de negro absoluto. Sabía la importancia de la imagen. El «fake it 'till you make it» que había intuido era tan importante en el pacto social de esta cultura anglosajona. En los círculos literarios y artísticos no había tiempo, o paciencia, para la falsa modestia y a ella eso le parecía bien. Saludó y se presentó haciendo contacto visual con la gente en las primeras filas. Evitó mirar a sus amigos para que no la sacaran del rol. Saboreó el silencio unos segundos más. Después se acercó al micro y, empleando un tono más grave que de costumbre, anunció:

—Buenas noches. Hoy mi obra tiene dos partes. Se podría decir que es un poema a cuatro manos. Primero voy a leer las palabras de alguien que no está físicamente entre nosotros, alguien que me ha elegido a mí para compartir su voz con el mundo. La voz de un fantasma que canalicé una noche. Después leeré lo que yo le contesté. Esta obra, compuesta de varios apartados, se llama *Call and Response*.

Luz notó cómo el aire del local cambiaba de densidad; todos la estaban mirando, expectantes, Inspiró hondo y leyó la siguiente página de la historia.

Había pasado un año desde aquel primer encuentro con mi futuro esposo y no habíamos recibido noticia alguna. Por eso nos extrañó tanto recibir un telegrama informándonos de que había aceptado las condiciones del matrimonio y nos venían a visitar.

Mi tía abuela no lo había dicho, pero temía que su reputación hubiese llegado a oídos del conde, truncando sus esperanzas de arribismo social. En mi época, querido lector, las familias que conformaban la clase alta nunca hubieran admitido a alguien con el pasado de mi tía abuela. Pero un título nobiliario en una América hambrienta de abolengo truncaba cualquier animadversión hacia los orígenes de uno.

Decían las malas lenguas que mi tía había sido una artista en el San Francisco de cuando las señoritas de bien ni se atrevían a mencionarlo. Habían llegado a mis oídos rumores de que tenía un espectáculo en la Barbary Coast en el que cantaba y bailaba con una serpiente de pitón. Ella me aseguraba que lo que ella había hecho era limpiar habitaciones en una pensión para mineros. Que el resto eran habladurías.

A veces me contaba, cuando bebía demasiado Oporto en la sobremesa, que mi tío abuelo era el hombre con más suerte que jamás había conocido.

—En cada paseo que dábamos encontraba algo valioso en el suelo: monedas, pañuelos de encaje perfumados, incluso joyas. Naturalmente, había hecho fortuna en pocos meses en las minas y había invertido bien. Nos casamos a las pocas semanas de conocernos.

«Amor verdadero, solía decirme, algo más difícil que encontrar oro. No esperes que te vaya a pasar a ti. Tú no tienes la suerte de tu tío abuelo, a la vista está».

Yo acababa de cumplir los diecisiete cuando a las cinco y media sonó la campana de mi habitación. Me comenzaron a sudar las manos profusamente.

La última vez que me habían sudado así había sido cuando Mariam me había retado a saltar desde el dique en el puerto. Casi me había ahogado. Me había pasado tres semanas en cama recuperándome de una pleuresía después de eso. Lo peor de todo era que Mariam me había echado toda la culpa a mí. Había dicho que había sido mi idea; esa rata. Ni que decir tiene que desde ese día pasó a formar parte de mi lista de enemigos, que no era pequeña. En mi opinión, más que hablar de mi carácter vengativo, hablaba del pobre estado moral del mundo.

Me puse de pie, valorando la imagen que me devolvía el espejo del tocador.

—Estoy rara —le dije a Nelly, mientras tocaba la larga falda de seda hasta el empeine. Todavía no me acostumbraba a llevar vestidos tan largos.

Sentía la garganta apretada dentro del estrecho cuello de la camisa de seda, con cuatro bonitos botones de madreperla en la nuca. Y el corsé me estaba especialmente ajustado ese día.

Nelly llevó su mano ágil a mi pelo.

—El recogido te favorece mucho —dijo con su todavía fuerte acento irlandés, aunque su pelo comenzase a platear.

Sentí mi pelo sujeto con innumerables horquillas y relleno de mis propios cabellos, recogidos cada noche en un tarro de porcelana tras cada cepillado. Era la primera vez que me lo recogían. A pesar de que todas mis amigas ya llevaban dos años con el pelo atado. Supongo que mi tía abuela quería ocultar mi edad para asegurarse de que solo los pretendientes que ella considerase dignos supiesen que ya podía casarme.

Poco a poco me encaminé hacia el pasillo. Era verano, así que estábamos en la casa de Newport, donde pasábamos las vacaciones. Nelly me paró en la puerta y me dijo:

—Cuanto menos hables, mejor.

Yo me reí por lo mal que sonaba eso. Ella se rio también. Me abrazó. La oí sorberse los mocos.

—Que no me voy a ningún sitio —dije.

Qué tonta era entonces…

Los pocos minutos que se tardaban en ir desde mi habitación al salón de visitas en el primer piso se me hicieron eternos.

Al llegar, empujé la puerta para ver a media docena de sirvientes vestidos como cortesanos de María Antonieta, que mi tía abuela había contratado para servir el té a nuestros importantes invitados de Europa. Mi futuro esposo y su madre.

Al oír la puerta, todos se giraron para verme. Instintivamente, una de mis piernas dio un paso atrás.

—Alma, querida. Ven. Llegas justo a tiempo. —Mi tía, vestida con su sempiterno encaje negro, esta vez cubierto con todas las perlas del océano Índico, me hacía gestos con su pequeña y blanca mano.

¿Querida? ¿Quién era esta señora?, pensé yo mientras buscaba mi sitio. El salón apestaba a gardenias y narcisos blancos. Había cientos de flores, hasta colgadas de las lámparas y vigas. Me mareé un poco.

Otto, el mayordomo, anunció a dos periodistas que mi tía había conseguido que viniesen a hacer unas preguntas.

—Que pasen, que pasen —su acento distinto también, noté yo—. Buenas tardes —dijo cuando hubieron entrado. Eran jóvenes. Seguramente habían mandado a los más inexpertos de la oficina, demostrando que la gran noticia de mi noviazgo interesaba a muy poca gente. Eso me hizo sonreír.

Los periodistas, que no debían de tener más de veinte años, estaban visiblemente intimidados por la opulencia y despliegue vulgar de mi tía abuela.

—¿Prefieren té, café o algo más interesante? —preguntó mi tía abuela mostrando la fuente en forma de cornucopia de la que fluía Manhattan seco.

Los periodistas aceptaron el té y un plato que los sirvientes les prepararon con sándwiches, scones, pastelitos y fruta.

El periodista me lanzó varias preguntas que mi tía contestó por mí.

—Están encantados, se conocieron en Europa, estábamos allí adquiriendo arte para unas obras que estoy haciendo en mi casa de Boston. Fue fortuito, el amor que merece la pena siempre es una sorpresa. El conde viene de una de las familias más establecidas de la aristocracia europea.

Dejé de oír. Me dolía el estómago, no era por el corsé que Nelly se había empeñado en apretar tanto. Era la extrañeza de todo eso. ¿Por qué dije que sí? ¿Por qué me cuesta tanto decirle que no a mi tía?

Miré furtivamente a ese hombre extraño que me observaba con una seguridad que rozaba la impertinencia. Elevé mi mentón; si se creía que esa mirada, esa mueca cínica iba a hacerme sentir intimidada, no me conocía. No aparentaba ser mucho mayor que yo, a lo mejor cinco años, aunque, a juzgar por su madre, debería doblarme en edad. Esa diminuta mujer trataba de llevar la taza de té a su boca y su boca a la taza con la esperanza de que se encontraran en algún punto equidistante. Aunque también podía ser más por el peso del gigantesco sombrero que por los achaques de la vejez. En todo caso, los dos me cargaban. Todos me irritaban, de hecho: mi tía, ella, él. En particular, él.

Nelly me había dicho una vez que no me fiara de un hombre bello. Desarrollan el temperamento vanidoso de las mujeres y no son buenos maridos. Nelly nunca me había engañado diciéndome que yo era una mujer atractiva. No lo era en absoluto. Mi atractivo residía en los millones de mi tía. Y, en mi humilde opinión, mi ingenio, mi talento y mi hambre por ser más de lo que habían dejado ser a mi propia madre. De qué le había valido a ella su belleza. En lo que a mí respectaba, la belleza no era más que una maldición para nosotras. Yo tampoco tenía interés en ser condesa de nadie. Mi amor eran mis palabras, y todos los libros que iba a escribir. No le retiré la mirada. De hecho, lo miré con más intensidad aún. A través de las apestosas flores y la extravagante merienda. Y lo único que podía pensar era en Narciso. Porque entendía que él lo único que veía en mí era su propio reflejo.

El aplauso fue atronador. La gente se puso de pie y Luz trató de calmarlos para poder leer su poema, pero sus esfuerzos fueron inútiles. La presentadora se le acercó, con una expresión entre la sorpresa y la admiración.

—Creo que todos tenemos muchas preguntas sobre este fascinante relato.

—¿Estabas despierta cuando lo escribiste? —preguntó alguien del público.

—No, estaba dormida, creo —contestó Luz todavía descolocada—. Pero yo quería cerrar esta actuación con mi poema de…

—¿Sabes quién es ese fantasma? ¿Has investigado?

—¿Crees que puedes tener alguna enfermedad mental no diagnosticada?

Luz miró titubeante el bosque de manos levantadas. De todos los escenarios que se había imaginado, este no era uno.

—La autora está fatigada —alguien comenzó a hablar en el micro—. Pronto tendremos una página web donde podréis consultar su

biografía y las características de este caso tan especial. Mientras tanto, estad atentos a las próximas lecturas.

Luz fijó su atención en la figura que estaba hablando por ella en el micro abierto. Estaba a contraluz, pero reconoció enseguida la cadencia de su voz. Dio un paso atrás, estupefacta. Era Dariel.

—¿Quieres decir que va a leer aquí otra vez?

—Eso lo estamos perfilando todavía. Como he dicho, estad atentos a su web y redes sociales. Su nombre es Luz Violeta. Luzvioleta.com. Todo junto.

Agarró a Luz por el brazo y se la llevó hacia el exterior. Luz se dejó llevar, demasiado sorprendida para negarse y sin intención de lidiar con el avispero de preguntas que dejaba tras de sí. No vio a Tommy y Eliot en su fulminante salida.

Dariel bajaba las escaleras destartaladas del edificio delante de ella. Su nuca bronceada y lisa delineada por el nacimiento del pelo perfectamente afeitado, su traje de banquero. Se dio cuenta de que así eran los perfiles de los psicópatas en las novelas y películas. Se avergonzó de sí misma cuando, en vez de miedo, sintió un frenesí en las entrañas. Apuró el paso tras de él.

Salieron a la calle, un par de personas se pararon para felicitar a Luz por su lectura. Dariel la miraba desde una distancia prudencial, su cara medio escondida entre las sombras de la noche.

Caminaron un par de calles hasta llegar al coche de él, aparcado en un callejón mal iluminado que apestaba a orín.

—¿Este es tu coche? Alucino que no te lo roben —dijo Luz al ver el lustroso Porsche descapotable antiguo color berenjena.

—Soy un tipo con suerte. Como en la historia de tu fantasma. —Dariel esperó la reacción de Luz.

Luz cruzó sus manos sobre el estómago.

—¿Quién te lo dijo?

—¿Es que era un secreto acaso?

—No —dijo Luz mirando al suelo.

Dariel se frotó la barbilla. Sus ojos sonreían.

—¿Has conducido a través del Golden Gate?

—Creo que sí, aunque estaba un poco despistada ese día —confesó Luz—. ¿Por qué?

—Porque te voy a llevar ahora.

—¿Ahora?

—Ahora.

—¿En esto? —Luz señaló el coche.

—¿Algún problema?

—Sería la segunda vez que te digo que sí a algo que mi sentido común me dice que debería decir que no.

—¿Cuál fue la primera?

—En tu fiesta. Dejé que me llevaras a mi habitación borracha perdida y ahora me voy a meter en un coche, en medio de la noche, para ir a Dios sabe dónde con un perfecto extraño.

—Bueno, no tan extraño. Al fin y al cabo, somos compañeros de piso.

—Porque dices que vives allí, si yo no te he visto nunca.

—Yo a ti sí —dijo Dariel llevándose un dedo al ojo y haciendo una mueca traviesa.

—Te va a costar más asustarme —dijo Luz mientras se agachaba mucho más de lo que estaba acostumbrada para introducirse en el impecable automóvil, con interior de madera y cuero naranja.

CAPÍTULO 28

Pusieron rumbo a Market street y avanzaron hacia el norte, dejando el Embarcadero Center a la derecha. La bahía brillaba entre la bruma crepuscular. Sus luces titilaban en el agua.

—Nunca había visto la ciudad desde un coche a estas horas… Es preciosa.

—Nací y crecí aquí y no me canso de verla —contestó Dariel con genuina sinceridad—. ¿Sabes que toda esa zona está construida sobre un cementerio de barcos? —Luz negó con la cabeza. Dariel señaló a la zona de Embarcadero mientras asentía—. Los hombres y mujeres que llegaban a San Francisco en busca de fortuna abandonaban sus barcos en los diques y jamás volvían para reclamarlos. Se juntaron tantos que resultó más fácil construir sobre ellos que intentar deshacerse de sus carcasas. Siempre hay algo inquietante bajo la belleza.

Estaba muy oscuro y Luz apenas podía diferenciar la silueta de las mansiones de la zona de la Marina. Sentía un hormigueo, una adrenalina recorrerle las venas, como si alguien hubiese llenado su sangre de Peta Zetas. Se aferró a los lados del asiento cuando por fin llegaron al puente Golden Gate. Su cara estaba iluminada por la luz rojiza que se reflejaba del hierro de la icónica estructura. El ruido era ensordecedor. Las luces se alejaban rápido a sus lados dándole una sensación mareante. Le recordaba a la escena delirante de *Charlie y la Fábrica de Chocolate* dentro del túnel, donde todo se vuelve de repente extraño y peligroso.

—¿Qué te parece? —Dariel la miró con ojos enloquecidos.

Luz sonrió, tratando de disimular el castañeteo de dientes. De pronto, era como si hubiesen entrado en un vórtice siberiano en ese puente, como un portal a otra dimensión donde ruido y frío fuesen su espacio y tiempo.

Luz sintió alivio cuando por fin salieron al otro lado. Dariel aparcó en un mirador con una vista inmejorable del paisaje que todo el mundo reconocía. De pronto, el puente enmarcado bajo un cielo purpúreo le dio la impresión de ser el umbral a los infiernos. Solo la visión angelical de la bahía de San Francisco le recordaba a Luz que aquello era una ciudad preciosa. Se sentía mareada. Así que abrió la boca para hablar, pero Dariel se le adelantó.

—¿Sabes que hay turismo de suicidios aquí?

Lo miró extrañada y él asintió con los ojos cerrados.

—Hay gente que viene hasta el Golden Gate solo para suicidarse. De vez en cuando se encuentran coches de alquiler abandonados en el aparcamiento. Y claro, los cuerpos nunca se recuperan.

—¿Por qué aquí?

Dariel se encogió de hombros.

—No sé, ya que lo haces, que sea con estilo. Además, tirarse desde el puente es casi una muerte segura.

Luz miró a las aguas, que desde su distancia parecían mansas. Dariel, como oyendo sus pensamientos, se acercó un poco más a ella y continuó:

—Si el golpe no te mata, las aguas gélidas te rematan. —La agarró por un brazo—. Nadie sabe que estás aquí, ¿no? —le preguntó, con una mueca traviesa.

Luz negó con la cabeza, interesada hasta adónde iba a llevar la broma.

—Te puedo tirar y nadie se enteraría.

Luz se dio la vuelta, sujetando las manos de él.

—Lo mismo te digo yo a ti.

Dariel soltó una buena carcajada y Luz pensó que ese tipo no estaba muy bien de la chaveta, lo que le hizo sonreír también.

—Venga, te invito a algo para entrar en calor —le dijo Dariel mientras meneaba su cabeza en dirección al coche.

Condujeron hasta Sausalito, un pueblo tomado por turistas y habitado en su mayoría por ancianos adinerados. Aparcaron cerca de un bar restaurante y se sentaron en la terraza al lado de un calefactor. Pidieron la carta de vinos. A Luz casi le da un soponcio cuando vio que tenían Albariño. Dariel le dijo que era bastante famoso en locales finos. Para seguir con la vena gallega, también pidieron almejas en *chowder*.

Llegó el vino y Luz intentó decir algo inteligente, pero no se le ocurrió nada, ya que sus borracheras eran principalmente de calimocho o licor café. Se acomodó en la silla y miró a la ciudad de San Francisco, ahora apenas una estela de luces inconsistentes.

Dariel la observaba desde su asiento, los brazos cruzados. Llegó el *clam chowder*, dentro de una bolla de pan que a Luz le parecía muy buen invento desde que lo había visto en Embarcadero Center por primera vez y fantaseó en alto con hacer algo parecido en Galicia, lo cual sería sin duda un *hit*, ya que a ellos les gustaba ponerlo todo en pan. Probó la sopa densa y blancuzca. Sabía bien, pero no le cuadraba que algo que se parecía más a un puré de patata ligero, con beicon, llevase almejas.

—Esto es un sacrilegio muy rico —dijo llevándose una segunda cucharada a la boca.

—¿Por qué?
—Almejas con leche, patata y beicon.
—¿Por qué no?
—Pues porque no —sonrió. Levantó un dedo—. Un día tendrás que venir a Galicia para probar cómo sabe el marisco de verdad, cocido solo con agua de mar y, como mucho, una hoja de laurel. —Omitió la parte de que las almejas en Galicia también las comían condimentadas, pero es que a Luz no le importaba mentir un poco u ocultar la realidad para llevar la razón—. Nuestro marisco es algo que no hay en ningún sitio del mundo, hasta Plinio habló de él. «¿Plinio habló del marisco gallego?», se preguntó a sí misma sin perder su cara de póquer. No estaba segura, ahora que lo pensaba, lo consultaría después en la Wikipedia.
Dariel puso sus manos en el aire.
—Vale, te creo. No me pegues.
Luz bebió un trago largo del vino y miró al resto de la gente. Dos mesas más allá, una pareja hacía manitas, al fondo de la terraza un grupo de chicas hablaban alto entrechocando sus palabras, parecía una despedida de soltera.
—¿Por qué hablas tanto de Galicia?
—Porque Galicia es un sitio increíble. Llueve casi todo el tiempo, y es verde, un verde imposible y el mar es cristalino y limpio, y los bosques están llenos de agua y leyendas de brujas y espíritus errantes y criaturas de entremundos, y hablamos gallego, ¿lo sabías? Y tenemos restos celtas en todas partes, y tocamos la gaita como los escoceses, y nos consideramos una nación celta. Y no hay flamenco ni sevillanas ni toros… Bueno, apenas hay toros. Y nadie conoce Galicia y yo siento tanto orgullo que no lo puedo evitar, supongo.
Dariel la miraba en silencio, los ojos algo cerrados.
—No puedo decir que entienda de dónde vienes, pero entiendo la sensación de querer que te vean como te quieres presentar. Y entiendo el orgullo. Al fin y al cabo, soy de San Francisco, no sabes lo rápido que digo eso cuando viajo. Me gana puntos a la hora de ligar.
Luz se rio con eso. Se lo imaginaba, tan pulcro y diferente, con sus modales de otro tiempo. Y esa cara tan desafiante. Y su historia de príncipe de San Francisco. Seguro que dejaba corazones rotos allá por donde iba. Así que dijo:
—Bueno, eso y que estás forrado.
Dariel, por primera vez, perdió su careta. Por un momento, se le vio incomodado. Luz se rio tratando de quitarle hierro a su comentario. Dariel dijo, muy despacio:
—Aquí es de muy mala educación hablar de dinero.
—Perdona.
—No pasa nada. De hecho, me gusta. Es como si te hubieran criado

los lobos.

—Nunca había oído esa expresión, pero la entiendo muy bien, me gusta. Nosotros decimos «estás a monte», y es verdad, la he oído toda mi vida.

—Te diré el mayor cliché, pero el dinero no da la felicidad. De hecho, a veces la imposibilita.

—Pues dámelo a mí.

—No puedo, aunque quisiera.

Luz lo miró sorprendida.

—No puedo tocar mi fideicomiso hasta que cumpla los treinta, y aun así tiene dos páginas de contingencias y condiciones.

—No he entendido nada de lo que has dicho.

—Mejor. Bueno —dijo Dariel frotándose las manos—, ahora que nos hemos sincerado, quiero preguntarte dos cosas.

—Tú dirás.

—¿Podría quedarme la pluma que encontraste en tu cuarto, esa con la que escribiste la historia?

Luz tartamudeó un poco, esta petición la había tomado por sorpresa.

—Claro —dijo—. De hecho, la tengo aquí. La traje por si alguien preguntaba en la lectura. —Metió la mano en la mochila y rebuscó en los bolsillos interiores. Sacó el estuche que le había dado Rose y se lo ofreció a Dariel—. Es tuya, al fin y al cabo.

Dariel la tomó con sus dos manos, abrió el estuche con cuidado y observó la pluma sin tocarla. Sin quitar la vista del objeto, preguntó:

—¿Por qué te estás inventando esto del fantasma?

Ahora era Luz la ofendida.

—¿Por qué haría una cosa así?

Dariel cerró el estuche. Lo metió en un bolsillo interior de su abrigo.

—Para ganar fama, para dar promoción a tus poemas, para dejar tu trabajo de dependienta…

Luz apretó la mandíbula.

—Primero de todo, no estoy sacando un duro.

—A eso me refiero. Eso lo tenemos que arreglar. A partir de ya, tus sesiones se harán en casa, en el salón de fiestas que tiene un aforo de cien personas. Y cobraremos por entrada. Yo, como tu representante, me llevaré el diez por ciento neto. El resto para ti.

Luz suavizó el gesto. Era verdad que quería salir de pobre y que quería un puesto a la mesa, así que, para qué tratar de disimular. Estaba claro que Dariel la veía tal como era, y no parecía repudiarla.

—Déjame que me lo piense.

—Tómate el tiempo que quieras.

—Pero no me lo estoy inventando.

—Vale —Dariel mostró las palmas de sus manos—, entendido.

—¡Lo digo en serio! Pasó como lo he dicho. Me fui a dormir y eso estaba escrito. De hecho, te quería preguntar si te sonaba la historia. Como pasó en la casa de tu familia…

—No sé mucho de mi familia —dijo Dariel llevándose la copa a la boca—. Mi padre no es muy hablador. Y a mi madre solo le interesan sus actos benéficos. —Su tono de voz era bajo y ronco, como el gruñido de un perro.

A Luz le dio pena de pronto ese chico sentado frente a ella. Se lo podía imaginar como su fantasma, solo, en alguna suntuosa habitación de juegos, sin amor parental.

—¿Sabes qué?, acepto tu trato. —Luz extendió la mano—. Ya que voy a hacer esto, mejor ganarle algo.

Dariel le chocó la mano. Su sonrisa amplia y limpia. Luz se quedó embobada mirándolo unos segundos. Dariel soltó su mano y se la llevó a la barbilla. Comenzó a hablar muy rápido, su mirada haciendo cálculos mentales.

—Tengo una amiga en el *Chronicle*, le voy a dar la primicia. Y un amigo que tiene veinte mil seguidores en Twitter, que cuenta sobre lo que hacer en SF. Él nos puede ayudar. Como dije en la lectura, hay que hacerte una página web y abrirte redes sociales. Necesitamos un *community manager*. Esta tarde me tomé la libertad de comprar el dominio de tu nombre. No se nos vaya a adelantar algún aguililla que me escuchó anunciarlo.

Dariel comenzó a caminar hacia el coche. Luz tuvo que correr para alcanzarlo.

CAPÍTULO 29

Como aquel tramo en el Golden Gate en el descapotable de Dariel, los siguientes días fueron vertiginosos y turbadores.

Dariel había habilitado la biblioteca como oficina y ahora dos becarios tecleaban en sus computadoras a diario. Había notas de prensa que mandar, *posts* que *postear* y entrevistas que editar. La primera lectura en casa se había establecido para ese fin de semana y la mansión estaba a rebosar de gente con Dariel a la cabeza —vestido con lo que Luz supuso que él consideraba su uniforme de trabajo: unos pantalones de lana a cuadros, una camisa y un chaleco— dando órdenes a diestro y siniestro.

—No te hemos visto el pelo en meses y ahora no sales de aquí —Luz se metió con él.

—Hay que preparar mucho para este fin de semana. Yo cuando hago las cosas, las hago bien. ¿Cómo vas con la transcripción?

—Casi he terminado otro folio.

—Bien —dijo él distraído, las manos en la cintura y el aliento entrecortado—, bien —repitió antes de gritar a alguien en la entrada—. ¡Esa baldosa es original! Las sillas entran por la puerta de abajo. —Sus manos dibujaban grandes cruces en el aire.

Luz se fue a su habitación, estaba exhausta y le dolía la cabeza. Se dejó caer en la cama con un suspiro.

Al poco rato alguien llamó a la puerta.

—Ahora no puedo —dijo Luz pensando que sería algo relacionado con la lectura.

—Somos nosotras. —La cabeza de Oona asomó por la rendija de la puerta—. ¿Podemos pasar?

—Oona —Luz se incorporó—, claro, pasa.

—Estamos las tres —avisó Oona abriendo la puerta para Fen y Rose.

Se acostaron en la cama.

—Desembucha, te lo estás tirando. —Fen le dio una palmada en el muslo.

Luz abrió la boca y se llevó la mano al pecho de manera histriónica.

—¿Cómo puedes decir eso? —bromeó—, yo soy una mujer decente —se rio—. No me importaría, oye. Pero no.

—Entonces, ¿qué demonios está pasando? —preguntó Oona—. No lo entendemos.

—Dice que quiere ser mi representante, que podemos hacer dinero con esto de la canalización.

—Pero ¿se lo cree? —preguntó Rose.

—No, pero dice que eso es lo de menos. —Luz se encogió de hombros.

—Es extraño —murmuró Oona.

—Muy extraño —continuó Fen.

—No tan extraño. —Luz se apartó un poco, inconscientemente. Usó su brazo izquierdo para proteger su pecho—. ¿No es un hombre de negocios? Pues verá negocio en dar publicidad a esta casa.

—Pero él nunca está, y además no se junta con el populacho, a no ser que sea para recaudar fondos —explicó Oona.

—Pues eso es exactamente lo que quiere, recaudar fondos. — Luz elevó el tono.

—Ya decía yo que ese no se relaciona solo para hacer amigos —dijo Fen.

—Eso es verdad. Hay algo de él que me da repelús. No sé qué es, pero parece que es amigable como una araña esperando a su presa. —Luz miró a la puerta brevemente para asegurarse que no había nadie escuchando.

—No creo —lo defendió Rose—, es solo que tiene muchas responsabilidades.

—Además, está lo de su hermano —dijo Oona.

—Pensé que su hermano había muerto —dudó Rose.

Oona negó con la cabeza.

—Vive en una casa para gente que… —Oona se esforzaba en buscar las palabras adecuadas— para gente que necesita ayuda extra. Está en la zona de la Marina, cerca de la playa de Baker Beach.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Rose.

—Lo sé por una amiga de mi madre, también psiquiatra, que ayudó a la familia de Dariel a asegurarle una plaza.

—¿Pero es mental? ¿Drogas? —preguntó Fen.

—No sé. —Oona se movió incómoda sobre la colcha de la cama—. Esa es información confidencial que la amiga de mi madre no dijo, obviamente.

—Será por eso por lo que no habla de él —dedujo Luz.

—Supongo —dijo Oona.

—A lo mejor, esas veces que Dariel no viene, es porque se está quedando en la casa de su hermano —planteó Fen.

—Con Dariel nunca se sabe. Es tan reservado —dijo Rose rascándose el cuero cabelludo.

—Ya —añadió Oona.

—Por eso me extraña tanto que le parezca bien que airees los trapos sucios de sus supuestos bisabuelos —insistió Fen.

—Porque, como tú —le dijo Luz a Fen, mordaz—, Dariel no cree que sea real. Ya os lo dije. Y porque le interesa.

Fen pareció poco convencida, pero Luz agradeció que no la interrogase más.

Rose se aclaró la voz y dijo:

—Hablando de eso. Hemos pensado que, como no va a haber noche de chicas esta semana, podríamos leer un poco más.

—Todo vuestro. —Luz le dio los papeles—. Me estoy quedando ciega mirando la letrita esta.

—¿Dónde nos habíamos quedado…? —Rose se acomodó en el suelo y apoyó su espalda en el somier—. Esto de cuando se conocían ya lo habíamos leído, ¿no?

—Eso fue lo último, creo yo —dijo Luz apuntando a un lugar en la página.

—Aquí, entonces. —Rose miró los papeles—. Ah, qué bien que ya lo hayas transcrito.

Cogió el siguiente folio del fantasma. Luz se recostó y fijó su mirada en una mancha oscura de los tablones del techo.

Y Rose comenzó a leer.

Boston, agosto 1899

Después del anuncio oficial del noviazgo en el chalet de New Port las cosas avanzaron demasiado rápido. Él había alquilado una casa en Boston y nos veíamos con regularidad.

Cada vez que alguien lo nombraba me daba dolor de barriga y se me quitaba el apetito. Así se lo dije a Nelly y ella me tranquilizó, frotando mi espalda y asegurándome que era normal. Que eso pasaba con los hombres con los que nos íbamos a casar. Ella sonreía muy convencida, pero yo pensaba que Nelly nunca se había casado y no sabía cuánta autoridad tenía en esos asuntos. Así se lo había dicho un día, pero vi en su gesto que le había hecho daño. La abracé fuerte, le pedí perdón. A veces podía ser una niña malcriada y tonta. En ocasiones me preguntaba si mis fantasmas no estaban ahí para torturarme por ser tan mala. Si no me estarían esperando para ir al infierno con ellos.

Yo comenzaba a ver el efecto que mi prometido tenía en otras mujeres, su precisión quirúrgica en saber qué decir a cada una de ellas, no importaba edad, aspecto o estrato social; entonces me sentía tan especial… Yo era la elegida, no ellas. Pero al mismo tiempo experimentaba un rechazo a lo que me hacía sentir, ese aleteo insoportable en mi estómago, esa náusea. Solo quería correr hasta el acantilado y saltar. Tenía tanto miedo…

Ahora, todas las pomposas señoras de las casas más grandes de Boston nos invitaban a sus reuniones, sus obras de caridad, sus fiestas. Mi tía estaba pletórica. Por fin todo el dinero y tiempo que había invertido en mí darían sus frutos, me decía, recordándome que yo nunca fui libre, que nunca había tenido una opción.

Menos mal que mi inspiración no se veía mermada. De hecho, en esa temporada escribí, en mi opinión, mi mejor trabajo. Estaba especialmente orgullosa del poema sobre una pequeña fuente de agua que sacrificaba su vitalidad para dar de beber a una anciana perdida en el bosque y, mientras se estaba extinguiendo, le agradecía a la vieja mujer su ayuda en consumar su destino.

Cuando apenas faltaban unas semanas para cumplir los dieciocho, fui a hablar con mi tía abuela. Había una tormenta terrible y los truenos hacían retumbar la casa. Le confesé que no sabía si me podía casar, que no estaba segura de si era amor o asco lo que le tenía a ese hombre.

Mi tía removió el té con la cucharilla. Lo tomaba tan dulce que era espeso como el almíbar. Tenía los ojos cerrados. Mi tía odiaba cuando lloraba, le parecía el peor crimen, llorar de verdad.

—Una mujer solo debe llorar para conseguir lo que quiere de un hombre; nunca llores cuando estás triste, eso está reservado a la gente de una clase a la que nunca quiero que pertenezcas. He peleado toda mi vida para que tu padre tuviera una vida mejor a la mía. El muy ingrato y egoísta me lo pagó con la ignominia. Tú vas a ser diferente. ¿Crees que yo estaba preparada cuando me casé? ¿Crees que no había noches en las que me hacía la dormida? ¿Que no apretaba los dientes cuando eso no funcionaba? —Mi tía abuela dio un sorbo a su té y un rayo iluminó el salón—. El título te abrirá las puertas que siempre nos cerraron a nosotros por haber nacido pobres. —Levantó la cucharilla hacia arriba. Su voz sonaba como la de un cura en el púlpito—. He lavado ropa durante noches enteras —me mostró sus dedos retorcidos por la vejez—, las manos escaldadas por el agua hirviendo para sacar las manchas de vómito, sangre y orín. He tenido que limpiar cientos y cientos de escupideros y letrinas. He hecho todo lo que mi cuerpo me ha permitido y más. Pero usé todo lo que tenía. Mi coraje y mi ingenio, y ahora mira. —Otro rayo, tan cerca que la casa tembló—. Tú sabes que no eres una gran belleza como tu amiga Mariam ni tienes la habilidad con el piano de Helena Maybeck ni la voz de su prima de Cincinnati.

—A mí me gusta escribir, tía —dije yo con las mejillas acaloradas por el enfado.

—Y escribes muy bien. Pero sabes que eso no les importa a los hombres. Con esto te quiero decir que deberías considerarte muy afortunada por mis fondos. Porque eres tú la que te vas a casar con

un noble. Y así de apuesto. —Hizo un sonido con la boca cerrada mientras miraba a la lluvia furiosa golpear los cristales—. La envidia de los demás es tan buen tónico en la intimidad como los poemas más floridos, querida sobrina. Ya lo verás. Lo verás a través de los ojos de los demás y los demás te verán a través de sus ojos. Todo saldrá bien para ti.

Mi tía abrió un cajón al lado de donde estaba sentada.

—Un pequeño detalle.

—¿Para mí? —pregunté yo sorprendida.

—Mi regalo de boda será otro, pero quería darte algo sentimental.

Abrí el paquete con rapidez, dentro había la pluma más bella que había visto nunca.

—Tía —exclamé con los ojos húmedos.

—No te pongas boba, eh. No es nada. Pero quiero que veas que respeto tus gustos. Y que siempre que lleves a cabo lo que tu marido espera de ti, encontrarás tiempo para tu pequeño hobby. *Una afición es buena para el espíritu. —Levantó una ceja—. Nunca dejes que ningún hombre te merme el espíritu —dijo con seriedad—. Esa es la única parte que no debemos dejar que posean nunca.*

Miré a la pluma con más atención, brillaba tenuemente a la luz de las lámparas de gas. La electricidad, que mi tía había instalado recientemente gastándose una fortuna, se había ido por la tormenta.

La pluma tenía una piedra encarnada en el capuchón. Y filigrana de plata. Leí la inscripción en alto: «Escribe, escribe, escribe».

Se me cayó una lágrima. Fui a abrazar a mi tía que, aunque puso su brazo entre las dos, se dejó abrazar de todas formas.

En ese momento hubo un relámpago tan grande que arrojó a mis fantasmas contra la pared, creo que también estaban asustados.

—¡Habla de la pluma! —exclamó Rose entre jadeos de exaltación.

—¡Y quería ser escritora! —Luz agitó su mano nerviosa delante del folio—. ¿Cómo es eso de fuerte?

—Muy fuerte —susurró Oona.

—Qué coincidencia —masculló Fen, apoyada contra la pared, pero Luz decidió ignorarla.

Ahora que había un plan trazado, no le importaba ya que Fen no la creyese. Lo importante era crear una plataforma para su poesía, el resto era mero ruido. Truenos sin relámpagos, una noche de verano.

CAPÍTULO 30

Para Luz, el viernes llegó de manera vertiginosa. Por la mañana, antes de salir para el trabajo, se preparó un café que sirvió en un termo para llevar y bajó al salón de fiestas a comprobar que todo estaba preparado para la noche. Daba pequeños sorbos al líquido caliente mientras escaneaba el gran cuarto de madera, con las paredes cubiertas por espejos barrocos y pinturas costumbristas.

Satisfecha por ver que todo estaba listo, y con una buena dosis de nervios en el estómago, se fue a trabajar. No quería llegar tarde. Luz le había pedido a Mia salir del trabajo unas horas antes y no quería dar una mala impresión. A la hora acordada, vino Ashley, la chica que se encargaba de la tienda los fines de semana, para relevarla. Le deseó buena suerte mientras chocaban las manos.

Luz le dio las gracias y salió corriendo. Pidió un taxi que ya tenía pensado cargar como gastos de dietas y desplazamiento. Llegó a la mansión y comió un bocadillo de aguacate y queso en su cuarto, ya que había demasiada gente yendo y viniendo en la casa.

Se duchó y se puso el traje de chaqueta de terciopelo rojo que Alexander le había regalado para esa noche, reciclado de una de sus clientas. No tenía etiqueta, pero Alexander le había asegurado, con la mano a un lado de la boca, que era un Gucci auténtico, igualito al que había llevado la Paltrow en los noventa. El pelo, engominado a lo garzón, se lo sujetó en un moño bajo. Se miró a un pequeño espejo en el baño. Se inspeccionó las ojeras muy cerca de su reflejo. Suspiró. Le mandó un mensaje a Fen. Al poco rato, su amiga entró en su cuarto con una pequeña maleta metalizada.

—La próxima vez te cobro —dijo Fen mientras la hacía sentar en la cama y abría la maleta de maquillaje—. Me tenía que lavar el pelo y ahora no me da tiempo.

Luz abrió uno de los ojos que Fen había comenzado a pintar

—¿Qué dices?, tu pelo está perfecto.

—Cierra —le riñó Fen.

—Perdona que te preguntara en el último momento —se excusó Luz.

—Las demás tenemos vidas también. No me puedes mandar un mensaje a última hora para que te maquille.

—Tienes razón.

—Como siempre —añadió Fen con las comisuras de la boca arqueadas hacia arriba.

—Parece que no tienes abuela.

—Qué tonterías dices. Tengo a las dos vivas, hasta una bisabuela. ¿Es que no sabes que los chinos vivimos más que nadie?

Luz abrió la boca para explicarle lo que en realidad significaba la expresión, pero en ese momento Fen estaba concentrada perfilándole los labios, así que lo dejó pasar. A los pocos minutos, Fen se apartó para que Luz se pudiese ver en el espejo. Luz abrió la boca, sorprendida.

—No me lo creo —dijo palmeando con cuidado los lados de su mandíbula—. ¡Estoy guapísima!

—Soy una artista. —Fen ojeó su reloj—. ¡Mira qué hora es! —dijo horrorizada—. Ni a ducharme me va a dar tiempo.

—No te preocupes. Hueles genial —le aseguró Luz mientras Fen corría a recoger sus cosas e irse.

Fen salió dando un portazo. Luz se volvió a mirar al espejo.

—Es que parezco Greta Garbo —murmuró antes de levantarse y alisarse la chaqueta del mismo traje que la Paltrow.

Cuando Luz llegó al rellano del segundo piso, se encontró a sus tres amigas a punto de bajar. Las cuatro intercambiaron exclamaciones y piropos las unas a las otras. Rose iba vestida de pies a cabeza con sus piezas de museo con un conjunto en brocado malva, la chaqueta tenía mangas globo y el corsé iba ceñidísimo. El pelo rojo lo llevaba recogido alrededor de un sombrero con plumas de pavo real. Según explicó, ese día iba a la moda de las chicas Gibson.

Oona llevaba un vestido vaporoso de flores de los años noventa, calcetines y sandalias.

—¿Y qué viene siendo una chica Gibson? —Fen, que llevaba un precioso vestido lencero en seda amarilla con joyas de jade, preguntó lo que Luz estaba pensando.

—Las cachondas de principios de siglo veinte, básicamente —contestó Rose.

—Pues hala —dijo Luz ofreciendo los brazos a sus amigas—, a dejarlos pasmados.

Las cuatro bajaron las escaleras, casi de manera sincronizada. Al llegar al salón, Luz oyó su nombre:

—¡Luz Violeta! ¡Yujuu! ¡Acá!

Luz miró hacia donde provenía la voz para ver a su padrino. Vestido con estampado de zebra de los pies a la cabeza, turbante y gafas de sol incluidas.

—¡Qué bien que has venido, padri! —dijo Luz genuinamente contenta.

—Menuda mansión. —La voz ronca y fuerte de Gladis intervino—.

Si llego a saber que iba a haber canapés, hubiera traído el táper. —Gladis bajó las gafas de sol, las suyas granates y alargadas en los bordes, para mostrar sus ojos pintados de azul pastel.

—Hola, Gladis, ¡qué alegría verte!

—Me iba a perder yo una sesión de espiritismo…

—Solo voy a leer un poco del texto del fantasma.

—Bueno, eso, yo sabía que algo del más allá había. —Gladis abrió su bolso de charol rojo y cierre de monedero para mostrar un ajo, un bote pequeño de agua y un crucifijo.

—*Conchesumadre* —exclamó Alexander riendo—, que la Gladis pensó que veníamos a puro matar vampiros.

Gladis abrió la boca mostrando indignación, después dijo:

—No seas necio. Esto lo llevo siempre en el bolso por lo que pueda pasar. —Meneó el dedo índice—. Que no estamos en Texas, Dorothy.

Alexander soltó una risa burlona.

—Querrás decir Kansas, *weona*. Y tampoco estamos en Pensilvania con tus *wevadas* cazavampiros.

Ahora era el turno de Gladis de reírse.

—¡Ja, ja, ja! Y no querrás tú decir Transilvania, *analfaburro*.

Alexander respondió dejando salir una estruendosa carcajada que retumbó por toda la sala. Gladis se unió a la carcajada, puntuada por toses bronquíticas de alguien que había fumado, como le había confesado a Luz un día, desde los doce años.

—Eso quería decir, *po*. Qué te *creí* que no sé geografía —se defendió Alexander.

Luz se tuvo que despedir abruptamente cuando alguien con un pinganillo y cara de estresado llamó su atención para que se acercase cerca del púlpito.

—Os veo en un rato.

—Mucha mierda —le dijo Alexander, entre risas, mientras se alejaba.

—Joven. Si nos quieres algo, búscanos en la barra —añadió Gladis blandiendo una mano de largas uñas del mismo tono que su sombra de ojos.

—Shhh, que la niña nos va a tomar por borrachas —Alexander recriminó a su vecina, pero eso fue lo último que oyó antes de acercarse a uno de los organizadores, que le dijo que esperase allí.

Luz tuvo un momento para estudiar el salón mientras se llenaba, poco a poco, de gente. Cogió uno de los panfletos que se distribuían con la entrada a la puerta. Tenía una foto de la casa en blanco y negro de portada. Leyó:

«Un día, Luz Violeta, tras haberse quedado dormida trabajando en sus poemas, se despertó rodeada de los papeles rellenados con lo que parecía escritura automática. Al inspeccionarlo, se dio cuenta de que

parecía ser un texto canalizado por alguien de principios del siglo pasado. Los textos contienen una gran riqueza documental sobre algo que Luz, siendo española sin conocimientos de historia de San Francisco, no podía saber.

Hoy recrearemos la tradición victoriana de novelas por fascículos haciendo que Luz lea un poco de esta peculiar autobiografía del más allá. Dando así voz a una mujer que, en vida, no la tuvo. Feminismo 2.0 y los albores del movimiento sufragista se dan la mano a través del inconsciente colectivo. Desafiando las leyes de la física. Creáis o no. Esta es, sin duda, una noche para los anales de la literatura».

Giró el panfleto, detrás ponía:

«La entrada incluye una bebida no alcohólica y un *snack*. El resto de los refrigerios están disponibles por un precio. El diez por ciento de las ganancias recaudadas se emplearán en la preservación de esta casa, que ha sido cuidadosamente mantenida desde su construcción en 1899 por el afamado arquitecto de ascendencia francesa Jonathan Welliere.

Antes de dedicarse a la arquitectura, Welliere fue un comerciante que tuvo prósperos negocios con marchistas del Lejano Oriente. En Asia bebió de filosofías budistas y animistas. Aprendió sobre la acupuntura, las artes marciales y el *feng shui*, además de ser un asiduo asistente en salones espiritistas y uno de los primeros miembros de la orden del Golden Dawn. Todos estos conocimientos aseguraba emplearlos en sus exquisitas construcciones. Quizás este entorno favorece el contacto metafísico».

—¿Qué te parece? —preguntó Dariel por encima del hombro de Luz, sobresaltándola.

Luz miró a su alrededor satisfecha.

—Está todo súper auténtico, ¿no?

—Eso creo yo. —Sonrió y se llevó las manos a la espalda. Miró al gentío—. Voy a saludar a alguien. Empezamos en cinco.

Luz sintió un nudo en la garganta al ver el salón abarrotado. Y una picadura de envidia le recorrió la espalda. Para el fantasma venían; para su poesía, no.

A los cinco minutos en punto Dariel se acercó al micro y, apartando su sedoso pelo de los ojos, comenzó a hablar:

—He de admitir que cuando mis amigas —abrió un brazo en dirección a sus inquilinas que estaban en la primera fila— me dijeron que nuestra nueva compañera había canalizado a un espíritu dije: «Eso no está en el contrato». —Puso las manos en el aire, la gente se rio. Él también—. Lo segundo que dije fue: «Esto solo pasa en San Francisco». —La gente se rio de nuevo, y esta vez Dariel se frotó el labio inferior mientras sonreía, mirando sus papeles. Después se dirigió al público—. Pero sentí curiosidad. Muchos de vosotros conocéis lo ligada que está

mi familia a esta ciudad, y lo importante que siempre ha sido para nosotros apoyar las artes y la cultura con lo mucho o poco que hayamos podido. Como esta casa, por ejemplo, restaurada solo con materiales históricamente apropiados, sin permitir que el siglo XXI oscurezca las huellas de las generaciones que han visto San Francisco empezar, crecer, arder y renacer de sus cenizas. Como el Ave Fénix de la bandera original de esta ciudad—. La pantalla de detrás de Dariel mostró una bandera blanca de un ave saliendo del fuego, con la frase en español bajo ella *Oro en paz, fuego en guerra* —. Por eso creo que es tan necesario que, si es verdad que un fantasma quiere decir algo en esta casa del pasado, nuestro deber es, por lo menos, escuchar. —Sonrió y Luz juraría haber oído un suspiro entre el público—. Y, sin más dilación, os dejo con la protagonista accidental de esta noche: ¡Luz Violeta!

Luz apretó los dientes cuando oyó lo de protagonista accidental, pero disimuló la punzada a su orgullo de camino al escenario.

Dejó que los aplausos se acallaran un poco antes de acercarse al púlpito, al que se subió con toda la afectación que pudo conjurar, los ojos entornados, pensando en Greta Garbo. Saludó escuetamente.

Asió sus papeles transcritos con las dos manos mientras esperaba a que alguien acabase de repartir extractos de la primera página de la canalización original para que el público viese el rapto de conciencia que la había sobrecogido.

La sala se sumió en una callada reverencia. Leyó.

CAPÍTULO 31

Mi tía abuela me había advertido de que no entregara mi espíritu a ningún hombre. Sin embargo, no me había explicado lo difícil que era luchar contra este impulso.

La derrota de mi espíritu sucedió un día cualquiera de verano. Él estaba visitándonos en New Port. Su madre, delicada de salud, no lo había acompañado esta vez. Él y yo, seguidos a unos pasos por Nelly, paseábamos por un parque. Hacía mucho calor y mis fantasmas estaban tan aletargados como las moscas que rodeaban a los caballos de los carruajes que paseaban por la avenida principal. Relinchaban incomodados y pateaban levantando nubes de polvo.

Yo trataba de refrescarme con poco éxito con mi abanico. Mi otra mano sujetaba un parasol de encaje blanco. Él hablaba del mercado y las posibilidades de invertir en un mejorado ferrocarril que estaban construyendo en California para comunicar las montañas con las ciudades de Nevada y San Francisco. Era allí donde estaban la mayoría de sus negocios y donde nos íbamos a establecer después de casados. Él ya estaba construyendo un hogar para nosotros.

Yo asentía educadamente, pero soñaba con volver a casa, darme un baño de agua fría y tomarme luego una gran limonada y un emparedado de queso mientras escuchaba lo último de George J. Gaskin en el fonógrafo.

Estábamos cruzando una de las avenidas para carruajes cuando un caballo se asustó con uno de esos odiosos automóviles que empezaban a aparecer por todas partes. El conductor de la máquina infernal aceleraba haciendo eses para el regocijo de los pasajeros. El caballo se soltó y echó al galope, enloquecido. Galopaba directo hacia mí.

Y yo me quedé quieta. Todo se apagó a mi alrededor. Mis fantasmas se acercaron mucho, apenas a unos milímetros de mi rostro, queriendo saber, quizás, qué sonido emitiría en el momento que mis huesos se quebraran.

Alguien me agarró y empujó a la cuenta. Abrí los ojos que había cerrado con el empujón. Era él.

—¿Estás bien? —me dijo sujetándome contra su pecho. Me apartó un poco y miró con preocupación. Sus crueles y bellos ojos fijos en mí. Su aliento en mi cara. Su boca entreabierta mientras recuperaba la respiración. Yo volví a sentir ese pequeño aleteo como las alas de una

mosca. Pero esta vez en mi bajo vientre. Mis labios ardían por dentro. Incapaz de hablar. Los abría y cerraba. Ahogándome. Mi querida Nelly por fin me alcanzó y me ayudó a ponerme de pie. Me miró. Mis ojos suplicaban ayuda, pero ella no me podía ayudar, ni ella ni nadie. Este fuego quemaba a cualquiera que se intentase acercar. Acababa de perder mi alma. Toda yo estaba perdida.

Siento vergüenza al confesar que la fecha de la boda no podía llegar suficientemente rápido después de ese día y, a pesar de mi impaciencia, el día transcurrió como un sueño febril.

Recuerdo el dolor de cabeza que me había dado la pesada tiara de mi tía abuela. Ella la había ordenado hacer con parte de un pechero de María Antonieta que había comprado en una subasta en Francia. Recuerdo el peso de mi vestido de Worth, la dureza de las ballenas de su cintura, el tintineo de las perlas bordadas cuando trataba de respirar, el siseo de la cola de cuatro yardas arrastrándose por el suelo del pasillo. Recuerdo pasar el dedo por la filigrana de plata y rosas en encaje de Bruselas de las mangas mientras esperaba a que el cura terminase el sermón. Recuerdo el olor empalagoso de los brotes de naranjo que conformaban mi ramo y decoraban mi pelo. No recuerdo mucho más. Era como si ese vestido fuese todo el espacio que mi consciencia podía ocupar ese día. Solo, cuando meses después vi las fotos, reparé en los invitados, el banquete y la fiesta posterior. La cara de Lorenzo inescrutable a mi lado, mirando más allá del objetivo, imposiblemente apuesto. Yo parecía una novia triste, pero en realidad era una novia asustada. Asustada porque nunca había deseado nada tanto. Y sabía que nada permanecía. El deseo tampoco. Lo único que se quedaba, al final del día, eran mis fantasmas.

La noche fue un dolor dulce y trémulo y la náusea se convirtió en arrebato; como mirar al vacío justo antes de saltar. No sabía que se podía sentir tanto al mismo tiempo.

Después, él dormía a mi lado, su cuerpo en claroscuro, como uno de esos cuadros barrocos por los que mi tía abuela pagaba tanto. Quería tocar cada cima y valle de su espalda. Poner mi boca en cada ángulo, seguir con mis labios la caligrafía de sus músculos. Pero no lo hice. Me di la vuelta esperando a que se despertase de nuevo. Escuchando a los grillos, me pregunté qué nueva vida nos esperaría en San Francisco.

Había oído tantas historias de esa ciudad al oeste del mundo civilizado. De cazadores de tesoros y burdeles. Pero también de cuánto estaba creciendo, con oficinas tan altas como el World Building de Nueva York. De su casa de la ópera y las tiendas con lo último de París. Y su círculo de artistas de la bohemia y sus cafés literarios. Quién sabe, a lo mejor hasta podría ir a una de las reuniones que organizaba Ina Coolbirth, y coincidir quizás con Mark

Twain o con Gertrude Atherton. E ir en bicicleta a todas partes. Seguro que allí todas las mujeres iban en bicicleta. Lo primero que haría sería comprarme una, pensé. Me quedé dormida con la imagen de una rueda dando vueltas sin parar, las varillas borrándose con la velocidad.

Al día siguiente mandé mi primera carta. Sentí un pequeño frenesí al firmarla por primera vez como Alma Arabella de Lorenzo Flavio Di Leone y Constanzo. Pero también significaba que había llegado el momento de despedirme de mi tía abuela y mi querida Nelly.

Nelly lloró todo el tiempo, mientras empacaba mis cosas para el viaje, introduciendo saquitos de lavanda, naftalina y papeles de arroz perfumados en mis arcones. Hasta metió sábanas de lino para tapar todas esas sucias camas de hoteles y para forrar los cajones de los armarios.

Mi tía abuela me sonrió con orgullo en sus ojos. Me abrazó débilmente. Y me prometió, susurrándome al oído, que ingresaría una cantidad puntualmente en nuestra cuenta bancaria mientras no muriese y pudiese heredar todo el dinero. Le di las gracias, entendiendo que, para ella, eso significaba lo más cercano que podía llegar a tener un gesto maternal.

De luna de miel fuimos al lago Tahoe, en las montañas californianas. Tuvimos que coger tres trenes y un barco de vapor, culebreamos por picos escarpados y navegamos en aguas cristalinas hasta nuestro destino.

El Tahoe Tavern era un impresionante hotel con el romanticismo de los pioneros, pero con el confort de los hoteles de las capitales europeas.

Después de registrarnos, cuál fue mi sorpresa cuando, en la habitación del hotel, me topé con un arcón lleno de trajes de Worth, Poiret y demás casas de moda de más prestigio en París. Lorenzo me confesó más tarde que me había encargado la ropa de temporada a hurtadillas y, con la ayuda de Nelly, había adquirido mis medidas. Era una manera de vestir en la que sin duda mi figura se veía resaltada, llamativa, sugerente y rotunda. Enormes sombreros con pájaros, telas recargadas y siluetas sensuales. No me sentía yo misma con esos modelos tan vanidosos, pero Lorenzo parecía agradado. Y me alegró ver que no desentonaba con la elegancia del resto de las invitadas del hotel. Un pavo real entre muchos otros.

He de confesar que sentía tanto orgullo caminando por la vereda de secuoya de su brazo… Veía la cara de las otras mujeres, veía cómo me miraban de una manera que nunca me habían mirado las mujeres antes. Como si, de repente, tuviese algo que ellas querían. Y no me importaba oírlas cuchichear que era por dinero. Eso también era algo de lo que sentirse orgullosa. Sí, nadie se llevaba el dinero a la tumba;

pero tampoco se llevaban la belleza. Para mí valían lo mismo. Que hablen, pensaba yo.

Fueron unos días inolvidables. Por las mañanas nos levantábamos temprano e íbamos a desayunar al gran comedor: café, frutas, pasteles y huevos. Después paseábamos por los alrededores. A veces terminábamos en el lago, con un pícnic. A veces íbamos al pueblo a hacer algunas compras en sus pintorescas y rudimentarias tiendecitas, que parecían sacadas de una estampa de principios de siglo. El aire era imposiblemente limpio y solo se oían los pájaros.

Un día, pasó algo increíble; estábamos a la orilla del lago, el sol a punto de ponerse, cuando vi a Lorenzo comenzar a caminar hacia atrás, la cara tan blanca como una sábana. Yo me reía, pensando que era un juego.

—¿Qué haces, tonto? —le decía tapándome la sonrisa.

Pero él seguía su escapada hacia atrás, hasta que se dio la vuelta y echó a correr. Entonces oí el gruñido, me giré y vi un oso gigante, por lo menos de ocho pies de altura. Su olor salvaje, tan intenso y diferente a todo lo que había olido hasta entonces, activó algo en mi cerebro. Me paralizó. Sentí que dejaba de respirar.

Entonces, por fin, le oí gritar:

—¡Escapa! ¡Huye!

Pero no me podía mover. Aunque quisiera. El oso no me miró, pero se sentó justo a mi lado, observando el lago.

Me quedé hipnotizada, sintiendo su respiración tan cerca de la mía. ¿Cómo podía existir algo así tan cerca de nosotros? Lo quería tocar, pero sabía que no era una buena idea. Tragué saliva y respiré despacio. Pensé: «Si el oso te hubiese querido comer, ya lo habría hecho». La bestia parecía totalmente desinteresada en mí, nuestro pícnic o mi esposo a la fuga. Solo quería observar el agua del lago, que oscilaba entre los cantos rodados, llenando y vaciando los huecos. A los pocos segundos, el oso se volvió a poner a cuatro patas y se alejó por donde había venido. Yo sonreí, maravillada, pero la alegría me duró poco, ya que, a los pocos instantes, un bulto negro comenzó a moverse en la distancia, avanzaba hacia mí como un moscardón, volviéndose más grande y definido a cada segundo. Se detuvo tan cerca de mi cara que parecía mi propio reflejo. Su gesto parecía deformado por el dolor y la pena. La desdichada criatura tenía los ojos cerrados como todas, pero esta abría la boca, quería decirme algo. Su boca oscura y rota en una oquedad eterna. De su garganta borboteando finalmente salió una palabra, un grito ahogado:

—¡Huye!

Entonces corrí por el mismo camino que Lorenzo, gritando yo también.

Luz se llevó la mano al cuello y alzó la vista. Le dolía la garganta y se sentía mareada. Oyó susurros y movimientos de sillas. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de que los escritos decían que el fantasma era la bisabuela de Dariel.

El silencio continuó hasta que Gladis y Alexander se pusieron de pie y comenzaron a aplaudir y vitorear a Luz. Sus compañeras de piso los siguieron y, después, el resto del público. Pronto toda la sala estaba en pie. Ovacionándola. Notó la mirada escrutadora de alguien, se giró y descubrió a Dariel en una esquina, apoyado contra la pared con los brazos cruzados. Lucía una mueca entretenida, pero tensa. Trató de acercarse a él, pero alguien la detuvo para darle la enhorabuena. Luego la interceptó un fotógrafo de no sabía qué periódico, después sus amigas la jalearon y, finalmente, Alexander se acercó para plantarle un beso en la mejilla.

—Nos ha encantado —exclamó su padrino.

—Maravilloso —añadió Gladis.

Volvió a buscar a Dariel, pero ya no estaba allí.

Una mujer de mediana edad y pelo blanco le pidió que le firmase en el panfleto. Otro le preguntó si sabía el número de la lotería. Mientras ella negaba con gesto de disculpa, se le presentó un periodista de un periódico nacional y le preguntó quién era su agente.

—Yo, Dariel Lee Walters-Di Leone y Constanzo.

Luz se giró hacia él. Dariel la miró de reojo mientras ofrecía la mano al periodista. Luz no prestó atención a lo que discutían, tratando de asimilar todo lo que estaba pasando. Normalmente no tenía problemas en situaciones de alto estrés o donde ella era el centro de atención, pero, por alguna razón, haber leído tanto texto de una vez la había dejado tocada.

Cuando terminaron la conversación, el periodista se despidió de Luz cordialmente y se fue a buscar un refrigerio. Luz y Dariel se quedaron callados unos segundos. Él miraba a la muchedumbre que se arracimaba en la barra con su sonrisa impasible.

—Ha sido un éxito, ¿no crees?

Luz ignoró la pregunta.

—¿No has oído que el fantasma es tu bisabuela?

—El fantasma —dijo Dariel haciendo comillas con las manos.

—Sigues pensando que me lo invento.

—Lo que yo piense no importa. Lo que importa es lo que piensen ellos —señaló al gentío—, y lo mucho que estén dispuestos a invertir en su ilusión de que un fantasma —volvió a usar comillas— se está comunicando a través de ti.

Dariel comenzó a caminar en dirección a la barra. Luz lo siguió.

—¿Cómo explicas que sepa todo eso, entonces?

—Hay una cosa que se llama internet. No sé si has oído hablar de

él. Muy útil para conseguir información.

—Pero hay cosas que no están publicadas.

Dariel se paró en seco.

—¿Qué quieres, Luz? —Su sonrisa se borró unos segundos.

—No quiero que pienses que soy un fraude.

—No pienso eso. Creo que eres lista, una buscavidas. Y eso, bajo mi punto de vista, es una buena cosa. Y ahora, si me disculpas.

Dariel se metió entre la gente, entablando una conversación con un grupo de conocidos. A Luz le ardía la cara de la rabia.

CAPÍTULO 32

Apenas estaba amaneciendo y el cielo pálido parecía tener manchurrones de barro. Habían pasado solo dos días desde la lectura y el plan de Dariel estaba dando sus frutos. Luz se habría frotado los ojos si no los tuviera maquillados. A cada minuto se tenía que recordar no tocárselos. También se ajustaba unas gafas invisibles, ya que ahora llevaba lentillas. Nunca le habían gustado las lentillas, pero Dariel la había convencido diciéndole que, paradójicamente, la hacían parecer más intelectual. Luz no se creyó ni una palabra, pero tampoco le pareció un tema en el que gastar sus energías. Las lentillas le molestaban algo, pero ni comparación con no poderse frotar los ojos.

Se paró en seco al principio de la cuesta abajo. Ella y el equipo de la publicación con el que iban a sacar fotos esa mañana. También habían ido Dariel y uno de los becarios.

Estaban en Lands End. En silencio, observaron unos segundos el mar romperse contra ruinas de ladrillo y cemento al final de la cuesta. Al otro lado, en una colina todavía más alta, los cipreses y pinos se movían como sonajeros gigantes.

La localización elegida para el *shooting* era la atracción turística de los Baños de Sutro, llamados así por el millonario y antiguo alcalde de la ciudad que los había construido a mediados del siglo XIX. El balneario de agua salada más grande del mundo, había dicho alguien del equipo. Y Luz asintió, recordando que había leído en algún folleto la proeza de ingeniería que había supuesto calentar semejantes piscinas de agua de mar. En su ordenador había visto fotos del balneario en su época de esplendor: grandes cúpulas de cristal cubrían enormes piscinas y demás lujosas y modernas instalaciones.

Bajaron despacio, con cuidado de no dañar el equipo, por el camino empinado y arenoso, el viento rugiendo en sus oídos. Luz llevaba puestas zapatillas de deporte que, una vez abajo del todo, sustituiría por unos tacones por petición del estilista.

A la derecha del camino, se internaron en un túnel donde se oía el atronador bramido de las olas al colarse por los huecos que el mar había tallado con tenacidad y paciencia en las entrañas de la montaña. Todavía no había turistas y el aire venía empapado de niebla y salitre.

Dentro del túnel, Luz se volvió para mirar hacia las ruinas. Casi podía ver a Alma Arabella saludando desde ellas, entre las pozas de

agua maloliente y oscura y el ladrillo caído. ¿Habría venido ella aquí? En uno de los muros alguien había escrito la palabra «bruja».

Luz se sentía incómoda con su vestido azul de terciopelo con lunas estampadas, los labios oscuros y el perfilador de ojos grueso; estaba claro que la querían vender como una de esas mujeres oscuras y misteriosas interesadas en las artes ocultas. Un cliché con el que no estaba en absoluto cómoda.

Se puso los tacones. El becario sujetó un círculo reflector y, mirando al mar al final del túnel, le ordenaron entreabrir la boca y entrecerrar los ojos para sacar la primera ronda de fotos. Parecía la fulana del diablo. Pero las instrucciones fueron *in crescendo*. «Mira hacia la derecha, hacia mí, hacia arriba, no tanto, un poco menos. Así; perfecto. Da un salto mientras caminas, mira hacia abajo, aléjate y, cuando te diga, gírate para mirar a la cámara».

Luz siguió las órdenes lo mejor que pudo, tragándose la incomodidad. A veces Dariel le decía algo al oído a la fotógrafa y le lanzaba una sonrisa a Luz acompañada de una señal de aprobación con el dedo gordo.

A la hora y media terminaron. Luz estaba aterida de frío y le dolía todo tras haber posado en cada lugar accesible de las ruinas. Hasta al lado de la pintada de «bruja» que había visto antes. Tenía incrustado en su pituitaria, quizás de por vida, el olor podrido de las pozas y la basura que dejaban atrás los visitantes.

Subieron la cuesta igual de despacio que cuando la habían bajado.

—Os invito a desayunar —anunció Dariel de camino al aparcamiento.

Subieron a la furgoneta que habían alquilado para la sesión de fotos y condujeron dejando a la derecha de su trayecto el Cliff House, otro vestigio de la época de su fantasma que había ardido y se había reconstruido tantas veces en su historia que no tenía nada que ver con el edificio de la época de Alma.

Tras bajar la colina, el gigantesco arenal de la playa de Ocean Beach los acompañó varios minutos, hasta que se introdujeron por una de las calles laterales y condujeron hasta el bloque que el GPS, con ayuda de Dariel, les había indicado. Aparcaron sin mucho problema y caminaron hasta el lugar, que resultó ser un local de moda como parecían ser todos los sitios que sus conocidos frecuentaban.

Gracias a la hora, apenas tenía cola. Solo un par de familias soñolientas con niños en carritos y perros adoptados y un grupo de mujeres ciclistas de mediana edad que hablaban animadas, con el subidón de después de hacer deporte.

Un camarero *emo* los sentó en una acogedora mesa al lado de la ventana. Luz examinó la carta detenidamente mientras el resto charlaba de cosas poco interesantes a su parecer. El camarero vino a

tomar nota y Luz pidió tortitas de patata y café con leche.

Mientras que esperaban su pedido, la fotógrafa mostró algunas fotos en un iPad que había conectado a su cámara. Luz se vio rara, pero no mal, aunque la incomodó verse tan impostada y acabó apartando los ojos.

Dariel parecía satisfecho. La publicación no era muy grande, pero la tirada era nacional y tenía prestigio, le había dicho unos días antes.

Ya con el desayuno en la mesa, hablaron de series de moda, de música y de los mejores locales para ver música en directo en Portland, de donde era el estilista. También hablaron de sus mascotas. Luz se pasó casi todo el tiempo callada, ya que no sabía mucho de ninguno de esos temas ni le interesaban especialmente.

Cuando Dariel pidió la cuenta, concretaron horas para la entrevista con la periodista, el becario apuntaba en la agenda de su teléfono.

La periodista se llamaba Ruth, era una mujer de cuarenta años, vestida con ropa de inspiración japonesa y grandes pendientes en forma de cerezas. Como Luz, ella apenas había interactuado con el grupo en toda la mañana, demasiado ocupada apuntando en su pequeña libreta caracteres sin sentido para Luz.

Tras pagar, Ruth preguntó si podían usar las fotocopias de los escritos y Luz miró a Dariel instintivamente. Él dijo que debía consultarlo con su equipo. Luz arqueó las cejas. Dariel le lanzó una mirada corta de reprimenda. Como queriendo decir: «No se rompe el personaje en ningún momento».

Salieron a la calle; ahora la cola doblaba la esquina y el sol brumoso quemaba la vista.

Se despidieron allí mismo. Mientras miraba la pantalla de su móvil, Dariel dijo que pediría un coche para él, el becario y Luz.

Luz se acercó a decir adiós a la periodista. Ruth la miró a los ojos por primera vez, un destello en su mirada, que Luz interpretó como algo que reconocía y que ya había visto otras veces.

—Tus quince minutos de fama acaban de comenzar. Aprovéchalos.

Luz le dio las gracias, pero enseguida se arrepintió. Qué se creía esa vieja. Fama no era lo que buscaba. Era solo un mal necesario para que leyesen sus poemas. En todo caso, iba a tener mucho más que quince minutos. De eso estaba segura.

Dejaron al becario en su casa y Dariel se despidió de Luz a la entrada de la suya. Dijo que tenía mucho que hacer y ella asintió mientras abría la puerta con sus llaves. El resto del día lo pasó con Oona y Rose en el salón; Fen estaba con un novio nuevo. Vieron películas, bebieron, comieron y hablaron del fantasma. A las nueve, Luz se fue a la cama. Se quedó dormida con la ventana abierta.

Se despertó a medianoche, con la cacofonía de carillones de viento que producían las casas de los vecinos y las hojas de los árboles al ser

azotadas con ímpetu. Era desorientador. El viento era cálido pero fuerte. Como antes de una tormenta. A Luz no le gustaban las tormentas, era una de las pocas cosas que le daban pánico. Siempre que había tormenta se refugiaba en casa con las ventanas cerradas, o se iba a un cine, al abrigo del útero oscuro que era la sala de proyección. Por eso, aquella inminente tormenta la hizo sentirse desprotegida, engañada casi, ya que cuando se había ido a dormir la noche estaba callada, la niebla arropaba las cosas con su halo mullido y la luna llena lucía tres anillos irisados a su alrededor. Era una noche preciosa y hasta había tenido buenos sueños. Más exactamente, sueños que incluían a su casero y una cama flotando en medio del mar Caribe. Pero este despertar le parecía injusto, de mala educación.

Tomó el vaso de agua que dejaba cada noche en la mesilla y dio un trago. Algo sólido rozó su garganta, arrastrando el líquido, una pelusa quizás. Encendió la luz. El grito que salió de sus pulmones fue de esos que te hacen perder un par de latidos en el corazón. En el vaso flotaban varios cadáveres de moscas. Una docena, por lo menos. Corrió a vomitar. Aunque solo expulsó bilis y saliva.

La puerta se abrió y Dariel, en pijama y con el pelo revuelto, la observó desde la entrada.

—¿Estás bien? Te oí gritar.

Luz trató de hablar, pero solo emitía un llanto. Dariel se acercó, puso su mano en su espalda. Luz temblaba acurrucada al lado del wáter. La dejó llorar un rato, hasta que se fue calmando.

—Y dime, ¿esto de vomitar te ha funcionado con alguien? —Luz dejó salir una carcajada. —Venga, vamos a la cama.

Luz se puso de pie y caminó algo encorvada hasta la cama. En ese momento, un trueno sacudió los cristales de la casa. Dariel notó su incomodidad.

—No me digas que te dan miedo las tormentas.

Luz negó con la cabeza.

—Qué va. —Se sorbió los mocos.

—Ya —dijo Dariel, sentándose a los pies de la cama, mirándola de reojo.

—Bueno, un poco, ¿vale? ¿Contento?

—¿Y por eso gritabas?

Un rayo iluminó la habitación. La lluvia comenzó a caer, furibunda. Luz se incorporó en la cama. Cogió el vaso de agua y se lo mostró a Dariel.

—Me tragué una.

Dariel echó la cabeza para atrás y se rio con una gran carcajada. Un trueno ahogó su risa.

—No te rías, imbécil. Habría que verte a ti.

—Tienes razón —Dariel se limpió una lágrima del borde del ojo—,

menudo asco. —Hizo una mueca de grima.

—¿De dónde salieron tantas de golpe?

Dariel apuntó a la ventana.

—La dejaste abierta. Se avecinaba una tormenta. Las moscas se atontan con las tormentas. —Hizo la trayectoria con la mano desde la ventana al vaso de Luz.

—En los textos de tu bisabuela, se habla mucho de las moscas…

Otro rayo que mostró la dureza de los ojos de Dariel.

—No la llames así delante de mí, ¿entendido? —La mandíbula de Dariel estaba muy tensa. Su cuerpo erguido—. No tengo problemas en jugar a este juego delante de la gente, pero no cuando estamos solos. No me gusta que insulten mi inteligencia.

—Perdón —se sorprendió diciendo Luz—, no sabía que te molestase tanto.

Se quedó muy quieta. Dariel la estudió unos segundos. Su gesto se volvió a ablandar.

—No me molesta tanto. Pero prefiero avisarte antes de que sí me empiece a molestar. —Había una frialdad en su sonrisa. Una serenidad que a Luz le pareció fingida.

Otro rayo, la tormenta estaba muy cerca.

—Haré como me pides. Eso no significa que esté de acuerdo. Yo no me estoy inventando nada. —La bombilla se apagó con el siguiente trueno. Luz miró asustada a su casero.

Este fue a una de las estanterías del cuarto y sacó un par de velas de una caja en la que a Luz nunca se le había ocurrido mirar.

—¿Todo este tiempo tenía velas en la habitación?

—Todo este tiempo y… ¿Se te ocurre investigar debajo de los tablones del suelo y no en tus propias estanterías?

Dariel encendió una cerilla y prendió las dos velas. Vació el agua en el lavabo y dejó caer un par de gotas de cera en el fondo. Colocó las dos velas. El cuarto se iluminó con una luz suave y dorada.

Su mirada se detuvo en el cuello del pijama de Dariel, subiendo y bajando con la respiración.

Dariel dio un golpecito a la cama.

—Me voy a acostar. Y tú deberías dormir también. Mañana tienes una entrevista a las ocho y media. No me pongas esa cara. La pusimos a esa hora para que te dé tiempo a llegar al trabajo a la hora de abrir.

Luz se giró y se tapó con el edredón mientras oía los pasos de Dariel alejarse por el pasillo, mordiéndose el labio y apretando los ojos con fuerza.

CAPÍTULO 33

—¿Eres tú? —le preguntó la clienta mientras Luz pasaba el código de barras de una baraja de tarot. El precio apareció en la pantalla de la caja registradora—. La de la canalización. —Sacó su teléfono, tecleó algo y mostró una página. Puso su dedo sobre la foto de Luz—. Esta.

—Sí —Luz por fin se atrevió a responder. Sonrió con coquetería.

—Quería ir a verte esta semana, pero no quedan entradas.

—Vaya, lo siento. Su voz adquirió un timbre engolado que la sorprendió a ella misma. Como si su voz decidiese por sí misma cómo debía proyectarse ahora.

Luz sacó su bloc de notas.

—Dame tu nombre que te pongo en la lista de la puerta.

—¿En serio?

Luz asintió mientras llevaba el boli al papel.

—En serio.

—Mil gracias —la chica contestó entusiasmada y deletreó su nombre y apellido. Y después lo volvió a deletrear otra vez, con más instrucciones, porque Luz lo había escrito mal.

—Nos vemos mañana. —Luz le dio la bolsa de papel con su compra.

—Mil gracias, de nuevo. De verdad.

—Un placer —dijo Luz cuando la chica estaba a punto de salir.

Las campanillas de la puerta sonaron y la puerta se cerró de nuevo.

Ella fue la última cliente del día. Y la tercera en reconocerla.

Luz hizo caja con la mente en la noche anterior, se le revolvió el estómago al recordar el incidente con las moscas y se le volvió a revolver al recordar a Dariel en su habitación. Las campanillas sonaron de nuevo.

—Está cerrado.

—Pues aquí pone abierto. —Luz levantó la mirada para contestar a la insolencia como se merecía, y se sorprendió al ver a Oona.

—Hombre, ¿tú por aquí? Qué honor.

—Tuvimos una reunión en unas oficinas aquí cerca y pensé que podíamos volver a casa juntas.

—Genial. —Luz cerró la caja con llave—. Dame diez minutos.

En menos de cinco minutos, Luz y Oona ya caminaban en dirección a casa. Hablaron de temas de poca importancia en el bus y también

durante el trayecto a pie. A Luz le sorprendió lo rápido que Oona criticaba al novio de Fen en cuanto salía la conversación. Le pareció que, para ser mejores amigas, no le guardaba mucho respeto delante de otra gente. A Oona le cargaba cómo Fen cambiaba su personalidad por los hombres con los que salía y lo obsesionada que estaba con casarse.

—Es como que se cree que estar casada la hace mejor. Veo cómo mira al resto de las mujeres que ve por la calle, empujando carritos, comprando el pan, cómo mira a sus brillantes en los dedos. Pasaron la esquina con una tienda de marcos de fotos que siempre estaba cerrada —. Es como que el marido en cuestión da igual, ¿sabes?

Luz no dijo nada porque tampoco sabía qué decir.

Cuando llegaron a la puerta, Oona le cogió de la mano.

—¿Qué haces?

Oona se rio estruendosamente.

—Qué graciosa eres. —Puso su cabeza en el hombro de Luz.

—¿Te está dando un ictus? —preguntó Luz, sus fosas nasales dilatadas.

—¿Un qué? —Se volvió a reír—. ¿Es que no puedo ser cariñosa?

—No sé si debería entrar en casa contigo.

—No seas tonta. —Oona le dio un pequeño empujoncito mientras las dos entraban en casa.

Una vez dentro, Oona se apartó. La cara muy seria. Luz se apoyó en la pared mascullando.

—¿Pero a ti que te ha dado?, si casi hay que pedirte permiso para tocarte el hombro.

—Prométeme que no te vas a enfadar con lo que te voy a decir.

—¿Cómo te voy a prometer algo que no sé?

—Por favor…

Luz suspiró.

—Solo porque tengo demasiada curiosidad. ¿Ves cómo la curiosidad mata al gato? A ver, cuenta…

—El vecino, Jack, se puso especialmente pesado el otro día cuando vino a ajustar la llave de tu baño.

—¿A qué te refieres con «especialmente pesado»?

—No, no me hizo nada —Oona se quitó el abrigo—. Pero me estaba quedando sin excusas.

—¿Qué tal: «no me gustas, pírate»?

Oona la miró de lado.

—Qué buen consejo, cómo no se me ocurriría antes.

—¿Entonces?

—Entonces dice que se lo va a currar. Que no va a dejar de luchar por mí. Que sabe que soy la mujer con la que quiere pasar el resto de su vida.

—Policía al canto.

—¿Y decirles qué? ¿Que a mi vecino lo engañaron con las pelis románticas? ¿Que cree que no desistir y hacer grandes gestos no es de acosadores?

Luz se quedó callada pensando unos segundos, pero Oona no había terminado.

—El caso es que le dije que tú eras mi novia. Que lo nuestro era imposible.

Luz abrió la boca, incrédula.

—Por favor, no te enfades. —Oona puso las manos juntas.

—No me enfado. Pero alucino que a esto sea a lo que tenemos que recurrir porque un surfero troglodita no se puede creer que no se lo quieran follar todas.

—Entonces, ¿no te enfadas?

—Claro que no. Pero espero que no me hayas elegido porque tengo pinta de marimacho.

—¡No, no, no! ¡Para nada! —Oona abría mucho los ojos mientras agitaba una mano—. Fue porque eras la nueva y Jack ve a Fen y Rose traer tíos.

—Porque puedo ser muy femenina cuando quiero. No es que no haya lesbianas femeninas y guapísimas, como yo.

—Claro. —Oona sonrió.

—Eso puede ser —Luz pasó el envés de su mano a lo largo de su cintura—, que Jack vea que no puede competir con este cuerpo serrano. Por mucho pito que tenga.

—Exacto —dijo Oona riéndose—. Hoy invito yo. ¿Qué quieres que pida para cenar?

Luz se lo pensó un buen rato.

—*Dumplings*, pero los rellenos de gambitas y cerdo, nada de relleno de cebollino. Me lo he ganado.

La cena resultó frugal, ya que Oona y ella tuvieron que repartir sus porciones con Rose cuando esta llegó de trabajar y utilizó el «no pasa nada, ya como cereales o algo» para dar pena.

Luz se retiró para transcribir las siguientes páginas del diario del fantasma. A medida que escribía en su ordenador, iba leyendo el contenido en alto, como si lo estuviese leyendo en público.

CAPÍTULO 34

Lorenzo no quiso hablar de la incidencia con el oso. Cuando le preguntaba, se sentía incómodo y se volvía distante. Aseguraba que había ido a buscar ayuda, aunque yo lo podía ver subido a un árbol. No me parecía mal que hubiese escapado, quizás si yo hubiese visto al oso primero también habría huido. Me dice que le duele que no le crea, así que yo digo que le creo.

—Ahora comienza la verdadera aventura —había dicho Lorenzo cuando tomamos el tren que nos llevaría desde Truckee hasta San Francisco.

Había un barullo ensordecedor al bajar al andén. Mi cara se retorció en un gesto de dolor al ver la cantidad de fantasmas que habitaban esas tierras, casi todos hombres, perdidos y desesperados. Cerré los ojos con la esperanza de que no se pegaran a mí. Lorenzo me agarró del brazo y me guio hasta el coche de caballos. Dentro volví a abrir los ojos y respiré.

—Ya te acostumbrarás —me dijo él con una sonrisa, y acarició mi mentón. Yo sonreí levemente.

Lorenzo dio un golpe al techo del carruaje y el vehículo comenzó a moverse.

Vi nuestro reflejo en un escaparate de Market Street cuando nos paramos por el tráfico. Casi no me reconocí a su lado, vestida de esa manera.

El coche siguió su trayecto colina arriba y yo prestaba atención a las preciosas casas y parques por los que pasábamos, preguntándome cuál sería la nuestra. Pero no se paró en ninguno de los barrios elegantes que atravesábamos.

El corazón me dio un salto cuando vi que dejábamos atrás la civilización y el carruaje continuaba hacia la costa. Yo agarré su mano. Él me susurró que confiara en él cuando continuamos por carreteras más y más descuidadas y polvorientas entre prados con animales de granja, jalonadas de casas y casetas pequeñas y sucias.

Empezaba a faltarme el aire cuando vi que comenzábamos a subir por unas tortuosas colinas de escarpados terraplenes sobre el mar.

—Pero creía que me habías dicho que la casa estaba en San Francisco —me atreví a decirle con el tono más calmado que pude conjurar en mi garganta.

—Está en una zona nueva. —Sus ojos brillaron con entusiasmo—. En unos años todos querrán tener una casa aquí. Su belleza no tiene rival. Ya verás, te he construido un palacio digno de la princesa que eres.

Apretó sus labios contra mi cuello y, al final del ascenso, él me señaló por la ventanilla.

—Allí —dijo.

Una casa se erigía en medio de colinas de arena y campos de cultivo. Eso era todo cuanto había a nuestro alrededor. La casa era bonita, siguiendo el estilo victoriano Queen Anne. Estaba pintada en un color verde grisáceo con detalles en dorado y berenjena. Él me dijo, mientras nos aproximábamos, que la había hecho un arquitecto famoso, pero ya he olvidado el nombre.

Unas escaleras ascendían a un porche con forma de medialuna, donde la madera tallada como uñas cubría toda la superficie. Estaba llena de ventanas, lo que me agradó, ya que me encanta la luz, pero pensé que tampoco había mucho que ver, puesto que estábamos en medio de la nada, un desierto al lado del mar.

—No está mal, ¿no?

Traté con todas mis fuerzas de sonreír. Quién me iba a proteger allí de mis fantasmas, en aquella ciudad en la que, por lo menos, había visto tres cementerios en la vecindad.

—Seguro que serás capaz de hacerla tu hogar —me susurró en la oreja, haciéndome estremecer—. El jardín todavía necesita trabajo, pero los jardineros me han asegurado que esta primavera tendrás todos los tipos de flores que quieras: rosas, peonías, tulipanes…

Me fijé en los árboles jóvenes que rodeaban la casa al lado de un ciprés gigantesco, fantasmagórico y oscuro, tan alto como ella.

El conductor nos ayudó a bajar. A la entrada, nos estaba esperando el servicio. Lorenzo me los presentó uno a uno. Estaba Mary, una joven doncella irlandesa cuyo acento me hacía extrañar todavía más a mi Nelly; dos trabajadores orientales: uno cocinero, y otro encargado de la lavandería (después me enteraría de que eran padre e hijo y que venían de China buscando a su mujer y madre, y que guardaban una tragedia muy grande que nadie me quiso decir nunca nada, porque una señora no debía escuchar ciertas historias); dos jardineros con los que nunca quise tratar porque tenían mala pinta; el cochero que nos había traído y que se hacía llamar Phil; un chiquillo de nombre William, que se encargaba de los recados; y rematando el variopinto grupo, el ama de llaves, Miss Nora, una mujer vestida de negro y sin un ápice de bondad en su mirada, que avisaba de su cercanía por el chatelaine cargado de llaves que tintineaba allá por donde iba, como un gata vieja con cascabel.

Me pareció un poco extraño que Lorenzo hubiese contratado a toda

esa gente sin contar con mi aprobación o sin dejarme ver referencias, ya que era yo quien iba a tener que lidiar con ellos. Además, era seguramente el dinero de mi tía el que pagaba sus salarios. Pero no me pareció algo necesario que debiese comentar con él. No quería herir sus sentimientos, viendo lo orgulloso que estaba con su personal de servicio.

Miss Nora nos condujo a nuestros aposentos para que descansásemos del viaje.

Estaba demasiado cansada para reparar en todos los detalles de la casa. Eso lo hice después, día tras día. Los paneles en maderas nobles de las paredes, la suntuosa escalera doble con manillar de marfil que se abría a un recibidor con una lámpara de araña con luz de gas y eléctrica, el exquisito papel de pared con relieves en pan de oro, las esculturas grecorromanas que acechaban en las esquinas… Pero, sin duda, mi habitación era lo más maravilloso. Tenía una cama enorme con dosel, decoraciones hechas a mano en los dinteles. Las cortinas de terciopelo, las alfombras de seda y lana turcas y la chimenea en mármol ayudarían sin duda con el frío que arrojaba el Pacífico a la costa. También tenía un maravilloso tocador blanco decorado con flores en filigrana de plata.

Miss Nora abrió las cortinas y mi corazón dio un pequeño vuelco. Al fondo se podía ver el mar. Pegué un pequeño grito de júbilo y Lorenzo me abrazó por la espalda. Cuando nos dimos la vuelta, Miss Nora ya se había ido.

—Vamos a estrenar nuestra cama de matrimonio —me dijo él, y yo cerré los ojos, ignorando a los fantasmas que se habían aposentado ya debajo y a los pies de ella.

CAPÍTULO 35

Luz se quedó dormida con la imagen de los fantasmas de Alma Arabella.

En medio de la noche la despertó un ruido. Abrió los ojos y notó la presencia de alguien a los pies de la cama. Se incorporó de un salto y se tapó la boca con las manos. Veinte mil pensamientos le bombardearon la cabeza al mismo tiempo, su mente intentaba insertar esta situación en una realidad plausible. Esa cosa, lo que sea que fuera, estaba ahí, en su cama. Durante los siguientes segundos Luz trató de coger aire, pero nada entraba en sus pulmones. Había visto cosas antes en esa casa, pero nunca una aparición tan real. Tan cerca, durante tanto tiempo.

El fantasma no parecía inmutarse. Miraba al suelo con gravedad. Sus manos reposando sobre sus rodillas.

De pronto, su cara se giró y la miró directamente por primera vez. Llevaba un sombrero y, en vez de cara, tenía un saco, como un espantapájaros. La sonriente boca parecía haber sido trazada con pintalabios. La nariz, dos trazos oscuros. Los ojos eran dos borrones de carbón fijos en Luz.

—Sangre. —Una voz ronca y mecánica, como de cáncer de garganta, resonó en sus oídos—. Sangre —repitió la voz, susurrando.

La figura seguía observando fijamente a Luz. Su sonrisa de pintalabios y sus ojos de carbón parecían convertirse en una cara real, una sonrisa de júbilo. Como cuando bajas por la cuesta más empinada de la montaña rusa. Cuanto más se miraban, más mareada se sentía Luz. Su estómago trepó por el esófago y un sabor metálico le llenó la boca. Empezó a ver borroso, el vacío le sobrevino y se inclinó para vomitar fuera de la cama. Sus venas batían como un tambor en la sien. Cuando se volvió a erguir, la aparición ya no estaba.

Se apoyó en el cabecero de la cama, dejó salir todo el aire y se llevó la mano a la frente. Fue entonces cuando oyó unos pequeños pasos en la oscuridad. Entornó los ojos tratando de discernir de dónde venía el ruido.

—¿Quién anda ahí? —preguntó mientras se ponía de pie con cuidado de no pisar el charco de vómito.

Sonaron otros pasos apurados, más cerca de ella. Luz encendió la luz, aturdida. En su mente se mezclaban la realidad con el miedo que acababa de experimentar, hasta el punto de que no sabía si alguien

estaba allí con ella. Tomó el teléfono para llamar a la policía, pero el reflejo de la pantalla la aterrorizó. No sabía si era su cara lo que veía o su fantasma. No conseguía diferenciar dónde comenzaba ella y dónde la aparición.

Gritó. Un profundo grito de terror, como los chillidos de los cerdos al ser sacrificados que recordaba de cuando todavía dejaban hacer la matanza en casa. Al oírla gritar, el fantasma la imitó; no, detrás no, dentro de ella. Un chillido tan agudo y punzante que impedía a Luz pensar con claridad. No podía moverse. Se tapó los oídos con las dos manos y cerró los ojos. Corrió hacia la puerta, tambaleándose. Como si el sonido le estuviese impidiendo mantener el equilibrio.

De camino, chocó con la estantería y algo que cayó de ella le golpeó el costado, causándole un dolor punzante y caliente. El chillido seguía llenando la habitación. Comprobó, con desesperación, que también llenaba el pasillo. Bajó las escaleras y los siguientes pisos, el grito erizándole cada centímetro de piel. Abrió la puerta de la calle y la cerró tras de sí. Finalmente, el grito se extinguió.

Luz se sentó en las escaleras de la entrada. El callado runrún de la noche en la ciudad hizo de bálsamo para su sistema nervioso. Una delicada cortina de agua cubría la calle.

Luz respiró con intención varias veces, imitando a la profesora de yoga de la clase que había asistido con Fen el fin de semana pasado. Repitió en su cabeza: «Inhalar por uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Aguantar el aire por uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Exhalar por uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis…». Su corazón se comenzó a calmar. Fue entonces cuando notó el calor líquido bajando por el lado de su torso. Trató de mirar, pero un dolor extremo le impidió girarse. Palpó con la mano y notó algo duro incrustado en su carne. Se miró a la mano, teñida de sangre. Su sangre. Sintió que perdía las fuerzas, pero sabía que, si se quedaba ahí fuera, nadie la descubriría hasta el día siguiente y, para entonces, quizás fuera demasiado tarde.

Tomó aire varias veces y apretó la mandíbula. Pegó un grito desgarrador mientras se apoyaba en el otro brazo para ponerse de pie. Ahora que la adrenalina se había ido de su cuerpo, el dolor se estaba convirtiendo en un sentimiento insoportable a cada segundo que pasaba. Entró en la casa y llamó a las chicas con toda la fuerza de sus pulmones. Lo último que recordó fue la cara de David, mirándola con miedo, antes de perder la consciencia.

CAPÍTULO 36

Luz se despertó en una ambulancia de camino al hospital. Oona estaba con ella. Alguien había dicho «mantenla despierta» y Oona trataba con su voz temblorosa de ganar la atención de Luz.

—Mira, mira aquí —decía Oona —, abre los ojos. Venga.

Pero cada vez que Luz abría los ojos, veía una nebulosa oscura con forma de persona en el techo de la ambulancia y los volvía a cerrar.

El resto de la noche pasó intermitente, luces y pitidos y sonidos y voces preguntando esto y lo otro. Y una sala de operaciones donde la anestesiaron localmente y alguien le daba conversación mientras le hacían cosas en la espalda tras una cortina azul; después cuatro personas la trasladaron a una camilla, vio sucederse varias luces halógenas en el techo del pasillo y luego otras cuatro personas contando hacia atrás la depositaron en una cama, donde se sumió en un duermevela.

El día entraba por la ventana cuando Luz volvió a abrir los ojos.

—Hola —dijo Oona, mientras se acercaba a la cama—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Qué pasó?

—Eso mismo te iba a preguntar yo a ti —contestó Oona empleando un tono distendido.

Alguien llamó a la puerta. Oona se levantó para abrir y Fen y Rose entraron en la habitación.

—Casi tuvimos que sobornar a los de la entrada para que nos dejasen entrar —dijo Fen, mirando a Luz con cara de preocupación.

—¿Qué tal estás? —preguntó Rose tocando tímidamente el bulto donde estaban los pies de Luz.

Fen se sentó al otro lado de la cama.

—Qué susto nos has dado.

—Estoy bien. No me duele si no me muevo.

—Pero ¿qué pasó? No sabes el lío que se formó. La policía, David hablando con otros humanos… ¿Te atacó alguien?

Luz cerró los ojos y frunció la cara en un gesto de dolor. Recordaba todo, pero le aterrorizaba hablar de eso. Tragó saliva.

—Tengo sed —declaró con voz ronca, y Oona le dio un vaso con trocitos de hielo.

—Por ahora nos dijeron que te hidrates poco a poco. La medicación

te puede provocar náuseas y no quieren que hagas esfuerzos en la zona. Si te duele, puedes apretar este botoncito.

—Solo en América te controlan el agua, pero te dan vía libre para los opiáceos —ironizó Fen.

—No seas así, tiene sentido. Si vomita, se le pueden abrir los puntos —le dijo Oona.

—Que tengas un doctorado en los lagartos del pleistoceno no te hace doctora —replicó Fen.

Oona se cruzó de brazos.

—¿Lagartos del pleistoceno? —preguntó ofendida.

—Ranas. Lo que sea. Que no eres doctora de medicina, vaya —replicó su amiga.

—Solo estoy repitiendo lo que me dijo el médico, de madrugada, mientras tú dormías.

—¿Dormías? Estuvimos dos horas esperando por la policía en la calle, por miedo a que hubiese un asesino en casa, y otras dos horas de interrogatorio, así que no me hables de dormir.

—Lo siento —dijo Luz. Sin poder evitarlo se le empezaron a caer las lágrimas.

—Eh, no. No es culpa tuya. Ya bastante tienes. —Oona posó su mano en su brazo.

Luz se sorbió los mocos, alguien le pasó un Kleenex.

—¿Y si todo esto es inventado? ¿Y si Fen tiene razón y me estoy volviendo loca?

Fen abrió la boca para hablar, pero Luz alzó la mano para que la dejase seguir.

—Anoche vi un fantasma... Dos, mejor dicho. Uno a los pies de mi cama, tan real como tú ahí —le confesó a Rose.

Las amigas se quedaron tan quietas que Luz podía oír sus propios latidos.

—Me asusté tanto que eché a correr para salir de la habitación, pero me debí de tropezar con la estantería de la pared y el cuchillo se cayó, clavándose en mi costado.

—Pero ¿qué hacía ahí un cuchillo? —preguntó Rose.

—¡Es lo que no sé! —Luz se limpió las mejillas—. ¿Lo puse yo y no lo recuerdo? ¿Mis fantasmas?

—O quizás otra persona —insinuó Oona casi en un susurro.

Luz paró de llorar.

Le dieron el alta esa misma tarde, tras aplicarle la vacuna del tétanos.

El médico le dijo que había tenido suerte de que el cuchillo se hubiera introducido de manera perpendicular y apenas había pasado la capa adiposa subcutánea.

—O sea, que tener donde agarrar me vino bien —bromeó Luz, a lo

que el doctor respondió riendo, incómodo. Probablemente sin saber muy bien qué significaba esa expresión. Se ajustó las gafas, firmó unos papeles y se despidió con un apretón de manos y el consejo de no dejar cuchillos en lo alto de las estanterías. Luz hubiera querido decirle que no había sido ella, pero como no estaba del todo segura, se calló y se limitó a darle las gracias.

El taxi la estaba esperando en la puerta y, con ayuda de dos enfermeras y Rose —Oona y Fen habían vuelto a casa unas horas antes para organizar su cuarto— consiguió acceder al asiento de delante. Le dieron un sobre con información, analgésicos, antibióticos y cambio de vendas.

Se tocó el vendaje, todavía no había visto la herida y no podía esperar para echarle un ojo. Se sintió orgullosa de lo bien que estaba respondiendo su cuerpo a la herida, ya que, de no ser por un pequeño tirón con movimientos bruscos, apenas le dolía. Aunque también podía ser por las pastillas. Leyó el prospecto. No conocía el nombre, pero sí los ingredientes y sabía lo fuertes que eran.

Cuando llegó a casa, se encontró a Fen, Oona y David en la puerta. No había visto a David tanto desde aquella lejana entrevista para ver si le daban la habitación.

Miraba hacia el suelo, mientras esperaba instrucciones para poder ayudar. Rose le pidió que abriese la puerta mientras que ella, Fen y Oona la ayudaban a subir las escaleras. David cogió el sobre con los papeles y su ropa ensangrentada en una bolsa, tratando de disimular su desagrado.

—Después de tocar eso, se va a dar un baño de alcohol hirviendo o algo —susurró Fen a sus amigas.

Oona se rio bajito, pero Rose las recriminó, con el brazo de Luz apoyado en su hombro.

—Dejadlo, pobre, ya bastante hace con superar sus fobias para ayudar.

—Debió de ser muy impactante para él verla ahí de primera.

—Y tener que tocarla —añadió Fen entre risitas.

—Oye, tú —dijo Luz sin poder evitar que la boca se le arqueara hacia arriba.

David dejó los papeles en la mesilla y murmuró algo antes de salir de la habitación. Mientras tanto, las compañeras de piso la ayudaron a acostarse y a ponerse cómoda. Oona se ofreció a hacerle algo de comer, pero Luz dijo que solo quería descansar para poder estar fresca para la noche.

—¿Para la noche? —preguntó Oona.

—Lo vamos a cancelar. Ya hemos llamado a Dariel —añadió Rose.

Luz se apoyó en los codos y se incorporó un poco.

—Me encuentro bien. El médico me dijo que la herida fue

superficial, y quiero terminar con esto cuanto antes.

Todas se quedaron en silencio.

—Ahora dejadme dormir. Bajaré una hora antes. Con que haya una silla o algo donde me pueda sentar, estaré bien.

Una a una dejaron la habitación. La atención de Luz se fijó en la estantería desde donde había caído el cuchillo. En la misma zona estaba la caja de las velas, que también había caído al suelo. Dariel las había encontrado allí la noche anterior. Pero Luz estaba demasiado cansada para hacer conjeturas. Dio un pequeño resoplido que le produjo dolor. Frunció el ceño. Con sumo cuidado, se recostó en su espalda y cerró los ojos para sumirse en un sueño pesado.

CAPÍTULO 37

La sala estaba tan llena que había gente de pie en la parte de atrás y en la entrada.

Luz buscó a Dariel con la mirada, apoyada en el marco de la puerta que comunicaba el salón de baile con las escaleras del resto de los pisos. Al mismo tiempo, Dariel la vio a ella. Pronunció su nombre sin emitir ningún sonido y se llevó las manos al esternón mientras se acercaba.

—¿Qué tal te encuentras? —Tocó ligeramente su brazo. Aunque su tono era cantarín, su gesto delataba preocupación—. Menudo trago. Perdona que no pudiese ir al hospital. No me enteré de lo que te había pasado hasta que regresé esta tarde y las chicas me dijeron que ya te daban el alta. Así que…

—Claro, no pasa nada. No pintabas nada en el hospital.

Dariel tomó su mano.

—Quería ir. Me crees, ¿verdad? —La miró inclinando la cara.

—Sí.

—¿Seguro?

—Seguro —Luz se tocó el pelo, incómoda—, te creo.

En su cabeza, la imagen de Dariel cogiendo las velas de la caja en la estantería desde donde cayó el cuchillo se repetía en bucle. Su cerebro trataba de discernir si lo había visto poner el arma blanca sobre la caja para que, cuando fuese a buscar una vela en uno de los muchos apagones que sucedían en la casa, se le cayese encima. Pero no veía por qué Dariel querría hacer eso. ¿Quizás para quedarse con los escritos y no tener que darle derechos de autor? Por mucho que ella dijera que eran canalizados, seguían siendo de su puño y letra, por lo tanto, la autoría era suya.

Lo consideró unos segundos, mientras estudiaba su postura corporal. En efecto, sus gestos denotaban preocupación, pero era como si los hubiese ensayado delante del espejo o se hubiese fijado en otros para averiguar cuáles eran los ademanes más usados para manifestar preocupación. Meneó la cabeza y pensó: «Se te está yendo, Luz».

—¿Por qué niegas con la cabeza? ¿No me crees?

—No es eso, perdona. Estoy pensando en otras cosas.

Dariel levantó una ceja, dubitativo. Hizo una pausa antes de decir:

—Vamos, pues.

Con ayuda de su casero, y disimulando la cara de dolor con una sonrisa, Luz se sentó en una silla Luis XVI forrada de terciopelo granate.

Dariel se acercó al micro y ofreció una presentación dramatizada, puntuada por elogios al coraje y fortaleza de Luz por venir a leer a pesar de haber tenido un «grave accidente doméstico». Dariel dejó que los susurros especulativos se calmasen. Sonrió en dirección a Luz. Esta le devolvió el gesto, aunque más débil.

Luz sentía cómo el estruendoso aplauso bajaba por sus terminaciones nerviosas y ofrecía la misma deliciosa analgesia que la medicación que le estaban dando. Dariel bajó el micro a su altura.

—Rómpete una pierna —dijo con su impertérrito rictus de boca arqueada hacia arriba.

Luz abrió la boca ligeramente para recordar con rapidez que eso era lo que se decía en inglés a los actores antes de empezar la función. ¿Era una indirecta de que Dariel creía que esto todo era puro teatro?

No tuvo tiempo de seguir elucubrando sobre sus intenciones, ya que la luz de las bombillas se atenuó y las velas encendidas dieron un aspecto íntimo y perfecto para leer el siguiente pasaje de la vida de Alma.

Sin decir más que «buenas tardes», Luz comenzó a leer:

Los primeros meses fueron extrañamente similares a una ensoñación. Como Nelly había vaticinado. Por las mañanas, él se iba temprano a su oficina en la ciudad en uno de los dos carruajes victoria que teníamos. Yo me solía quedar en la cama hasta bien pasadas las diez, desayunaba, conjuraba versos en mi cabeza y los apuntaba en mi diario. Dormitaba escuchando a gaviotas y cormoranes sobrevolar las aristas de la costa del final del mundo, en lo que a mí respectaba. Después me arreglaba con ayuda de mi doncella, Mary, y bajaba a decidir el menú del día y lo que se tenía que hacer esa mañana: si limpiar la plata, sacudir las alfombras, airear los colchones o encerar los suelos.

A continuación, me dirigía a mi despacho. Lorenzo me había dicho que estaba feliz de que yo escribiese, siempre y cuando no dejase de lado mis responsabilidades como señora de la casa. Así que, con el segundo té del día, me sentaba en mi despacho con vistas al jardín y las dunas de fondo. Mi mesa era de caoba lacada y disponía de todo lo necesario para escribir, incluido mi propio papel con mi sello. Le escribía cartas a mi tía, a Nelly y mis conocidas en Boston, leía alguna de las revistas a las que Lorenzo me había suscrito, como Woman's Home Companion, Ladies Home Journal o Delineator, y trataba de escribir algo de valor literario.

A veces bajaba a la cocina, a ver el producto que traían el pescadero o el carnicero, y las hortalizas y alimentos de despensa que llegaban desde la tienda de comestibles. También las flores frescas para el día.

Pero Miss Nora me echaba de allí rápidamente, diciéndome que no era necesario que bajase, que ella se encargaría de todo, que lo único de lo que me tenía que preocupar era del menú, y que el señor conde me había dado presupuesto ilimitado para las necesidades domésticas.

Después salía al jardín. Esa tierra yerma y arenosa era difícil de germinar, pero, poco a poco, estábamos siendo capaces de plantar algunos frutales que no fueran cítricos, y flores autóctonas de la zona, que atraían los más maravillosos colibríes y mariposas. También estaba consiguiendo que creciesen rosas, magnolias y camelias, que tanto me recordaban a mi hogar.

Tras un paseo a pie o a caballo, para hacer algo de ejercicio, comía sola en la galería: unos emparedados, sopa, algo de fruta... Tras el almuerzo me acostaba en el diván y después practicaba un poco el piano, antes de ir a mi cuarto para asearme y cambiarme para la cena.

Me aplicaba algo de polvos de arroz, tanto sol me estaba bronceando la piel y comenzaba a parecer un jornalero del campo. Mary me rehacía el peinado si era necesario. Me ponía perfume y me vestía con alguno de mis vestidos más favorecedores. Iba a la biblioteca, donde ordenaba que tuviesen la chimenea encendida, ya que la niebla solía asentarse a esas horas de la tarde. Con los perros a mis pies, esperaba, mirando el reloj. A veces cogía un libro y leía en alto para calentar mi voz. Me aseguraba de que la mesa estuviese puesta de manera satisfactoria y daba los últimos detalles de la cena. Me sentaba a esperar. A veces su secretaria llamaba para avisar de que llegaría pronto o que se retrasaría, y otras veces, no. A veces apenas se demoraba unos minutos, a veces la carne del asado se volvía correosa y el soufflé se echaba a perder. Pero cuando llegaba, mi sonrisa se derramaba en mi cara como la marea en las rocas. Y corría a sus brazos y apenas probaba bocado mientras que él me contaba de sus cuitas en la oficina o sus asuntos con tal inversor o tal político. A veces traía un regalo. Encaje de Holanda, o seda de la China, o un sombrero excesivo que seguramente le había costado un dineral en una de las exclusivas boutiques.

Yo le decía que me gustaría ir de compras a mí, que es algo que solía hacer antes de casada, que podía llevar a Mary de acompañante. Él me decía que le parecía una buena idea, pero que quería llevarme él. Que le gustaba consentirme, y yo sonreía y las mejillas se me encarnaban. Y, aunque nunca me llevaba, no me

importaba mucho esos primeros meses porque toda mi existencia era esperar a ese dulce momento en el que nos refugiábamos juntos bajo las sábanas de mi cama y dejaba de pensar y mis fantasmas se escondían.

Envueltos en el rugido constante del océano que era todo menos Pacífico. La niebla que se colaba por la ventana abierta era un velo de la cabeza cortada de una novia. Las gaviotas chillaban histéricas, y yo hundía mi cara en la almohada. Para no sonar como ellas también.

CAPÍTULO 38

Dariel fue el primero en empezar a aplaudir, se acercó al micro, lo subió a su altura y esperó a que la ovación se acallase. Dirigiendo su atención a Luz, dijo:

—Quién nos iba a decir que el diario de una ama de casa iba a ser tan interesante, ¿eh? —El público se rio—. Y la insinuación de esa escena al final —hizo un gesto de grima y se tapó los oídos—, ¡que siguen siendo mis bisabuelos!

La gente se rio todavía más.

Luz trataba de reírse con el resto, pero la herida le ardía y se sentía débil.

Mientras que Dariel volvía a dirigirse al público otra vez anunciando nuevas lecturas, maneras de contribuir, noticias y miscelánea relacionada con el diario, Luz usó todas sus fuerzas para levantarse y abandonar el escenario.

—¡Luz! ¡Nos ha encantado! —le dijo Tommy interceptándola de camino.

—¡Qué *performance*! —añadió Eliot.

—Especialmente la parte en la que Alma baja a la cocina. —Tommy se besó la punta de sus dedos—. Qué alegoría más brutal del útero materno. Y el rechazo de Miss Nora, que claramente representa el amor edípico reprimido de Lorenzo.

—Gracias, chicos —acertó a decir Luz—, muy interesante todo, pero de verdad que me tengo que ir a acostar.

—Claro, claro. Que tuviste un accidente. —Eliot se apartó de en medio para que Luz pasase—. ¿Qué accidente, por cierto?

—Ya os cuento otro día.

—¡Otro día! —le dijo Tommy a un grupo de gente que trataban de acercarse a Luz—. ¡La artista tiene que descansar! Yo los bloqueo —le susurró a Luz—. Te llamaremos pronto. Si queréis, yo tengo algunos poemas situados en el San Francisco de la Bohemia que os pueden ayudar a complementar esta noche mágica.

Luz oía a Tommy hablarle a la gente mientras ella se apresuraba hacia las escaleras cuando alguien le agarró del brazo. Se giró para repetir el mensaje oficial cuando se encontró ante la cara preocupada de Fen.

—¿Estás bien? —preguntó Fen mientras ponía su brazo sobre el de

ella—. Mira que eres testaruda —le susurró cortante—, te dijimos que te quedases en cama. —Después proyectó su voz hacia el salón de baile—. Oona. ¡Oona! ¿Cómo que qué? ¿No lo ves? ¡Ven a ayudarme!

Oona corrió hasta el nacimiento de las escaleras y Rose la siguió unos pasos por detrás. Entre las tres la llevaron hasta su habitación y la ayudaron a meterse en cama. Luz perdió la consciencia en cuestión de segundos.

Pasaron varios días en los que Luz apenas se movió de su cama. Fen había traído una sopa que había hecho su abuela con pollo, jengibre, bayas de goji y vino de arroz que, según decía, ayudaba al cuerpo a recuperar la sangre perdida. Y eso era lo único que le dejaba comer. Por suerte, estaba deliciosa.

A pesar de su estado de convalecencia, y como si estuviese sucediendo en una realidad paralela, las suscripciones a su blog seguían multiplicándose, así como la cantidad de seguidores en sus redes sociales. Cada día tenía entrevistas, por escrito y por teléfono, y se hablaba de ella en la radio y hasta en alguna televisión local. Recibía infinidad de *emails* de fans y curiosos, e incluso de otras personas que aseguraban pasar por lo mismo y querían conocerla. También una buena dosis de Jesucristos, descendientes de alienígenas, reencarnaciones de Cleopatras y Napoleones y hasta un Nostradamus avisando de que un agujero negro se dirigía a la tierra para zampársela.

Dariel, que había habilitado su despacho como centro de operaciones, la visitaba a diario con sus becarios para hablar de la agenda del día. Mientras Dariel declamaba horas y publicaciones y sus becarios tecleaban en sus ordenadores, Luz se preguntaba cómo su historia estaba teniendo tanto bombo, quizá, pensaba para sí, era por el peso que el apellido de Dariel tenía en esa parte del mundo.

Cada día de esa semana, Luz había buscado un momento a solas con su casero para preguntarle por el incidente del cuchillo. A Luz le parecía que Dariel evitaba el tema. Cada vez que le preguntaba si podían hablar, Dariel utilizaba alguna excusa para abandonar su habitación precipitadamente, sus becarios detrás de él como una fila de patitos.

Cuando Luz se encontró mejor, decidió tomar cartas en el asunto. Se duchó, vistió y se dispuso a acorralar a Dariel en su cuarto cuando estaba anocheciendo y los becarios ya se habían ido.

—Dariel, necesito hablar contigo —dijo Luz nada más entrar por la puerta de su habitación.

—¿Pum, pum? —comentó Dariel haciendo el gesto de llamar a la puerta con el puño—, ¿no?

Luz ignoró su sarcasmo mientras examinaba descaradamente la habitación de su casero. Un cuarto mucho más austero de lo que se

imaginaba, en el que primaba la madera oscura y los muebles sencillos. La chimenea estaba encendida. Dariel estaba sentado frente a ella, vestido con una bata de algodón fino y un pantalón de pijama de seda bajo ella. Se puso de pie.

Luz lo miró de arriba abajo.

—¿Alguna vez te has puesto un pantalón de chándal? ¿Sabes, siquiera, que existen?

—Sí, cuando hago ejercicio —dijo con voz afectada, mientras se sentaba en una silla al lado de una mesa supletoria y cruzaba las piernas.

—Claro. Qué tontería de pregunta —contestó Luz con el mismo tono presuntuoso, aunque apartó la vista de la piel que asomaba a través de la bata entreabierta. Dariel debió intuirlo porque sonrió.

—Tú dirás. —Apoyó sus manos en la parte alta de la nuca.

—Quería preguntarte por lo que pasó el otro día.

—¿Qué pasó?

—¿Cómo que qué pasó? Lo del cuchillo.

—Ah, el incidente doméstico.

—Si es así como lo quieres llamar, vale.

El fuego crepitaba callado en la chimenea, Dariel tomó un vaso con un líquido parduzco y se lo llevó a la boca, los hielos tintinearon un par de veces. Se limpió la comisura de la boca con el envés de la mano. Miró a Luz.

—¿Te preparo uno?

Luz levantó un brazo ligeramente.

—No, gracias. —Dejó pasar unos segundos, esperando a que Dariel dijese algo. Cuando fue evidente que no iba a hablar, Luz continuó—: De lo que te quiero hablar es de cómo llegó un cuchillo de carnicero a mi estantería.

—¿No lo pusiste tú? —Dariel se volvió a sentar. Miró hacia arriba, Luz seguía de pie en la puerta.

Ella negó vigorosamente.

—¿Por qué iba a tener un cuchillo en la estantería?

—Es San Francisco, después de todo —sonrió con media boca.

—Lo digo en serio. —Luz levantó un dedo acusatorio—. Que yo recuerde, tú fuiste el último en estar cerca de esa estantería —el dedo apuntaba a la lámpara ahora—, de hecho, creo que el cuchillo fue estratégicamente situado sobre la caja de las velas para que, cuando se fuese la luz, se me cayese encima.

Dariel se llevó la palma al pecho. Trató de aplacar una sonrisa.

—¿Crees que soy tan poco sofisticado? No se me puede ocurrir una manera más ridícula de matar a alguien. Además, ¿por qué querría matarte? Tampoco me caes tan mal.

—Por los derechos de autor —dijo Luz en un tono más indeciso.

Dariel soltó una carcajada.
—Aunque te hubieses muerto, tus derechos de autor irían probablemente a tus padres. No soy abogado, pero me pega que la ley de sucesiones, sin testamento, funciona así.
Luz cambió el peso a la otra pierna. Se abrazó el torso.
—¿Y entonces qué hacía ese cuchillo ahí?
Dariel se encogió de hombros.
—Tú eres la que escribe novelas dormida. ¿Cómo sabes que no haces otras cosas?
Luz sintió una corriente helada recorriéndole la espina dorsal. Notó que el color se le iba de la cara.
—¿Crees que fui yo misma?
Dariel dio otro sorbo de su copa.
—O tu fantasma.
Un tronco se cayó en el lar, soltando chispas alrededor del fuego.
—¿No habías dicho que no creías en esas cosas?
—Tienes razón, no creo. Pero también te digo que eso es más plausible que yo trazando un plan tan burdo para asesinar a alguien.
Dariel le dio el último sorbo a su bebida y la dejó en la mesa con un golpe seco.
—Mañana me tengo que levantar temprano.
Luz dio un paso hacia atrás, se frotó los codos.
—Claro.
Se paró una última vez en la puerta, abrió la boca. Quería decir algo más, pero no estaba segura de qué. Optó por un «buenas noches» y abandonó la habitación. De camino a su cuarto, se paró delante del cuadro de Alma Arabella.
Sus ojos proyectaban soberbia. Parecían tener chispas dentro, como la chimenea en el cuarto de Dariel.
—¿Me quieres ver muerta? —preguntó Luz, amenazante—. No te será tan fácil.
Una brisa gélida pasó por el pasillo y atravesó a Luz como una capa de permafrost. Luz sintió miedo y corrió a su habitación.
Su teléfono estaba sonando al entrar. Se apresuró a cogerlo tras mirar el nombre en la pantalla iluminada brevemente.
—¡Padri! Qué horas —Luz se tumbó en la cama con el móvil en la oreja.
—¡Ni qué horas ni mierda, *conchetumadre*! ¡Te podías haber muerto!

Luz suspiró.
—¿Quién te lo dijo?
—Tu jefa, ¿te acuerdas de que era hija de una clienta mía? No me dijo mucho, pero mencionó algo de un cuchillo y el hospital.
—No se lo habrás dicho a mis padres, ¿no? —Luz se incorporó de

golpe.

—¿*Tai* loca, *weona*? ¿*Querí* que les dé un ataque al corazón?

—Exacto. —Luz se volvió a acostar, aliviada—. Fue un corte superficial, por eso no te avisé.

—Pues bien que me llegó el mensaje de que se cancelaba la lectura, que después hiciste de todas maneras. ¿Qué escondes, muchacha?

—¡Nada! —Luz se puso de lado y marcó la tecla de manos libres. Dejó el teléfono a su lado en la cama—. No la iba a hacer, pero decidí en el último segundo que sí. Por eso no te dije nada.

—Pero, en verdad, ¿cómo se clava uno un cuchillo? Eso es una historia harto extraña y yo trabajo en un consultorio psíquico.

Luz tomó aire.

—Te voy a dar mi opinión. Yo no llevé ningún cuchillo a la habitación. Lo que yo creo es que alguien me quiso matar. ¿Quién? No lo sé. A lo mejor el fantasma.

—¿Cuánta hierba *estai* fumando, cabra loca?

—Lo digo en plenas facultades físicas y psíquicas, padri.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente en serio.

—¡Puta la *wea*! ¡No me asustes, ya!

—Por eso no te quería decir nada aún…

Alexander se quedó en silencio unos segundos en los que Luz podía oír estática su respiración en la línea. Esperó.

—¿Qué plan tienes mañana? —preguntó finalmente su padrino con un tono resolutivo.

—Voy a ir a trabajar.

—¿Y después?

—Noche de chicas.

—Perfecto.

—Perfecto, ¿qué?

—Voy a pedir un equipamiento a un amigo que me debe un favor, y la Gladis y yo nos vamos a plantar allá y vamos a descubrir si es cosa de fantasmas o no de una vez por todas.

—Espera —Luz se incorporó en un codo y volvió a coger el teléfono—, ¿qué equipamiento?

—Uno muy sofisticado que vale muchas lucas. Este señor me debe un gran favor. Le hice un elixir y después de cinco niñas consiguió el varoncito.

—¿Es quizás tu cliente un monarca europeo durante la ley sálica para necesitar un *varonsito*?

—Nena, yo no juzgo, yo solo suministro.

—Como un buen camello.

—Ahora no puedo hablar. Pero mañana, nada más salir del trabajo, nos vamos a tu casa al tiro.

—¡Espera! Tengo que preguntar…

—Buenas noches, reina. Mucho cuidado, ¿ya? Y dormí con un crucifijo.

—¿Y de dónde saco un crucifijo?

El teléfono se apagó. Luz se quedó mirando al techo, tres moscas bailaban alrededor de la lámpara.

CAPÍTULO 39

La noche pasó sin mayores contratiempos, así como el primer día de trabajo después del accidente. Se alegraba de volver a la tienda y tener una distracción. Si alguien se lo hubiera dicho, no se lo hubiera creído, pero le gustaba el trabajo. Tenía libertad para escribir en los muchos ratos muertos, y no estaba totalmente aislada del mundo exterior, ya que mantenía pequeñas e inocuas conversaciones con los clientes, en su mayoría mujeres. Miraba por la ventana y encontraba infinidad de inspiración. Su jefa era maja. Y el sueldo era decente.

Atardecía cuando Luz por fin regresó a casa. Abrió la puerta y un grito de sorpresa le hizo estremecerse. Alguien encendió la luz. Delante de ella estaban Luz, Fen y Rose en la entrada con globos y pancartas.

«Felicidades por tu recuperación», ponía en el de Rose.

«Menos mal que nadie afila los cuchillos en esta casa», había escrito Fen.

Y Oona había contribuido con un: «Feliz vuelta a la rueda de hámster capitalista».

Luz se agarró la cara, sus ojos humedecidos.

—Qué sorpresa. ¡Gracias! Pero no teníais que preocuparos tanto.

Oona la cogió del ganchete.

—Tonterías. Ven, siéntate en el salón que nosotras nos encargamos de todo. Después de leer el siguiente capítulo veremos el *show* que tú quieras.

—Y hemos ido a un supermercado de comida española y hemos comprado todos los grandes éxitos —dijo Rose.

—¿De verdad?

—No te quejarás —añadió Fen—. Ya no tienes que comer más sopa de mi abuela.

—La verdad es que me gustaba. —Luz se recostó en el sofá, puso sus pies en el otomán que le acercó Oona.

—Lo tenemos todo organizado. —Rose aplaudió animada. Se había cambiado a su ropa victoriana y sus rizos estaban recogidos cuidadosamente sobre la nuca. Excepto por el flequillo, que enmarcaba su estrecho rostro de manera muy favorecedora.

Alguien llamó a la puerta haciendo que Luz se llevase la palma a la frente y exclamara:

—¡Se me había olvidado! Mi padrino se autoinvitó a venir hoy.
—¿Por qué? —preguntó Fen, con los brazos en jarra.
—Quiere ver si fue el fantasma quien me quiso matar. Supongo que hará algún espiritismo o algo.
Fen puso los ojos en blanco hasta que toda la parte del iris desapareció tras sus párpados.
—Estás de broma —dijo de camino a la puerta, que abrió tras el segundo aviso del timbre.
—¡Hola, joven! —La voz de Gladis se proyectó a través de la puerta de entrada—. ¡Somos las cazafantasmas latinas! Listas para luchar contra el diablo y sus diabluras. —Su risa estruendosa hizo eco en el recibidor.
Luz tuvo que poner su mano en la boca para ahogar una carcajada. En el recibidor estaban su padrino y su vecina Gladis. Vestidos con chándales en estampado camuflaje en *velour*. Alexander llevaba también una bolsa de gimnasio que parecía pesar un quintal a juzgar por su pose compensatoria. El accesorio de Gladis era una boina en tonos verde, pero lo que hizo que todas las compañeras de piso tuvieran que ahogar una risa fueron las gafas tintadas en rojo cuyas lentes se proyectaban hacia adelante, como si fueran prismáticos.
—Pero ¿qué lleváis en la cara? —preguntó Luz aplacando la risa.
—Gafas de infrarrojos —dijo Gladis con voz ruda, como si se hubiese metido en el rol de militar en operación especial.
Alexander avanzó hasta el salón y dejó en el suelo el petate.
—Aquí tenemos todo el material necesario. Si hay un fantasma o una energía malhechora, lo vamos a encontrar.
Gladis sacó de una riñonera un *walkie-talkie* y comenzó a buscar emisora.
—Probando, probando. ¿Me copian? Corto y cambio.
—Apaguen la luz —ordenó Alexander.
—¿Qué? —preguntó Oona.
—La luz. No podemos usar nuestra tecnología con las luces encendidas.
—Qué oportuno —dijo Fen en voz baja.
Alexander sacó unos aparatos de la bolsa que encendió y repartió a cada mujer presente.
—Estos lindos aparatitos miden la temperatura, la presión del aire, el campo electromagnético, la humedad y hasta el movimiento. Nos dividiremos y mediremos la información en cada lugar de la casa. Que no quede un rincón sin medir.
—Eh, no podemos entrar en la habitación del dueño, porque no está. Tampoco en la de David porque nos mata —puntualizó Luz.
Miraba a los botones y luces de la pequeña caja negra, cubierta de goma salvo por una pantalla en el centro que mostraba números y

barras de vez en cuando.

Alexander rectificó sus órdenes.

—Ningún problema. Centrémonos en el resto, entonces.

Dio unas palmadas y las mujeres se dispersaron por la casa. Luz se quedó en la zona de la cocina, no lo quería admitir, pero sentía miedo. Caminó con el aparato delante de ella. No tenía ni idea de lo que se suponía que debía hacer y eso la ponía de mal humor. Sabía que no era su intención, pero su padrino estaba devaluando su experiencia con esa pantomima.

A oscuras, caminó de un lado a otro, moviendo el aparato en el aire. Ningún cambio parecía tener lugar en la pantalla.

Volvió al salón. Allí había más claridad, ya que las cortinas estaban corridas y el resplandor de una farola iluminaba el interior. Se sentó en el sofá, esperando a que llegase el resto. Se colocó el aparato en las piernas. El ruido constante de estática era lo único que se oía salir de esa pequeña máquina.

La estática comenzó a volverse más y más fuerte. Fijó su mirada en la pantalla oscura, su reflejo en ella. Una presión invisible comenzó a apretarle el cráneo. Se sentía mareada de pronto. La estática de la pequeña máquina parecía estar introduciéndose por sus oídos y llenando su cabeza. Su reflejo comenzó a cambiar a algo diferente. Una sombra. Sus ojos bizquearon sin que ella pudiera hacer nada para pararlos. Algo chasqueó en su cráneo, y Luz, de pronto, estaba en otro cuarto a oscuras. Tenía calor metida en una cama, pero también demasiado miedo para bajar la sábana. Había un niño que la estaba tratando de calmar. Ella ya no era Luz, era un niño pequeño, aunque no sabía quién. Solo sabía que estaba aterrorizado, llorando. El otro niño era mayor. Tenía pecas y el pelo muy rubio. Le tomaba la mano e intentaba calmarla.

—Los monstruos no existen —decía—. Mira, te lo voy a demostrar.

El niño mayor cogía una linterna y caminaba hasta el armario, apuntaba la luz adentro y decía:

—¿Ves? No hay nada, es solo ropa.

Pero el otro niño veía desde la cama a la misma sombra que había visto ella en el armario. La misma forma pequeña y oscura. Casi una mujer, casi un animal. Pero el niño sabía que no podía decir nada. Que era inútil. Así que asentía, conteniendo el llanto y apretando muy fuerte los labios.

—Pues venga, a dormir. —Su hermano mayor se volvía a meter en la cama.

Y el niño pequeño temblaba bajo las sábanas porque sabía que, como cada noche, el monstruo se pasaría todas las horas nocturnas mirándolo y susurrando su nombre. El terror era tan primario y atávico que Luz volvió en sí cubierta en sudor frío, sus manos

agarraban el sofá y tragaba aire, como antes de zambullirse en una piscina.

El resto volvió casi al mismo tiempo.

—¿O sea, que a mí me dejáis sola aquí abajo, pero vosotros os vais de exorcismo en comandita? —dijo Luz con voz temblorosa, tratando de disimular su estado lo mejor que podía.

—Nos encontramos en el descansillo, boba —le dijo Alexander antes de sentarse a su lado.

—Bueno, ¿qué habéis descubierto?

—Nosotras nada —contestaron Fen y Oona mirándose la una a la otra.

—Ni yo —dijo Rose.

—Yo noté corrientes de aire frío en el tercer piso y una energía muy pesada en tu cuarto, pero eso no tiene por qué ser nada de fantasmas —añadió Alexander.

—Esto es un *portilgueis* de toda la vida —anunció Gladis con los ojos muy abiertos y las manos bailando en el aire, y después acercó su aparato a la cara de Luz mientras decía—: Esto pasaba en el programa de los cazadores de fantasmas, una casa que tenía todos los signos de estar embrujada, pero cuando la dueña se iba, todo paraba, y cuando volvía, regresaban los fenómenos. —Su maquinita emitía pitidos alrededor de la cabeza de Luz—. El *portengueis* es Luz —anunció Gladis con gran dramatismo.

—¿Qué? —preguntó Luz, alejándose de las mediciones de Gladis.

—A veces no son espíritus, sino movimientos de energías creados por la mente perturbada de alguien.

—Padri, defiéndeme —suplicó Luz a su padrino.

—Perturbada es un poco fuerte, ¿no te parece, Gladis?

—Me refiero a con ansiedad. Con estrés. Cuando una persona tiene mucha fuerza psíquica, puede crear un *poltingrés*.

—¿Te das cuenta de que lo has llamado de forma diferente cada vez? —le dijo Luz a Gladis—. Poco más y ya dices que tengo un «portugués»—replicó entornando los ojos—. ¿Y se supone que me tengo que creer esta teoría?

Gladis ignoró el comentario.

—Luz está creando energías en el ambiente —sus manos volvieron a revolotear a su alrededor—, por eso ninguna de ustedes lo han sentido, y la energía está más cargada en su habitación, porque allá es donde se originan.

—Espera un momento. —Luz se levantó—. ¿Estás diciendo que me he inventado los escritos?

Alexander se puso de pie a su lado.

—No, no, no... Una cosa no tiene que ver con la otra. Solo está diciendo que no hemos encontrado fantasmas. Y que su teoría es que

tus capacidades psíquicas son las que están causando las anomalías energéticas. Lo que refuerza aún más que estés canalizando la historia de alguien que ha cruzado al otro lado.

Algo más calmada, Luz volvió a preguntar:

—Entonces, el cuchillo, ¿qué?

—Eso sí que no sé, joven —dijo Gladis, dejándose caer en uno de los sillones.

Luz miró alrededor del salón, nadie quería hacer contacto visual con ella.

—¿No me creéis? ¿Nadie?

—Yo no sé qué creer —dijo Oona.

—Piensa que es muy raro todo —añadió Fen.

—Tenéis razón —admitió Luz finalmente, y se encaminó hacia la puerta.

—Eh, ¡espera! —Rose levantó el brazo—. La lectura.

Luz juntó las manos dando una palmada.

—¿Para qué?, si creéis que me lo estoy inventando todo.

—No hemos dicho eso, hemos dicho que no sabemos qué creer.

Luz miró a su padrino, vestido de paramilitar en terciopelo.

—Viniendo de alguien que se gana la vida haciendo pócimas de amor con zumo de grosella y pastillas de vitamina C…

—*Touché*, *mijita* querida, *touché*. —Alexander se rio y la agarró del brazo—. Venga, mujer, siéntate aquí al lado de tu padrino querido que tanto te quiere y *copucha* qué pasa después, que estamos en vilo.

—¿Te traigo algo de comer? —ofreció Oona obsequiosa.

—¿Nos queda helado? —preguntó Luz con el gesto fruncido.

—Creo que sí —contestó Oona mientras se levantaba de camino a la cocina.

—Yo también quiero —gritó Gladis desde el sofá en el que se había apoltronado—. Estoy a dieta, pero hoy voy a hacer una excepción.

—Trae para todas, Oona —dijo Fen—. Lo pagaré en el baño después, pero estoy contigo, Gladis. Un día es un día.

Oona volvió con una bandeja con diferentes sabores de helado, boles y condimentos.

Cuando todos se hubieron servido, Luz comenzó a leer.

CAPÍTULO 40

Como decía antes, esos primeros meses fueron como un sueño. El juego de las casitas. Una pantomima de lo que en realidad significaba ser una mujer casada.

A las pocas semanas de haber tenido mi primera falta, entendí que estaba encinta. Sentí que el suelo se abría bajo mis pies.

Aproveché que Lorenzo estaba en un viaje de negocios en Sacramento e hice preparar un coche de caballos con la excusa de que tenía que hacer algunas compras personales. Hubiera sido más rápido tomar un tren o un tranvía de los muchos que salían a diario en dirección al centro, pero no quería arriesgarme a que alguien me pudiese reconocer, o seguir, por muy poco probable que fuese. Sabía lo mucho que me jugaba. Para levantar menos sospechas, le dije a Mary que se preparase para acompañarme a hacer los recados.

Era la primera vez que dejaba la casa desde que habíamos llegado a San Francisco y el corazón parecía que me iba a dejar en la estacada, batiendo atolondrado e imprudente.

Me puse una falda de lana oscura un poco más corta para evitar que la suciedad de las calles que iba a recorrer me delatase. La acompañé con una blusa de seda y un abrigo de lana con mangas globo en tonos ocre. El sombrero, austero pero elegante, iba a conjunto con mis botas de cuero granate. Aunque esto no era una salida de placer, debía parecerlo.

Apenas despuntaba el día cuando nos encaminamos en el carruaje dirección suroeste. San Francisco era una ciudad adolescente con todas sus hormonas disparadas en frenética ebullición. Atravesamos la eterna avenida de Point Lobos, que hacía pocos años habían rebautizado como Geary Boulevard, y le dije al cochero que se parase un momento al llegar a la intersección con Gough. Desde lo alto de la colina podía otear cómo el centro de San Francisco y la bahía, detrás, se perdían en el mar oscuro, donde barcos y ferris jugaban al escondite con los altos edificios de oficinas y la distinguida torre del Ferry Building. Di la orden de continuar.

Torcimos en Van Ness y avanzamos hacia el centro por la elegante avenida salpimentada con mansiones y frondosos árboles. Dejamos a un lado el nuevo ayuntamiento, gigantesco e imponente, con su magnífica cúpula de cobre y su arquitectura renacentista.

He de confesar que, después de tantos meses en la soledad de las dunas, era revitalizante ver el bullicio de caballos, carruajes, automóviles, tranvías, bicicletas y transeúntes. Tanta gente. Bares, cafeterías, restaurantes, escaparates, carteles gigantescos anunciando todo tipo de productos. Mujeres elegantísimas y también mendigos compartiendo espacio. Policías, gente de diferentes razas y etnias. El ruido era ensordecedor. Y eso sin contar la legión de fantasmas hambrientos de atención que me esperaba en cada esquina.

Habíamos cruzado perpendicularmente el París del Pacífico, como le llamaban los periódicos que tanto querían lavar la cara al que había sido patio de recreo de mineros, prostitutas y derrelictos en sus primeros años de vida, y rápidamente nos alejamos del centro metropolitano de la ciudad que se dispersaba a los lados de Market Street.

Giramos al suroeste para tomar Valencia Street, que comunicaba el centro con esta antigua misión española en la que ahora vivían en su mayoría emigrantes de Europa.

El viaje fue largo y tedioso. El traqueteo incesante de la tierra irregular; el olor a bosta y humo de cocinas y chimeneas resultaba opresivo. Pero no me podía echar atrás por meras incomodidades.

Finalmente, llegamos al número y calle de la farmacia regentada por inmigrantes alemanes que había visto anunciada en el periódico.

La farmacia se encontraba en la parte baja de un edificio de tres plantas, decorada con columnas blancas. Su nombre estaba escrito en letras doradas en la puerta de cristal, bajo un rosetón en rojo y azul.

Tragué saliva y entré casi conteniendo el aliento. No había nadie más dentro y nuestros zapatos hacían un sonido hueco en las baldosas de cemento con motivos de flor de lis.

Le di a Mary ocho centavos y la mandé sentarse a la barra de mármol donde estaba la fuente de soda. Le dije que se pidiese lo que quisiese. Los ojos de Mary, todavía una chiquilla, se abrieron de felicidad.

Me acerqué a uno de los mostradores, en madera oscura, y observé las estanterías repletas de botes de porcelana blanca y botellas de vidrio verde. También me fijé en las pequeñas vitrinas que exhibían los últimos productos de belleza, y los carteles que anunciaban las medicinas más solicitadas. Me sorprendí de lo bien decorado y organizado que estaba todo para ser un barrio de clase obrera.

El farmacéutico más joven, cuyo rostro estaba emboscado por una espesa barba y bigotes, tenía el pelo oscuro, las cejas gruesas y la nariz aguileña.

Se acercó y saludó obsequioso. Cuando me vio apenas elevar el tono, sonrió ligeramente y bajó su bien peinado bigote, acercando la oreja a mi boca.

Yo susurré que necesitaba una caja de píldoras para mujeres.

Él asintió cerrando los ojos. Entonces caí en la cuenta de que la mayoría de las vitrinas estaban provistas de productos dirigidos a mujeres, para todo tipo de problemas, desde belleza a dolores menstruales, pasando por tos de bebés. Y supuse que el buen estado del negocio se debería a la cantidad de clientas de mi estrato social que se veían obligadas a hacer la peregrinación a estos lares.

Las pastillas que yo había ido a buscar se comercializaban como seguras y efectivas, pero yo había oído historias de terror. De mujeres retorcidas de dolor, sangre saliendo por todos sus orificios. Muriendo tras una terrible agonía, derechitas a los infiernos.

Te preguntarás por qué arriesgaría mi alma, mi felicidad para deshacerme de mi embarazo.

Yo había decidido, desde la muerte de mi madre —en realidad, desde que había visto mi primer fantasma—, que no tendría hijos. No los obligaría a venir a un mundo en el que tendrían que acabar como esos espectros, vagando sin rumbo, empujados a un lado y otro, incapaces de escapar. No podía entender el sentido de todo eso. Sin cielo al que ir. Sin razón de ser. Parecía que el único propósito de nacer era pasarse toda la vida aceptando que había que morir. Qué juego más estúpido. Qué sentido tenía hacer jugar a otros a los que no habíamos pedido permiso. No le haría a nadie más pasar por este cruel pasatiempo. Quería a mis hijos demasiado para dejarlos nacer.

La cajita era dorada, y prometía ser segura y fiable. La metí dentro de la solapa de mi chaqueta. Así a Mary del brazo, que acababa de tomar el último sorbo de su bebida y sonreía de oreja a oreja, y juntas volvimos al coche. Ella durmió todo el camino, con la boca manchada de grosella. Yo apartaba a mis fantasmas con las manos. No me dejaron tranquila ni un segundo en nuestro trayecto de regreso.

Llegamos a casa a media tarde. Incapaz de comer, pedí que no me molestaran con el té, que estaba indispuesta. Me fui a mi habitación y, con ayuda de un vaso de agua, tomé el doble de la dosis indicada, por si acaso.

Esperé, sentada frente a la ventana, viendo las gaviotas moverse como una red de pesca en el horizonte.

Los primeros dolores no tardaron en aparecer. Pequeñas ondas en un lago, apenas un espasmo antes de calmarse otra vez.

Para la hora del anochecer, anuncié con toda la compostura que podía musitar a través del interfono que no quería cenar y que no me molestaran.

A las diez estaba retorcida en el suelo, agarrando la pata de la cama y apretando los dientes. Cuando ya no pude aguantar más, los gritos rebosaron de mi garganta como una posesión demoníaca.

Mis fantasmas estaban nerviosos, chocaban los unos con los otros,

aullaban como lobos en los cuentos de niños. Lorenzo entró de un portazo, seguido de Miss Nora y la doncella. Había olvidado que había cerrado con llave. Él estaba pálido y enloquecido. Gritaba. Pero yo no sabía qué decía. Miraba mi regazo, horrorizado. Entonces yo también miré y vi que mi falda de lana se había vuelto roja. ¿Cómo era posible?

Por fin comprendí que era mi sangre, que estaba rodeada de ella. Entré en pánico, vi a mis fantasmas sangrando por todas partes también. Era la escena de una carnicería. Me asusté mucho. Comencé a chillar con mis últimas fuerzas. Y ya no recuerdo nada más.

Un olor pungente a alcohol y yodoformo fue lo primero que percibí al despertarme. Después, el dolor en las entrañas, un vacío tan gigantesco que pensé que, a lo mejor, estaba muerta. No me atrevía a abrir los ojos, por miedo a verme también como uno de mis fantasmas. Las lágrimas comenzaron a derramarse de mis ojos cerrados y alguien puso su mano en mi frente. Oía susurros por detrás, la voz de Lorenzo conversando con un hombre que hablaba de histeria y melancolía y preguntaba si había algo que había cambiado en mí. Lorenzo contestaba que no se le ocurría nada, que todo estaba bien, que éramos una pareja de recién casados. Que él trabajaba mucho para asegurarse de que yo siguiera teniendo la vida a la que estaba acostumbrada. El médico susurró algo de un embarazo. Abrí los ojos. Me hallaba en una cama blanca, con cortinas a mi alrededor, por debajo de la que podía ver pies caminando en diferentes direcciones. Una ventana abierta tras de mí dejaba entrar el aire y ruidos de la calle: vendedores ambulantes, cascos de caballos, conversaciones animadas, gritos de niños y chirridos de gaviotas y graznidos de cuervos. Lorenzo se acercó a mi lado cuando vio que me había despertado.

—Querida mía —dijo. Me abrazó y lloró—. ¿Por qué? ¿Por qué?

Yo traté de hablar, pero mi garganta estaba vacía de palabras. Si tan solo pudiera entender que lo había hecho por amor.

Me hicieron una segunda transfusión. También una evaluación médica en la que mentí y dije que no sabía que estaba embarazada, que ni siquiera lo sospechaba porque no entendía cómo funcionaban esas cosas. Dije que había tomado esas pastillas para los dolores y mareos que creía eran por culpa del período. Me dejaron volver a casa. Mi marido firmó unos papeles.

Cuando regresé, volvimos a la vida marital como si nada hubiera pasado. Yo creí que él había entendido que nuestro amor era todo lo que importaba. Escribí tres poemas, una elegía a los bebés que nunca tendría. Pero, como un hechizo que funciona al revés, al poco tiempo me volvió a faltar el periodo.

Estaba dispuesta a volver a pasar por lo mismo, pero tenía que tantear las aguas primero, ya que todavía no sabía quién lo había llamado aquella noche. Quién se había ido de la lengua. No sabía en quién confiar.

Así que, una mañana, después de despedirme de él, le insistí al chico de los establos para que preparara un caballo para ir a dar un paseo por el Golden Gate. Él titubeó, pero yo le recordé quién era la señora de la casa y le di unas monedas.

Me encantaba cabalgar y poseía una destreza innata para ello. Me aclaraba las ideas y tonificaba el cuerpo. Llegué al parque jadeando y sonriendo.

Qué proeza haber cultivado semejante vergel en la arena yerma, había pensado al observar el bello paraje.

Hacía un día cálido y agradable de principios de verano. La gente paseaba con sonrisas y saludaba educadamente. Troté al paso fijándome en todo: la moda de las mujeres, vestidas con colores y telas frescas, los niños correteando, en bicicletas o con sus pelotas o mascotas. Parques con columpios para los más pequeños. Hombres sentados en los bancos, fumando pipa y leyendo el periódico. ¡Gente, gente! Descubrí una zona con bisontes, alces, elefantes, hasta un oso grande y triste llamado Monarch. Me aventuré en un maravilloso invernadero de flores, con las plantas y flores más gigantescas que jamás hubiera visto. También bordeé un lago con barcas en las que los enamorados flotaban como en un paraíso líquido. Se me pasó la tarde volando y, cuando llegué a casa, él ya estaba esperándome en su despacho.

Tenía los ojos sanguinolentos. Se puso de pie y me preguntó adónde había ido. Me registró. Le dije que no hacía falta. Le dije la verdad. Le dije que creía estar embarazada, pero que no lo quería. Cuando oyó eso, levantó la mano, pero se paró antes de golpear mi cara. A cambio, me agarró del pelo como si fuesen las crines de un caballo. Yo pensé que era un acto de amor y me sentí muy culpable. Pensé cuánto me debía de querer para enfadarse tanto…

—No me lo perdonaría si te pasase algo —dijo.

Me explicó que no podía volver a hacer eso. Que los médicos le habían asegurado que lo mejor para mi condición era tener hijos. Me habían diagnosticado histeria nerviosa con brotes de melancolía. Me dijo que yo solo tenía que dar a luz, que él se encargaría de darles tutores e institutrices, que no me podía negar. Que era lo que él más quería en el mundo. Y que era mi deber. Para pasar su título de conde. Que incluso estaba estipulado en el contrato de matrimonio que había negociado con mi tía abuela.

A mí se me abrió la boca. Él se arrodilló, suplicándome, agarrándome de la cintura, llorando en mi vientre. Yo salí de mi cuerpo. Era como

si no estuviera en ese frasco tosco y mal formado llamado Alma Arabella. Ella, Alma, movió los labios y dijo algo. Él la abrazó y besó por todas partes y arrancó su ropa y la tomó allí mismo. Vi su cuerpo arquearse en frenesí. La serpiente del placer firmemente enroscada en sus entrañas y corazón.

CAPÍTULO 41

—¡Uh, uh! ¿Soy yo la única que después de esto necesita una ducha fría? —Gladis se abanicó con un paipái rojo que había sacado de la riñonera.

Luz miró sorprendida a ese pequeño bolsito con forma de medialuna colgando ladeado en su cintura y se preguntó cómo podían caber tantas cosas ahí dentro.

—La pobre mujer se ha casado con un sociópata machista que la obliga a procrear —le dijo Alexander con severidad.

—Pero qué machista tan sexi. —Los ojos de Gladis hicieron movimientos circulares y soltó un silbido.

Las chicas se rieron sin saber cómo reaccionar.

—No se pongan ahora todas de púdicas —Gladis hizo ademanes bruscos con el abanico—, la fantasía no tiene límites —levantó un dedo— ni reglas. Aquí donde me ven, yo fui un terremoto en mi juventud. ¡Y no me casé nunca! Pero una fantasía de un marido posesivo… algunas he actuado —guiñó un ojo.

—Pero ¿y si esto es real? —preguntó Luz tratando de ocultar la grima de la imagen que Gladis acababa de poner en su cabeza.

—A la ciencia me remito, joven. —Gladis señaló a su aparato con una uña larga y brillante—. Si hay un fantasma, se esconde muy bien.

Alexander dio unas palmadas gentiles en la espalda de Luz. Esta le ofreció una sonrisa vencida.

Luz se miró a las manos. Las mismas manos que habían escrito todo eso. Toda esa historia que se complicaba por momentos, y que parecía tan ajena, pero al mismo tiempo, tan íntima a ella misma.

En ese momento, la puerta se abrió de par en par.

Dariel entró portando varias bolsas naranjas de champán Veuve Clicquot.

—Señoras y señores —dijo ignorando a toda la gente que estaba en la habitación mientras caminaba en dirección a Luz—, ¡estáis viendo a la nueva sensación literaria de Infinite Page International! —En ese momento abrió una de las bolsas naranjas y sacó una botella de champán, que descorchó con la mano. El vino espumoso comenzó a borbotear derramándose por el suelo.

—¡La alfombra turca! —dijo Rose horrorizada.

—¡No importa! —contestó Dariel para después dar un sorbo a morro de la botella. Se la ofreció a Luz, que rechazó por estar

tomando antibióticos todavía.

—Más para los demás —chilló Gladis entusiasmada mientras se ponía de pie.

Dariel la miró unos segundos, confundido.

—¿Y tú eres?

—*Vesina* del padrino de la *sensasión* literaria. —Sus pestañas postizas aletearon.

Dariel sonrió y le ofreció la botella.

—Cuantos más, mejor. ¡Hoy se celebra!

—Pero, espera —dijo Luz—. No entiendo. ¿Quieren publicar mis poemas?

—Eso luego, seguro —Dariel respondió mientras su cara se ponía en tensión al abrir una segunda botella—. Pero, por ahora, quieren publicar las memorias del fantasma de mi bisabuela. —El corcho voló a través de la habitación.

—Qué buena noticia, ahijadita mía. —Alexander tomó la botella de Gladis y dio un sorbo. Después se la ofreció a Fen, que compuso un mohín de desagrado.

—Eh… Voy a por copas —dijo, alejándose hacia la cocina.

Alexander continuó:

—Ya le dije a tu mamá cuando naciste que tu carta astral era de mucho *power*. —Agitaba la mano con fuerza, su boca brillante por el champán.

—Pero sigo sin entender. ¿Les mandaste el escrito?

—Solo hasta donde leíste. Se lo mandé a todas las grandes casas editoriales y no sabes qué puja, furiosa, cada cual subía más de precio. Al final Infinite ganó. —Su sonrisa se volvió pícara. Todos los presentes lo miraban expectantes. Sin perder la cara de póker, se acercó a un secreter que estaba cerca de la ventana. Cogió una pequeña libreta y un boli de plata y escribió un número que pasó a Alexander. Este lo leyó y abrió la boca emitiendo un grito. A su vez se lo pasó a Gladis, que dijo unas cuantas palabrotas, después Oona, qué se llevó la mano a la boca, y después Rose, que se sujetó el pecho, finalmente le llegó a Luz.

Luz leyó por lo bajo. Miró hacia Dariel, que sonreía como un niño en un parque de atracciones.

—¿Todos estos ceros se leen? ¿O son de los que no se leen porque van después de la coma?

—Se leen todos.

—¡Traigo copas! —anunció Fen al entrar por la puerta del salón, la bandeja traqueteando en sus manos.

—Luz va a ser rica —le dijo Oona.

—Qué... ¡Pero si escribe poesía! —exclamó Fen.

—No, con lo del fantasma.

Fen cogió el papel de la mano de Luz y dijo otra palabrota.

—¿Esto es verdad?

—Sí, mi querida compañera de piso — afirmó Dariel poniendo su brazo sobre el hombro de Fen—. Bueno, yo me llevo mi porcentaje de representante, pero aquí hay de sobra para que Luz deje de trabajar en la tienda, de entrada.

Luz se pellizcó. Esa tontería de cliché. No entendía cómo esto podía ser realidad. No entendía cómo su casero, compañeras de piso, padrino y su vecina loca estaban en el mismo salón hablando de que ella iba a ser rica, bebiendo, y, por lo que parecía que estaba haciendo Oona, a punto de fumar un porro juntos.

Alguien puso música, a Luz le pareció un ritmo caribeño. Sin perder punto, Gladis dio un salto con los brazos y las piernas desplegadas en puro éxtasis.

—¿Quién eligió a La Lupe? —Su voz era amenazante, aunque sus cejas arqueadas la delataban. Dariel se acercó dando pequeños bailecitos.

—Yo —dijo con media sonrisa—, ¿qué pasa?

—Te condeno a bailar. —Gladis alargó la erre final mientras que agarraba a Dariel por la cintura baja, que era por donde llegaba su brazo—. Vas a ver tú cómo se mueven las caderas, gringo. —Su sonrisa mostraba todas sus coronas.

Oona agarró a Alexander y Rose cogió una caja de cerillas de la chimenea a modo de maraca.

Fen se dejó caer al lado de Luz, el porro descolgado entre los labios. Se lo ofreció. Luz lo rechazó como había hecho antes con el alcohol.

—No me puedo creer que esto sea verdad —su mirada señalaba el papel con la cantidad de dinero garabateado—, que alguien me quiera dar todo esto por lo que he escrito.

Fen le dio una calada larga al cigarro de marihuana, esperó con el humo dentro, su cara en tensión con el esfuerzo de los pulmones. Después lo dejó salir, tosiendo un par de veces.

—¿No lo había escrito tu fantasma? —La señaló con el porro, un ojo entrecerrado—. Yo que tú ensayaría esa frase delante del espejo, no se te vaya a escapar antes de firmar el contrato.

Fen se levantó y se encaminó bailando hacia Alexander y Oona. Les ofreció fumar. Alexander aceptó con gesto feliz.

—No me lo he inventado —gritó Luz a través de la música. Su cara ardía.

Era ya madrugada cuando Alexander y Gladis llamaron a un taxi. Se despidieron de quien quedaba despierto y, agarrados del brazo, bajaron las escaleras cantando un bolero de Gardel. Rose y Fen ya se habían ido a dormir. Solo quedaban Oona, Dariel y Luz.

Todos estaban en silencio, la música de la radio de fondo se desintonizaba de vez en cuando, pero nadie hizo el esfuerzo de arreglarla.

Oona se levantó del suelo, donde había estado descansando, se frotó la espalda y se estiró.

—Me voy para la cama. ¿Te ayudo a subir, Luz?

—Ya lo hago yo —respondió Dariel, levantándose del sillón donde había estado tecleando algo en su teléfono durante un buen rato.

Oona miró a Luz de manera inquisitiva.

—Está bien —dijo Luz—. Vosotras ya me habéis ayudado mucho. Que cargue el representante ahora —añadió con tono sarcástico.

Oona asintió. Dio las buenas noches y se alejó arrastrando los pies. Luz podía oír sus pisadas descalzas subir cada peldaño. Escaneó el salón y vio las botas de tacón de cuña de Oona en una esquina, la boina de Gladis sobre una de ellas. También estaba la chaqueta de lana de Fen, el jersey de *velour* de Alexander, un calcetín y hasta un sujetador en la mesa de café.

—Parece que hemos jugado al *strip* póker —bromeó Luz.

Dariel la miró sonriendo. Se levantó, extendió su mano y la ayudó a ponerse de pie. Sin decir nada la acompañó, subiendo despacio cada escalón hasta llegar a la entrada de su puerta.

Luz y Dariel se quedaron mirando el uno al otro. Los ojos de Dariel, pesados por el alcohol, fijos en los labios de Luz. Luz dio el primer paso y Dariel el siguiente y sus bocas se juntaron en un beso, suave primero, apasionado después. Se comenzaron a sacar la ropa en la entrada del cuarto. Luz lo agarró por la espalda, instándolo a entrar. Dariel comenzó a caminar hacia el interior, su boca en el cuello de Luz cuando de golpe se paró en seco. Se apartó. Luz miró su cara confundida, tratando de recuperar el aliento.

En el gesto de Dariel había miedo. Un miedo similar al que había notado antes esa noche. En el cuerpo de otra persona; de un niño.

De pronto, la habitación que estaba a oscuras tomó claridad y con ella una Epifanía. Ese cuarto a oscuras en el que había tenido ese extraño suceso en el cuerpo de un niño antes era esta habitación. Se separó unos metros de Dariel. Caminó hacia adentro de su cuarto. Miró a su alrededor. Girando sobre sí misma. Dariel seguía en la puerta, su respiración era fuerte y audible.

—Cuando eras pequeño, ¿dormías en este cuarto? —le preguntó.

Dariel se rascó la barba que comenzaba a nacer.

—Cuando vivía mi abuela y la veníamos a visitar, sí. Nos quedábamos aquí.

Luz caminó unos pasos, en dirección al armario, donde ella misma había visto la sombra varias veces.

—Las chicas me han dicho que tienes un hermano.

—Sí —dijo Dariel. Su carnosa boca de repente apenas era una ranura tensa.

Una pequeña corriente de electricidad pasó por la frente de Luz. Se volvió a acercar a Dariel. Lo miró a los ojos, tomó aire y preguntó:

—¿Tu hermano dice ver fantasmas?

Luz dio unos pasos hacia atrás al ver la cara de Dariel cambiar a una mueca de odio sin filtrar. Sus ojos abiertos y enrojecidos. Su mandíbula apretada. Mostró su puño, los nudillos blancos. Habló entre dientes.

—No sé qué habrás oído o qué te habrán contado esas zorras chismosas —señaló el pasillo que llevaba al resto de la casa—. Pero solo te lo diré una vez: jamás vuelvas a hablar de mi hermano. ¿Estamos?

Luz asintió sin aliento. La herida del cuchillo de pronto le abrasaba con la respiración tan rápida y superficial.

Dariel asintió también. Estudió la postura de Luz, sus clavículas se hinchaban y deshinchaban con velocidad. Dariel murmuró un «vale» entre dientes. Se dio la vuelta y abandonó el cuarto, cerrando la puerta con fuerza tras de sí.

Luz se sentó en la cama, buscó los analgésicos en la mesilla de noche y se tomó dos de golpe. Se acostó. Cerró los ojos con fuerza, tratando de parar las lágrimas que ya brotaban sin remedio.

CAPÍTULO 42

Luz decidió bajar al salón a las doce del mediodía. Llevaba despierta un par de horas, pero no tenía ganas o fuerzas de ver a nadie. La vergüenza de lo que había pasado la noche anterior todavía seguía fresca en su cabeza. Pero también sentía curiosidad sobre el hermano de Dariel y quería preguntarle a las demás. Y un motivo ulterior todavía más personal, incluso egoísta: Dariel había admitido tener un hermano, y se había puesto furioso cuando Luz le había preguntado si veía fantasmas. Eso validaba lo que había pasado la noche anterior: no había sido su imaginación. Por lo tanto, la historia del fantasma tampoco, por mucho que dijeran Gladis y Alexander, con sus aparatos tontos y sus *walkie-talkies* que parecían juguetes de Fischer Price.

Y después estaba lo del cuchillo, pensó girándose en la cama.

Se vistió con un pantalón de chándal y una sudadera y, como cada día desde el accidente, fue a mirar a la estantería para asegurarse de que no había más objetos afilados. Se levantó la gasa y estudió la cicatriz. Estaba mucho mejor ese día, la piel alrededor menos encarnada y los puntos se comenzaban a descolgar solos, como le había dicho el médico que pasaría. Se la volvió a tapar y se dejó caer la sudadera por encima. Se hizo una coleta mientras bajaba las escaleras. Oyó la televisión sonando en el saloncito y allí se dirigió.

Oona y Rose estaban en un sofá, acostadas y tapadas bajo una manta de cuadros. En el sillón individual, Fen sorbía unos fideos de una sopa.

—Te hemos pedido *pho* —dijo Rose sin dejar de mirar la pantalla, donde se veía una película en blanco y negro.

—¿Cómo es que eres la única que no bebió y la que más tarde te levantas? —preguntó Fen pasándole una bolsa de plástico.

—Necesito descansar para estar joven y bella —contestó Luz mientras, de rodillas sobre la mesa del café, vaciaba el contenido de los envases pequeños con vegetales, pollo y fideos de arroz en el recipiente grande con un caldo humeante. Removió un par de veces y sopló antes de meterse la primera cucharada en la boca. Con los palillos recolocaba los fideos en la sopa.

—¿Qué veis?

—*El Fantasma y Mrs. Muir* —dijo Rose levantando un poco la cabeza del sofá, su pelo rizo revuelto y medio cardado—. De hecho, ¡es un poco como tu vida! —añadió entusiasmada—. Gene Tierney, que no sé

cómo no se habla más de ella porque, qué mujer, es una viuda que se muda a una casa con su hija en la que vive un fantasma, Rex Harrison. La intenta asustar, pero no puede. Se enamoran. Y el fantasma, que tuvo una vida muy interesante como un capitán de barco, le dicta sus memorias y Gene, o sea Mrs. Muir, las publica y se hace rica con las ventas del libro. Y tiene una vida muy buena con su hija, nietos, etc. Y al final se muere y se va al cielo con Rex Harrison, para vivir juntos por toda la eternidad.

—¡Perdona! —Oona se incorporó del sofá señalando a la pantalla—. ¡Que yo no la había visto!

—Upsis —dijo Rose, y se deslizó bajo la manta, con cara de cordero degollado.

—Y tú, Fen, ¿la habías visto?

Fen se encogió de hombros, recostada en el sofá.

—Nah, pero ya me imaginaba que el final iba a ser así.

Luz esbozó una sonrisa, sorbió un buen bocado de fideos y bebió algo de sopa. El líquido ambarino, lleno de sabores reconfortantes, con una leve nota mentolada por la albahaca, le estaba haciendo recuperar el buen humor al que Luz tendía naturalmente.

—Hablando de fantasmas… Oona, ¿sabes, por la amiga de tu madre, si el hermano de Dariel también los ve?

Las tres chicas se incorporaron y miraron a la puerta. Después se miraron entre ellas.

—Se fue esta mañana temprano, que lo oí yo —susurró Rose, los ojos muy abiertos.

—¿Estás segura? —dijo Oona—. ¿Y David?

—David no saldrá en todo el día. Tiene una competición de videojuegos toda la semana. Vi a tres chicos llegar a eso de las diez —afirmó Rose.

—Hoy tocará bacinilla entonces —bromeó Fen y todas se rieron.

—No, hombre, que dan descansos en esas competiciones, están muy bien organizadas —dijo Rose mientras se tocaba un grano que le estaba naciendo en el mentón con la mirada perdida.

—¿Y tú?, ¿cómo sabes tanto de videojuegos? —preguntó Luz.

—David me lo cuenta —dijo Rose sin darse mucha importancia.

—¿David habla contigo? —casi gritó Fen.

—¡Qué! A veces. Cuando coincidimos en la cocina.

—Alucino —respondió Fen cruzándose de brazos.

—A ver, tiene agorafobia. No —buscó con los dedos en el aire—, como sea que se llame a la fobia de hablar con la gente.

—A ver, que nos vamos por las ramas —Luz trató de centrar la conversación—. ¿Entonces estamos solas? Si no contamos a mi fantasma, claro —bromeó.

Oona miró hacia la puerta.

—Yo no sé nada. ¡Ya os dije que eso era información confidencial! —exclamó Oona con tono grave.

—Dariel un día me contó algo, hace mil años —dijo Rose casualmente mientras daba un sorbo a un té que reposaba en una mesa supletoria al lado de su sofá.

—¿Dariel también habla contigo de su vida? — exclamó Fen cada vez más indignada.

—Me habías dicho que no sabías nada de él, Rose —inquirió Luz, desconfiada.

—Porque es verdad que no sabía si seguía vivo o no —se defendió Rose—. Y no sé casi nada, solo lo que Dariel me dijo un día que se fue de la lengua por el alcohol. Bueno, y que odia que se hable de él.

—Pero eso es lo que no entiendo… ¿Por qué? —presionó Luz.

—Dariel es muy protector con él. Lo que me contó es que su hermano era muy sensible. Y que él se metía en peleas en la escuela para defenderlo —añadió Rose—. Y que decidió que la mejor manera para que los dejaran tranquilos era zanjar el tema. Dice que se quedó paranoico. Que cree que la gente pregunta para burlarse luego, ya sabes: el hermano tonto y en ese plan… Lo que sé es que lo quiere muchísimo, y que se siente culpable por alguna razón.

—Insisto —dijo Fen—. ¿Por qué te contó Dariel todo esto?

Rose miró a la pantalla como pensando la respuesta. Cerró los ojos.

—Porque me lie con él una vez —confesó finalmente.

Fen se llevó las manos a la cara aplastando sus mofletes.

—¿Y nunca lo dijiste, perra del infierno?

—¡Fue al principio de todo! ¡Ni siquiera vivíais aquí! —Rose volvió a bajar el tono—. Fue una noche de copas. Él me prometió llevarme a su casa en el Big Sur, íbamos a dormir viendo las estrellas. Obviamente, al día siguiente hizo como si nunca hubiera pasado.

Luz sintió un pequeño pinchazo en el pecho.

—Cómo le pega —dijo Fen.

—Yo me quedé medio boba unos meses, pero después se me pasó. Y en eso quedó la cosa. Pero la sensación de haber caído en sus tonterías todavía me carga.

—A ver, eso fue hace, ¿qué? ¿Ocho años? No seas muy dura contigo misma, todas hemos picado con esos trucos —añadió Oona.

Luz asintió y se quedó mirando a la pantalla, pensativa. Rex Harrison estaba iluminado en una esquina por la vela que portaba Gene Tierney, su sombra enorme en la pared. Tenía el estómago encogido por la vergüenza de haberle besado la noche anterior.

—¡Aaah! —exclamó Fen mirando a la pantalla de su teléfono.

—¿Qué? —preguntaron las demás al unísono.

—¡Mi novio dice que tiene entradas extra para una fiesta privada en Treasure Island!

—¿John? —preguntó Rose.

—Mike. —Fen cerró los ojos y la boca apuntando el mentón—. John es historia.

Luz miró a Oona extrañada y esta hizo un movimiento circular con los dedos mientras decía con los labios:

—Luego te cuento.

—¡Van a tocar Violet Femz! —dijo Fen emocionada—. ¿Os apuntáis?

—¿Violent femmes? —preguntó Luz.

—Es un grupo que hace versiones de los Violent Femmes, todo mujeres. Y suenan increíble.

—Buf, yo me quedo —dijo Rose, apoltronándose más en el sofá—. La cabeza me va a explotar.

—Venga, yo voy —anunció Oona poniéndose de pie y estirándose el pijama—. No me quiero quedar todo el día tirada.

—¿A qué hora es? —preguntó Luz.

—A las cuatro, pero se tarda bastante en llegar en el bus. Hay que ir hasta Embarcadero y después coger el 25, así que es mejor irse preparando. Allí hay comida y de todo, ¿Te apuntas, Luz?

—Vale —Se palpó la gasa que tapaba la herida—, me tomo el antibiótico, un analgésico y como nueva.

—¡Genial! —dijo Fen con una sonrisa enorme—. Quedamos aquí en una hora.

CAPÍTULO 43

Luz y Oona se fueron a vestir. El día parecía estar abriendo, así que Luz escogió un vestido de flores con mallas por debajo que se podría quitar si comenzaba a apretar el calor. También llevaba una camiseta de manga larga y una chaqueta. En la mochila, además de sus enseres personales y su botella de agua, había metido un plumífero plegable y un gorro de lana. Ya había aprendido que, para vestirse en San Francisco en verano, debías de empacar como si fueses a vivir las cuatro estaciones ese día, cosa bastante probable.

Cuando salían de la casa, descubrieron que Rose se había quedado dormida en el salón.

—Menuda floja —había susurrado Luz mientras cerraban la puerta con llave tras ella.

Tomaron el primer bus y se sentaron en la segunda parada esperando el siguiente, comentando locuras de la noche anterior. Luz todavía no se podía creer lo del contrato editorial, y tampoco estaba convencida del todo de que no había sido Dariel el que había puesto el cuchillo en su estantería.

El bus llegó y se llenó de gente joven vestida con sus mejores galas en diferentes versiones, muchas Fedoras, gorros de lana doblados por la mitad, pantalones remangados y gafas de sol en todas las formas y colores. Bigotes para ellos, cortes setenteros para ellas. Y muchos, muchos tatuajes.

El bus dejó a un lado los diques de Embarcadero y entró en la autopista para inmediatamente incorporarse al puente bajo del Bay Bridge. Luz pegó la cara al cristal. Durante los siguientes minutos condujeron por el interior de un puente de metal, dirigiéndose a lo que parecía el nivel del mar. Cuando se empezaba a poner nerviosa, por fin vio tierra: una colina alta, plagada de árboles y arbustos. Comenzaron a descender por la carretera en movimientos circulares hasta llegar a un lugar industrial, compuesto casi exclusivamente de asfalto y algunas partes de hierba. Se bajaron del bus y Oona la hizo mirar a su izquierda. Luz exclamó un «guau» al ver el perfil bueno de San Francisco, brillando como una hilera de gemas.

Las chicas cruzaron la calle para sacar fotos de la vista desde la acera, ornamentada con grandes palmeras. Luz retrocedió un par de pasos para incluir el puente Golden Gate, desdibujado entre la bruma mantecosa que vagaba sobre el mar como grandes buques fantasma.

Después tomaron una foto de grupo ayudados por un transeúnte.

Fen leyó un mensaje que le acababa de llegar.

—Vamos —dijo enfáticamente.

Caminaron unos metros para llegar a la zona donde tres casetas vendían entradas para acceder al recinto. Un chico con una visera de camionero, polo azul y vaqueros desgastados esperaba a Fen con una sonrisa blanca y brillante. Sus ojos estaban ocultos tras unas Ray-Ban de aviador. Fen le besó apasionadamente mientras él la agarraba del culo. Luz miró a Oona con conmiseración.

—¿Desde cuándo tiene este nuevo novio?

—Hará un par de semanas. Aparentemente John nunca le había dicho que fueran exclusivos.

Luz puso una cara de grima.

—Y este es exclusivo.

—Ella me comentó que él dijo que se podían llamar novios, pero que mantuviese la mente abierta a los diferentes conceptos de la palabra.

—¿Por qué siempre escoge a *douche bags*?

—Eso me gustaría saber a mí —dijo Oona con un suspiro.

Fen volvió con las entradas.

—¿Y Mike?

—Tiene que estar con sus compañeros de curro. Me avisará cuando se vaya a ir.

—¿Qué? —preguntó Oona sin disimular la indignación.

—¡Que! —Fen respondió con altanería—, ¿prefieres que me pase la tarde con él y os ignore? Nos ha dado entradas gratis, con pase vip. —Agitó los boletos delante de su amiga.

Oona agitó la cabeza.

—No es eso…

—Si tú no sabes lo difícil que es salir con un tío medianamente normal en el San Francisco del 2012, no juzgues a las demás.

—¿Qué te crees, que las lesbianas no tenemos problemas para ligar? —respondió Oona a voz en grito.

—¿Eres lesbiana? —preguntó Luz más sorprendida de lo que deseaba sonar.

—¿Tienes un problema con eso? —saltó Fen, lista para defender a su amiga.

—No. Claro que no. —Luz mostró sus manos—. Solo que no lo sabía. Eso es todo.

Se callaron cuando llegaron a la entrada. Un chico que, por alguna razón, iba vestido con un disfraz de peluche rosa, les tomó las entradas y les puso unas pulseras fosforescentes en las muñecas. Unos pasos más adelante, otro chico, mucho más austero en estética y comportamiento, les pasó un sensor por el código de barras de sus

pulseras y entraron a una pared de pompas de jabón.

La calle principal estaba llena de puestos con comida, ropa y artesanía. Había juegos de feria y hasta un pequeño redil con animales de granja. Luz descubrió que era una fiesta para recaudar fondos para un centro de adopción de animales.

—¿Alguien tiene hambre? —rompió por fin Luz el hielo.

—He visto un puesto de *poutine* que tenía una cola enorme, debe de ser bueno —dijo Oona.

—¿Estas pulseritas pagan comida? —preguntó Luz mostrando su papel enrollado en la muñeca.

Fen negó con la cabeza.

—Y entonces, ¿qué coño significa vip? —se quejó Luz.

—Que te puedes meter en esa zona. —Fen señaló un redil separado del resto por vallas de metal blanco en el que algunas personas ponían cara de superioridad mientras que bebían sus cócteles en vasos de plástico.

—Menuda chorrada —no pudo evitar soltar Luz. Fen la miró con mala cara, abrió la boca para decir algo cuando alguien llamó a Luz por su nombre detrás de ellas.

Luz se dio la vuelta para ver a Tommy.

—¡Tommy! —exclamó—. Qué sorpresa. ¿Qué haces aquí?

Se abrazaron.

—Estoy escribiendo un artículo para una revista.

—¿Te acuerdas de mis compañeras de piso?

Tommy saludó a Oona y Fen y volvió a mirar a Luz.

—Justo te iba a escribir mañana cuando me lo asegurasen. —Le tomó las manos. Luz se sorprendió por el gesto de intimidad—. He estado hablando con mis jefes en Fly High Kite Press.

—¿Tu editorial?

Tommy asintió.

—Vieron tu artículo en el *Chronicle* y les enseñé un par de tus poemas y quieren considerarte para publicación.

Luz apretó las manos de Tommy mientras exclamaba:

—¿Estás de broma?

—No es un sí, es un «la consideraremos».

—¿Quieren publicar mis poemas?

—«Considerar» tus poemas. —Tommy levantó un dedo—. Considerar. Pero eso ya es muchísimo. Dicen que tu historia es muy interesante. Inmigrante, latina, médium, poeta…

—A ver, latina soy, porque hablo una lengua que proviene del latín, pero latina, es decir, lo que en Estados Unidos consideran latino, es decir, proveniente de Latinoamérica, pues no. —Torció la boca—. Y no sé si inmigrante aplica, ¿no?

—Bueno, ya se allanarán conceptos de márquetin si te publican.

Luz se llevó las manos a la cara.

—Es que es muy fuerte. Justo ayer me dijo Dariel que me querían publicar las historias del fantasma en Infinite Page International.

—Espera, ¿te van a publicar en Infinite? —La cara de Tommy se agrió momentáneamente—. Estábamos esperando, quiero decir, estaban esperando poder hacer algún tipo de *collage* colaborativo con la voz del fantasma y tus poemas. O sea... Ellos están muy interesados en poder tener acceso a los escritos del fantasma.

—Déjame adivinar. Sin el fantasma, ¿no quieren mis poemas?

Tommy se ajustó su gorro de marinero.

—No sé. Seguramente estudiarían mercado, posibilidades de venta, interés…

—O sea, que mis poemas le importan un bledo.

—No es eso.

—No es eso. Pero sí, es eso. —Luz se metió las manos en los bolsillos.

—Luz, ¿de qué crees que viven estas casas editoriales? Si no eres un —hizo comillas con las manos— Infinite Page International. Tienes que pensar la salida de mercado para poder sobrevivir. No es una obra de caridad.

—Hace menos de un mes me dijiste que mis poemas estaban verdes. —Luz hizo una mueca inquisitiva.

Tommy suspiró.

—Mira, piénsatelo, ¿vale? Seguramente Infinite Page te ofrezca muchísimo más, pero nosotros te publicaríamos tus poemas también.

—Aunque no merezcan ser publicados.

—Ya sabes lo que dicen por aquí: «fake it till you make it».

Tommy se despidió con la mano abierta y se alejó, mezclándose con la muchedumbre que se empezaba a agrupar para ver el concierto.

Estaba anocheciendo y habían encendido el techo tricotado con bombillas; los edificios de San Francisco brillaban en la luz amoratada del sol poniente.

Fen y Oona regresaron con unas patatas fritas cubiertas de una salsa oscura.

—No te lo vas a creer —le dijo Fen cuando llegó a su lado. Le dio un recipiente de patatas—. En la cola había un tipo con un cerdito monísimo, pero el pobre cerdo lo estaba pasando fatal con el gentío.

—Yo creo que era porque le olía a beicon —añadió Oona.

—Y yo voy y le pregunto: «¿Cómo te dejaron traer un cerdo a la fiesta?». Y él va y me dice: «Es mi animal de apoyo emocional». —Fen trataba de contener la risa mientras hacía una imitación de su acento en tono de burla, los ojos en blanco—. Y entonces yo le digo: «Ah, ¿sí? Pues me parece que tu animal de apoyo emocional necesita su animal de apoyo emocional». —Y se empezó a reír emitiendo pequeños

ronquidos.

—Y el tío sujetó el cerdo en los brazos y le bufó a Fen, como si fuera un gato. —Oona hizo el gesto—. Así, hizo —y repitió el sonido de un bufido, con el labio inferior entre los dientes.

Las tres se echaron a reír.

—Solo en San Francisco.

Desde una mesa de pícnic, Luz comió con buena gana lo que resultó ser le *poutine* por el que había tanta cola. Cantaron en alto las canciones que se sabían y las que no se sabían hacían que las cantaban abriendo la boca en diferentes ángulos. Bebieron un par de cervezas y vieron la noche extenderse sobre los rascacielos, brillantes como árboles de navidad. Mike vino a recoger a Fen al poco rato de terminar el concierto y, para suerte de Oona y Luz, se ofreció a llevarlas a casa en su Prius nuevo.

CAPÍTULO 44

La vieja mansión estaba a oscuras cuando Oona y Luz llegaron. Dejaron los abrigos y bolsos en la entrada y, sin decir nada, se dirigieron a sus cuartos. Pasaron junto al salón, que estaba como lo habían dejado: mantas desparramadas, envases de sopa de fideos y botellas de agua con gas dejando un cerco en la mesa.

—Esperemos que Dariel no llegue antes de que venga la señora de la limpieza o le va a dar un ataque. —Oona se rascó la espalda mirando desde la entrada del salón—. Yo me voy a dormir, que estoy hecha polvo.

Luz le dio las buenas noches y fue al salón a limpiar un poco, antes de subir ella también. Le dolía la herida otra vez y apretó los dientes. «Para ser un corte superficial bien que me está dando la tabarra», pensó.

Pasó por el cuarto de David, una ranura de luz salía por debajo de su puerta. Oía risas y pequeños gritos de triunfo o exasperación. Se paró un momento en la entrada de su cuarto, quería darle las gracias por haberla encontrado, quién sabe si lo habría contado si él no hubiera estado despierto. Levantó el puño para llamar, pero se lo pensó dos veces al recordar que estaba con amigos. Continuó caminando. Se duchó y se preparó para ir a dormir. Se cambió la gasa y se tomó la dosis que le tocaba del antibiótico. Se metió en la cama e, inmediatamente, cerró los ojos. Notó cómo se hundía en un túnel negro, como si un tubo la estuviese aspirando hacia el fondo de la tierra.

Aterrizó en un lugar frío y oscuro. Otra vez había ido a parar a su cripta. Pero no era el tipo de oscuridad que había experimentado en sus sueños ni tampoco la oscuridad de una noche sin luna, lejos de la ciudad donde es imposible ver lo que hay justo enfrente de ti. Esta oscuridad, sin embargo, era diferente. No era la ausencia de luz exactamente, era una presencia material. Era como si hubiese inteligencia en esa oscuridad. Palpó el suelo, que semejaba madera, seca y fría; buscó las paredes gateando. Por fin tocó algo, era parecido a la madera, pero no exactamente. Era más bien cuero. Apartó la mano, con asco. Había un zumbido a su alrededor; de vez en cuando, lo oía más cerca. Pero su corazón palpitándole en los oídos acallaba cualquier ruido externo. Estaba soñando, o eso creía, pero sabía que,

aunque lo intentase, no podría despertarse. Sabía que de ese lugar solo la podrían sacar desde fuera, porque estaba allí con todo su cuerpo, sus cinco sentidos y su completa consciencia. Entonces, ¿era un sueño o un lugar paralelo a la realidad? ¿O un espacio en su mente al que había caído en algún error cuántico? Pensó que, quizás, de tanto que había visitado la cripta en sueños, su mente se había acostumbrado a ese lugar y ahora lo podía encarnar en su totalidad.

Respiró hondo, dejando entrar aquel olor entre pútrido y mohoso dentro de sus pulmones. Tragó saliva y volvió a tocar la pared, pasando su mano por la textura correosa hasta llegar al final. No era una pared, era algo tridimensional, algo que estaba allí con ella. El zumbido se acercó nuevamente y, gota a gota, comenzó a notar cómo algunos insectos, pequeños y peludos, la atacaban una y otra vez. Comenzó a mover las manos para alejarlos. A gritar. Un pitido le llenó la cabeza. Se despertó gritando. Alguien la agarraba por los hombros.

—Se ha despertado —dijo una mujer que Luz no reconoció. Iba vestida con un anorak azul marino con rayas amarillas fluorescentes; otra persona le abrió el ojo y apuntó con una luz en su pupila.

—¿Cómo te llamas?

—¿Qué está pasando? —preguntó Luz.

—No te preocupes, Luz. —La voz de Oona sonó detrás del personal médico.

—¿Dónde estás?

—En San Francisco. ¿Qué pasa? ¿Quién es esta gente?

—Nos asustamos cuando no te podías despertar y llamamos a una ambulancia —dijo Rose por detrás.

—¿Tomas drogas a menudo? —preguntó uno de los sanitarios después de mirar a un papelito que había cambiado de color.

—¿Drogas? ¿Como porros?

—Como oxicodona y ketamina. Suficiente para matar a un caballo.

—¿Ketamina y oxicoqué? —se sorprendió ella—. No he tomado eso en mi vida.

—¿No tomaste drogas ayer en la fiesta? ¿O cuando llegaste?

—¡¿Qué?! ¡Lo único que tomé fue mi antibiótico! Tengo la receta del hospital aquí.

—A lo mejor alguien le puso algo en la bebida. Te vamos a llevar al hospital ahora.

—Ni de broma —Luz se puso de pie—, la última factura me dejó temblando. Y me encuentro perfectamente. Miren. —Luz se sentó en la cama y sonrió—. A veces me cuesta despertarme, siempre me ha pasado. Eso es todo.

—Tienes restos de oxicodona y ketamina en la sangre, pero no te podemos llevar al hospital si no quieres. —El médico comenzó a escribir—. Te sugiero que te tomes esto cada seis horas y que bebas

mucho líquido. Si te comienzas a encontrar mal, vete al centro de urgencias más cercano. —Después se dirigió a sus amigas—: Mantenedla despierta durante por lo menos seis horas. Si veis que parece letárgica, que le cuesta hablar o que actúa de manera extraña, no aceptéis un «no» por respuesta.

Luz oyó a Rose y Oona decir que «sí» tras el equipo de urgencias.

—Hemos acabado aquí, chicos. La próxima vez que vayáis de fiesta, nunca dejéis las bebidas sin atender. Habéis tenido suerte. Estos casos no siempre tienen un final feliz.

El equipo abandonó la habitación y con ellos se llevaron sus aparatos, sus radios y su tratamiento condescendiente.

Oona se sentó al lado de Luz. Rose se acercó, los brazos cruzados.

—Pensábamos que te habías muerto —dijo Rose.

Oona le puso la mano en la rodilla.

—A nosotras nos lo puedes contar, Luz.

La boca de Luz se desencajó:

—¿Estáis de broma? No he tomado nada… ¡Ni siquiera bebí alcohol! ¿Recordáis que estoy tomando antibióticos?

De pronto, Luz se quedó callada y se apresuró a abrir la mesilla de noche.

—¿Qué pasa? —preguntó Rose, acercándose.

Luz observó las píldoras que estaban en el bote con el nombre genérico del antibiótico.

—¿Conocéis algún sitio donde analizar lo que hay aquí dentro? —preguntó Luz mirando al contenido del bote con los ojos casi cruzados.

—Tengo un amigo que trabaja en una farmacia que hace fórmulas magistrales en la zona del Dog Patch —dijo Oona—. Si quieres, se lo llevo. ¿Crees que alguien te puso la droga en tu medicación?

—Veremos a ver. —Le dio el bote a Oona.

—No tiene sentido —afirmó Rose ocultando incomodidad—. Yo estuve todo el día en casa y no vino nadie. Como no entraran por la ventana…

—Estaba David con sus olimpiadas *nerd*, ¿no? —dijo Luz.

—Ya —Rose frunció el ceño y se apoyó contra la pared. Miró a Luz con descreimiento—, pero no estarás pensando que David…

—Primero vamos a ver si aquí dentro solo hay vaca pasteurizada.

—¿Vaca pasteurizada? —preguntó Oona con una mueca de burla.

—¿No es eso lo que es un antibiótico?

—Me da a mí que no.

—¿Pero no los inventó Pasteur con algo de las vacas?

Oona le tocó la frente.

—Rose, me parece que la tenemos que llevar al hospital, está delirando.

Rose se rio.

—Al contrario, creo que ya está para otra.

—Bah, ya buscaré en Google después. Ahora dejadme, que voy a llegar tarde al curro. —Miró el reloj—. ¡Mierda! ¡Otra vez a coger un taxi! —Echó los brazos al aire mientras se ponía de pie—. Es que no sé para qué curro si, total, me gasto el jornal en taxis. —Siguió despotricando mientras empujaba a sus amigas fuera de la habitación y se vestía lo más rápido que su convalecencia le permitía.

Luz llegó a tiempo gracias a los dieciocho dólares, propina incluida, que se dejó en el taxi para alcanzar Pacific Heights en hora punta. Protestaba entre dientes mientras abría la puerta de la tienda.

A media mañana, durante sus treinta minutos para comer, en los que ponía un cartel en la puerta que decía «volveré en diez minutos», se zampó un *bagel* con queso crema de la cadena de cafés de la esquina y un *latte* con canela mientras hablaba por teléfono con su madre de lo bien que iba todo.

—Todo genial, mamá, cero novedades. ¡Ah, bueno! A lo mejor hay una pequeña editorial que quiere publicar mis poemas…

—¡Eso es genial, cariño! ¡Ya nos estaba empezando a preocupar que hubieses ido allí para acabar de dependienta! Con todo lo que tú vales y todos tus másteres y todo…

Luz apretó los párpados cerrados.

—Madre, no hay nada malo en ser dependienta.

—Claro que no, hija. Pero con todo lo que hemos invertido en tus estudios, daría un poco de pena… Mira que vienes de una línea de mujeres con carrera desde los tiempos de…

—De mi bisabuela —la cortó—. Ya, mamá. Conozco de sobra nuestro pedigrí intelectual. Aunque parece que hacer *collages* con conchas de la playa es más importante.

—Oye, no te metas con la mujer de tu hermano —le regañó su madre—. Es una artista. Mira, hija, si vender ropa es tu pasión, yo te apoyaré. Pero sé que tu destino es ser poeta. Por eso soy un poco dura contigo…

—Mamá, las facturas no se pagan con poesía. Si tú y papá hubierais rebajado un poquito vuestros estándares laborales de no decir nunca que sí a un curro que no fuese en consonancia con vuestros seres superiores o lo que sea, a lo mejor no tendría que vender ropa porque no os habríais fumado la herencia para vivir auténticamente.

—Mira a tu hermano.

—¡Exacto! ¿Mi hermano puede participar en el capitalismo porque su trabajo es más prestigioso? A mi hermano, precisamente, le encanta hacer dinero. ¿Ese es su destino?

Su madre se quedó callada un momento.

—Puede ser, Luz. El dinero es una energía, ni buena ni mala. Es cómo la recibas y cómo…

—Ahórrate el discurso, Jodorowsky.

—Vale, vale —se rio su madre—. Me alegro de que estés tan contenta. Eso es lo más importante… Ah, mira; acaba de llegar tu padre. Carlos, ¿quieres hablar con Luz? Ah, vale. Dice que no puede. Que está con las manos llenas de tierra. Estamos vaciando el estanque y vamos a poner carpas.

—No pasa nada —dijo Luz mordiéndose el labio—. Yo también te tengo que dejar, que tengo que abrir la tienda otra vez.

—Vale, cariño. ¿Hablamos la próxima semana? ¡Un beso gigantesco!

—*Chau*, ma.

Luz colgó. Le dio un gran mordisco a su *bagel* y dijo, con voz de mofa, el pan sobresaliendo a través de su labio inferior:

—*No te metas con la mujer de tu hermano. Es una artista.*

Envolvió el resto del bocadillo y lo dejó en la trastienda. Abrió la puerta. Una señora con canas de dos meses estaba esperando al otro lado.

—Llevo aquí quince minutos.

—¿Y?

Señaló al cartel.

—Ahí pone diez.

Luz se tragó la bilis.

Estaba lista para que este día llegase a su fin.

Enseguida se dio cuenta de que olvidaba que esa noche era la lectura semanal. Así que todavía tenía mucho día por delante.

Se lo recordó Dariel en un mensaje a los pocos minutos:

> Esta noche viene un editor de Infinite. ¡Prepárate!

Luz guardó el teléfono y tensó la boca. Lo que había leído con sus compañeras de piso hacía un par de noches apuntaba a cosas que no sabía si Dariel estaría muy cómodo de que se supiesen. Le extrañaba que él no pidiese echar un ojo a lo que iba leer cada noche. Quizás era porque estaba tan convencido de que lo que estaba escribiendo era mentira que pensaba que todo el mundo opinaba igual, una especie de *El traje nuevo del emperador*.

El estómago le dio un vuelco al pensar en eso. Alguien iba a decir en medio de la sala llena de gente:

—¡El emperador va desnudo!

CAPÍTULO 45

La sala volvía a estar a rebosar y Luz tomó su lugar respetando esa atención que sabía, sin embargo, no era para ella.

El silencio era absoluto cuando, sin siquiera presentarse, Luz comenzó a leer primero el pasaje del aborto y luego en el que Alma accede a llevar el siguiente embarazo a término. Evitó la mirada de Dariel cuando el público se puso en pie para ovacionarla. Esperó que se callasen y después dijo:

—Noto una necesidad de urgencia en esta voz, así que voy a continuar leyendo un poco más hoy.

Oyó cuchicheos y medias voces, después otro aplauso, menos fuerte. Miró sus papeles, se aclaró la garganta. Dio un sorbo a su agua y continuó:

> *Al poco tiempo de aquella noche en la que accedí a tener su hijo, Lorenzo me llevó de viaje.*
>
> *Pasamos un fin de semana en el Hotel Del Monte, en Carmel. Nada más llegar, me di cuenta de que aquel era uno de los mejores establecimientos del mundo. Solo por sus jardines merecía la pena ir, especialmente su jardín de Arizona, con cactus tan grandes como árboles.*
>
> *El edificio era nuevo, había sido construido a una velocidad vertiginosa después del incendio que había destruido el último hotel. Parecía que habíamos llegado al futuro, con todas las últimas tecnologías que tenía, y sus precauciones antiincendios sin parangón.*
>
> *Jugamos a un pasatiempo nuevo llamado golf y fue muy divertido tratar de mover esa pequeña pelotita a los diferentes huecos con unos palos largos de variados tamaños. Pintamos con acuarelas las vistas de la playa. Escuchamos el piano en la veranda todos los días después de cenar. Mi parte favorita era el spa, sus masajes y tratamientos medicinales. Y sumergirme todos los días en sus piscinas con agua de mar caliente y ver a mis fantasmas emborronarse con el vapor del agua y dejarme tranquila al menos unos segundos. Dimos largos paseos por el Pebble Beach, donde recogí tantas conchas que tuve que comprar una maleta para traerlas de vuelta. Lorenzo bromeó preguntándome si no tenía suficientes conchas en las playas cerca de nuestra casa, y yo dije, con una sonrisa pícara, que no le dijese a*

alguien de la costa este que ya tenía suficientes conchas. La última tarde nos sacamos una foto en el estudio del hotel. Lorenzo la besó y la guardó en su cartera y mi corazón se llenó de dicha. Lorenzo cambiaba cuando estábamos de viaje. Era como si sus ojos se volviesen más claros, alejado de las obligaciones de sus negocios. O quizás era nuestra casa.

Cuando volvimos y la realidad comenzó a hacer mella en mí, lloré todos los días. Mis fantasmas lloraron conmigo. Esos nueve meses, todas las noches. Llorábamos por esa pobre criatura que no sabía la injusticia que se iba a cometer sin que ella tuviese nada que decir. Pero yo le había hecho una promesa a Lorenzo. Y la tenía que cumplir.

Cuando el médico confirmó que el embarazo era viable y parecía progresar adecuadamente, él me cogió en brazos y me dijo:

—Te voy a consentir como nunca te han consentido en tu vida.

Esas primeras semanas del principio del embarazo, Lorenzo me llevó a todas partes de la ciudad. Días de compras en Ciudad de París, ostras y champán en los mejores restaurantes franceses, como el Poodle Dog. Noches de ópera. Tardes de té y Mint Julep bajo la cúpula de cristal, entre exóticas palmeras dentro del Palace Hotel, con sus siete pisos jalonados de columnas griegas, admirando a las adineradas clases de California pavonearse en el hall de entrada.

Un día hasta me llevó a sus oficinas. Ocupaban toda una planta en lo alto de un edificio en Market y Powel con vistas a la bahía. Señalando al horizonte, me mostraba la trayectoria de los ferris que comunicaban San Francisco con Oakland y otras ciudades de la costa este y norte de la bahía, y los barcos que se iban a lugares lejanos y exóticos.

—Un día tomaremos uno nosotros —me había dicho.

Me presentó a su secretaria, que fue muy agradable y me dio un ramo de flores de enhorabuena por mi embarazo. Me extrañó un poco que le hubiese confesado algo tan privado, pero supuse que era una cosa de los tiempos modernos en esta ciudad tan de vanguardia. Que esas cosas se empezaban a normalizar.

La última salida antes de tener que guardarme en confinamiento, ya que no estaba bien visto ni era seguro que una dama se pasease mostrando su avanzado estado de gravidez, fue un pícnic romántico en la playa de Ocean Beach.

Nos bajamos del carruaje y paseamos por la playa. Me quité los botines para horror de las damas y Lorenzo sonrió, dijo que le gustaba mi parte salvaje. Me sentí tan libre. La arena entre los dedos. Las pequeñas pulgas marinas cosquilleándome las plantas de los pies. Los pelícanos volando bajo y las gaviotas chillando. A lo lejos había algunas focas entre las olas, o quizá eran leones marinos. Escribí

algunos versos sobre la playa en mi pequeño diario: «Niebla como leche derramada», «La espuma ladrando a la arena»… Apenas escribía ya. Tan consumida estaba por este amor que amenazaba con llevárselo todo por delante. Pero no me preocupaba mucho. Sabía que volvería a hacerlo cuando tocara.

Me fijé que, junto a mi pie, una mosca se peleaba por darse la vuelta, embadurnada en arena. Intenté ayudarla con una concha y, entonces, me di cuenta de que una pulga transparente se la estaba comiendo viva. Sentí un pudor extraño, como si hubiese encontrado a unos amantes susurrándose cosas en un parque al anochecer. Me aparté bruscamente. Lorenzo me preguntó qué pasaba, pero yo no dije nada. Me olvidé a los pocos segundos. Como un pequeño pálpito de dolor que desaparece igual de rápido. La mosca no supo que la pude haber salvado, que la observé mientras moría. Me pregunté si existía Dios, y si no haría lo mismo con nosotros. Si no éramos apenas un pequeño dolor para él, tan fácil de dejar atrás. Pero borré el pensamiento de mi mente, ya que no quería que mi melancolía estropease un día tan perfecto.

Al atardecer, tomamos un refrigerio en el Ocean Beach Pavillion a base de chocolate caliente, bollos de mantequilla y ensalada de langosta. Mientras, observábamos el Cliff House sobre el acantilado, como una mansión al borde del suicidio. Hicimos planes para cuando naciera el bebé. Me dijo que ya había encontrado una niñera perfecta, con muy buenas referencias y que cuando diera a luz podría volver a mis poemas, y volveríamos a salir. Y podría ir a Coppas, el local de la bohemia, siempre y cuando él viniese conmigo para defenderme de todos esos crápulas, como él les llamaba. Y, como regalo, me llevaría a París. E iríamos a los museos y a los cafés literarios y hasta al palacio de Versalles. Mi vida iba a ser maravillosa. De no ser porque las vidas rara vez son maravillosas. Me siento idiota por haberme dejado engatusar con ingenuo optimismo. Poco después de ser madre, todas sus promesas fueron destripadas como esa mosca en la playa.

Luz levantó la mirada. Las caras de la gente llenas de expectación. Por fin miró a Dariel, sentado al lado de un hombre larguirucho y de piel grisácea, con la sombra de la barba oscura. Dariel le devolvió la mirada. Inescrutable, aunque su labio superior seguía manteniendo su media luna. Así que Luz bajó la mirada, bebió agua, y continuó:

Pocos días después llegó un telegrama anunciando la muerte de mi tía, pero por mi avanzado estado de gravidez, Lorenzo viajó solo a Boston a arreglar los papeles y venta de las propiedades. Yo no pude ni enterrarla. Por mucho que tuviésemos nuestras diferencias, era mi tía, lo único que tenía.

Fue entonces cuando llegó ella, la secretaria de Lorenzo, que resultó ser la niñera que había contratado con impecables referencias.

Era media tarde, un día de esos en los que el viento hacía moverse a la niebla como un ejército de espectros. Yo estaba en la biblioteca. Salía poco al jardín, ya que estaba demasiado cansada la mayoría del tiempo, no conseguía que nada se asentase en mi estómago y me mareaba cada vez que me ponía de pie.

Desde allí la vi llegar con su maleta vieja y su abrigo vulgar. Nuestros ojos coincidieron un instante y mi cara, por alguna razón, se retorció en una mueca de ansiedad. Ella era encantadora. Almibarada. Tan condescendiente… Me hablaba con distancia, como si algo raro me pasase, como si no fuese una mujer adulta. La odié desde el primer momento que puso los pies en mi casa. Todavía la odio.

Esas últimas semanas no brilló el sol ni un solo día. Lo único que se veía alrededor era niebla y viento de arena. Un viento rabioso y sucio.

Vino el médico a hacerme un chequeo y me obligaron a guardar cama lo máximo posible. A veces me convencía de que yo también era uno de mis fantasmas.

La gente del servicio ni me miraba ni me hablaba. Ella les había dicho que no me molestasen por mi delicada situación, que le preguntasen a ella todo lo relacionado conmigo. Salía al jardín y en seguida me volvían a mandar entrar. Ella. En todas las esquinas de mi casa.

Lorenzo volvió el día que me puse de parto. El médico me dio algo que apenas me permitía estar consciente. Me desperté sola. Dolorida. Llamé a Lorenzo, pero en su lugar entró el médico. Me habló largo rato, pero yo no entendí nada de lo que me estaba diciendo. Me volví a quedar dormida.

Dormí sin saber muy bien cuándo era sueño y cuándo realidad. De vez en cuando, oía llantos, no sabía si de mi bebé o de mis fantasmas.

La siguiente vez que desperté era de día. Lorenzo estaba allí. Intenté hablar, pero puso su dedo en mis labios y me dijo que no me esforzara, que todo estaba bien y que los niños estaban sanos. Abrí mucho los ojos y él lo debió notar. Él asintió. Sí, había tenido gemelos. Un niño y una niña. Levanté la mirada. Ella estaba allí, en la puerta, observándonos. Si no fuese porque tenía los pies en el suelo, hubiese pensado que era otro de mis espectros.

CAPÍTULO 46

—Y hasta aquí todo —dijo Dariel mientras se acercaba a Luz aplaudiendo esporádicamente, su sonrisa tensa—. Vamos a dejar algo para otros días, ¿no? —Ayudó a Luz a ponerse de pie a pesar de que ella intentó zafarse.

Le sonrió, mirándola desde su considerable altura. Su belleza arrogante en todo su esplendor. Todo dorado y bronce, como una representación de un dios griego.

—Gracias —dijo Dariel.

—¿Por qué? —preguntó Luz.

—Por la lectura de hoy. Muy inspiradora —sentenció Dariel para confusión de Luz.

¿Inspiradora? Si había sido de lo más depresivo que había leído nunca. Dariel ignoró el gesto de sorpresa tácito de su inquilina y señaló con la mano a su acompañante.

—Mira, te presento a Roderick Shawn, editor en Infinite Page International.

La persona que había estado al lado de Dariel durante la lectura extendió su mano, con un gesto afable dibujado en la cara.

—Encantado. He disfrutado mucho con tu presentación de hoy.

—Gracias —dijo Luz tratando de leer su expresión.

—Todo el equipo tenemos muchas ganas de conocer más cosas de esta increíble historia y de ti.

—¿Por qué no organizamos una comida o algo en las próximas semanas? —ofreció Dariel.

—¡Buena idea! — exclamó Roderick—. Le diré a mi asistente que se ponga en contacto con el tuyo. —Se ajustó las gafas de pasta salmón —. Me tengo que ir, desgraciadamente. Tengo un vuelo en un par de horas.

—Espera, que te pido un coche —le dijo Dariel.

Roderick asintió agradecido, y después miró a Luz.

—Nos vemos pronto.

—Será un placer —contestó ella.

Tras haberse despedido, Luz trató de escabullirse a las plantas de arriba de la casa. Tenía un dolor de cabeza tremendo y la cicatriz le tiraba. Consiguió avanzar, no sin antes tener que firmar unos cuantos autógrafos. Cuando pudo, se apresuró escaleras arriba. En la primera planta se encontró a todas sus compañeras de piso en el salón.

—Muy bien —dijo Luz con tono jocoso—, me dejáis allí, entre la turba, para esconderos al calor de la chimenea…

—Si estás en tu salsa —dijo Fen mientras lanzaba una colilla al fuego.

—Perdona, pero es que la lectura de hoy me dejó fatal —añadió Rose.

—A mí también —dijo Oona—. Esto se está poniendo muy triste. Para mí que él le hizo bomba de amor por su dinero y ya verás cómo se lía con la secretaria-*nanny* ahora. Que menudo cliché, secretaria y *nanny* al mismo tiempo, ¿no?

—Ya. —Luz se sentó en el sofá que estaba libre y se quitó los tacones—. Yo estaba acojonada porque temía que Dariel se fuera a enfadar por decir esas cosas de sus ancestros. Pero me puso cara de póker y como si nada…

—A Dariel solo le importa el estatus. Vendería a su madre si le reportara posición social —señaló Fen.

Oyeron que alguien se aclaraba la garganta a sus espaldas.

—Me pareció oír mi nombre —dijo Dariel.

Las cuatro se quedaron calladas.

—Debió de ser la televisión —afirmó Fen antes de encenderla, después le miró con una sonrisa.

Dariel echó un tronco al fuego y dijo, a nadie en particular:

—¿Alguien me va a contar por qué vino una ambulancia esta mañana a casa?

Otro silencio.

—Parece que me dio un *pallá* y no me podían despertar.

Dariel miró a Luz con gesto interrogativo.

—Estaba de keta hasta las cejas —añadió Fen, y Dariel miró a Fen mientras se le descolgaba la boca.

—Me la pusieron en la bebida, ¡espabilada! —dijo Luz elevando el tono.

—De hecho, te dieron el cambiazo en tus antibióticos —interrumpió Oona mirando un mensaje que le acababa de llegar y todos dirigieron su atención a ella. Se enderezó en el sofá.

—Mi amigo dice que los contenidos de las cápsulas eran… Blablablá… Jerga química… Y, al final, me dice: «Oxicodona y ketamina, vamos».

Dariel se sentó en el brazo del sofá.

—No entiendo nada. Antibióticos, ¿oxicodona? —Dariel preguntaba mientras meneaba la cabeza despacio.

—A ver, no es tan difícil —contestó Luz—. Estaba tomando antibióticos por el accidente con el cuchillo, y ayer, cuando estábamos fuera, alguien entró en mi habitación y me cambió el polvo de dentro de las cápsulas por las drogas. Y por eso vino la ambulancia, porque

no me podían despertar.

—Pero ¿quién haría algo así? —preguntó Oona.

—La misma persona que puso el cuchillo en mi estantería…

—El fantasma —susurró Rose.

—No empecemos con fantasmas otra vez —replicó irritado Dariel—. ¿Cómo sabemos que no fue Luz?

—¿Y cuándo? Por la mañana tomé mi dosis y estaba bien. Y cuando volví de la fiesta, volví a tomar la dosis y esa fue la que me intoxicó.

—Pero yo no vi entrar a nadie —dijo Rose tocándose el cuello y mirando al vacío.

Todos los presentes la observaron en silencio. Ella levantó la vista y vio la atención solicitada. Su mano se movió al pecho.

—¿Creéis que fui yo?

—Tú estuviste aquí todo el día —dijo Fen—. Yo llegué hace apenas un par de horas.

—¡Yo no sé ni lo que es oxicodona! ¿Y por qué haría algo así? —Miró a su alrededor—. Y David, ¿qué? Él también estaba aquí.

—David entrando en el cuarto de una chica. Deja que me ría. —Dariel rio con burla.

—¿A qué hora llegaste tú, Dariel? —preguntó Oona con titubeo.

Dariel se llevó la mano a la mandíbula con nerviosismo.

—¿De verdad crees que no tengo nada mejor que hacer que envenenar a la gallina de los huevos de oro? — preguntó con una mueca incómoda

—Así que eso soy para ti… Una gallina. —Luz lo fulminó con la mirada.

—Con huevos de oro —Dariel hizo un aspaviento con las manos, denotando incredulidad. Observó la cara de desaprobación de las demás y continuó—: No os veo quejaros de que pagáis una miseria por quedaros en una mansión victoriana al lado del Golden Gate Park. No sabéis todo lo que tengo que hacer para mantener el legado de mi familia. Todos los gastos que esta casa conlleva, además del resto. Facturas y facturas y facturas —negó con la cabeza—, ¿se os ha ocurrido pensar que yo no me puedo permitir ser otro jovencito viviendo mes a mes en San Francisco? ¿Que tengo mucho a mi cargo?

—¿Como tu hermano? —preguntó Luz.

Dariel apuntó un dedo a su frente. El mentón arrugado.

—Te advertí que no hablases de él.

Una ráfaga de viento abrió la ventana de par en par al mismo tiempo que se iba la luz. Oona pegó un grito, Rose se agachó bajo una manta mientras reía nerviosa y Fen insultaba a sus amigas por ser tan dramáticas.

—Iré a ver los fusibles —dijo Dariel tras encender una vela.

Luz se acercó a la ventana para cerrarla. Algo le hizo mirar hacia arriba, al edificio de enfrente. Había una silueta recortada en la ventana del último piso. Cuando vio a Luz observarle, se escondió tras una cortina.

—Jack… —dijo Luz, casi sin aliento.

CAPÍTULO 47

—¡Oona! ¿Para qué le dijiste que éramos novias?

—¡Perdona! No se me ocurrió otra cosa, me estaba dando mucho miedo lo pesado que se estaba poniendo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Rose.

—Que ya sé quién me está intentando matar. El Norman Bates de la casa de enfrente.

—¿Jack? —preguntó Fen con gesto incrédulo.

—¿Quién tiene acceso a esta casa? ¿Quién estuvo en mi cuarto arreglando la luz antes de lo del cuchillo?

—Es verdad que tiene copia de las llaves —murmuró Rose con la mirada perdida.

—Seguro que ayer, cuando te acostaste, se metió en mi cuarto y me cambió las pastillas.

—¿Por qué? —Dariel acababa de entrar en el cuarto. Probó el interruptor y las luces se encendieron.

—Porque Oona, para sacárselo de encima, le dijo que estábamos saliendo.

Dariel sonrió entretenido y preguntó:

—¿Y se lo creyó?

—¡Eh! —se quejó Luz.

—Estoy de broma, estoy de broma. —Dariel levantó las manos en posición defensiva.

—Pues claramente se lo debió de creer —dijo Luz.

—Y qué hacemos, ¿llamar a la policía? —se aventuró a decir Rose.

—¿Qué pruebas tenemos? —preguntó Fen—. Las pastillas tienen huellas de medio San Francisco.

—Y si hay huellas en casa puede decir que son por las chapuzas que hizo. —Luz se sentó abatida.

—Me parece a mí que vosotras habéis visto demasiado CSI. —Dariel se apoyó en la ventana, mirando a la casa de los vecinos sobre la verja de la suya.

—¿Entonces qué?

Dariel limpió una mota en el cristal.

—Podemos poner cámaras para ver quién es.

—Y cambiar las llaves —añadió Oona frotándose los brazos.

Dariel asintió.

—Pero esto es peligroso. Puede hacer alguna locura en una de las lecturas. Una bomba, un arma. Es un evento público, y no podemos decirle que no vaya. A saber qué puede hacer si siente más rechazo —razonó Luz.

—De eso te venía a hablar. —Dariel se acercó al sofá y se sentó al lado de Luz. Puso su brazo sobre la espalda del sofá—. Tenemos que cancelar las lecturas.

—¡¿Qué?! —dijeron las cuatro chicas al unísono.

—¡Pero si todavía queda por leer!

—Por eso tenemos que parar. Si no, ¿para qué te va a pagar Infinite Page si lo vas a soltar todo antes de tiempo?

—No dijiste nada de esto antes.

—Me lo dijo esta noche. Te juro que no sabía nada.

—¿Y por qué me dejaron leer hoy? No tiene ningún sentido.

—Querían ver cómo te desenvolvías en público. Este tipo de libros necesitan un cierto tipo de autor. —Hizo comillas con los dedos.

—El tipo gurú —añadió Fen, mordaz, sus ojos entrecerrados.

—El tipo de autor que puede mantener la pantomima en directo —aclaró Dariel dirigiéndose a Fen.

—La pantomima, ¿eh? —Luz se reclinó hacia el lado del sofá, tratando de alejarse de él.

—No volvamos a eso, por favor. —Dariel juntó sus manos—. Hacemos un buen equipo, ¿no? Yo me encargo de la logística, tú del contenido. ¿Por qué necesitas más?

—¡Porque no soy una mentirosa!

Dariel cerró los ojos con indolencia. Inhaló fuerte.

—No te estoy llamando mentirosa. Admito que tú te lo crees. ¿No es suficiente?

—Por supuesto —dijo Luz con voz tensa. Exhaló con fuerza, se puso de pie y caminó hacia la ventana. Un plan se comenzaba a perfilar en su cabeza—. No necesito que nadie me crea —dijo mientras se apoyaba en el alféizar, mirando hacia afuera—. *Fake it till you make it*, ¿no?

Dariel se dio una palmada en la rodilla.

—¡Perfecto! Voy a llamar a un cerrajero de emergencia ahora mismo.

Cuando Dariel abandonó la habitación, Rose exhaló exasperada.

—Y entonces qué, ¿nos quedamos sin saber qué pasa?

—Eso. Quiero saber cómo resuelves tu… —Fen hizo un gesto histriónico de haber cometido un *lapsus linguae*—, perdón, digo cómo resuelve el fantasma el arco argumental.

Oona tomó el sitio que había dejado Dariel.

—Me parece deshonesto ir ahora a la gente con un… —puso una voz de vendedora—, si queréis saber más, comprad mi libro, que

saldrá a la venta en el 2025.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! Pero ¿y qué queréis que haga? No sabéis lo grande que es que te publique Infinite, lo que supone para mi poesía que Fly High Kite está interesada en mis poemas.

—¿No era esa la editorial en la que trabaja tu amigo Tommy? ¿El que te dijo que a tu poesía le faltaba un hervor?

—Que estaba verde —Luz levantó la mano—. Verde. No nos pasemos. —Se volvió a sentar, al lado de Oona—. Además, ellos seguro que me pueden ayudar a madurar.

—¿Pero no te parece un poco extraño que se interesen por tus poemas cuando te haces famosa con la historia del fantasma? —preguntó Oona.

—A ver, no son una obra de caridad. Yo entiendo que publiquen a gente que pueda vender.

—¿Aunque no les guste?

Luz miró a Oona con sorpresa.

—¿Y quién decide lo que gusta o no? ¿Lo que es bueno o malo?

—No lo sé. Y eso es seguramente un debate muy interesante. Pero yo solo me pregunto si serás capaz de vivir sabiendo que te publicaron por tu nueva fama. O si eso, a la larga, te va a molestar.

Luz se mordió el moflete interno.

—Tengo que pensarlo. Tienes razón. —Luz miró a Rose y a Fen—. Imagino que vosotras pensáis igual.

—Yo creo que no hay una solución clara —dijo Rose—, no envidio tu posición.

—Yo tampoco lo sé —añadió Fen—, pero sea lo que sea, te apoyaremos.

Luz miró a Fen sorprendida.

—¿Qué? ¿No puedo ser borde y buena amiga?

—Claro que sí —rio Luz, sus ojos húmedos con lágrimas—, claro que sí.

CAPÍTULO 48

Todos, menos David, que seguramente ni se había enterado del drama que acababa de suceder en el salón, esperaron a que llegara el cerrajero, que no tardó más de media hora. Una vez hubo terminado, Dariel le firmó un cheque, le dio las gracias y las buenas noches.

—Y ahora, ¿nos podemos ir a dormir? —dijo Dariel con gesto de súplica desde la puerta, después repartió una copia nueva de las llaves a cada una.

Las chicas arrastraron sus pies a sus habitaciones correspondientes. Dariel paró a Luz en el pasillo, agarrándole ligeramente del antebrazo.

—¿Estás bien?

—¿Ahora te preocupas?

—¿Qué quieres? ¿Que haga un espectáculo delante del resto?

—Pensaba que no me creías.

—No sé qué creer, Luz.

—¿Y qué es esa mierda de no poder leer más de la historia? —Se zafó Luz.

—Algo tenemos que guardar. Si lo leemos todo, ¿por qué nos querrían pagar en Infinite Page?, ¿no lo entiendes? Ya bastante me costó conseguir que nadie grabase o reprodujese nada de lo que leíste.

—Pero ¿y los panfletos que repartimos?

—Apenas eran breves fragmentos. No lo suficiente para destripar la historia.

—No sé si es buena idea. No creo que sea eso lo que quiere el fantasma.

Dariel la miró con condescendencia. Le acarició la barbilla.

—Van a necesitar que rellenes el resto.

—El resto de qué.

—El resto de la historia. No se puede escribir un libro con tan poco. Necesitan por lo menos treinta mil palabras más. No tienes que inventarte nada, solo ampliar lo que ya tienes. Situaciones, descripciones…

—Pero yo no escribo prosa.

—También se puede contratar a un *ghost writer*, pero pensé preguntarte a ti primero… Y ahora —Dariel se acercó a los labios de Luz. Susurró casi en su boca—, ¿por qué no continuamos donde lo

dejamos el otro día?

Las rodillas de Luz temblaron cuando Dariel la besó en la comisura de los labios. Ella acercó su cara inconscientemente. Su olor era absolutamente irresistible. Luz cerró los ojos y se dejó llevar por la atracción que sentía hacia él. La suavidad de sus labios, su lengua entre sus dientes.

De pronto, en su cabeza se formó la imagen del fantasma con la boca abierta, las moscas saliendo de ella. Luz se apartó de golpe.

—Me tengo que despertar temprano —balbuceó mientras utilizaba todas sus fuerzas para caminar en dirección opuesta del cuarto de Dariel.

—Pronto no tendrás que trabajar allí. —Oyó a Dariel decir a su espalda.

—Me gusta mi trabajo, Dariel.

—Te compro la tienda, entonces.

—Buenas noches, Dariel.

—¿Sabes que nunca me ha rechazado una chica?

—Permíteme que dude eso —replicó Luz. Se paró al final del pasillo, a punto de subir las escaleras—. He visto la foto en tu cuarto de cuando eras un adolescente.

Dariel soltó una carcajada mientras Luz subía los peldaños de dos en dos hacia su habitación, riendo también.

Al llegar, la expresión le cambió por completo. La habitación estaba helada. La ventana abierta. Oía un sonido bajo y constante, como un motor a través de auriculares. Encendió la luz y caminó despacio, tratando de no hacer ruido con la respiración. Había algo bajo las sábanas de su cama. Algo que se movía en pequeños espasmos.

Luz, sin siquiera darse cuenta, se persignó, tragó aire y se acercó a la cama. Le parecía estar en una grabación a cámara lenta. Un viento gélido se extendía por la habitación, trayendo un olor podrido desde la calle. ¿O era de dentro de su cuarto?

Con las piernas en flexión, por si debía huir, y un brazo listo para atacar, alzó la sábana.

Primero no entendió lo que veía, pero sabía que era algo repulsivo, todo vellos y ojos y alas transparentes y pequeñas patas desesperadas. Se apartó bruscamente y se tapó la boca. Tenía los párpados tan abiertos que se le llenaron de lágrimas al instante por el esfuerzo y la falta de lubricación. La montaña de moscas agonizantes se movía como una criatura informe y crujiente. En línea recta, a lo largo de su colchón, se extendía más allá de la cama y continuaba por el suelo de la habitación hacia el armario. Sin pestañear ni quitarse las manos de la boca, Luz caminó hasta el armario, que, como sospechaba, también estaba absolutamente cubierto de moscas.

Caminó hacia atrás emitiendo pequeños gemidos, agarró una muda

y los folios del fantasma y los metió en una mochila. Corrió hacia las escaleras, las bajó lo más rápido que pudo y salió a la calle.

—Ya vale. Yo ahí no duermo —murmuró mientras buscaba un taxi y les escribía un mensaje a sus amigas para que no se preocupasen.

Por suerte, seguía teniendo llaves de casa de su padrino.

Llegó pasada la medianoche. Abrió intentando hacer el menor ruido posible, los gatos se acercaron aletargados a restregar sus lomos entre sus piernas.

—Shh —les dijo Luz entre susurros—, vais a despertar al padri.

Se metió de puntillas en su habitación y apartó con cuidado la ropa que había sobre la cama, amontonándola en la mesa con la máquina de coser Singer. Cerró las cortinas, se quitó los pantalones, la chaqueta y el sujetador, y se metió en la cama. Las sábanas estaban frías y ásperas, y olía a colonia de después de afeitado. Cerró los ojos por un momento y llenó los pulmones. Habían pasado demasiadas cosas estos últimos días. Demasiadas para procesarlas.

Posó sus dientes inferiores sobre el labio superior y se cruzó de brazos, respirando fuerte. Su corazón golpeaba en su mano derecha. ¿Por qué no conseguía calmarse? Estaba fuera de esa casa de los horrores. Iba a firmar un contrato millonario y una editorial reputada quería considerar sus poesías. Estaba a la entrada de la vida con la que llevaba soñando desde que era pequeña, cuando había comenzado a escribir historias en folios doblados por la mitad que después grapaba.

Pero algo estaba mal dentro de ella. Una opresión en el pecho.

Tomó dos bocanadas de aire cortas, una sirena llenó el silencio de la habitación momentáneamente. El ruido de la tubería en la pared le avisó de que alguien en el edificio acababa de usar el baño. Pensó en cómo la vida de esa persona no tenía nada que ver con la suya y, sin embargo, por un momento, el ruido de su cañería le había hecho partícipe de su realidad. Un edificio era como el multiverso, de alguna manera. Todos hacinados unos encima de los otros, sin tocarse, pero compartiendo espacio. Sin verse, intuyéndose.

Luz reparó en una postal sujeta con un alfiler en un corcho en la pared, sobre la máquina de coser. Era el cuadro de San Juan Bautista de Leonardo da Vinci. Lo habían clavado entre recortes de revistas, fotos de fotomatón, paisajes y algún retazo de ropa. En el cuadro, San Juan era una persona casi andrógina, iba semidesnudo, apenas tapado con pieles, emergía de la oscuridad, su pelo rizado y de color avellana le caía sobre los hombros, y entre las sombras, su cara mostraba una sonrisa enigmática que ya quisiera la Gioconda. Su dedo apuntaba hacia arriba.

—Arriba —dijo Luz sin saber muy bien por qué—, ¿como es arriba, es abajo?—pronunció esa frase alquímica en alto, pero no encajaba

tan bien como el arriba. A secas.

Se encaramó hacia la mochila y sacó los últimos folios del diario de Alma Arabella. Leyó sin parar, durante horas.

El alba se abría camino entre el hueco de la cortina cuando Luz acabó el último folio. Con lágrimas en los ojos, y con dolor de estómago, escribió un mensaje a sus compañeras de piso.

¿Quedamos después de mi curro? Tengo un plan secreto

De pronto, la puerta del cuarto se abrió de par en par. Alexander, todavía con una mascarilla de dormir puesta y un gorro de seda tapando el poco pelo que le quedaba, entró blandiendo un paraguas que debía de haber tomado de la entrada.

—Espera, esto lo he visto en una peli.

—*Conchetumadre* —dijo su padrino llevándose la mano al pecho e hiperventilando.

—¡Indiana Jones! Sean Connery se carga a un nazi con un paraguas.

—Tú me *querí* matar, *weona* —se apoyó en la puerta, la apuntó con un dedo—, que *sepai* que hoy mismo cambio mi herencia.

Luz se echó a reír, doblándose entre carcajadas.

—Perdona, padri, no te quería despertar.

—Obvio, *po*, el infarto es mucha mejor opción. —Se sentó en la cama—. Esto no es un hostal, ¿*cachai*?

Luz abrazó a su padrino. Este la apartó gentilmente y agarró sus manos con ternura contenida. Tenía la palma de las manos más suaves que jamás había sentido. Olía a lavanda.

—Y esta zalamería no te salva, mierda. Mis pieles van para la beneficencia. —Sus ojos denotaban seriedad, pero le traicionaba la mueca de la boca—. ¿Me vas a explicar qué haces aquí y por qué estás tan contenta?

—Ahora me tengo que… —La voz de Luz se quedó suspendida en el aire mientras leía un mensaje de Fen que decía:

A las seis en O’farrel y Van Ness, conozco un sitio
perfecto para trazar planes secretos.

—¿Ahora *tení* que qué? —Alexander preguntó irritado—. *Hablai*, chucha, que pareces gil.

Luz levantó la vista de su teléfono. Parpadeó un par de veces, como situándose en la realidad.

—¡Perdona! Ahora tengo que ir a currar —sonrió—. Queda con nosotras en este sitio —le mostró su teléfono y Alexander lo miró frunciendo los ojos— y te cuento todo.

—Está bien —dijo Alexander mientras se levantaba de la cama—,

pero estos secretismos... Son puras *wevás* si me preguntan a mí. Pero nadie me pregunta a mí. —Alexander salió del cuarto de costura mascullando. Luz se vistió, se aseó en el baño y corrió hasta la estación de bus más cercana, en dirección a Pacific Heights.

CAPÍTULO 49

Los coches silbaban corriendo en ambas direcciones de la gran avenida que era Van Ness. Luz se la trató de imaginar en la época de Alma Arabella, tal y como ella la había descrito. Miró hacia la ancha calle que se perdía colina arriba, hacia el norte de la ciudad. Todo era edificios y locales comerciales, y varios carriles en ambas direcciones donde los coches apretaban el pedal. Nada quedaba de las hileras de árboles frondosos, las casas señoriales con sus cuidados jardines o los adoquines por donde los cascos de los caballos y las ruedas de los carruajes competían por emitir el sonido más hueco.

Nada quedaba de aquel entonces, y, sin embargo, este fantasma quería que su historia se contase, en contra de todo pronóstico.

—Se me estaban congelando las tetas —Luz se quejó al ver salir a Fen, Oona y Rose de un taxi.

—Haberte puesto sostén.

—Me puse —dijo.

—No lo parece —comentó Fen con una mueca de mofa y Luz contestó con un corte de mangas.

—Venga, vamos. —Fen hizo un gesto con la mano.

—Esperad, le dije a mi padrino que podía venir.

Fen echó arqueó la espalda en exagerada desesperación.

—Seguro que llega tardísimo.

—A la misma hora que ustedes, querida —Gladis gritó girando la esquina al tiempo que daba saltitos con sus zapatos de plataforma de charol y cuña de madera. Iba vestida con un apretado traje blanco de licra con líneas rojas, y una boina de fieltro rojo. Luz empezaba a sospechar que a Gladis le gustaban mucho las boinas.

—Parece un tubito de pasta de dientes —dijo Oona haciendo que se le escapase una risa a las demás.

Gladis iba del ganchillo de Alexander, que llevaba una capa de terciopelo azul marino, un turbante de seda y grandes pendientes turquesa. Cada dedo cubierto de anillos y rematado con uñas largas y negras.

Saludaron. Luz reparó en lo muy pintados que iban los dos, con cejas altas y delineadas y labios con *gloss*.

—¿Esta es vuestra idea de la discreción?

—Esta es nuestra idea de la elegancia discreta. Que ustedes crean que los Lululemons son ropa de calle, es su problema, no el nuestro.

—Eso —añadió Gladis, chasqueando un dedo y mostrando su cuerpecito redondo y alargado como una longaniza.

—Bueno, ¿adónde vamos?, que me congelo —preguntó Oona pegando pequeños saltos.

—Seguidme —dijo Fen para guiarlas por las peores partes del barrio de Tenderloin. Todos caminaron arrebujados entre drogadictos, camellos y proxenetas hasta que llegaron a un edificio sin ventanas y con una puerta oscura y cerrada. Fen llamó y se abrió una ventanilla.

—Buenas noches —dijo el portero.

Fen contestó:

—Atlas.

El resto del grupo se miraron los unos a los otros extrañados.

—A esta le ha dado una afasia —dijo Oona con las cejas fruncidas.

Pero para sorpresa de todos, la puerta se abrió revelando un bar en penumbra.

Parecía un club de caballeros de la época en que el alcohol era ilegal en los EE.UU. Con madera oscura, estanterías a medio iluminar, llenas de libros antiguos, sillones de cuero gastado y mesas íntimas. Gente guapa y bien vestida hablaba bajo mientras bebían cócteles pretenciosos pero austeros.

Quien les había abierto la puerta era un chico con tatuajes de marinero de guerra, pelo engominado y ropa de *El Gran Gatsby*. Los llevó a una mesa del final del local y les dio los menús con reverente silencio. Apenas una vela iluminaba la zona, las paredes cubiertas con papel grueso en carmesí y negro. Luz percibió que había un *jazz* melódico de fondo.

—Yo no veo una mierda sin mis gafas, y menos así, en las tinieblas —Gladis protestó mientras intentaba mirar el menú.

—Y yo no entiendo la mitad de estos ingredientes —añadió Alexander—. Algo con pisco o *whisky*. —Dejó el menú en la mesa, esperando a que alguien se encargara de su pedido.

—Pido yo… —se ofreció Fen—. Para todos. ¿Está bien?

El silencio fue toda la respuesta que Fen esperaba y rápidamente se fue a la barra a organizar el pedido.

Al rato regresó con cara resolutiva. Cruzó las manos sobre la mesa de madera de nogal barnizado.

—¿Cuál es el plan?

La mesa miró a Luz, que se agachó unos centímetros, proyectando secretismo. Las velas brillaban en sus pupilas. Compuso un rictus de intriga.

—Necesito una cámara, y alguien que sepa retransmitir un video en directo, ¿quién sabe?

Oona levantó la mano.

—Que no estamos en clase —se rio Fen, lo que hizo que se llevara

un pellizco de su amiga.

—Ya lo sé, tonta. Pero si alguien te pregunta algo, pues te ofreces voluntaria. ¿Y cómo te ofreces voluntaria? Pues levantando la mano.

—Perfecto. Oona puede encargarse de eso. —La mano de Luz apuntó hacia ella.

Los cócteles llegaron, lo que, tras un par de sorbos e intercambios de sabores, desencadenó una serie de «oes» y «aes» del grupo. Después, Luz continuó:

—Necesito una localización con buena acústica. Y un micro. También necesitaré máxima difusión, por redes sociales y demás.

—Yo puedo conseguir micro y amplificador de la biblioteca —se ofreció Rose.

—En cuanto a localización, cacho que lo podemos hacer en el auditorio del parque Golden Gate. Tiene una acústica excelente —dijo Alexander arqueando sus perfectas cejas de lápiz marrón.

—¡Genial! Yo pondré en redes sociales y todas podemos pegar carteles —ofreció Fen.

—¿Y yo? —preguntó Gladis con entusiasmo.

Luz pensó unos segundos. Chasqueó los dedos.

—*Snacks*, necesitaremos muchos *snacks*, porque puede llevar horas.

Gladis mostró una sonrisa pícara y sacó del bolso unas patas de cangrejo metidas en una bolsa de plástico. Las puso sobre la mesa.

—Voy dos pasos por delante de ustedes, jóvenes.

Cuando salieron del bar, la luna asomaba por entre dos edificios de ladrillos, sucios y descuidados del Tenderloin. Caminaron aprisa hasta llegar a Market street, vacía y fantasmagórica a esas horas.

Rose paró un taxi.

—¿No vienes? —le dijo a Luz una vez hubieron entrado Oona y Fen. Luz negó con la cabeza.

—Voy a dormir a casa de mi padrino.

—¿Otra vez? ¿Por qué? —protestó Rose sujetando la puerta del taxi —. El cerrojo está cambiado y creo que Dariel fue a asustar a Jack. O eso nos dijo…

—¿Que hizo qué?

—Sí, dijo que le fue a decir que os dejara a ti y a Oona en paz. O le pediría una orden de alejamiento al juez.

—Joder con Dariel. ¿Y qué dijo nuestro vecino?

—Creo que no mucho.

—Habrá dicho «right on» —dijo Fen riéndose desde el interior del coche.

—¡Venga! Que nos está cobrando ya —se quejó Oona.

Luz se quedó pensando un momento.

—A ver, que no sabemos si fue él, ¿no? —dijo de pronto,

incomodada por lo que ella misma había puesto en marcha.

—Y entonces, ¿quién? —Rose lanzó las manos hacia los lados.

—David… ¿Mi fantasma? —Luz dijo por lo bajo.

—Hay más posibilidades de que sea un ectoplasma de la época victoriana de que David haya salido de su cuarto —dijo Fen—. ¡Vamos, Rose! O te dejamos.

Rose se metió en el coche.

—A veces hay cosas de las que nunca tenemos respuesta —dijo Rose algo condescendiente.

La puerta del taxi se cerró y comenzó a acelerar, mientras Alexander y Gladis trataban de parar otro calle arriba. Luz vio al coche de sus compañeras virar hacia Powell. Se quedó parada unos segundos. El frío con olor a mar que traía la bahía, al final de Market street, le hacía daño en su pituitaria.

—Niña, ¡*habemus* taxi! —gritó Alexander en la esquina de Market y Stockton.

—Voy —gritó Luz mientras se preparaba para trotar.

Algo la hizo mirar al otro lado de la calle. Algo que la obligó a pararse en seco, en una posición cómica de galope paralizado. Al otro lado estaba Dariel, vestido con un abrigo largo y un sombrero. Su mirada era de una frialdad sobrecogedora. Una mezcla de miedo y odio. Y rencor.

Un autobús nocturno pasó por delante, bloqueándole la visión. Cuando se perdió de vista, Dariel ya no estaba.

CAPÍTULO 50

Estaba en la tienda cuando, a media mañana, sonó su teléfono.

—¡Buenos días, guapa! —le dijo a Oona con tono alegre—. Cuéntame.

—Buenas noticias. Tengo la cámara. Un compañero me ha ayudado, así que podemos retransmitir cuando sea —contó Oona entusiasmada —. Y, lo mejor de todo: nos han promocionado en *Alto Secreto San Francisco*.

—¿Qué es eso? —preguntó Luz mientras ordenaba las joyas del mostrador con la otra mano.

—Es una página que tiene más de diez mil visitas al día que avisa de todos los eventos secretos y no tan secretos que están pasando en San Francisco. Y ya sabes lo mucho que le gusta aquí a la gente pensar que están en el ajo de algo muy exclusivo que nadie más sabe. Esos suelen ser los eventos más llenos.

Luz soltó una carcajada.

—Alto secreto, a voces.

—Exacto.

—Pues que pongan que va a ser mañana, estoy confirmando con mi padrino que el pabellón del parque Golden Gate se puede usar sin permisos de la ciudad, que se tardan meses en conseguir. Rose ya me ha asegurado el micro y amplificador, y yo estoy aquí posteando con cuidado de que no se sepa que es mi evento.

—¿Cómo estás haciendo eso?

—Estoy diciendo que es un espectáculo de *burlesque* y poesía con desnudo frontal.

—¿Qué? —Oona soltó una carcajada.

—¿Qué? Queremos que vaya gente, ¿no? ¿Tú qué estás diciendo?

Luz se sentó en la banqueta, usó un brazo para apoyar el que estaba sujetando el teléfono.

—Que es algo secreto organizado por alguien muy conocido y que tiene que ver con fantasmas.

—Di que hay tetas.

Oona se volvió a reír.

—Di todo eso, pero añade: fantasmas y tetas.

—No pienso hacerlo.

—¡Hazme caso! Queremos que se llene. —La puerta se abrió y dos mujeres que parecían madre e hija entraron dando los buenos días. Luz respondió al saludo—. Te tengo que dejar. Entró gente.

Oona se despidió y Luz se acercó a las clientas.

—Buenos días, ¿les puedo ayudar a encontrar algo hoy?

—Mi hija se casa en unos meses y estamos buscando regalos poco convencionales para obsequiar a los invitados.

—¿Qué les parecen incienso orgánico y espray contra la radiación del wifi?

—¿También orgánico?

—Déjeme que mire.

Esa noche Luz apenas pudo dormir, nerviosa con lo que quedaba por coordinar del evento. Y también porque, a cada minuto, se imaginaba a Dariel entrando por la puerta. Con esa cara de furia que le había visto esa noche después de salir del bar secreto. Dariel no era tonto, debía haber entendido qué pasaba. O, por lo menos, que algo pasaba. Después de una hora dando vueltas en la cama, finalmente el cansancio venció a la ansiedad y se quedó dormida.

El día siguiente pasó en una neblina vertiginosa de emociones, entre ultimar detalles para el evento secreto y la inquietud que le apretaba el esternón porque Dariel no había dado señales de vida todavía. Las chicas le habían dicho que no había estado en casa los últimos días. Eso la tranquilizaba un poco.

Una idea oscura le recorrió el sistema nervioso. ¿Podía ser Dariel quien se la quisiese quitar de en medio? ¿Por qué había ido a hablar con Jack sin decirle nada? ¿Por qué no se comunicaba si, claramente, las había visto reunidas la otra noche y a estas alturas ya sabría que estaban tramando algo? ¿Era él quien la intentaba asustar con las moscas? Al fin y al cabo, ella le había confesado que el fantasma hablaba mucho de moscas aquella noche en que su agua se había llenado de esos bichos asquerosos. Ahogó una arcada, recordándolo.

—Demasiadas conjeturas —murmuró.

Y ella no tenía tiempo para conjeturas.

Al acabar su jornada tomó un bus y se bajó en Fulton y la décima. Cruzó la calle para acceder a la entrada más cercana al punto de encuentro en el Golden Gate Park.

Cruzó la avenida de John Kennedy, llena a esa hora de la tarde con familias paseando, deportistas haciendo ejercicio, patinadores, turistas, perros y demás visitantes del parque. Era una tarde cálida, lo más parecido al clima veraniego que Luz había visto en esa parte de la ciudad desde que había llegado. El sol estaba todavía alto y los niños jugaban en manga corta.

Atravesó los jardines jurásicos del museo De Young, dejando la inmensa estructura de cobre a su derecha. Luz todavía no había tenido tiempo de visitar los museos que San Francisco ofrecía. De Young le intrigaba especialmente, con su exterior de cobre y su torre, que parecía una pirámide invertida. Se le antojaba una amalgama a medio camino entre templo egipcio y nave alienígena.

Se paró un instante para admirar las esfinges que lucía protegiendo la fachada, que cimentaron su teoría de que el edificio era de inspiración faraónica. Las imponentes esfinges parecían estar a punto de ponerse de pie y galopar hacia las zonas más escondidas del parque.

Luz bajó unos escalones anchos y caminó a través de hileras de olmos y plátanos de sombra desmochados, parándose brevemente en una fuente. Estudió la silueta de un puma peleándose con una serpiente que la adornaba. El sol se reflejaba en el agua, en la que un par de palomas bebían en ese momento. Un padre corrió para evitar que un niño pequeño metiese la mano en el agua verdosa y las palomas salieron volando, en dirección al Museo de las Ciencias, opuesto al De Young, con su tejado de casa hobbit, cubierto de hierba y plantas.

Algunos transeúntes descansaban en bancos. Unas chicas hacían un baile coreografiado mientras otra las grababa. Un pianista tocaba una agradable melodía.

Luz sonrió mirando a su alrededor. Maravillada, al igual que había estado Alma Arabella, del trabajo de ingeniería que debía haber sido construir ese parque en dunas de arena.

Oyó que alguien la llamaba. Se giró y comenzó a caminar hacia la voz. Esquivó a un grupo de turistas montados en Segways y se abrió paso en una zona donde había varios artistas vendiendo sus acuarelas. Un olor repentino a perrito caliente le hizo deducir que habría un puesto cerca.

Atravesó la plaza, flanqueada por los árboles gruesos y talludos como muñones, en dirección a la cancha acústica que era el pabellón de música Spreckles, construido por un magnate del azúcar a finales del siglo XIX. Afiló la mirada para discernir a Alexander con los brazos en alto. Se acercó con cara de sorpresa.

—Pero ¡padrino! ¿Cómo conseguiste alquilar esto?

—Con determinación y un poco de caradura. —Su risa se proyectó dentro de la estructura hacia donde estaba Luz, haciéndole sonar atronador.

—¡Menuda acústica! —exclamó Luz agitando los dedos de su mano derecha—. ¿Y Gladis?

—Viene más tarde. No le dio tiempo a terminar sus piscolabis.

Luz subió los escalones para reunirse con su padrino, observó unos

segundos la estructura con clara inspiración renacentista; como el artesonado de la semicúpula y las esculturas en relieve de dos musas con apenas ropa en el friso.

Luz puso cara de grima imaginándose un terremoto y a aquellas gigantescas mujeres cayendo sobre ellos. Apartó la imagen de su mente cuando vio llegar a sus compañeras de piso.

—¿Estás segura de que vamos a hacer esto? —preguntó Oona, llevándose las manos a la cintura y oteando la plaza al lado de Luz.

Luz asintió.

—Solo espero que funcione —susurró.

—¡Yujuu! Halcón tostón en localización—Gladis gritó desde la calle, enfrente de la entrada del jardín japonés. Sonreía de oreja a oreja mientras sujetaba cuatro bandejas cubiertas con papel de aluminio.

Un autobús turístico rojo de dos plantas se alejó. Su conductor agitaba la mano a través de la ventanilla.

—¡Gracias, muñeco! —Gladis le gritó al conductor—, te llamo —dijo cuando el bus ya se alejaba.

Gladis dio sus saltitos a través de la calle. Se metió por el pórtico del lateral y, con su amplia sonrisa todavía en la cara, dejó las bandejas en una mesa que Rose acababa de armar. Se llevó la mano al oído como si hablase por un pinganillo.

—Operación aperitivo activada. —Luz sonrió al ver los ojos en blanco de su padrino. A Gladis no pareció importarle y prosiguió—. Traigo tostones, yuca frita y flautas de picadillo —mostró el interior de las bandejas— hecho todo por estas manitas —las movió en el aire—, ya les pasaré la factura —soltó una carcajada.

—¡Genial! —exclamó Luz. Miró al parque, después a su equipo. Dio una palmada—. Vamos a prepararnos.

CAPÍTULO 51

La gente comenzó a llegar con timidez, se sentaban en los bancos de atrás. No estaba lleno, pero tampoco vacío. Muchos miraban al escenario curiosos, otros precavidos. Luz tomó su lugar frente al atril que Rose había traído también de la biblioteca. Sintió un calor en su corazón de gratitud por haber encontrado tan buenas amigas en esa casa maldita.

Ajustó el micro en el trípode a su altura. Oona se posicionó tras la cámara después de teclear algo en el ordenador. Rose se aseguró de que el amplificador funcionase con la ayuda de Luz, que dijo «probando, probando» un par de veces. Fen atendía llamadas y tuiteaba con furia. Por su lado, Alexander y Gladis se habían mezclado entre la gente del parque, tratando de atraer a más espectadores.

Un viento fuerte se levantó de pronto. Luz tuvo que sostener los papeles en su sitio. El cielo se estaba llenando de nubes oscuras y gruesas, el aire estaba cargado. Respiró hondo. Un hormigueo en su pecho le hacía difícil tomar aire. Sabía que lo que iba a leer no era lo que se esperaba de un diario doméstico de una mujer de clase alta de la época victoriana. Sabía que Dariel no le volvería a hablar y que estaba tirando por tierra la mejor oportunidad que nadie le había dado nunca.

Miró a la gente congregada. Después a Oona que, con un ojo guiñado y el otro en el visor de la cámara, le dio paso mostrando su dedo pulgar.

—Me llamo Luz Violeta. Una noche como otra cualquiera, un fantasma me dictó su diario mientras yo dormía. Hoy voy a leer sus últimas páginas.

Pasaron meses en los que no me dejaron moverme de la cama. El médico decía que todavía no estaba recuperada. Me traían la comida a mi cuarto. Solo los domingos me dejaban caminar un poco por los pasillos. Y una vez al mes, me dejaban ver a mis hijos. Cuando me traían a los niños, ellos lloraban y se iban al regazo de ella. Aunque no los culpo.

Mis fantasmas se multiplicaban cada día. Como moscas. Enjambres de espectros chocando entre ellos y contra las cosas.

Lorenzo ya no venía a verme. Solo cuando necesitaba que firmase algún documento que yo ya ni leía. Para qué. A veces yacía conmigo

hasta que se derrumbaba sobre mi pecho. Después se levantaba y, en silencio, volvía a abandonar la habitación. No sin antes decirme que me lavara más a menudo. Me quería morir.

Con el tiempo, la gente de la casa dejó de preocuparse por mí. Era como si se hubiesen olvidado de que todavía estaba viva.

Así que empecé a aprovechar para escaparme.

Había descubierto que, si salía de casa de madrugada y volvía antes del desayuno, nadie reparaba en mi ausencia.

Iba a la cochera y preparaba mi caballo favorito. Era negro con unas motas grises en el rostro. Se llamaba Chico.

Cabalgaba a través de la propiedad, hacia el bosque del Presidio, entre árboles retorcidos y oscuros. Oía la cacofonía de pájaros y sentía paz. Después, la espesura de la vegetación daba pie a un camino arenoso al lado del acantilado. Y el miedo de caer a esas aguas inmisericordes que bullían allá abajo era revitalizante. Un día encontré un camino empinado hacia el fondo en el que nunca había reparado. Mi caballo se mostraba reticente a bajar, pero lo convencí hincándole mis talones más fuerte de lo que estaba acostumbrado. Bajamos, con cuidado, varios minutos, entre silvas y cipreses disecados por el viento del mar hasta convertirse en huesos calcinados. Al final, escondida entre colinas en flor, había una playa. El mar era ruidoso y furibundo. Parecía masticar y tragarse todo lo que osara interponerse en su camino. Se peleaba contra las rocas, llenas de mejillones y aves que trataban con poco éxito de pescar. El olor a algas podridas y sal era sobrecogedor. La arena era gruesa y todavía estaba humedecida de la última marea, salpicada de piedras negras. Había un cuerno de niebla en la distancia del horizonte marino.

Entonces vi a las brujas por primera vez. Todavía estaba amaneciendo.

Eran tres. Estaban justo en la orilla. No parecían temer a los escupitajos del océano. Iban vestidas solo con ropa interior. Llevaban el pelo suelto, oscuro y largo, cayendo en cascada sobre sus espaldas. Realizaban un baile extraño, los brazos en alto, las piernas al compás de una música inaudible. La del medio bebió de una botella y, después, escupió el líquido. Otra dejó algo de fruta y la tercera unas flores. Se dieron la vuelta y me vieron. Yo me puse a temblar. Apenas podía controlar a mi caballo, que relinchaba y pateaba nervioso.

Me hicieron un gesto para que me acercase. Miré detrás de mí. El corazón latiendo enloquecido.

—Sí, tú —dijo una de ellas mientras agitaba la mano.

Recé un padrenuestro por lo bajo mientras me apeaba del caballo.

Lo até a la rama baja de un pino. Me acerqué, tratando de no mostrar mi pánico. Eran brujas, eso estaba claro. Tenían una sonrisa

insolente.

—¿Nos estás espiando? —preguntó la más bella, de piel brillante e inmaculada, ojos oscuros y grandes.

—Yo solo estaba paseando, no he visto nada, no sé qué hacéis ni quiero saberlo. Soy una mujer cristiana.

—Tranquila, no estamos interrogándote, y, desde luego, no estamos haciendo nada malo —dijo la segunda con una carcajada estruendosa.

—¿Y qué te trae por aquí a estas horas? Sabes que no es muy seguro para una dama de tu posición. Hay traperos e indeseables. Estás muy lejos de Pacific Heights, ¿sabes?

—No vivo en Pacific Heights, y sé defenderme.

—¿De verdad? —dudó la primera sujetando mis muñecas llenas de cortes que yo misma me hacía con mis uñas sin saber muy bien por qué. Yo aparté mis manos.

—Nuestra casa está ahí arriba, siguiendo ese camino. —Señaló la chica de figura más delgada y pelo ondulado—. Me da la impresión de que necesitas ayuda.

—No tengo dinero —confesé.

—Joyas nos valen, o ropa.

—O el corazón de tu primogénito —me susurró la más joven.

Me estremecí visiblemente con su proposición, pero ellas se rieron enseguida y me di cuenta de que estaban de broma.

Pasarían casi dos años desde aquel encuentro hasta que fuera a verlas otra vez, a las tres brujas. Me había quedado de nuevo encinta. Y el tiempo dejó de tener sentido en mi mente.

El siguiente bebé vino tan rápido que no tuve ni tiempo de reaccionar. Estaba en el cuarto de baño cuando noté la presión en el vientre. Tuve tiempo de agacharme y agarrar ese ser pequeño y purpúreo. Llorando también, como sus hermanos. ¿Llorarán todos tanto? ¿O será que los asusto?

Al momento, Miss Nora y ella estaban allí. Me miraron como si fuera un animal, un puerco en la piara. Me lo sacaron por la fuerza.

Era extraño porque, aunque no quería traer hijos al mundo, cada vez que me los sacaban notaba un dolor sobrecogedor, como si me cortaran un trozo de mí, un trozo que necesitaba para estar completa. Y, a menudo, me dolían, como un miembro fantasma. Tras dar a luz a mi pequeña Isabella, me sumí en una niebla densa y oscura como las nubes de las mañanas entre los pinos.

Los días se mezclaban como acuarelas en el agua. Las noches eran densas y torpes a causa de la medicación que me administraban. Y mis fantasmas cada día más grandes y patosos. Llenaban las esquinas

y huecos de mi cuarto y mi cabeza. Ya no escribía. No comía apenas. No hablaba. Estaba dejando de ser.

Una noche me pareció oír a uno de mis hijos llamarme. Sabía que eso era imposible porque nunca me habían llamado. Normalmente no atendería, ya que me habían dicho que eso los indispondría todavía más, pero esa noche algo me dijo que debía acudir a su lado. Mis fantasmas se agitaron más de lo normal cuando me vieron salir de mis aposentos en dirección al cuarto de los niños. Me resultaba casi imposible concentrarme en avanzar a través de los corredores hacia mi destino.

Llegué y entreabrí la puerta, pero estaban durmiendo los tres, sus caras sonrosadas y brillantes con la luz de mi candil arrojada a sus mofletes. Pero seguía oyendo los lloros. Comprendí que venían de la habitación de ella, contigua a la de mis hijos. Cuando llegué, al principio no entendía qué estaba viendo entre el remolino de espíritus alrededor.

Eran ella y Lorenzo, juntos. Sus sombras proyectadas contra la pared dibujaban una contorsión monstruosa. Ella gemía contra la almohada. Una arcada me sobrevino cuando Lorenzo me vio, parada en la puerta, rodeada de mis fantasmas en frenesí. Tanto ruido.

Me miró, pero no paró. Siguió poseyéndola salvajemente, mientras me dedicaba una mueca indescriptible.

Aunque ya sabía que ella era su amante, verlos juntos precipitó algo dentro de mí. Algo me impulsó hacia ellos, y lancé el candil contra sus cuerpos sudorosos. Nos quedamos a oscuras, solo la luz de la luna se filtraba a través de la ventana. Ella se escondió tras la cama, tapada con una de las mantas, pero Lorenzo me sujetó por las muñecas.

Un volcán se desató dentro de mí y mi voz volvió a mi garganta, revestida de una autoridad que me sorprendió. Comencé a gritar que iba a solicitar el divorcio por adulterio, que iba a hablar a todos los periódicos, que me iba a llevar a los niños…

—¡Y mi herencia! —grité—, se te va a acabar despilfarrar mi dinero en tus negocios ruinosos y esta meretriz.

Los vasos sanguíneos en sus ojos se inflamaron de golpe. Me agarró de la garganta, me aplastó contra la pared y comenzó a apretar. Yo notaba cómo mi cabeza iba a explotar con la presión. Entonces ella llegó por detrás y, agarrando sus brazos, le suplicó que parara. Él volvió en sí y me dejó caer. Yo comencé a toser, hasta que recuperé el aire.

—Nadie la va a creer. Recuerda que tú tienes los papeles médicos con su diagnóstico y todas sus pertenencias están a tu nombre desde que la incapacitaron. Ya te dije que era mejor internarla. No es seguro tenerla en casa con los niños aquí. Quién sabe qué será lo

siguiente que haga —dijo ella.

—Tienes razón —respondió él como si yo no estuviese allí, recomponiéndose mientras se vestía—. Vamos a tener que internarla —concluyó finalmente—, Dios sabe que quise evitarlo, pero no veo otra opción.

La miré de reojo, y gruñí como una bestia enseñando todos mis dientes, babeándome. Si creían que estaba loca, mejor hacer mi papel bien.

Ella puso una mano en mi hombro, con miedo.

—Vamos a descansar, Alma querida, mañana te traeré un chocolate caliente, como a ti te gusta —me dijo.

El mero tacto de su piel me ponía la carne de gallina, pero no era el momento. Tenía que ganar tiempo.

Esperé a que se durmiesen y corrí hacia afuera, hacia los establos. Ensillé a Chico y juntos cabalgamos hacia la casa de las brujas.

Era como si mi caballo conociese el camino cuando nos adentramos por la senda junto a la playa que ellas me habían indicado. Todavía estaba oscuro y la luz de la luna iluminaba los pocos hierbajos y plantas que crecían en la yerma arena de las dunas.

Nos adentramos en un pinar hasta llegar a un pequeño claro en el que una cabaña de madera exhalaba bocanadas de humo. Un búho cantaba en el tejado. Me apeé del caballo y, de pronto, fui consciente de mi estado: en camisón, con la trenza del pelo desatada y mi cabello convertido en una maraña. Todavía tenía la cara hinchada por el llanto de desesperación.

Llamé a la puerta, y no pasaron más de unos segundos cuando una de ellas, en ropa de cama, abrió portando una vela.

Me miró un segundo y sonrió.

—Mirta, ganaste la apuesta —dijo dirigiéndose a alguien que había dentro.

Otra hermana, que resultó llamarse Delfina, salió de un cuarto contiguo arrebujándose con su mantón.

—No. Mirta había dicho tres años. Yo dije dos —explicó Delfina a su hermana.

—Tú fuiste la que dijiste tres —replicó Artemisa, que seguía parada en la puerta que había abierto para mí.

—De eso nada, dije dos —insistió Delfina.

—Dijiste tres, lo tengo escrito —replicó Mirta reuniéndose con sus dos hermanas en el salón.

—En uno de tus muchos cuadernos… Pues buena suerte encontrándolo. —Artemisa puso los ojos en blanco mientras se sentaba alrededor de la única mesa que había.

—Como si tú fueras más ordenada —respondió Mirta.

—Más que tú, desde luego —dijo Artemisa.

—¿Qué decís? —se burló Delfina—. ¡Si sois las dos un desastre!

Yo seguía en la entrada, temblando por el frío y el shock. A la luz de las velas, parecían de pronto tan jóvenes, tan inmaduras, peleándose como niñas de colegio. Nada que ver con las mujeres que había visto en la playa, en mitad de aquel ritual. Por un momento me arrepentí de haber ido allí y retrocedí un paso. Ellas lo notaron porque me volvieron a prestar atención.

—No te quedes ahí parada. Entra y cierra la puerta, que vas a meter todo el frío dentro —me dijo Delfina.

Puse un pie delante del otro, tratando de controlar mi respiración. ¿En qué me estaba metiendo?

La casa era poco más que una choza, pero bien mantenida y acogedora. Intuí que aquel lugar estaba cuidado con un orgullo que ni todo el dinero del mundo ni todas las antigüedades podían ofrecer. Había una cocina de leña, una chimenea, y al lado de las ventanas, una mecedora y un sofá. Había pieles de ovejas y otros animales en el suelo y las sillas; hierbas y flores colgaban de las vigas del techo, dándole un aspecto cuasi fantástico.

Me ofrecieron una silla a la mesa de madera redonda, donde ellas ya estaban sentadas. Me miraban con curiosidad, como si fuera la creación de un científico loco. La tetera silbó en el fuego.

Mirta sopló en una taza que luego inspeccionó. Espolvoreó unas hierbas y vertió agua hirviendo, tras lo cual, dejó caer un azucarillo. El té inundó la cabaña con los olores de la manzanilla y la menta. Me ofreció una taza. El té era oscuro y algo picante. Hizo un gesto con las manos para que bebiera. Obedecí, sin dejar de mirarlas.

Las tres eran muy parecidas, con su tez morena y sus ojos grandes y, me atreveré a decir, implacables. Mirta era la mayor y, de cerca, su cara mostraba algunas arrugas finas. Su pelo, más liso que el de sus hermanas, estaba entreverado de canas, que se condensaban en el flequillo convirtiéndolo en un mechón blancuzco. Aunque no parecía consecuencia de la edad, sino de esos con los que a veces nacen los bebés. Su cara era la más pálida y angulosa de las tres. Delfina era la mediana y la más dulce. Sus ojos eran de un color miel y un enjambre de pecas salpicaba su labio superior y sus mejillas. Lo más destacable era su boca encarnada e hinchada. Me di cuenta de que se chupaba los labios constantemente, como una manía nerviosa. Artemisa, la más pequeña y ruidosa, tenía un cuerpo fuerte y una estatura alta. Sus rasgos eran pequeños: nariz, boca, manos; había un contraste extraño entre su altura y sus órganos. Tenía una risa fuerte y contagiosa. Era mi favorita.

—¿Desde cuándo los ves? —me preguntó Artemisa con un gesto afable.

—¿A quién?

—Ya sabes a quién. —Dio un pequeño sorbo de su té mientras miraba a mis fantasmas directamente.

Yo, intentando disimular mi estupor, decidí contar la verdad.

—Desde pequeña —susurré.

—Artemisa también los puede ver. Nosotras dos, solo cuando tenemos ayuda externa. —Delfina guiñó un ojo.

—Es un don que suele heredar solo unos de los descendientes. Y me tocó a mí —explicó Artemisa.

Yo asentí, observando las hojas de mi té hundirse en el fondo.

—¿Sabes qué quieren? —titubeé.

—Algunos nada, otros todo. Son un poco como polillas que se acercan a la luz. Están a oscuras. ¿Por qué no los escuchas? Háblales, a ver qué te cuentan —me propuso Artemisa.

—Ni de broma. Lo último que necesito son más razones para que mi marido y su ramera me internen.

—O sea, que por eso estás aquí —dijo Mirta con una palmada en la mesa.

—Ahora sí, ¡paga! —Artemisa extendió la mano a Delfina.

Mirta me susurró:

—También habíamos apostado la razón por la que volverías.

Delfina bajó el cuello de mi camisón, mostrando los moretones en mi piel.

—De eso nada, vino por esto.

Yo me tapé avergonzada.

—A ver, preguntadle a ella, que aún no le habéis preguntado y estáis haciendo conjeturas. Ni que fuera el primer marido adúltero con la mano larga que cree que todas estamos locas —dijo Mirta sin emoción.

—¿Qué quieres? Habla —me presionó Artemisa.

Yo continuaba callada.

—Si no lo pides, no te lo podemos dar —me advirtió Delfina con un tono más gentil.

Me tembló el labio inferior, y traté de calmarlo antes de contestar. Tenía una piedra en la garganta. Tragué saliva, respiré hondo y cerré los ojos.

—Quiero que me vuelva a amar. —Elevé el mentón, orgullosa de haber conseguido doblegar las lágrimas. Dije en tono más alto—: Y que nadie consiga echarme de mi casa.

—Lo segundo es más fácil, lo primero te costará más —dijo Mirta.

—Ya dije que apenas manejo dinero, que tengo joyas —le recordé.

—Al margen de eso. Te costará a ti, más. Cuando alteras la voluntad de alguien, tu voluntad es alterada sin tu consentimiento —

advirtió Artemisa.

—No me importa —dije yo sintiendo el miedo asentarse en las entrañas.

—Piénsalo, esto es algo que después no puedes deshacer. No te podremos ayudar una vez lo hagas. —Delfina puso su mano en mi brazo.

—Es la única manera —repliqué yo, desoyendo las punzadas en mi estómago.

—Siempre hay otras maneras. Puedes irte —ofreció Delfina.

—¿Sin nada? ¿El dinero de mi tía que él se está gastando con esa furcia? ¿Y que mis hijos crean que los he abandonado y me odien? No puedo. —Mis lágrimas se derramaron esa vez, corriendo caóticas por mi cara—. Quiero que ni la muerte nos separe —murmuré. Mi voz era apenas un sollozo.

En ese momento, sentí un dolor agudo en mi nuca, como si una avispa me hubiese picado. Me llevé la mano al foco del dolor, pero una de ellas me la agarró. Otra recolectó mi sangre con un pequeño bote. Cada una introdujo algo en el frasco: Delfina espolvoreó tierra, Mirta un mechón de mi propio pelo que cortó con habilidad, Artemisa metió algo de ceniza del fuego. Me dijeron que escupiese dentro. Obedecí.

—Entra en esa habitación —dijo Mirta—. Camina de rodillas hasta el altar, no levantes la vista hasta que llegues a los pies de la estatua. Una vez allí, repite tu deseo. Que tus palabras salgan de lo más profundo de tu voluntad. Lleva el frasco, y con este puñal, raspa un poco del talón de la estatua, y déjalo caer dentro del recipiente.

Yo caminé con paso pesado. Trataba de contener el temblor. Por alguna razón estaba aterrorizada. Tragué saliva frente a la puerta, ahora las tres me estaban observando con una mirada casi inhumana. Me pusieron el pequeño puñal en una mano y el frasco en la otra. Las miré suplicante.

—Has de ir sola —me dijo Mirta.

Respiré hondo. Me armé de todo el valor que pude conjurar y abrí la puerta.

Un olor fuerte y nauseabundo me hizo retroceder. Las volví a mirar, pero ellas se mostraban impertérritas ante mi resquemor, sus ojos estaban vidriosos.

Era un cuarto sin ventanas. En penumbra, excepto por unas velas al fondo.

Me puse de rodillas, tratando de contener la náusea. Y comencé a gatear. El olor se volvió más y más insoportable y tuve que concentrarme en calmar mis impulsos de correr en dirección opuesta. Sabía que esta opción era mi única esperanza, así que perseveré.

El altar estaba cubierto de flores, conchas y comida. En un cojín

ornamentado había una estatua en posición de loto. Alcé la mirada, hacia la estatua, y ahogué un grito. No era una estatua, sino un cuerpo momificado, como esos que estaban descubriendo en Egipto.

Era la figura de una anciana, su piel seca, oscura y correosa como el cuero. Su escaso y deshilachado pelo y sus uñas larguísimas.

Sabía cómo eran las momias, ya que una vez había visto una. En casa de unos amigos de mi tía en París donde, tras la cena, desenvolvieron a una para sorpresa y estupor de todos los asistentes.

Pero esta es la parte que no puedo explicar. Ella parecía estar viva, juraría que me miró mientras raspaba un poco de su ennegrecido y correoso talón. La podía sentir respirar.

Salí lo más rápido que pude manteniendo la misma posición de penitente. Me acerqué a las brujas.

—La próxima vez que él esté dentro de ti, en el momento de su clímax, córtale con este mismo puñal y rocía el contenido en su herida mientras dices: «Esto nos ata y nadie nos desata» —dijo Artemisa con voz susurrante y grave.

Me pusieron una gasa empapada en un olor fuerte en la herida y envolvieron los contenidos del conjuro en un trozo de lino. Me quité el anillo de diamantes con un zafiro en el centro que me había dado mi tía al cumplir los quince y se lo ofrecí como pago.

—Recuerda —me dijo Mirta mientras metía el anillo en un saquito que había sacado de su cintura—, más vas a tener que pagar. Más de lo que cualquier hombre merece. Todavía estás a tiempo.

Pero yo estaba decidida. Les di las gracias y me guardé el pequeño frasco. Delfina me abrazó. Las otras dos esperaron en el umbral de la puerta con los rostros serios. Me monté en mi caballo y cabalgué de vuelta, justo antes de que el sol subiese al cielo.

CAPÍTULO 52

Luz se sintió mareada y se sujetó la cabeza.

—¿Estás bien? —Fen se agachó para mirarla con cara angustiada.

—Necesito beber algo de agua —dijo Luz con voz débil.

Oona se acercó al micro y habló para la cámara y la gente que ahora abarrotaba las gradas:

—Eh… Nos vamos a tomar cinco minutos de descanso para que Luz pueda reponer fuerzas. —Miró a su alrededor—. Mientras tanto, nuestra bibliotecaria y experta en historia de San Francisco, Rose McBryde, nos va a contar un poco de la época en la que vivía Alma Arabella. No hay más que verla para saber que es su tema favorito. —Hizo un recorrido con la mano para resaltar su atuendo.

Rose miró al público con ojos de pánico.

Oona puso cara de cordero degollado, su mano animándola a moverse.

—Venga, Rose, no seas tímida. Venga —se dirigió al público—, un aplauso para Rose, claro que sí.

Rose se acercó al micro de mala gana. Sonrió incómoda. Tartamudeó un «hola». Sonrió otra vez. Tomó aire y, por fin, comenzó a declamar.

—Corría el año 1880 cuando Alma Arabella llegó a este mundo. —Miró a Oona con implacable rencor y su amiga dijo un «lo siento» con los labios. Rose volvió a mirar al público con una sonrisa forzada—. Los Estados Unidos estaban experimentando una segunda revolución industrial en forma de innovaciones tecnológicas, medios de transporte y sociales…

Luz se alejó del pabellón y bajó las escaleras de un lado del pórtico. Se sentó en una piedra.

Le dolía la cabeza y la garganta y se sentía absolutamente drenada.

—¿Estás bien? —le preguntaron Oona y Fen.

Luz asintió con los ojos cerrados.

—Creo que sí. Solo que es muy intenso.

—Y que lo digas —dijo Oona—. ¿Brujas?, ¿conjuros? Es un poco demasiado, ¿no?

Luz se encogió de hombros.

—No creas que no estoy de acuerdo contigo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —Dariel apareció dando

grandes zancadas hacia ellas.

—Oh, oh —acertó a decir Fen.

—Conspiráis a mis espaldas para dejarme como un idiota con la editorial más importante del mundo y lo único que se os ocurre es «¿Oh, oh?».

—Lo siento, Dariel —acertó a decir Luz, mirándolo desde la piedra en el suelo.

—Sin mencionar que estás soltando una sarta de mentiras y barbaridades de, se supone, «mi familia» —dijo, simulando comillas con los dedos—. Se te fue la mano con la historia y ahora te has metido de lleno en la fantasía.

Dariel tomó aire, se despejó el pelo de la cara y se agachó.

—Luz —dijo suavemente.

Luz lo miró. Esos ojos implacables, de un azul cristalino.

—Luz, por favor, para esto ahora. No termines. No manches el nombre de mi familia. No he hecho más que ayudarte. Todo lo que he hecho, lo he hecho por ti. Porque me gustas… mucho. Me sacas de quicio, pero quiero estar contigo a cada minuto. Luz. Escúchame —le sujetó la barbilla—, todavía podemos arreglar esto. Puedo hablar con el editor. Podemos borrar el vídeo. Tú y yo. Imagínate, de gira por todo el mundo, visitando librerías en lugares encantadores del globo, desayunando en la cama los dos juntos, con vistas a las montañas suizas, o en un pueblecito noruego, lo que tú quieras.

Luz lo miró. Inhaló ese aroma embriagador, contempló ese pelo del color de la hierba en verano, esa mandíbula perfecta, esa boca arqueada…

Cerró los ojos. Se apoyó en las rodillas. Su corazón sonaba fuerte en su oído.

—Vale —dijo ella.

—¡¿Qué?! —preguntó Fen con incredulidad.

—Lo haré —aseguró Luz mientras se ponía de pie.

—¿De verdad? —Dariel preguntó también incrédulo.

—De verdad.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —Oona la miró a los ojos, tratando de descubrir algo tras sus palabras.

—Creo que sí —dijo Luz asintiendo varias veces.

Luz se esforzó en ponerse de pie. Rechazó la ayuda de Dariel o sus amigas y se tambaleó hacia el escenario.

Rose seguía hablando, parecía que se había ido por las ramas explicando los métodos que usaban las mujeres para no sudar la ropa. El público disimulaba bostezos.

—¡Ah! ¡Aquí llega la estrella de la noche! —canturreó Rose—. A lo mejor después puedo seguir con mi pequeña exposición —se rio tapándose los labios.

—¡Bravo! —Gladis y Alexander se pusieron de pie para dar una ovación a Rose.

—Además de linda, ¡inteligente! —gritó Gladis.

—Combinación mortal —añadió Alexander.

Luz se sentó esta vez en la silla plegable al lado del atril. Bajó el micro y esperó a que los aplausos se acallaran. Miró hacia su costado, a las chicas y a Dariel. Miró a la luz roja de la cámara. Miró al público. Estaba anocheciendo, una neblina se sobreponía sobre los árboles y estatuas del parque. Sin decir nada, cogió los papeles del fantasma y siguió leyendo:

> *Estaba claro que Lorenzo y ella habían puesto en marcha su plan ese mismo día, ya que esa tarde Miss Nora vino a hablar conmigo. El médico les había recomendado, ya que era aparente mi falta de sueño y mi delirio, que me instalaran en un cuarto más tranquilo, estando los niños en esa edad que alborotan tanto. Mis nuevos aposentos se ubicarían en la torre. Con las mejores vistas, decía Miss Nora en tono jocoso. Esperé sentada en mi cama hasta que me avisaron de que estaba todo listo. Subí por las frágiles escaleras con el espíritu ausente. Determinada a esperar al mejor momento para llevar a cabo mi propio plan. Miss Nora cerró la puerta con llave. La oí alejarse escalones abajo. Intenté abrir la ventana, cerrada también. Chillé con todas mis fuerzas.*
>
> *Desde ese día me traían la comida y la medicación que me hacían tragar delante de ellos. Después volvían a cerrar la puerta. Yo sabía que era cuestión de tiempo hasta que los instintos más bajos de Lorenzo le volviesen a traicionar, como siempre hacían. Yo esperaba. Pasaron las semanas y Lorenzo no venía. Y temía que no me diera tiempo antes de que me viniesen a buscar con una camisa de fuerza. Me empezaba a desesperar. Por mucho que mis fantasmas tratasen de abrazarme por las noches.*
>
> *Hasta que un día, de la nada, la puerta se abrió. Era casi el amanecer porque la luz tenía ese tono sanguíneo de noche moribunda. Lorenzo se quedó parado en la puerta. Apestaba a alcohol y venía tambaleándose. Me dijo:*
>
> *—Te he encontrado un sitio en San Diego. Te irás la próxima semana. Me va a costar un dineral, así que no pongas esa cara.*
>
> *Se acercó, tambaleándose.*
>
> *Yo dije:*
>
> *—Eres un monstruo.*
>
> *Él me agarró fuerte de la cara. El aliento a licor me hacía arder los ojos.*
>
> *—Todo a tu alrededor es miseria. Eres tan asquerosa como tu tía. Plebeyas, burdas. Putas las dos.*

Me empujó hacia la cama. Puso todo su peso sobre mí, mientras, con torpeza, trataba de encontrar el final de mi camisón.

Yo, sin casi tiempo de reaccionar, buscaba frenética con la mano bajo la cama, donde escondía el hatillo con los ingredientes del conjuro.

Deshice el nudo del hatillo con una mano. Él ni se enteró del corte, tan inmerso en su propio placer, y justo cuando llegó su clímax, abrí la botella y comencé a recitar las palabras del hechizo. De repente, todo comenzó a temblar.

Un rugido gutural se abrió camino en el aire. La cama comenzó a sacudirse, como un animal sarnoso. Caímos al suelo, y mi poción se derramó por las tablas del suelo; también sobre mi pluma, que se había caído del cajón.

Pasaron minutos, aunque quizás solo fueron segundos. Nos quedamos callados también. Justo cuando él iba a decir algo, el ruido y los golpes comenzaron otra vez. Era un ruido ensordecedor que hacía vibrar mi cráneo. Era como si la mano de Dios nos estuviese agitando dentro de un cubilete. No. Era como si la mano de Dios estuviese arrojando la casa por un precipicio hacia el infierno por lo que yo había hecho.

Por fin todo se calmó otra vez.

Pero después, como los brotes tiernos de principios de primavera, nacieron de súbito los gritos, chillidos y gemidos. Alaridos humanos y animales que comenzaron a oírse en todas direcciones. Lorenzo me miró con ojos enloquecidos, como culpándome a mí del estruendo. Entonces reparó en el contenido del bote roto en el suelo, vio el puñal con las inscripciones antiguas y relieves de serpientes enroscadas en lunas y hongos fálicos, se tocó el corte de la espalda…

—Bruja —dijo—, ¿qué has hecho, bruja?

Comenzó a caminar hacia atrás y en su ofuscación no cerró la puerta tras de sí.

No había conseguido acabar el conjuro. No solo eso. En mi pecado, había abierto las puertas del infierno. Me quedé hecha un ovillo en una esquina. No sé cuánto tiempo pasó, pero se hizo de día.

Salí de mi cuarto y caminé hacia la entrada, la casa estaba casi intacta. Era como si la maldad que había conjurado hubiera hecho la casa invencible. Me tambaleé hacia el exterior y comencé a caminar hacia la ciudad. Iba vestida con mi camisón y descalza pero nadie reparó en mí porque había mucha más gente como yo. Caminando sin rumbo, en ropa de cama, semidesnudos. Los había hasta en ropa de gala. Probablemente el fin del mundo los había sorprendido a la salida de algún local de libaciones, tras una noche de ópera y fiesta. Algunos estaban ensangrentados, otros cubiertos de tierra, los ojos vidriosos.

No lo puedo borrar de mi mente incluso ahora que ya no existo. La mezcla de carne y hormigón, como si se hubiesen fundido en uno. Las carcasas de edificios, abiertas como costillas de carroña, como osamentas carcomidas.

De vez en cuando veía brazos o piernas saliendo de entre las montañas de escombros, acompañados de gritos suplicando ayuda. Al principio traté de asistirles, pero pronto me di cuenta de que esa gente ya estaba enterrada. Vi, a las pocas horas, que la policía disparaba a matar a la gente que trataba de robar en las tiendas de comida, los bares de licor, los restaurantes. Muertos por todas partes, casi indistinguibles de los escombros. Sangre, carne y polvo. Y los fantasmas, oh, Dios, parecían la plaga de langostas de la Biblia, arremolinados sobre sus cuerpos. Algunos me veían percibirlos y se abalanzaban sobre mí. Trataban de tocarme, una y otra vez, desesperados.

—Estáis muertos —gritaba yo, ya sin importarme lo que la gente viese—. ¡Dejadme en paz!

Pasé por el lado del recién estrenado ayuntamiento. El edificio, que había tardado casi treinta años en construirse, era ahora una grotesca figura tambaleándose sobre la ciudad. Fue entonces cuando entendí el alcance de mi pecado. Caí de rodillas y pedí perdón a ese dios que nunca me había escuchado antes. No sé cuántas horas pasaron. Cuánto tiempo me pasé rezando a ese dios vengativo y cruel. Ese dios inexistente. Lo que sí sé es que, si Dios me escuchó esta vez, fue para infligir todavía más dolor en esa ciudad, ya que lo peor estaba por venir. Las entrañas de la tierra no se llevaron toda la ciudad, lo hizo el fuego.

Comenzaron en focos, cuando la gente trató de utilizar las cocinas de gas, pero se propagó como un incendio por la vegetación seca y la madera. Todo en esa ciudad infernal era madera. Oí a alguien decir que estaban dinamitando las casas para tratar de parar los incendios. La peor decisión que podían haber tomado, ya que multiplicó los incendios por cien.

Cuando el calor se hizo insoportable, regresé a mi casa.

Cuando llegué, ella estaba entrando en un automóvil con mis hijos, seguido por un carruaje rebosante de cosas, las cosas que mi dinero había pagado.

Lorenzo me vio llegar y, si se asustó con mi estado, no lo dejó ver. Me dijo:

—Ve a la habitación a coger tus cosas, nos vamos a Oakland.

Yo asentí, él me agarró del brazo y me llevó, tan gentilmente, escaleras arriba. Los sirvientes ya se habían marchado en otro coche de caballos. Según parecía, solo quedábamos nosotros.

Me dijo dulcemente que íbamos a alquilar una casa en Piedmont,

hasta que se arreglasen los desperfectos de esta. Que había cambiado de opinión después del terremoto. Que no me iba a internar. Buscaríamos ayuda, un especialista en histeria. Que todo volvería a ser como antes. Yo asentía, las lágrimas corriendo por mis mejillas, agradecida.

El hechizo había funcionado.

—¿Y ella? —pregunté entre lágrimas en el umbral de mi cuarto.

Él se paró un momento.

—Buscaremos a otra niñera, si quieres —dijo finalmente.

Di un paso hacia adentro, luego otro. Él cerró la puerta tras de sí, mientras que yo le daba la espalda y cogía mi maleta en el fondo del armario. De repente, noté algo húmedo en mis labios, seguido de un olor fuerte. Reconocí el olor y el sabor del cloroformo, que ya habían usado para mi primer parto. Me di la vuelta y caí de espaldas. Luego noté sus manos alrededor de mi cuello. Aunque ya no recuerdo más.

Cuando desperté estaba en este lugar. En esta tumba amplia. Donde no hay ventanas ni puertas, solo muros. Y mis palabras. Estaba preparada para ir al infierno, pero me desperté aquí. En lo que creo que es una herida de la casa. No lo sé. Si me concentro mucho, puedo ver qué pasa entre sus paredes.

Por ejemplo, vi a gente limpiar mi cuarto; vi a Mary, mi doncella, esconder mi pluma bajo los tablones del armario después de que Lorenzo hubiera quemado todos mis diarios.

Volví a desaparecer otros años. Después vi a mis hijos regresar e irse de esta casa. Y regresar de nuevo con sus hijos. Hasta que ya no reconocía a nadie. Veía a gente entrar y salir. Hasta que un día dejaban de hacerlo y otros ocupaban los surcos que dejaban en el aire. Poco a poco perdí mi humanidad y me volví parte de la casa. Ya apenas recuerdo quién era. Pedí ayuda a Dios, pero solo la casa escuchó mis plegarias. Hasta mis fantasmas me han abandonado. Solo me queda esta historia. Y la más absoluta oscuridad.

Pero un día noté que tú venías a verme. A mi tumba sin luz. Y vi que tú tenías los ojos abiertos. Por eso decidí darte mi historia. Con la esperanza de que me pudieras ayudar a no dejar de ser. Eres el único fantasma que no me ha abandonado. Toda mi esperanza empieza y termina contigo.

CAPÍTULO 53

Cuando terminó de leer, Luz tardó unos segundos en levantar la mirada, mientras se secaba las lágrimas y se sonaba la nariz. Una vez recompuesta, observó al público. Algunos espectadores también estaban llorando, otros tenían gesto de estupor. Buscó con la mirada a sus amigas, y a Alexander y Gladis. Todos guardaban silencio, como si fuese un funeral y estuviesen mostrando el respeto que la muerte de Alma Arabella se merecía. También trató de encontrar a Dariel con los ojos. Su pecho se encogió con tristeza cuando lo vio alejarse con la cabeza baja y el paso lento.

—Y eso es todo —dijo finalmente al micro.

Alguien comenzó por fin a aplaudir. Oona, sorbiéndose los mocos, fue a apagar la retransmisión. Los aplausos crecieron en intensidad, algunos asistentes se pusieron de pie.

Luz sonrió con una timidez poco característica en ella. Se despidió con la mano y se refugió del público en la zona del pórtico. Pronto se le unieron sus amigas, seguidas por Alexander y Gladis.

—Eso fue muy locura, ¿no? —se atrevió a decir Oona.

—Ya te digo —añadió Fen —, demasiado locura.

Luz hizo un gesto de humildad.

—Yo solo leí lo que escribí mientras dormía.

—Yo no quiero ser la aguafiestas —añadió Rose mientras comía un tostón—, pero hay datos que la muestran viviendo muchos años pasado el terremoto. Su muerte está registrada en los años cincuenta, creo. ¿Y no te acuerdas de esa foto en el periódico dando regalos a los niños?

Luz jugó con su chaqueta entre los dedos. Cogió una lata de cerveza que alguien había puesto en la mesa. La abrió, dio un sorbo y se limpió la boca.

—Lo sé. Pero creo que el marido le dio el cambiazo con la niñera.

—Muy locura, Luz. Muy locura —insistió Fen.

—Ya lo sé —contestó Luz.

Se quedó pensativa, mirando a la gente abandonar la plaza.

Tras una media hora en la que las chicas, su padrino y Gladis charlaron con otras amistades que se habían acercado a apoyar el evento, lo recogieron todo. Gladis y Alexander tomaron un taxi para irse a casa, pero Luz no se quería ir todavía. Convenció a Rose, Fen y Oona de que se quedasen.

—Vamos a explorar. Hace una noche preciosa. Y quiero celebrar que he terminado de leer las memorias del fantasma, ¿no?

Cogieron un pack de seis cervezas que todavía les quedaban y comenzaron a correr a través de la plaza, en dirección este.

Siguiendo a Rose, se adentraron por espesos y oscuros pasadizos vegetales dentro del parque, zonas en las que los árboles tapaban la luz de la luna y la iluminación eléctrica por completo.

Era excitante y vivificador volver a experimentar la sensación de lo peligroso y lo desconocido. Haber tomado el camino difícil otra vez, incluso para su carrera.

Llegaron, sin aliento, a la orilla de un lago. Una neblina cubría la superficie.

—¿Queréis oír otra historia de fantasmas? —preguntó Rose, y todas asintieron eufóricas.

Rose cerró los ojos y se aclaró la voz:

—Cuenta la leyenda que una madre joven estaba un día paseando con su bebé por el parque cuando se encontró con una amiga. Se sentaron en un banco a conversar y el carrito comenzó a moverse solo por la pendiente, acabando en el lago. La mujer no se dio cuenta hasta que terminó la conversación. Todo el día se lo pasó preguntando por su bebé. Solo cuando caía la noche decidió mirar en el lago. Dicen que entró y nunca volvió a salir a la superficie. Dicen que las noches de niebla, como hoy, se la puede ver buscando a su bebé. Una figura vestida de blanco, descalza, con sus cabellos al viento. Si la llamas tres veces, se aparece y te pregunta por el bebé, si dices que lo has visto, te persigue el resto de tu vida. Si le dices que no, ¡te mata! —Rose agarró a Oona por el brazo, haciendo que la iba a tirar al agua y esta chilló.

Fen y Rose se rieron, pero no Oona. Ni Luz, que podía imaginarse el dolor de una madre que, no solo en vida, sino también en muerte, vagaba por el mundo buscando a su bebé. Por toda la eternidad.

—¿Y si es verdad? —dijo en alto, mirando al destello de las farolas temblar en el reflejo del agua. Las chicas dejaron de pelearse para observar a Luz—. ¿Y si no hay nada después? Solo oscuridad, soledad y dolor eterno. ¿Y si solo hay Nada?

Fen acabó una lata de cerveza y eructó.

—En honor a la mujer del lago.

—Qué bruta —dijo Oona.

—¿Qué? Lo digo de verdad —añadió Fen—. La mujer del lago necesita ser honrada.

—¿Con un eructo? —preguntó Rose, con cara de asco.

—No lo digas más veces —advirtió Oona.

—¿El qué? —preguntó Fen.

—Su nombre. No lo digas una tercera vez —insistió Oona.

—¿No puedo decir: mujer…?

—¡Fen!

—Del…

—Fen, te lo juro que te doy una paliza.

—¡Lago!

Oona gritó y comenzó a correr, seguida por Rose y Fen.

Luz se quedó quieta, todavía atrapada en el trance existencial. Oyó las ramas moverse tras ella, y unos pasos. Sin mirar, corrió también.

—¡Esperadme!

Cruzaron un puente que parecía del medievo europeo. Y comenzaron a ascender por un camino con escalones de madera, los árboles a los lados otorgándole un aspecto fantasmagórico a la travesía.

Al cabo de unos minutos, llegaron a lo alto de la colina, con vistas a la ciudad y el mar. La noche se extendía sobre la urbe, añil y joven todavía. Se sentaron bajo un gran árbol. Se repartieron las últimas cervezas.

—Aquí es donde venían antes los jóvenes a magrearse —dijo Rose —. Había un observatorio antes del terremoto. Se llama la colina de las fresas, porque aparentemente todo estaba lleno de fresas salvajes.

—Debía de oler genial —dijo Luz recostándose sobre su plumífero e inhalando el olor de la tierra humedecida con la niebla baja. Puso sus manos en la barriga y miró al cielo, donde se podían distinguir algunas estrellas y Venus. Un avión soltó su estela y a Luz le recordó a una araña. Una brisa hizo cascabelear la hierba seca. Las demás fueron apoyando, una a una, la cabeza en el abrigo de Luz. Se quedaron en silencio, adormecidas por el alcohol y la melosidad de una noche de verano en una de las ciudades más hermosas del mundo.

—Desde arriba debemos de parecer una portada de un disco malo de los noventa —bromeó Oona, consiguiendo que todas soltaran una carcajada limpia.

Cuando se hubieron callado, Rose preguntó a Luz:

—¿Qué vas a hacer ahora?

Luz se frotó la nariz en tic nervioso.

—No lo sé. No creo que quiera seguir viviendo en la casa.

—No creo que Dariel te deje, de todas maneras —dijo Fen.

—Parecía muy enfadado —añadió Oona.

—Ya… —coincidió Luz.

Una estrella fugaz muy débil atravesó el cielo.

—¿La habéis visto? —El dedo de Rose apuntó al cielo.

—Era un satélite —dijo Fen.

—Era una estrella fugaz. Y he pedido un deseo.

—Muy bien, que sepas que le has pedido un deseo a una estación rusa.

—Que sepas que te quedaste sin deseo por cinismo.

—Yo también pedí uno —confesó Luz.

—¿Y qué pediste?

Luz no contestó durante unos segundos, su aliento sonaba profundo y fuerte.

—Que espero haber ayudado al fantasma a encontrar la paz.

Unas luces de coche apuntaron hacia donde estaban descansando las chicas. Una voz salió de un altavoz:

—¡No se puede dormir en el parque!

Las chicas se pusieron de pie, tapándose la cara de las luces que provenían del *Jeep*.

—Estábamos comunicándonos con nuestros ancestros del planeta Venus —dijo Fen con las manos en alto—. Ya nos vamos. Y si fuerais inteligentes, vosotros os iríais también. Están en camino.

—¡Cállate! ¿Quieres que nos arresten?

—Son guardabosques. ¿Dónde nos van a llevar, a la caseta de entradas?

—Vamos, que a mí me deportan —dijo Luz riéndose—. Ya nos vamos, perdónenla, su carrera frustrada es la comedia.

—Y la tuya modelo, no te jode —le respondió Fen, mordaz.

Luz abrió la boca.

—Se caen los guantes, señoras y señores —dijo Oona con voz de periodista deportivo.

Fen guiñó un ojo y comenzó a caminar hacia abajo, seguida por las demás. Rose un poco rezagada y despotricando, ya que la dejaron sola para recoger las cervezas.

Con mucho cuidado, bajaron unas escaleras que bordeaban una cascada artificial con agua verde como la kryptonita.

Tras callejear por diferentes avenidas, principales y secundarias del parque, llegaron a Fulton, pidieron dos taxis y se dijeron adiós. Luz tenía un bulto en la garganta. Sentía que se estaba despidiendo de ellas por última vez.

CAPÍTULO 54

Luz durmió como un bebé esa noche. Ni una pesadilla, ni rastro del fantasma. Se despertó descansada y con optimismo. Se estiró y descansó sus manos semicerradas a los lados de su cara. Se movió a su costado y cogió el teléfono del bolsillo de su pantalón. Supuso que todavía no era hora de despertarse porque no había sonado la alarma. Sonrió complacida porque se imaginó que, por una vez, podría desayunar con calma y llegar al trabajo sin tener que ir con prisas. Pero el teléfono se había quedado sin batería.

—Mierda —dijo mientras buscaba el cargador y lo enchufaba a la pared—. ¡Padrino! —gritó mirando hacia la puerta—, ¿qué hora es?

—Las ocho y media —dijo Alexander desde su habitación—. ¿Y por qué *gritai,* cabra loca?

—Perdón. Es que se me murió el teléfono y no me sonó el despertador, pero voy bien de tiempo. Vuélvete a dormir.

—Ah, gracias, infanta. Cuán magnánima es vuesa majestad —dijo Alexander con sarcasmo.

La luz de la pantalla por fin se encendió y su teléfono en seguida comenzó a emitir sonidos de mensajes de texto y llamadas.

Leyó uno de Oona:

> Eres trending topic, ¡llama!

Luz emitió un gritito de alegría.

—¡Soy *trending topic*, padri!

—Y esa *wevá* de *trendintopin,* ¿qué mierda es?

Luz usaba el dedo para mirar la lista de llamadas mientras contestaba a Alexander distraídamente.

—Que mucha gente está hablando de mí.

—¿Por la lectura de anoche? —Ahora Alexander estaba parado en la puerta, sujetando la bata cerrada con una mano.

—Supongo —contestó Luz.

Pero entonces le dio a un clic que Oona le había mandado al email. Su corazón se paró unos segundos.

—¿Qué sucede? —preguntó Alexander al ver su cara.

Luz leyó el titular en alto:

«La “autoproclamada” médium española, Luz Violeta, un nuevo fraude como las hermanas Fox».

Y debajo:

«Cómo la versión que le dio el fantasma a esta artista del engaño es, no solo factualmente errónea (basta con ir a la biblioteca más cercana), sino difamatoria para la familia Walters Di Leone y Constanzo».

Alexander se llevó la mano a la boca.

—¿En dónde se publicó esto?

—¿En dónde no? —dijo Luz mirando frenéticamente página tras página de noticias y webs de cultura locales y nacionales.

—Mira en esta. —Luz volvió a leer:

«No solo Alma Arabella, Condesa Di Leone y Constanzo, murió a una edad madura sin ninguna causa truculenta que lo haga más comercial para las mentes impresionables de la generación *millennial*, sino que fue, con su marido, una gran promotora de las causas más nobles que una familia con ese pedigrí se pueda asociar. Sus vidas, bajo todos los parámetros, han sido impecables, como lo han sido las de sus descendientes. Como Dariel Lee Walters Di Leone y Constanzo, quien, para su joven edad, en vez de estar jugando al póker rodeado de mujeres hermosas en las Vegas, o bebiendo hasta el abandono en un yate en las aguas de Ibiza, ha dedicado su vida y fortuna a preservar el incalculable patrimonio de su familia, y así ayuda a esta ciudad a mantener el magnetismo que seguramente impulsó a esta señorita española a mudarse aquí y aceptar la generosidad del Sr. Walters, quien le dejó a un precio irrisorio un cuarto en una de las mejores casas del Barrio del Outer Richmond».

Luz pegó un gritó de rabia absoluta.

—Te dejan a la altura del betún —dijo Alexander con tono desapasionado.

La cabeza de Luz le pulsaba con una jaqueca, y creía que iba a vomitar.

—No me puedo creer que me haya hecho esto…

—¿Quién?

—Dariel, ¿quién si no? —gritó Luz tirando el teléfono a la cama—. Lo está haciendo como venganza por haber echado por tierra el contrato con Infinite Page.

—Nena, no creo que Infinite firmara nada con esta información tan fácil de verificar —repuso Alexander mientras miraba de lejos la pantalla de su teléfono—. Acá dice que la mujer se murió de vieja, ¿y una cabaña de brujas en una playa del Presidio? Si dicen que su vida fue harto aburrida, *po*.

—No tiene sentido. —Luz buscaba algo en el suelo con los ojos—. ¿Entonces todo me lo he inventado yo? El fantasma no existe. ¿Estoy psicótica? ¿Tenía razón Fen?

Luz se dejó caer en el suelo. Dejó que las lágrimas brotasen, toda la

rabia contenida.

—*Aló* —dijo Alexander que acababa de contestar su teléfono—. ¡*Aló*, Marla! ¿Qué tal estás, cariño? ¿Todo bien?

Siguió un silencio en el que la cara de Alexander se comenzó a poner seria. Un ojo se le cerraba un poco en una contracción nerviosa.

—Ahá, ahá. Entiendo. No, claro, lo entiendo. Sí, no te preocupes, yo me comunico con ella. OK, un abrazo, OK, *chao*, *chao*, linda.

—¿Te comunicas con quién? Padrino, ¿por qué me estás mirando así? ¿Pasó algo? ¿Está bien mi familia?

—Sí, sí, están bien. Bueno, yo no sé si están bien, *po*. Eso lo sabrás tú, obvio. Si llamaras a tu santa madre más a menudo. La pobre mujer, veintisiete horas de parto para que la *tengai* así abandonada.

—¡Padrino, céntrate! ¿Qué comunicas?

Alexander suspiró.

—Era la mamá de Mía.

—¿Mi jefa?

—Sí, mijita.

—¿Y qué quería?

—Mía le pidió que me dijera que prefiere que no vayas hoy. Que tu foto está en todas partes con esa historia y —se llevó la mano al pecho—, aunque están contigo, prefieren dejar que pase un tiempo hasta que se calme el asunto.

—Entiendo. —Luz se sentó en la cama.

—¡Pues yo no! Y no estoy ni ahí con estas pusilánimes. Qué pocas agallas, ¿me entiendes? No la voy a atender más, con eso te lo digo todo…

—Deja, padrino, deja. —Luz hizo un movimiento con la mano sin mirar hacia arriba—. Sabes que tiene sentido.

Alexander arrastró los pies hasta su lado y se sentó en la cama, haciendo chirriar los muelles.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Luz miró por la ventana.

—Volverme a Galicia.

CAPÍTULO 55

Luz apagó el teléfono y se fue a la ducha. Se sentó en el suelo de la bañera. Dejó que el agua hirviendo le escaldase la piel. Cada vez que cerraba los ojos veía titulares con su nombre y diferentes versiones de fraude. Lloró con rabia, y en algo que podía calificarse como estado de *shock*. ¿Tomaba la decisión correcta y era así como era recompensada por la vida? ¿Qué mierda era esto? Había venido a la tierra de las oportunidades para ser una nueva Isabel Allende, que sabía de buena tinta vivía en algún sitio en la bahía de San Francisco, y en vez de elogio, había adquirido humillación a un nivel que no creía posible.

Apagó el grifo, se ató una toalla al cuerpo y al pelo, y abrió la puerta del baño.

—Caray, Alexander, no sabía que tenías sauna en tu apartamento. —La voz de Oona sonó desde el salón al final del corto pasillo.

Luz caminó a través de la nube de vapor.

—Estabas intentando innovar en los métodos de suicidio: muerte al vapor —añadió Fen.

—Creo que hubo un caso en 1800 de una mujer que coció a su hermana e hijos en agua hirviendo. Todo está inventado —añadió Rose con un suspiro de nostalgia.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Luz más enfadada de lo que quería sonar.

—Vinieron a ver cómo estabas. No le hables así a tus amigas, *po* —dijo Alexander en tono paternalista—. Bueno, yo me voy, que tengo una clienta en media hora. Hay café en la cocina, a lo mejor queda un plátano y creo que también media palta.

—Qué festín nos vamos a pegar. Gracias, padri.

—Gracias, Alexander. No te preocupes, que trajimos desayuno —dijo Oona.

Alexander se despidió de las chicas y miró a Luz.

—Somos todos pasto de gusanos, ¿ya, *mijita*?

—Tú sí que sabes cómo animar a una —le dijo Luz con los ojos en blanco, pero Alexander le sonrió y acarició la mejilla.

—Anda a vestirte, exhibicionista.

Alexander se fue y Luz se cambió a un pijama de cuadros y una sudadera. Volvió y las amigas ya habían repartido los cafés en tazas individuales de papel y abierto una caja de comida donde asomaba

una torre de lo que parecía algún tipo de pestiños.

—¿Te gustan las tostadas francesas? —Oona le acercó la caja a Luz.

Luz la miró con desconfianza, tomó una. Le dio un mordisco.

—Cuando dices tostada francesa, ¿quieres decir torrija española?

—Ya empezamos —dijo Fen dejándose caer en el sofá.

—Qué tiene esto de francés, ¿eh? Esto lo llevamos comiendo nosotros toda la vida —enumeró con los dedos—, pan del día anterior, mojado en leche, huevo, azúcar y canela, frito en aceite y ¡pumba! Una torrija se convierte por arte del márquetin en una —hizo comillas y puso acento francés— tostada *fjansesa*. Déjame adivinar, ¿diez dólares cada una?

—Yo creo que de esta no se suicida —dijo Oona sonriéndole a Rose.

Luz se sentó con su tostada y un café que comenzó a sorber.

—Estoy procesándolo. Pero estaré bien. —Dio un mordisco a su tostada. Sorbió el café. Los gatos se sentaron en su regazo. Luz los comenzó a acariciar—. Solo quiero entender cómo le dio tiempo a sacar toda esa información en una noche.

—Ya la debía tener lista. Dariel es un maestro en prever contingencias y cubrirse las espaldas —meditó Oona.

—Pero, Rose, ¿no lo hubieras sabido si hubiese ido al registro de tu biblioteca?

Rose bebió un sorbo largo de su café.

—Se lo di yo.

—¿Qué? —gritó Fen.

—Rose, ¿cómo pudiste? —añadió Oona.

—Fue al principio, cuando apenas te conocía, Luz. Cuando se enteró de lo que clamabas, me pidió la información de su familia. Le di lo mismo que te di a ti. Ni más ni menos. Se conoce que él investigó más por su cuenta, por lo que he leído. Seguramente tenía sus propios registros de su familia.

—Si lo sabía, ¿por qué me dejó seguir adelante? —preguntó Luz.

—Pero no lo sabía, ¿no es cierto? —lo defendió Rose—. Nadie sabía el final hasta ayer.

—No lo defiendas, Rose —le dijo Oona con sequedad.

—No lo defiendo. Pero… A ver, tenéis que entender. Dariel nunca se involucra en nada. Es un genio de la manipulación. Tiene que serlo. Lleva una barbaridad de propiedades y millones sin oficio claro. Todo gracias a su ingenio y pericia. Seguramente, habría hecho desaparecer esos documentos si la firma con Infinite hubiera salido adelante. Pero lo tendría como salvoconducto.

—Me utilizó. —Luz levantó una mano—. No… Me dejé utilizar. Por un cachondo sin escrúpulos. —Se limpió la nariz, humedecida con lágrimas frescas—. Eso tiene que ser una canción de Beyoncé, por lo

menos.

Las demás hicieron un amago de risa.

—¿Hubiera cambiado algo? —le preguntó Fen, inclinándose hacia su dirección—, ¿hubieras dejado de leer esos textos si supieras que Dariel te iba a exponer así?

Luz clavó su mirada en Fen, su mano todavía acariciaba a los gatos, ahora dos madejas ronroneantes en su regazo.

—No —dijo finalmente—. Habría hecho exactamente lo mismo. Sé que no puedo probar que lo que he leído sea verdad, pero en mi interior, cada fibra de mi ser me dice que he hecho lo correcto. Sabéis que no soy una persona muy espiritual, pero esta sensación es lo más parecido a estar en contacto con algo mayor que yo. Y me niego a desecharlo con un término psiquiátrico.

—¡Joven! ¡*Lus*! ¿Hay alguien en casa? —Gladis entró por la puerta principal blandiendo un aparato negro—. ¿Han llegado tus amigas ya?

—¡Estamos aquí, Gladis! —dijo Oona haciendo un gesto con el brazo extendido.

—Eh… Habéis quedado con Gladis, en casa de mi padrino, ¿pero la locura es la mía?

—Esta mañana cuando no te podíamos localizar, ni a tu padrino tampoco, llamamos a Gladis y ella me dijo que se había olvidado de algo en tu cuarto.

Luz puso cara de confusión.

—¿Cómo que en mi cuarto?, ¿cuándo has estado tú en mi cuarto, Gladis?

—Cuando estábamos buscando fantasmas, ¿no te acuerdas, cabecita loca? —Gladis cogió una tostada, le dio un mordisco y se sentó en la silla que quedaba libre. Su pelo envuelto en un pañuelo bajo el que se podían ver algunos rulos—. Yo dejé un aparato que se activa con el movimiento. —Se chupó los dedos y alcanzó un pequeño artilugio negro que Oona le pasó.

—¿Se activa para hacer qué?

—Para grabarte, tonta. ¿Para qué va a ser si no?

Luz se puso de pie de un salto.

—¿Me has estado grabando?

—¿No querías ver si había fantasmas? Pues eso estaba haciendo.

—¿Y qué habría pasado si hubiese traído compañía?

Gladis frunció el ceño y la miró de lado.

—Era una probabilidad muy baja para no arriesgarme.

Luz se cruzó de brazos.

—Pues casi me acuesto con Dariel, y tengo a Tommy comiendo de mi mano…

—Sí, gallega, sí. Eres irresistible, todos lo sabemos —dijo Gladis

mientras sacaba una cinta de dentro de la maquinita con forma de caja y la metía en otro aparato.

—Aquí veremos si ha habido fantasmas —dijo Fen.

—Y si alguien te dio el cambiazo en las pastillas —añadió Rose susurrando.

El vídeo se cortaba y se movía cuando Luz hacía cosas en el cuarto. Se volvía a poner negro y otra vez se encendía. Luz metiéndose en la cama. Luz saliendo y entrando. Luz hablando por teléfono. Luz haciendo un bailecito en ropa interior, para regocijo de todas. De repente, se encendió en la oscuridad. Había una figura de pie al lado de ella. Parecía un hombre, por la altura y forma corporal. Llevaba un abrigo largo y un sombrero y la cara tapada por una máscara.

Todo el mundo en el salón, hasta los gatos, parecían contener la respiración.

Se agachaba un poco y decía algo que la cámara no conseguía captar. Ponía sus manos en alto, juntándolas, y hacía movimientos repetitivos de clavar un cuchillo imaginario en el cuerpo de Luz mientras dormía.

El gemido general fue alto y fuerte.

Después, el extraño rodeaba la cama, miraba en la mesilla, abría el cajón y sacaba uno de los botes de pastillas de Luz. Se levantaba la máscara para leer el prospecto. El extraño, como si hubiese intuido la cámara, miraba ahora directo al sensor. Sus ojos blancos con el efecto del *flash*.

Luz se llevó la mano a la boca cuando vio su cara.

—¡Dariel!

—¡No puede ser! —susurró alguien.

El video se paraba justo después y se volvía estática, blanca y gris.

—¿Dónde está el resto? —preguntó Luz, frenética.

—Se acabó la cinta.

—¿No grabó más? —Luz agitaba la maquina entre sus manos.

—Sí, agitar las cosas siempre arregla la tecnología —dijo Fen con su habitual sarcasmo.

—Esto tiene una hora de memoria, se supone que lo ves por la mañana y lo vuelves a colocar, pero me olvidé completamente, joven —se explicó Gladis.

—Pensaba que era un fantasma —dijo Luz con hipo de llorar—. Yo me desperté una noche con esa figura —se corrigió—, con Dariel a los pies de la cama, con esa máscara horrible, asustándome. Me estaba intentando volver loca. Me estaba intentando matar.

—Se ve le lo suficientemente bien para acusarlo de intento de asesinato, ¿no? —preguntó Rose—. Es Dariel, claramente. —Su voz quebrada por el estupor.

—Sí que parece Dariel, pero no sé si es prueba suficiente.

—¡Pero se ve simulando que me acuchilla! —Luz señaló a la cámara —. Y hurgando en mis pastillas.

—El cambiazo de las drogas no se ve. Y no sé si asustar a lo Scooby-Doo se considera un crimen —añadió Fen decepcionada.

—La imagen es borrosa… No sé, Luz… Además, ¿no te habías tomado una dosis a la mañana siguiente de esta grabación? —añadió Oona.

—¡Pero pudo haber vuelto la tarde siguiente, mientras nosotras estábamos en el festival y Rose estaba dormida en el sofá, y dar el cambiazo! —Las demás guardaron silencio, contemplando esa posibilidad. Luz continuó, decidida—: Pues, si no tengo suficientes pruebas, por lo menos voy a ir a la prensa con esto. —Cogió su teléfono—. ¿Quién tiene el número del *New York Times*?

—Espera, Luz, vamos a pensar en esto —dijo Fen.

—¿Pensar qué? Dariel no solo acabó con mis posibilidades de tener una carrera aquí, ¡sino que también me quería matar! ¡Como su bisabuelo a Alma! Igualito.

—Yo no me quiero meter, joven. Pero ¿no dijiste tú que unas brujas en Ocean Beach tenían una momia viva en su cabaña a la que le raspaban trozos de piel para hacer conjuros? —dijo Gladis en una misma frase.

—¡Puede ser! —Entornó los ojos—. He investigado, algunos lamas muy avanzados se quedan vivos como momias durante años en meditación. —Se llevó las manos a la cintura—. Que yo no me lo crea no quiere decir que no sea verdad.

Luz extendió la mano para que Gladis le diera la máquina que acababa de reproducir la grabación de su cuarto.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Oona.

—Voy a hablar con Dariel.

—Espera. ¡Nosotras también vamos! —añadió Rose.

Las cuatro compañeras se pusieron de pie y caminaron hacia la puerta.

—¡No le den tregua, jóvenes! ¡¡Guerra!! —Gladis levantó el puño izquierdo y comenzó a cantar el estribillo de una canción de Rocío Jurado: *Es un gran necio, un estúpido engreído, egoísta y caprichoso, un payaso vanidoso que no tiene corazón*.

Gladis seguía cantando a pleno pulmón, mientras las demás ya estaban cruzando el rellano.

CAPÍTULO 56

Se bajaron del taxi justo delante de la casa. El jardín de la entrada estaba lleno de cuervos y el cielo plomizo oscurecía cualquier intento del sol por salir esa mañana.

Luz se paró en la verja y se giró para mirar a sus amigas.

—No tenéis por qué venir conmigo —dijo, apretando el video contra su pecho.

—¿Estás loca? Esto es lo más apasionante que me ha pasado desde que tenía trece años, cuando mi madre echó a mi tutor de mates por falta de conocimientos —dijo Fen mirando a la casa con gesto ominoso.

—Yo he dicho que estaba enferma en el curro, no puedo andar paseándome por ahí ahora —anunció Oona.

—Y yo me siento parcialmente responsable por lo que te está pasando. Además de que me muero por curiosidad por ver su cara cuando se lo dices —añadió Rose.

Luz asintió agradecida.

Las cuatro caminaron en línea recta. Luz abrió la puerta a la casa silenciosa.

—¡Dariel! —gritó Luz hacia dentro. Su voz hizo eco en el recibidor.

—Dariel, ¿estás en casa? —añadió Rose.

El viento agitaba los árboles y los carillones afuera, una contra suelta golpeaba la pared con relativo compás. Comenzaron a subir las escaleras. Había un olor en el aire, algo mohoso y podrido. Subían cada escalón y esperaban. Luz notaba el pelo erizado en su nuca. Era como si pudiese sentir a alguien allí, observándolas.

—Dariel —volvió a decir parada en un escalón, la mano apretando el pasamanos.

Silencio. Continuaron caminando.

—Dariel está en su habitación.

Las cuatro amigas miraron hacia donde provenía la voz para encontrarse a David, apostado en el recibidor. Su cuerpo temblaba de nervios.

—¿David? —balbuceó Luz mientras se acercaba a su compañero de piso.

—Quería decirte… —Luz buscaba algo que decir que expresase su

apreciación, pero no encontró nada mejor que un simple gracias.

David se ajustó las gafas, con una mano temblorosa. Su frente comenzaba a sudar. Tenía la mirada perdida en el suelo.

—No es nada —dijo finalmente. Su mirada se clavó en Luz—. Lo que te ha hecho es una mierda.

Tras decir eso, se giró y subió los escalones hacia la seguridad de su cuarto. A los pocos segundos, oyeron la puerta de la entrada cerrarse sin apenas ruido.

—Vivir para ver —dijo Fen mirando al espacio vacío que había dejado David.

—Eso le tuvo que costar muchísimo —comentó Oona.

Luz se tocó el nacimiento de su garganta.

—Yo también lo creo —dijo recordando cómo temblaba.

Una ola de compasión la envolvió. Se sintió tan arrepentida de cómo lo había juzgado. Cómo lo había ignorado, directamente. Sentía remordimientos y tenía pensado enmendar su desdén regalándole una figurita de rol, un videojuego, una subscripción de comida a domicilio o lo que fuese que le gustase, ya se enteraría. Pero ahora no podía pensar en eso, se dijo a sí misma mientras retomaba su camino, dirigiéndose, con determinación, a la habitación de Dariel. Sus amigas a un paso detrás de ella.

Abrió la puerta sin llamar y se lo encontró sin camiseta, levantando pesas. La música que emitían sus auriculares sonaba tan alta que Luz la podía oír. Sorprendido, se puso de pie. Se quitó los auriculares, dejó las pesas a un lado.

—Veo que seguimos sin llamar, Luz —dijo antes de beber un gran sorbo de agua de su botella. Unas gotas se deslizaron desde su mandíbula, bajando por su cuello. Luz no pudo evitar mirar su torso musculoso y brillante por el sudor.

—Ojos arriba —le susurró Fen con severidad desde atrás.

Luz dio un pequeño respingo y continuó:

—Tenemos que hablar, apaga tu disco de Justin Bieber.

—No es Justin… —Dariel iba a contestar, pero cerró los ojos, agarró su iPod y apagó la música. Miró a Luz, las manos juntas.

—Tú dirás.

Luz apuntó con su índice, la boca torcida.

—¡Fuiste tú!

Dariel se limpió su sudor con una toalla. Se puso una camiseta y, sin mirar hacia ellas, dijo:

—Deduzco que habéis leído las noticias.

—Eso es otro tema. Me refiero a esto.

Luz se peleó un poco con el aparato hasta que consiguió hacerlo funcionar. Le dio hacia adelante hasta que llegó a la parte de él. Se lo acercó a Dariel, que lo agarró mientras tomaba aire por la nariz con

brusquedad.

Miró el video y la cara se le descompuso en un gesto entre ira, desagrado y casi ¿desesperación?, le pareció ver a Luz.

—Diles que se vayan —le dijo a Luz con apenas un gruñido.

—No nos vamos a ningún sitio —sentenció Fen cruzándose de brazos.

—Que se vayan. —Su voz era ronca y grave.

Luz miró hacia sus tres amigas.

—Está bien —les dijo Luz, agachando la cabeza.

—Estaremos en el salón —afirmó Oona.

—A la mínima, llamamos a la policía —añadió Rose.

Se dieron la vuelta y Luz las oyó hablar.

—Como si la policía fuese a venir a tiempo —decía Fen.

—¡Calla! Que Dariel te puede oír —comentaba Oona.

Luz volvió a mirar a Dariel. Su cabeza agachada, fija en la pantalla.

—No es lo que parece.

—¿Esa es tu respuesta? —preguntó Luz con incredulidad—. ¿No es lo que parece?

Dariel la miró unos segundos, en sus claros ojos había una sombra de miedo.

—¿Hay más copias? —le preguntó a Luz.

Luz dudó unos segundos. Miró hacia un lado.

—Sí —titubeó.

—Mientes. —Dariel hizo un movimiento brusco con el torso y lanzó el artilugio contra la pared, con tal fuerza que estalló en cientos de esquirlas de plástico.

Luz se llevó las manos a su cara, la boca desencajada por la sorpresa.

Dariel se echó el pelo hacia atrás. Dejó salir todo el aire.

—Escúchame, es muy importante que me escuches. —La sujetó por los brazos, tan fuerte que Luz se asustó cuando vio que apenas podía moverse entre sus manos.

—Suéltame, Dariel —chilló lo más alto que pudo—, suéltame ahora mismo.

Un ruido de cristales rotos les hizo mirar hacia la puerta a los dos. Oona y las demás estaban en el cuarto otra vez. Parecía que Oona acababa de romper una lámpara de pie.

—¡Suéltala, ñu! —dijo Oona sujetando un bate—. O te abro la cabeza como a un coco.

Fen y Rose estaban a los lados. Rose con el teléfono en la mano y el número de la policía marcado en la pantalla.

—Yo que tú la soltaba ahora mismo —añadió Fen.

—Sois unas estúpidas, todas vosotras —dijo Dariel soltando a Luz finalmente.

Dariel fijó su mirada en la de Luz. Luz se sorprendió al ver que sus ojos estaban enrojecidos, las lágrimas a punto de caerse.

—Recoge tus cosas y vete. Hoy mismo.

La respiración de Luz se cortó por un momento con la indignación. Ella ya tenía pensado irse, pero que se lo dijese él, después de todo lo que había pasado, la indignó.

—Intentas matarme. Arruinas mi reputación. Con total impunidad destrozas las pruebas. ¿Y ahora eres tú el que me echas?

—Por favor. Coge tus cosas y vete. No me lo pongas más difícil.

—¡Más difícil! Vas a ir a la cárcel, hijo de la gran puta. Te voy a denunciar por todo lo que tienes. Te voy a dejar sin un duro.

—Haz lo que quieras, pero lejos de esta casa.

—Si se va ella, me voy yo también —dijo Fen llevándose la mano al pecho.

—Y yo —la siguió Oona.

—Y yo. —Rose dio un paso adelante.

Dariel se puso una sudadera, fue a su mesa y abrió un cajón. Sacó algo que tomó en la mano mientras caminaba a través de las chicas, la mirada en el suelo.

—Ahora me tengo que ir. Cuando vuelva esta tarde no te quiero ver aquí, Luz. El resto, haced lo que queráis. Si os vais también, dejádmelo por escrito con vuestro último día para que mis gestores se puedan hacer cargo.

Se paró enfrente de Luz, tomó su mano y puso un saquito de terciopelo en ella.

Sin decir nada más salió del cuarto. Lo pudieron oír caminando hacia afuera. Cuando Luz oyó la puerta, miró a su mano. Abrió el saquito con rapidez. Era la pluma.

—¿Te la ha dado? —preguntó Rose.

—Seguramente para ablandarte y que no lo denuncies —añadió Fen.

Luz pasaba la mano sobre la pluma, sin saber qué sentir.

—Bueno, habrá que ir a empacar —dijo Oona con una exhalación.

—¡No seáis tontas! —Luz exclamó mientras guardaba la pluma en el bolsillo de su chaqueta—. Yo ya me iba a ir. Esta tarde voy a comprar mi billete de vuelta a España.

—¡No te puedes ir! —exclamó Oona.

—¿Por qué?

—Porque acabas de llegar —declaró Fen—, porque si no es aquí, encontraremos otro sitio para alquilar juntas. Y empezarás de nuevo. Y en unos meses todo el mundo se habrá olvidado de esto.

—Luz —dijo Rose suavemente—, yo no te voy a decir que te quedes. —Luz miró a Rose, sorprendida—. Entiendo que ya no te apetezca quedarte. Pero no te vayas por miedo. Porque no estás sola,

y porque encontraremos una manera de implicar a Dariel. Ha de haber una manera.

—No tengo miedo. Ni de Dariel ni del fantasma. —Levantó un dedo. Su voz quebrada—. Me voy porque he perdido. Mi trabajo, mi casa. Mi pequeña oportunidad para publicar mis poemas. Ni siquiera sé si valió de algo haber leído la historia del fantasma en alto. Me voy porque no tengo otra opción. Porque soy una tonta que se cree todo. ¿No lo entendéis? —se limpió las lágrimas—, cuando era pequeña, mis padres invitaron a una familia de *hippies* holandeses a quedarse con nosotros, el niño, que no me acuerdo cómo se llamaba, un día hizo un dibujo: dibujó una mazorca de maíz, una casa. El típico dibujo de un niño. Pues mi hermano mayor y su pandilla me dijeron que eso significaba que estaba enamorado de mí en holandés. ¡Y yo me lo creí! —Luz se dio varias palmadas en el esternón—. Me lo creí, y no era tan pequeña, oye. ¿Qué tendría?, ¿ocho, nueve…? —Se encaminó hacia la entrada—. Voy a hacer las maletas. Oona —dijo girándose desde la puerta—, ¿había moscas en la cama cuando fuiste a mi cuarto a por la cámara?

—No, ¿por qué lo preguntas? —contestó.

—Por nada. Curiosidad —dijo Luz de camino a su habitación en la torre.

—Será una de esas frases españolas que no entendemos —dudó Fen meneando los brazos.

—Será —coincidió Oona mientras veía a Luz avanzar por el pasillo.

CAPÍTULO 57

Se quedó unos segundos en el umbral de la puerta. Cerró los ojos y agarró el pomo de cristal, tallado como un diamante.

—Por favor —dijo sin saber muy bien por qué.

Giró el pomo. Empujó la puerta, que dejó salir un chillido de las juntas, y abrió. Todo estaba como lo había dejado. El desorden habitual: calcetines sucios en el suelo, vasos y tazas en la mesilla, libros abiertos, libretas a medio escribir, folios hechos pelotas, partidos en dos, en blanco o con un par de notas escritas.

Se acercó lentamente a la cama. Volvió a decir por favor y levantó la sábana de un golpe. No había nada más que algún pelo de su cabeza en la zona de la almohada. Se giró bruscamente para mirar al armario, entreabierto, con la bonita puerta pintada en gris verdoso y su decoración de madera con forma de rosas. Tenía un cerrojo, pero que ella supiese, no funcionaba, o nunca le habían dado la llave.

Luz se quedó muy quieta y dejó de respirar, tratando de escuchar el zumbido siempre presente en aquel cuarto. No oyó nada, quizás porque el pulso de su corazón se empeñaba en sonar en su oído tan fuerte como un tambor.

Se arrodilló bajo la cama para sacar su maleta y vio una mancha que no había visto antes. Una zona más oscura que el resto de la madera.

Sacó la maleta y movió la cama. La mancha, con una ligera forma de liebre, parecía un descolorido por algo que había caído ahí. Podían ser tantas cosas, desde pintura o lejía a algún producto químico demasiado agresivo.

—La pócima que le dieron las brujas a Alma —se sorprendió Luz diciendo en alto.

El estómago se le encogió con la pena. Pensaba que algo debía haber pasado después de leer esa historia en la que cada día creía menos. No sabía qué, un tipo de recompensa, un espíritu envuelto en un aura incandescente despidiéndose de ella mientras volaba hacia la luz eterna. Algo. Pero todo seguía igual. La bonita habitación de la torre por un precio de risa. Con sus bonitos muebles y cama con dosel. Y esa energía oscura, pesada y diabólica...

Puso cara de resignación y se frotó los ojos. Comenzó a meter su ropa en la maleta sin doblarla, como a paletadas. Sobre la ropa, colocó

todos los libros y libretas que pudo. El neceser lo guardó en una mochila, ya que no le cabía nada más. Puso su peso sobre la maleta y cerró la cremallera con las costuras estirándose al máximo.

La dejó en el suelo y la arrastró, con ayuda de los ruedines, hasta la puerta. Se dio una última vuelta.

—Hasta siempre. Siento no haberte podido ayudar más.

Cerró la puerta tras de sí y le pareció oír a alguien llorar. Se paró en seco. Estuvo a punto de girarse y regresar, pero chasqueó la lengua mientras negaba con la cabeza:

—No más fantasmas. Se acabó todo esto.

Agarró la maleta por el mango y bajó las escaleras.

Las tres compañeras se unieron con ella en el recibidor, cada una llevaba una mochila.

—Hemos decidido que nos vamos contigo —anunció Oona sujetando las asas de su mochila con las manos.

—¿Estáis tontas? —preguntó Luz—, sabéis que lo que tenéis aquí es imposible de encontrar en ningún otro sitio.

—No vamos a vivir con un psicópata. ¿O es un sociópata? Probablemente las dos cosas. —Fen se hizo una coleta y se caló una visera—. En todo caso, no te creas que es tanto chollo. Yo por lo menos, echo de menos no poder tirar papel higiénico al wáter.

—O no tener que apagar el ventilador si quiero usar el microondas.

—Pero si ese es precisamente su encanto. Nos ayuda a valorar lo que tenemos — argumentó Rose.

—No es el momento, Rose —le dijo Oona.

—Es verdad, claro. Yo tampoco quiero vivir con un asesino saboteador. Por muy guapo que sea. Y muy bien que vista…

Luz sonrió.

—Yo iba a casa de mi padrino a dejar esto. ¿Venís?

—¿Tendrá sitio para que nos quedemos?

—Seguro que hacemos hueco.

Era media tarde cuando llegaron a China Town. Luz arrastraba la maleta por las mismas callejuelas que aquel primer día de principios de verano en que había aterrizado en San Francisco. Pero no era lo mismo: las hojas de los árboles se estaban preparando para dejarse ir y Luz no estaba sola. Entre minutos de silencio y ataques de parloteo, sin saber muy bien si estar contentas y optimistas o sentirse derrotadas, llegaron a casa de su padrino.

Se dejaron caer en los asientos del salón. Alguien encendió la tele. Un *talk show* estaba entrevistando a gente que había encontrado pasadizos secretos en sus casas. Luz había cogido su ordenador y buscaba vuelos para España.

—Pero ¿de verdad que te vas? —preguntó Oona.

—Aunque solo sea por unos meses. Tengo que volver aquí si quiero

conservar la Green Card, creo. Te puedes venir conmigo.

Oona puso la boca en forma de o pequeña.

—No puedo ahora, ya me he cogido mis vacaciones este año. Y el próximo tengo pensado ir a Japón a ver los cerezos en flor y Kioto.

Fen estaba tecleando en su teléfono.

—Yo iré a verte con mi chico. Él dice que quiere llevarme a la Sagrada Familia. ¿Quién sabe?, a lo mejor se me declara allí. —Dejó el teléfono en el regazo y miró hacia afuera con una sonrisa de bobalicona.

—Fen, ¿de qué manera crees que mejorará tu vida una vez te hayas casado? —le preguntó Oona—. Objetivamente.

Fen la miró de medio lado, pero no contestó. Se dirigió a Luz, en cambio.

—En todo caso —dijo mientras se apartaba unos pelos cortos de la frente—, no hace falta que me busques dónde dormir hoy. Me voy a casa de mi novio.

—¿Mike? —preguntó Rose.

—John —aclaró Fen.

—¿Otra vez? —preguntó sorprendida Rose.

—¡Ponte al día, Rose! —dijo con una mueca de risa y palmeando rápidamente.

Rose se recostó riéndose, y Fen y Oona hicieron lo mismo.

Luz no estaba prestando atención a las bromas de sus amigas. Tan absorta como estaba en su búsqueda. Su cara se iluminó de pronto, mirando a la pantalla.

—¡No me lo creo!

—¿Qué? —preguntaron las demás.

—Un billete baratísimo pasado mañana. Tengo que hacer dos escalas, pero son cortas. Y así estiro las piernas. Luz tecleó con velocidad, después agarró su cartera de la mochila, que estaba a sus pies en el suelo, y metió los datos de su tarjeta.

—¡Hecho! —dijo con gran satisfacción.

—¿Ya? ¿Tienes billete?

—Salgo pasado mañana desde San Francisco a las siete y media de la tarde.

—Ahora que sabemos que Jack no es el asesino, le podré pedir que nos deje el coche para llevarte al aeropuerto —bromeó Rose y se llevó una buena mirada de odio de Oona.

Luz rio, pero pronto se quedó callada, los dedos tamborileando en el reposabrazos, la mirada perdida en un cenicero de la mesa con restos de incienso y tabaco.

—No tienes por qué irte, Luz. De verdad que no. Podemos encontrar otro sitio. Empezar de cero. Este es el sitio perfecto para empezar de cero —probó otra vez Oona.

—No, no es eso. Es que os voy a echar muchísimo de menos. Yo nunca había tenido amigas, ¿sabéis? Y es guay tener amigas.

Las tres compañeras se acercaron para abrazarla.

—Sí que es guay tener amigas —dijo Oona.

—Sí, son un buen sustituto cuando se está entre novios —bromeó Fen y se llevó un empujón de Oona, en el que las cuatro acabaron en el suelo, las unas encima de las otras. Luz debajo, riéndose a carcajadas. Pero el peso era muy grande en su pecho, apenas podía respirar.

—Me ahogo, salid de encima —dijo.

—Eh. Muévete, Rose. Quítate de arriba —decía Oona entre carcajadas.

—Yo no soy, es Fen.

—¡Fen! ¡Salte!

—Tengo la pierna enganchada —se quejaba Fen.

Luz empezó a ver en túnel. La oscuridad comiendo terreno a la visión de sus ojos. Hasta que todo se volvió negro. Y callado. No había nada a su alrededor. Solo oscuridad y un zumbido. Y madera. ¿Una bisagra? Algo que chirriaba. Una puerta. La voz de la televisión sonaba de fondo de golpe.

«Nuestros invitados de hoy encontraron algo inesperado y bastante tétrico en sus casas. Un pasadizo secreto tras el espejo del baño».

Unos golpes en una puerta. Un grito monstruoso. Volvió en sí.

—¡Luz! Luz, ¿estás bien?

Alguien le estaba tomando el pulso, otra le estaba dando palmaditas en la cara.

—¿Llamo a una ambulancia?

—Espera, ya está despertando. ¡Luz! ¿Nos oyes?

Luz se incorporó en sus codos. Se frotó la frente.

—Creo que me quedé dormida.

—Chica, háztelo mirar cuando llegues a España, porque no es normal.

—No es nada. Solo que me quedo dormida muy fácilmente. —Señaló a las tres—. Y bueno, que casi me asfixiáis, vacas burras.

—Fue Rose con esas faldas que se pone que pesan como un muerto.

—¿Yo? —puso cara de indignada—, tú, que con tanto ejercicio pesas más de una tonelada.

—¿Me estás llamando gorda? —inquirió Fen.

—Te estoy llamando musculosa, que, para una mujer victoriana, es peor… —Entrecerró los ojos.

—Pero bueno, ¿qué está sucediendo acá? —Alexander preguntó nada más entrar por la puerta. Los dos gatos, que habían estado escondidos, corrieron a saludar a su amo—. De todas las cosas que hubiera imaginado ver, un grupo de veinteañeras rodando por el suelo

de mi salón nunca hubiera sido una de ellas.

—¡Hola, padrino! —canturreó Luz preparando el terreno—. ¿Se pueden quedar a dormir mis amigas esta noche? Resulta que Dariel me quería matar y no nos podemos quedar en su casa. Ah, ¡y yo me vuelvo a España! Ya tengo el billete.

Alexander dejó las llaves en la bandejita. Juntó las manos a modo de rezo y miró al techo.

—Virgencita del Rosario. Acúdeme. —Después se dirigió a las chicas—. Necesitamos vodka.

CAPÍTULO 58

Había una nube de humo en el techo, la música sonaba y los hielos tintineaban en los vasos. Alexander y Gladis estaban sentados en sus sofás. Rose y Oona en el suelo, apoyadas contra el sillón que ocupaban Fen y Luz.

—Hay más preguntas que respuestas —decía Gladis entre aros de humo de puro—, ¿por qué querría Dariel liquidarte si ya sabía que lo que estabas diciendo era una invención tuya?

—No invención, Gladis. La niña no se lo inventó —Alexander dio un largo trago a su bebida, se limpió la boca con una servilleta bordada en azul—, ella tiene cosas de sueño y escribió eso en trance. Eso es muy distinto, ¿me entiendes?

—Bueno, sí. Trance o lo que sea. Pero la realidad histórica es otra. —Gladis guiñó un ojo mientras rodaba el puro entre los dedos—. Yo no digo que sea una embustera como dicen los periódicos, ojo.

—Obvio que no es una embustera, *po* —recalcó Alexander.

—¿Por qué estáis hablando de mí como si no estuviera aquí? —Luz se trató de poner de pie. La borrachera se lo impedía—. Estoy aquí. Aquí plantada. Como una patata. —Se comenzó a reír, y Fen le pasó un porro. Le dio una calada corta y soltó el humo—. Solo digo esto, desde mi condición de patata. Y si… Escuchadme bien… ¿Y si Alma Arabella se dividió ese día y una parte se murió a manos de su marido y otra siguió viviendo? ¿Y si esa parte que se murió se quedó atrapada en la casa como un agujero negro, como en esa peli del conejo?

—¿*Donnie Darko*? —preguntó Oona.

—¡Esa! —Luz señaló a Oona enfáticamente.

—Pero no sería lo mismo, ¿no? En esa peli, era el chaval del futuro avisando al chaval del pasado.

—Es verdad. A lo mejor debería escribir un libro sobre esto. —Luz dio un gran trago a su cubata y miró a la mesa—. ¿Quedan *chips*? —Buscó la bolsa de totopos—. Esto lo voy a echar mucho de menos, ¿ves? —miró a los totopos con un ojo cerrado—, nuestras *chips* no están tan buenas. A ver, nuestras patatas fritas, las mejores —su mano se movió haciendo una línea recta, sus labios estirados hacia abajo— Bonilla, inmejorables. Pero nuestras *chips* dejan mucho que desear. Se metió un par en la boca. Comenzó a masticar y se quedó muy quieta. Creo que voy a vomitar —dijo con los totopos entre los labios como dientes rotos.

—¡*Andai* al baño al tiro, *weona*! Ni se te ocurra, o duermes en el parque. —Alexander amenazó con poco éxito, ya que Luz cogió una bolsa de plástico y se recostó en el sofá, balbuceando algo.

—¿Y si hay dos historias, dos historias de Alma Arabella? —Se quedó dormida.

Se despertó con dolor de cuello y aterida de frío.

Miró a su alrededor, desorientada. Oona dormía en el sofá, tapada con una manta de ganchillo. Los gatos sobre sus piernas. Alexander debía de haberse ido a dormir, ya que lo oía roncar desde su cuarto al final del pasillo.

Caminó de puntillas hacia su habitación. Rose había ocupado su cama.

—Será cabrona la dama de las camelias —murmuró Luz.

La vejiga le apretaba, así que fue al baño. Cuando hubo terminado, se paró en el lavabo. Se lavó las manos a oscuras. Antes de salir, cazó un reflejo de su cara en el espejo. Por una milésima de segundo no se reconoció. Encendió la luz y se acercó lentamente al espejo. Había algo moviéndose dentro de su pupila. Tan pequeño, apenas imperceptible. Parecía un insecto desesperado por salir de su crisálida. Retorciéndose. Comenzó a oír un zumbido dentro de su cabeza. Agitó su cuello hacia todos los lados, dando manotazos con las manos cerca de sus orejas y frente.

—¡Para ya! —susurró con desesperación. Se tapó la cara.

Cuando bajó las manos, Alma había usurpado su reflejo y la miraba con la boca abierta, cientos de moscas saliendo de ella. El espejo se rompió en dos y la mandíbula de Luz se descolgó. Notó algo caliente que se deslizaba por sus dedos. Sangre. Como si el espejo roto la hubiera herido a ella. Pero no era sangre. Era tinta. Tinta negra.

El mundo de fuera se apagó de pronto. Ya no oía los ronquidos de su padrino ni la respiración constante y pausada de Oona ni los gatos en armonía ni el tráfico esporádico de la calle.

Se balanceó hacia el salón. En el suelo estaba la pluma. Y en la mesa de café, en un papel de fumar, había algo garabateado.

«Estoy arriba».

—En la torre —dijo con estupor Luz mientras traía a su recuerdo el dedo de San Juan Bautista en el cuadro de Leonardo.

Mareada e hiperventilando, se calzó y se puso el abrigo. Cuando iba a salir, se paró unos segundos en la entrada. Retrocedió y, de puntillas, entró en su habitación para coger el cuarzo. Se lo introdujo en el sostén, como su madre siempre le aconsejaba que hiciera como protección.

Bajó las escaleras del edificio y, por alguna suerte providencial, avistó un taxi que avanzaba un bloque más abajo con la luz de disponible encendida. Luz silbó para llamar su atención, vio que el

taxi aminoraba la velocidad hasta parar al lado de la acera y corrió hacia él. Le dio la dirección de la casa de Dariel tratando de disimular su nerviosismo.

CAPÍTULO 59

Las piernas le temblaban cuando se enfrentó al portalón de entrada de la casa. Con cada una de sus ventanas oscuras y cerradas, la vieja mansión victoriana parecía estar dormida. Tenía la impresión de que debía ir de puntillas no solo por Dariel, sino también por no incomodar a ese gigante de madera y ladrillo.

—Ayúdame, Alma —susurró mientras metía la llave en la cerradura y abría todo lo despacio que podía.

Cerró la puerta tras de sí tratando de hacer el mínimo ruido. Se quitó los zapatos.

Cada fibra de su cuerpo quería correr en dirección opuesta. Recordaba el tono amenazante de Dariel cuando le había advertido que nunca volviera. Recordaba lo fuerte que la había agarrado en su habitación. Tan fuerte que apenas se podía mover. Sabía que ella no podía ganarle en un combate cuerpo a cuerpo, por eso, lo primero que hizo fue dirigirse a la cocina y coger un gran cuchillo del cajón. Se lo metió en el bolso.

Caminó hacia el final de la casa, con la intención de tomar las escaleras del servicio. Sabía que Dariel nunca las usaba y que, desde su cuarto, era imposible oír sus pasos.

Cada cuadro y escultura parecían cobrar vida y volverse criaturas de ultratumba, gárgolas y diablos hambrientos esa noche de almas humanas. Luz centró su atención en el suelo para evitar que su imaginación le jugara malas pasadas y subió al primer piso. Conteniendo su respiración, miró hacia el final del pasillo. Todo estaba en silencio y oscuro. Continuó ascendiendo al segundo y tercer piso por las pequeñas escaleras que daban acceso a su habitación de la torre.

Como un acto reflejo, se persignó al llegar a su puerta. La abrió con el mismo cuidado que había empleado en cada parte de la casa.

—Una de dos, Luz —se dijo a sí misma—, o esto prueba que estás loca de atar, o que te comunicas con almas atormentadas. Y no sé qué será peor.

Sin pararse en ningún sitio, Luz caminó con determinación hasta el armario, donde había visto la sombra fantasmal. Las moscas parecían salir de allí, y también las corrientes de aire gélido y mohoso. Y cuando se había quedado inconsciente con las chicas encima de su

cuerpo, había visto unas bisagras mientras que oía en la televisión hablar de pasadizos secretos en las casas. Y las palabras «estoy arriba» fueron escritas por la pluma más tarde esa misma noche. Arriba. De todo. En la torre. No había otra forma de interpretarlo.

Se introdujo dentro y esperó en cuclillas. Callada. El zumbido no se hizo esperar, además de ese aire frío que la acosaba en las noches, haciéndole dudar de sus sentidos.

Se fijó en que en el papel de pared del armario tenía una pequeña línea en un lado. Puso su mano abierta sobre ella. Empujó.

Contuvo un grito al ver cómo la pared se abría ante sus narices, emitiendo un ruido de resorte automático.

¡Aquella puerta había estado camuflada en el papel de pared todo este tiempo!

Sin pensárselo dos veces, Luz introdujo su cabeza. Pero el olor a cerrado, tierra y excrementos de ratón le hicieron pensárselo dos veces. Había arañas, grandes y negras, con patas alargadas e hiperactivas rozándole la piel. Había cucarachas y demás insectos nauseabundos. Entornó los ojos para acostumbrarse a la poca luz. Vio que había una precaria escalera hacia lo que parecía otro piso. Seguramente la punta de la torre en sí, concluyó.

Se introdujo con dificultad en el agujero, su cuerpo apenas cabía en el vano. Conteniendo el asco y la repulsión por los bichos y el olor, trepó por los tablones que hacían de escaleras en la pared. Desde el cuarto escalón pudo asomar la cabeza a través del agujero del techo.

Se aupó con los brazos y las piernas ancladas en el último escalón y apoyó su torso en el suelo, como cuando era pequeña y salía de una piscina. El resto del cuerpo la siguió.

La luz era muy tenue. Apenas una brizna de claridad caía de manera cenital de unos ventanucos redondos en el techo, salpicando de tonos cian el suelo de madera.

Luz caminó de rodillas hasta que llegó al centro, donde había suficiente altura. Antes de ponerse de pie, se percató de que no estaba sola. Había otra figura allí dentro. Contuvo el aliento y se quedó muy quieta. Todo su cuerpo en tensión.

La figura estaba sentada. Inmóvil. Parecía, desde donde estaba ella, una estatua de buda. Esto le hizo perder un poco de miedo y le permitió acercarse. Un grito se le escapó de la garganta. No era una estatua. Era una persona, o lo que quedaba de ella. Era como uno de esos cadáveres de las noticias que aparecen, perfectamente conservados, en desiertos o zonas muy frías.

Su piel era oscura y opaca como el cuero de un animal. Era pequeña y tenía los miembros delgados y pegados al cuerpo. Su cara miraba hacia adelante. Con cierta dignidad. Sus ojos hundidos parecían estar cerrados, así como su boca, apenas una ranura horizontal. A sus pies

había desparramadas flores y frutas frescas.

—Es como la de las brujas —susurró.

Un olor fuerte y dulzón, entre acetona y cítricos, le entró en la boca y la nariz.

Todo se volvió negro.

Despertó con dolor de cabeza y con ganas de vomitar.

Trató de tocarse la frente, pero descubrió que no podía. Tenía los pies y las manos atadas a su espalda.

—Sabía que ibas a volver, así que lo tenía todo preparado —dijo una voz jubilosa.

Luz miró hacia arriba. Había algo más de claridad gracias a varias velas encendidas. Aguzó su mirada para discernir la silueta de un hombre de pie a su lado.

Dariel se puso a horcajadas sobre ella, su pelo rubio le tapaba parte de la cara.

—Eres un gorrino muy curioso —Dariel hizo el sonido de un cerdo —, siempre hurgando en la mugre. En busca de sobras de otros. Por eso te he atado como a un gorrino. Oink, oink.

—Dariel, por favor…

La cabeza de Dariel se giró lentamente hacia Luz con un gesto entre divertido e incrédulo. Luego, como si hubiera sufrido un espasmo, se dobló hacia atrás riéndose a carcajadas.

—Eres igual de idiota que de fea.

Acercó la cara muy cerca de ella. Sus ojos, enloquecidos, parecían querer salirse de sus órbitas. Entonces Luz reparó en que, aunque era igual a Dariel, su olor era totalmente diferente. Una mezcla difícil de describir, entre acre y mohosa, como fruta pasada. Le produjo arcadas, que reprimió para evitar encolerizarle más, mientras su mente unía las piezas.

—Eres su hermano —dedujo.

—*Eres su hermano* —el hombre balbuceó imitándola.

Tomó el cuchillo que Luz había traído. Abrió la camisa de la chica, mostrando su herida, la cicatriz todavía rosa e inflamada.

—Ese al que tú llamas mi hermano le contó a todo el mundo que yo veía cosas —movió los ojos a su alrededor—, que necesitaba ayuda. —Su boca se torció—. Yo le supliqué que no dijese nada a nuestros padres. Hasta mentí y le aseguré que me lo había inventado todo. Que no era verdad. Que claro que los fantasmas no existen —se rio mientras lloraba al mismo tiempo—. Pero todas las noches me levantaba empapado en mi propia orina. Todos estos años teniendo que disimular cómo esas bestias deformes e inclementes, cómo esos monstruos me atormentaban la existencia. Como un avispero rabioso. Ayuuuda… Aayuuudaaa —imitó la voz de un alma en pena—. Y quién

me ayuda a mí, ¡¿eh?! —se golpeó el pecho—, ¿quién? No los loqueros que me atiborran a pastillas, ni los psicólogos que me preguntan —volvió a poner voz de mofa— *¡¿tu papá te quería?!* Y yo tengo que contestar a esas estupideces ¡mientras tengo que ver a un bebé abierto en canal por su propia madre revoloteando a mi alrededor! —Se apoyó en su rodilla, meditativo de pronto—. Todos estos años me escapaba por las noches y venía aquí. Por alguna razón, aquí, con ella, no hay fantasmas. Aquí está todo callado. —Miró a su alrededor, buscando algo invisible—. Es como si la casa hubiera encontrado una forma de mantenerla protegida. —Sus ojos se volvieron a clavar en Luz, inyectados en sangre—. Y entonces un día, mi querido hermano me comienza a hablar de una españolita que decía hablar con nuestra bisabuela Alma. Y yo pienso: no es posible. Alma está protegida en la torre. Nadie la puede encontrar. Solo yo sé dónde está porque ella me lo ha dicho. A mí, a su descendiente. —Apuntó el cuchillo hacia su cara—. Y luego, no contenta con eso, decidiste contárselo a todo el mundo. Sin importarte a quién dañabas a tu paso. Exactamente como los cerdos.

El hermano de Dariel le puso una mordaza tan apretada que le rasgaba los labios y empujaba la lengua hacia la garganta. Luz trataba de respirar entre ahogos de su propia lengua.

—Cuando comenzaste a leer en público me dije: «Soy un pacifista, no mataría a una mosca. Pero tengo que quitármela de en medio. Ese gorrino vanidoso va a descubrir a mi protectora».

Le clavó el cuchillo en la herida, y lentamente comenzó a aserrar. Luz sintió que el estómago le ardía. Un dolor indescriptible se irradió por todo su abdomen, amenazando con hacerla desmayarse. Trataba de gritar, pero cuanto más lo intentaba, más se arriesgaba a que la lengua se le incrustase en la garganta, dejándola sin aire. Respiraba fuerte por la nariz, las lágrimas le caían hacia los lados.

—¡Pero tú no te dabas por muerta! —El cuchillo entraba y salía de su carne, abriendo a través de la herida y continuando hacia el estómago. Luz sabía que iba a perder la consciencia en cualquier momento. Sus gritos se ahogaban en saliva y desesperación. Su dolor le paralizaba el cuello en una contorsión imposible—. Y cuando te oí decir las acusaciones que hacías de mis bisabuelos en el parque Golden Gate, me dije: «Ya la matarás». Incluso puedes pagarle a alguien que para algo eres rico. Primero, haz que todo el mundo vea lo embustera que es. Le mandé a toda la prensa los papeles que me había mostrado mi hermano en una de nuestras visitas, donde decía que mi bisabuela había vivido una buena y honorable vida hasta que fue vieja.

Luz negaba con la cabeza.

—¿Qué, que no es verdad? Ya sé que no es verdad, gorrino imbécil.

Ya sé que fue la niñera la que suplantó su identidad tras el terremoto. ¡Ni estoy loco ni soy idiota! Pero ese secreto es mío. De nadie más. Ella es mi bisabuela. ¡No la tuya! Tu sucia boca de plebeya no tiene derecho a hablar por ella. Yo soy su bisnieto —rio como un niño pequeño—. Le traigo comida, y flores, y le cuento qué tal me fue el día. Y descanso en su regazo, con su arrullo de nanas.

Luz lloraba con la cabeza en el suelo. La realidad entraba y salía de foco.

El hermano de Dariel sacó el cuchillo y un gran borbotón de sangre caliente salió de ella. Notaba el peso de una de sus tripas fuera de su cuerpo también. Este era su fin. Lo sabía. Dejó de tratar de forzar el cuello y cerró los ojos. Sus manos se relajaron.

Entonces, con la mano laxa, consiguió notar algo punzante. Era duro y frío. Parecía un clavo sobresaliendo del suelo. Reunió toda la fuerza que tenía y comenzó a acribillar las cuerdas con la punta.

Cerraba los ojos y veía las caras de su familia, de sus nuevas amigas. Su padrino y Gladis. De Dariel. Los abría unos instantes, para asegurarse de que el asesino no se estaba percatando de sus acciones, él estaba ahora de rodillas frente a su bisabuela, en posición de rezo.

Los volvía a cerrar. Y entonces veía a las tres brujas, sonriendo. Veía a Alma Arabella.

No iba a morir. No iba a ser otro rostro anónimo en la historia de mujeres desaparecidas.

—Es a la única de mi familia que quiero. —El hermano de Dariel seguía con su soliloquio, hablándole a su bisabuela ahora—. Mi pobre hermano cree que le quiero. «Te quiero, hermanito», le digo con cara de cordero degollado cada vez que me viene a visitar a mi apartamento. «Te quiero muucho». —Hizo un gesto de emoción. Se giró otra vez para mirar a Luz—. Quiero que sufra igual que sufro yo. Y eso pasa porque te pierda para siempre. —Miró a Luz—. Estás muerta, ¿por fin? No me fío de ti. —Movió sus pies, nervioso, hacia adelante y hacia atrás. Volvió a cortarle, esta vez en una pierna, haciendo dibujos con el cuchillo. Luz usó todas sus fuerzas para mantenerse inmóvil durante el nuevo ataque.

El hermano de Dariel se acercó a su cara, trayendo ese olor nauseabundo a su nariz.

Cuando lo intuyó muy cerca, usó sus manos, que acababa de conseguir soltar, y lo agarró por el cuello. El hermano de Dariel trató de ponerse de pie, pero el peso de Luz fue demasiado y se cayó al suelo. Luz sobre él, con las piernas todavía atadas. Con su peso muerto, trataba de inmovilizarle para hacerse con el cuchillo.

Forcejearon, rodando por el suelo. Él, que tenía una fuerza similar a la de su hermano, consiguió ponerse sobre ella a los pies del cuerpo de Alma. Alzó sus manos, sujetando el cuchillo en alto.

—¡Muere, gorrino! —gritó mientras el cuchillo bajaba hacia Luz. Lo clavó a la altura de su pecho, pero Luz sintió un golpe seco y algo que se quebraba contra su piel.

El hermano de Dariel abrió mucho los ojos, su mandíbula desencajada, miraba hacia adelante. La cabeza de Alma Arabella se estaba moviendo, fijando sus ojos huecos en él.

El hermano de Dariel chilló aterrorizado.

La boca de Alma se abrió y un enjambre de moscas rabiosas salieron de su interior, lanzándose contra él.

Entre chillidos de puro horror y manotazos a ciegas, ya que decenas de moscas se habían incrustado en su boca y orejas, el hermano de Dariel se retorcía y giraba haciendo un baile macabro.

—Diles que paren —gritaba—, ¡diles que paren! Se están metiendo en mi cerebro.

Trataba de escupir y se retorcía alrededor de la torre, lanzando cuchilladas al aire.

—¡Lorenzo! —gritó Dariel desde la entradilla del suelo.

El hermano de Dariel no contestó, ya que seguía intentando zafarse de las moscas. Tropezó con su propio pie y se cayó de bruces. Un charco de sangre se comenzó a formar inmediatamente bajo él.

Dariel gritó y se acercó a su hermano.

—¡Lorenzo, Lorenzo!

Le dio la vuelta y Luz pudo ver que el cuchillo se había clavado en su corazón. Las moscas, impertérritas, seguían incrustándose en su piel y en sus orificios a su alrededor. Cientos de ellas continuaban saliendo de la carcasa que una vez había sido Alma Arabella. Era como si el cuerpo se mantuviese erecto gracias a los insectos viviendo en su interior. El techo de la torre estaba ahora cubierto por una nube negra de moscas.

Dariel se protegía la cara como podía mientras abría uno de los ventanucos del techo. Las moscas, como dirigidas por control remoto, volaron en forma de remolino a través de la ventana. Pasaron varios minutos hasta que salieron todas. Tantas eran.

Luz miró a la carcasa vacía, arrugada e informe que era ahora la bisabuela de Dariel.

Dariel se acercó a Luz, su cara estaba desencajada y no paraba de repetir su nombre.

Miró a su estómago y el gesto se le descompuso. Comenzó a gritar con una voz que salía de sus más profundas entrañas:

—¡Ayuda! ¡Ayuda!

Luz trataba de centrarse en Dariel, pero sus ojos se le ponían en blanco.

—¡Luz!, no te duermas, ¡Luz! —volvía a gritar—. ¡Ayuda! ¡Se está desangrando! ¡David! ¡Ayuda!

Luz consiguió sonreír una última vez, antes de verlo todo blanco.

CAPÍTULO 60

Se despertó en la playa. El sol níveo y brillante hacía que el mar pareciese escarcha. Gaviotas, pelícanos y cormoranes volaban bajo, dejando estelas incandescentes en el agua. Hacía calor y la arena, tan suave como la seda, le acariciaba las plantas de los pies y le hacía cosquillas entre los dedos. Miró hacia el suelo blanco como el azúcar. Una mosca se había quedado pegada, embadurnada en la arena. Se agachó, con el dedo le dio la vuelta, había una pulga bajo ella, la pulga usó su cuerpo duro y cóncavo para empujar a la mosca hacia afuera, la mosca dio un par de aleteos y echó a volar. Luz sonrió, se tapó la cara del sol y observó ese pequeño insecto perderse entre las dunas.

Había unas figuras en la distancia. Luz se puso de pie y comenzó a caminar, envuelta por el canto de los pájaros y el zumbido de libélulas a su alrededor. De repente, estaba frente a ellas. Eran las brujas del diario de Alma. Con sus cabellos oscuros y largos y sus ojos sabios y orgullosos. Poderosas y espléndidas. Le sonreían, y sus rasgos brillaban dejando traslucir protección y dulzura. Caminó hasta la cuarta persona. Una mujer de su edad. Parecida a ella, pero no exactamente. Era bella y parecía tan serena... Impetuosa y deslumbrante como el propio mar que se alzaba detrás.

Le tomó la mano y se la llevó al pecho. Luz notó un hilo de vitalidad atravesarle la piel. Era fresco y calmante, como beber agua helada en un día de calor. Era una corriente de energía clara y limpia. Era el amor más puro, de madre, hermana, hija. El amor más puro del universo.

Alma le dijo:

—Cuenta nuestras historias.

CAPÍTULO 61

Luz abrió los ojos al halógeno azul del techo.

—¡Carlos!, se está despertando. Carlos. Hija mía, mi hijita. Alabadas las diosas, los dioses, Deva, Jesucristo, los pleyadianos y todos los Budas de la historia.

—Por dios, Mari Carmen, que le vas a dar un parrús a la niña con tanta deidad junta.

—¿Papá, mamá? No me digáis que esto es mi penitencia en el cielo.

—Ya veo que no has perdido tu sentido del humor, cariño —le dijo su padre mientras le tocaba la frente.

La madre se limpiaba las lágrimas con un pañuelo. Luz notó que llevaba una sudadera de San Francisco.

—Déjame adivinar —le dijo Luz a su madre— pensaste que venías al verano. —Luz puso cara de resabidilla—. Esas sudaderas que compran cientos de turistas que se creyeron que esto era *Los vigilantes de la playa* deben de ser el producto interior bruto de esta ciudad.

—Es verdad —se rio su madre—. ¡Qué frío hace aquí!

Luz intentó reír, pero el dolor se lo impidió.

—Ay, no te esfuerces, cariño —le dijo Mari Carmen mientras le agarraba una mano. La otra se la llevó a su propia frente—. Qué susto más grande cuando nos llamaron, madre mía. Nos dijeron que nos preparáramos para lo peor. Pensábamos que no salías de esta. —Su madre volvió a empezar a llorar. Su padre puso una mano sobre la espalda de su mujer—. Ya se lo advertí a tu padre: cuando piensas que Luz Violeta no nos puede dar más disgustos… —Se puso a llorar de nuevo—. Seguro que no llevabas el cuarzo en el sujetador, como te he dicho mil veces.

—De hecho, sí lo llevaba, y creo que me salvó la vida —dijo Luz tocando con cuidado el moretón que había quedado del cuchillo al chocar con el cristal en su pecho.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Se puede? —asomó la cara de Oona.

—Tus amigas llevan ahí toda la semana sin despegarse de ti. También ese chico tan guapo que parece Brad Pitt, ese ni se ha ido a casa a ducharse. ¿Les digo que pasen? —Mari Carmen le preguntó a su hija.

—Vale —dijo Luz intentando incorporarse sin éxito.

—Nosotros vamos a ir a la plaza de Ghirardelli esa, ahora que ya te encuentras mejor. Tu hermano quiere que le llevemos una tableta de chocolate que dice que es famoso —dijo su padre, animado.

—Casi muero, pero, por favor, id a comprarle chocolate a mi hermano.

—Ay, hija, no seas así, es solo un rato. No nos hemos movido de aquí en toda la semana. Volveremos más tarde con Alexander. Tú no entiendes, para dos roqueros viejos como nosotros, San Francisco, bien vale una misa. Tenemos que ver la casa de los Jefferson Airplane y Haight Ashbury, y tendremos que ir a Berkeley, claro. Y fumarnos un porrazo de marihuana. —Mari Carmen se rio y comenzó a cantar mientras salían del cuarto y decían adiós con la mano en el aire.

If you're going to San Francisco, be sure to wear some flowers in your hair.

Un instante después de que salieran sus padres, entraron sus tres compañeras de piso, que caminaban susurrando y de puntillas.

—Nos dijeron que solo podíamos estar cinco minutos —dijo Oona por lo bajo—. Solo queríamos ver qué tal estabas.

—Como si me hubieran abierto en canal —contestó Luz, sonriendo con los ojos—. Pero casi no me duele.

—Hombre, claro, te tienen sedada hasta las cejas, suertuda —añadió Fen tocando el botoncito que liberaba más dosis de morfina. Se sentó en el sofá—. Odio tener que decir esto, pero, si estás psicótica, serías la primera psicótica que descubre un cadáver de más de cien años que resulta ser la verdadera Alma Arabella Di Leone y Constanzo. Que muy fuerte el cotilleo.

Rose se acercó abriendo mucho los ojos.

—¡Sí! Demasiado fuerte. El ADN no ha dejado rastro de duda, ese cadáver es la verdadera bisabuela de Dariel. Hicieron tres pruebas con tres laboratorios diferentes. Como tú decías, su bisabuelo debió de suplantar a su mujer con la niñera, que, desgraciadamente, no conseguimos identificar, ya que el censo antes del terremoto de 1906 brilla por su ausencia. Como casi todos los registros documentales de esta ciudad que ardieron en el fuego, me temo. Además de que, en el diario, Alma nunca dice su nombre. Pero es la teoría más plausible, ¿no crees?

—Eso no importa. Lo importante es que se hizo justicia con Alma. Eso es lo que importa —respondió Luz con sinceridad.

—Hablando de hacer justicia. Dariel está fuera. Hecho un flan. Cree que no lo quieres ver —dijo Oona.

Luz tragó saliva, tenía la garganta seca. No solo lo quería ver. Se moría por hacerlo.

—No, que pase, claro —dijo con mariposas en su estómago

amoratado.

Oona se apresuró a abrir la puerta e intercambió unas palabras desde la entrada.

Dariel entró con el semblante serio, tenía ojeras, la barba sin afeitar y el pelo grasiento. Llevaba puesto un chándal. Se quedó en el umbral. Luz sintió una pena enorme invadirle el pecho. Él había perdido a su hermano gemelo, al que nunca había podido dar la ayuda que de verdad necesitaba.

Dariel levantó los ojos, la miró una vez solo y comenzó a llorar desconsoladamente. Luz también. Las tres amigas salieron de la habitación tratando de pasar inadvertidas.

Dariel se acercó a la cama y se arrodilló.

—Lo siento tanto. No sabes cómo lo siento.

—No es tu culpa.

—¡Sí lo es! Yo no sabía que mi hermano estaba… tan mal. Que se escapaba de su piso cuando se suponía que estaba supervisado las veinticuatro horas. No sabía que tenía acceso a la casa hasta que vi el vídeo. Por eso quería que te fueras. Pero no podía llamar a la policía. Mi hermano nunca hubiera aguantado la cárcel. Os quería proteger, a los dos. Si te hubiera pasado algo… —Su voz se quebró.

—Hace falta más que un gemelo loco y un fantasma relleno de moscas en una torre para acabar con este cuerpo serrano.

Dariel se rio entre sollozos. Apoyó su cara en el colchón y Luz acarició su nuca.

—Es todo tan extraño. Hay tanto que procesar —murmuró Dariel.

—Lo sé —dijo Luz mirando por la ventana. El viento movía la niebla entre los edificios—. Lo sé —dijo una segunda vez. Respiró hondo—. Oye, ¿tú crees que los de Infinite Page todavía querrán publicar esta historia? —Dariel levantó la cara, confuso. Luz continuó—: Me refiero, ahora que tenemos toda la historia, con pruebas fehacientes, ¿les interesará publicar la historia? Eso es, si a ti te parece bien que hable de todo. Tu hermano incluido.

Dariel se frotó los ojos, tenía la nariz enrojecida y el azul de su iris había adquirido el tono de un glaciar bajo el agua. Luz notó unas pecas en su nariz que le hicieron sentir más ternura.

—Claro. Es tu historia. Cuenta lo que quieras. Estoy cansado de proteger un apellido, una idea. Una casa la componen todas sus partes: la fachada, las paredes, pero también el entresuelo, la torre y las bolas de polvo que se forman en las esquinas. Si no, no es una casa, solo un decorado. Sin alma.

Luz acariciaba la suave piel entre su sien y pómulo. Dariel cogió su mano, se la llevó a sus labios y la besó con intimidad y ternura infinitas.

—Llamaré al editor esta misma tarde —dijo entre sus dedos.

—Genial. Se lo he prometido a tu bisabuela —anunció Luz y cerró los ojos.

Estaba tan cansada que ni pudo avisar de que se estaba quedando dormida.

EPÍLOGO

Dariel miró el reloj y después a Luz, que le lanzó una sonrisa. Luz le dijo que no con la cabeza. Él se acercó de todas maneras.

—El avión sale mañana a las siete —le recordó Dariel.

Luz miró a la cola que se alargaba a través de la librería hasta el exterior. Podía ver cómo llovía a mares a través de las ventanas que daban a la calle en Seattle.

—Han estado esperando en la lluvia durante horas. No los voy a dejar irse con las manos vacías.

Dariel negó con la cabeza. Acercó más su cara y dijo:

—Eres demasiado buena.

Luz le besó tiernamente en la nariz.

—Por eso me quieres —sonrió.

Oyeron un clic y miraron a una chica que acababa de sacarles una foto.

—Perdón. Es que sois tan monos —dijo la chica, que llevaba una camiseta con el título de su libro y un pin de un retrato de Alma Arabella de joven.

Luz sonrió.

—Está bien. Sí que es mono, sí. —Le plantó otro beso, esta vez en la boca, y Dariel la miró con deseo, pero ella lo apartó dulcemente.

—Cuanto antes acabe, antes nos vamos.

Dariel dio dos golpes con los nudillos en la mesa y se apartó.

Tras una hora dándole a la muñeca, Luz firmó la última copia del último fan. Se estiró y recogió sus cosas de la mesa. Preguntó a Dariel y al resto de su equipo, compuesto por un publicista, jefe de prensa y relaciones públicas:

—¿Adónde vamos mañana?

—¡La última parada de este *tour*! Massachusetts —exclamó Dariel—. Alquilaremos un coche en el aeropuerto y después Boston, Salem, Springfield… Y finalmente a la costa —la abrazó por la cintura—, y ahí he reservado una casita al lado de la playa durante todo el mes, para que puedas descansar y trabajar en tus poemas. Y estaremos solo tú y yo.

—¡Qué bien suena! —exclamó Luz con un suspiro anhelante—. En verdad casi he terminado. Tommy dice que están perfectos así, que los deje estar, pero quiero darles una última vuelta.

—Quién te ha visto y quién te ve —bromeó Dariel—. ¿Los vas a intentar publicar?
—De manera anónima, puede. Pero si nadie los quiere, no me importa. Lo importante es que me gusten a mí —dijo Luz resolutiva.
—Y a mí —añadió Dariel con su mejor sonrisa.
Luz le devolvió el gesto y apoyó su cara en su pecho.
—Tengo muchas ganas de nuestras vacaciones. Este año no hemos parado. Solo una cosa pequeñita. —Luz levantó un dedo y puso cara de buena. Dariel se apartó un poco, como sabiendo lo que iba a venir —. Puede que Oona, Fen y Rose se hayan apuntado a pasar unos días.
Dariel respiró hondo.
—Y puede que Alexander y Gladis me hayan preguntado si hay sitio para ellos.
—Por ahí no paso. —Dariel se cruzó de brazos.
—¿Por qué? Hay cuartos para todos. He visto las fotos y has alquilado una mansión de los Vanderbilt por lo menos.
—Sí, pero Alexander ya va a empezar con que vayas a la casa de tal y de cual para ayudarles con sus muertos y fantasmas…
—De hecho —Luz hizo un gesto de conmiseración—, me contó que le había contactado una amiga que tiene pesadillas con su abuela. Que le dice que hay un cofre con los huesos de un bebé enterrado en el jardín.
—¡Lo sabía!
—Por favor, ¡solo unos días! No puedo decir que no. Se lo prometí a tu bisabuela, ya lo sabes. Que contaría sus historias.
Dariel descruzó los brazos y la miró de reojo.
—Está bien.
Luz le dio un abrazo y le llenó la cara de besos.
—Pero dile a Gladis que en la piscina la ropa no es opcional. No quiero que pase como en San Diego.
Luz se rio a mandíbula batiente.
—Te prometo que el único cuerpo desnudo que verás será el mío.
Dariel sonrió de oreja a oreja y la levantó del suelo. Se besaron como si el resto del equipo y el personal de la biblioteca no estuviesen allí.
Afuera, el cielo descargaba con furia en los adoquines grises de la ciudad. Un poco más allá, detrás de las gruesas nubes, el sol se encaminaba ya hacia el otro hemisferio y la Luna, en cuarto creciente, parecía una sonrisa afectuosa.
Enternecida, quizás, con los habitantes de aquel extraño planeta en el que unos nacían y otros morían, sin razón aparente, cada segundo que pasaba.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi hermana, Xiana. Como siempre. Qué sería de mí sin ella. Gracias a mi marido, Meric. Gracias a mi hija. Ella cree que soy una escritora de éxito y yo necesito seguir intentándolo para que un día, por lo menos, esté orgullosa de mi constancia. Gracias especiales a Félix J. Palma por su inmenso corazón e inmenso talento que comparte con tanta generosidad con tantos de nosotros. Gracias a Hilde Gersen por haberme dado una oportunidad. Estaré siempre agradecida por ese soplo de confianza. Gracias a mis familiares y amigos que me acompañaron y ayudaron en tantos meses inciertos. Gracias a Libros y Literatura por haber hecho este libro posible y por haberme tratado con tanto cariño. Gracias también a San Francisco. Esta novela es, en el fondo, una carta de amor a esa ciudad que me acogió hace casi quince años. A sus peculiares habitantes y a su eterna niebla. A sus casas victorianas y esa extraña sensación de que, detrás de cada ventana, hay un espíritu ansioso por contar su historia.

Y a ti, que lo sostienes en tus manos, gracias infinitas por haber escogido esta historia en una galaxia de novelas cada cual más brillante y fabulosa que la anterior. Ojalá te haya merecido la pena.